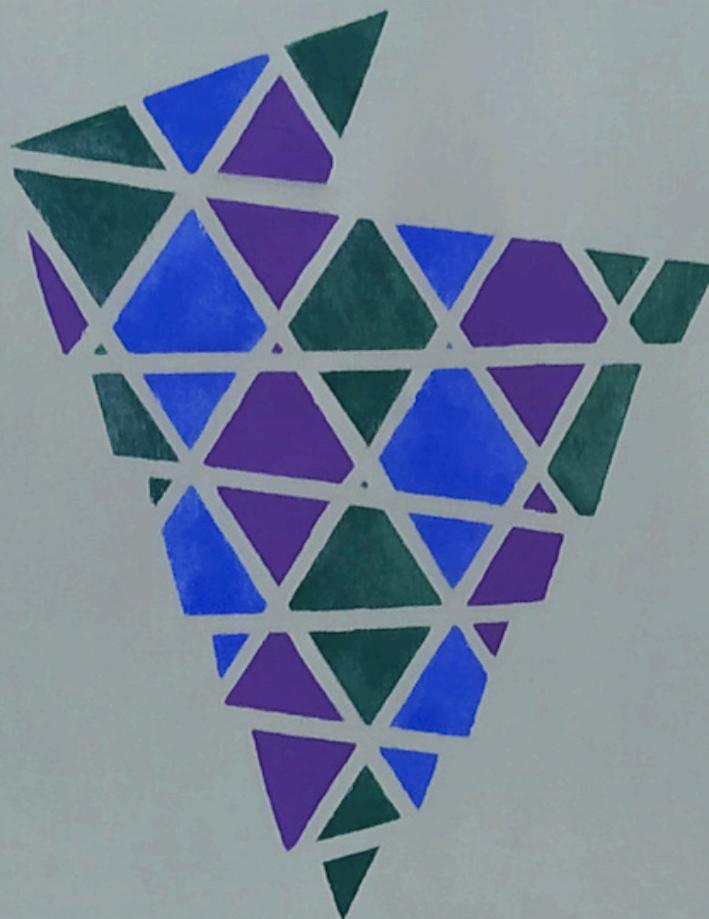


**Estudiantes inolvidables.
Narrativas de docentes y otras historias**

Jaime Navarro Saras (Coord.)



**Estudiantes inolvidables.
Narrativas de docentes y otras historias**

Jaime Navarro Saras (Coord.)

Estudiantes inolvidables. Narrativas de docentes y otras historias.

Jaime Navarro Saras (Coord.).

1ª Edición, mayo de 2024.

Se autoriza la reproducción parcial y total de los contenidos del libro, siempre y cuando se otorguen los créditos de autoría a los editores de la Revista Educ@rnos y sus autores.

Imagen de portada: *Fenómenos triangulares* de Osneiro Márquez. Acrílico sobre lona, 60 x 60 cm., 2022. Tovar estado Mérida, Venezuela.

©Revista Educ@rnos

Página web: www.revistaeducarnos.com

Correo electrónico: revistaeducarnos@hotmail.com

ISBN 978-607-7999-39-3

Poema al Estudiante

Pablo Neruda

Todos en esta vida somos estudiantes,
porque vivir es aprender.
Aprendemos cada día,
de nuestras experiencias,
de un niño,
de un libro,
de un amigo,
de nuestros padres...

Pero existe un día especial
para el escolar y el universitario:
el estudiante.
No es fácil ni sencillo
porque es un largo camino por recorrer,
un camino que nunca termina.

Pero tiene sus recompensas.
Es uno de los caminos que más recompensas y satisfacciones brinda.
Mientras más estudies y te esfuerces,
muchos más frutos verás al recoger la cosecha.
Por eso te exhorto a que no mires al camino,
ni los tropiezos que tengas en él,
sino que mires adelante
hacia donde están las metas y sueños que te has propuesto.
El éxito te espera.
¡Adelante! Cariños, Y paz.

¡Paz y bien!

Índice

| | |
|--|----|
| Presentación | 15 |
| Simitrio nunca se fue Marco Antonio González Villa..... | 19 |
| Estudiantes que dejaron huella Rafael Lucero Ortiz..... | 23 |
| La importancia de los primeros años en la docencia: las niñas y los niños que nos han hecho docentes Miguel Ángel Pérez Reynoso..... | 29 |
| Tridente inolvidable o de lo que se puede aprender de los niños J. Moisés Aguayo Álvarez..... | 33 |
| Un no docente Rodolfo Quintero Ramírez..... | 39 |
| ¡No abracés a tus alumnos! María del Rocío Ofelia Ruiz..... | 43 |
| Abre la ventana Maira Cabrera Gaitán..... | 47 |
| Naty David Lozano González..... | 53 |

| | |
|---|-----|
| Mis maestros y mis alumnos inolvidables | |
| Silvia Ruvalcaba Barrera..... | 57 |
| Estudiantes sensibles en un mundo cambiante: la escuela se desordena | |
| Blanca Estela Galicia Rosales..... | 63 |
| La alumna que no fue | |
| Jaime Navarro Saras..... | 69 |
| Mis alumnos, mis mejores maestros | |
| Abelardo Carro Nava..... | 73 |
| Travesía educativa: Descubriendo la pasión por la docencia desde la Normal | |
| Karla Rocío Nájera Cortez..... | 77 |
| Una historia de estudiantes cómplices y aliados | |
| Adriana Piedad García Herrera..... | 81 |
| La formación en intervención educativa para el desarrollo humano: un antes y después en la vida de los estudiantes | |
| José Edgar Correa Terán..... | 85 |
| Estudiantes universitarios de la licenciatura en Sociología y la materia en Historia de México | |
| Alida Genoveva Moreno Martínez..... | 91 |
| Sexto A o Sexto B | |
| Gerardo González Nava..... | 97 |
| Coincidencias que nos trasforman | |
| Helen Margarita Murillo Gala..... | 101 |

| | |
|---|-----|
| Un resplandor en la oscuridad | |
| Chess Emmanuel Briceño Núñez..... | 105 |
| Un gusto recién adquirido | |
| Rosa Isela González Rivas..... | 109 |
| Estudiantes inolvidables | |
| Rubén Zataráin Mendoza..... | 111 |
| Historias que marcan vidas, la docencia más allá de los planes y programas | |
| María Candelaria Ornelas Márquez..... | 117 |
| Sin retorno, el proceso de cambio en la representación del ser docente de quien aprende de su alumno | |
| Norma Lidia Díaz García..... | 121 |
| Olvidarte sería olvidarme | |
| Carlos Jovani Morán Esteban..... | 127 |
| Su nombre era Aída | |
| Mayela Eugenia Villalpando Aguilar..... | 131 |
| Raymundo: una experiencia de vida inolvidable durante su paso por la Universidad Pedagógica Nacional | |
| Nelly del Pilar Cervera Cobos..... | 135 |
| Inolvidhabilidades mentales (a propósito de alumnos extraordinarios en posgrado) | |
| José Manuel Mora Rosas..... | 141 |
| No olvidamos a nuestros estudiantes | |
| Arturo de la Torre Frías..... | 147 |

| | |
|---|-----|
| Mis estudiantes, la continuación de mi existencia docente | |
| J. Carolina Vera..... | 151 |
| Estudiantes inolvidables | |
| María Catalina Josefina González Pérez..... | 157 |
| Imborrables recuerdos | |
| María del Carmen González Pérez..... | 161 |
| De las aulas al hogar, trabajamos a través de la pantalla. Recuerdos de las vivencias en el confinamiento con estudiantes inolvidables | |
| Gloria Angélica Barba Castañeda..... | 165 |
| ¿Cuál es tu historia? | |
| Alma Fátima Romero Morán..... | 169 |
| El inicio de mi formación docente: los inolvidables | |
| Yael Daniela Portillo Meneses..... | 173 |
| La paradoja de la tolerancia infinita | |
| Alicia González Romero..... | 177 |
| Pequeños estudiantes, grandes recuerdos | |
| Angélica Noemi Hernández Juárez..... | 181 |
| Manantial de cultura | |
| Lucía Xóchitl Herrera Álvarez..... | 187 |
| Caso de un docente, también fue alumno: Profesor Armando Palafox Macías | |
| Eva Guzmán Guzmán..... | 191 |

| | |
|---|-----|
| Un adiós en tiempos oscuros: Memorias de mis estudiantes en pandemia | |
| Roxana Karen García Santiago..... | 197 |
| A veces, la escritura no es el problema | |
| Eva Margarita Godínez López..... | 203 |
| Angelina Rodríguez Arévalo, la Maestra de Maestras | |
| Graciela Soto Martínez..... | 207 |
| Educando entre montañas | |
| Alen David Montilla Soto..... | 213 |
| La música y la historia | |
| Jair Colín Ramos..... | 219 |
| Ser docente: una experiencia invaluable | |
| Martha Patricia Aguilar Romero..... | 225 |
| Mis senderos laborales | |
| Diana Carolina Martínez Silva..... | 229 |
| Sentidos y significados de los niños y niñas sobre la escuela primaria | |
| Carmina Torres Amador..... | 235 |
| El pizarrón de la casa de mis Abuelos | |
| Flor Lissette Montiel Téllez..... | 241 |
| El empoderamiento y liderazgo transformador de las maestras y maestros | |
| Iris Marisol Segura Vaca..... | 245 |
| Momentos vividos en mi jubilación | |
| Aida Sánchez Sención..... | 249 |

| | |
|---|-----|
| Las puertas de la escuela son estrechas y sus caminos muy angostos Sergio Jacinto Alejo López..... | 253 |
| Felipe Carrillo Puerto su obra educativa. 2024 año del <i>Benemérito del proletariado, revolucionario y defensor del Mayab</i> Jorge Alberto Ortiz Mejía..... | 257 |
| Docente y estudiante: un viaje de crecimiento mutuo Verónica González Méndez..... | 263 |
| Artes visuales para la inclusión y la evolución social. Una narración de mi experiencia docente María Cecylia Méndez Anaya..... | 267 |
| 14,235 días de sinergia de Amor Patricia Escobedo Guzmán..... | 273 |
| La titulación en pandemia de estudiantes de la Licenciatura en Administración Educativa de UPN Alfonso Torres Hernández..... | 277 |
| Una narrativa del ejercicio docente. Entre la vocación y la convicción Jesús Morales..... | 283 |

Presentación

Han pasado seis años desde que iniciamos la tradición de festejar el Día del Maestro y la Maestra con la publicación de un libro, en esta ocasión incluimos 56 miradas de la realidad educativa, lo mismo en primera, segunda y en la tercera persona del singular. Lo cierto es que los textos no son tratados de educación o pedagogía, son testimonios reales de lo que sucede día a día en las aulas, tanto de las zonas rurales como urbanas y de algunos estados de la república mexicana y también de países hermanos del sur como Colombia y Venezuela.

Son testimonios que nos recuerdan la importancia que tienen los estudiantes en la vida escolar y que son el fiel reflejo de lo que hacemos en las aulas; siempre es grato leer textos de maestros en donde dan cuenta de niños, niñas y adolescentes que marcaron la vida del profesorado y de sus prácticas docentes, lo cual sirvió para corregir el camino y hacer las cosas de manera diferente, estos estudiantes pasaron a formar parte de sus recuerdos porque pensaron en ellos como seres humanos y sujetos con un gran potencial por desarrollar.

Nuestro país es de población joven por la inmensa cantidad de niños y jóvenes que hay, los cuales y debido a nuestra realidad actual, se los ha ido robando la delincuencia y la banalidad, de pronto nos encontramos con que la escuela y el magisterio han perdido muchas batallas en contra de los medios de comunicación y, principalmente, por el *boom* de la tecnología con fines comerciales y, las inevitables redes sociales.

Las políticas educativas emprendidas por este gobierno que está por terminar, si bien, y es de todos conocido que corrigieron algunos rubros que la reforma educativa de Enrique Peña Nieto, la cual tenía predestinada una realidad compleja para el magisterio, principalmente por lo relacionado con las prácticas de la evaluación y su atentado en contra de los derechos laborales, así como de su personalidad e identidad ante la sociedad.

Qué decir de esas campañas sucias de los medios de comunicación cuando aparecía algún hecho “negativo y cuestionable” de algún personaje o grupo del magisterio, fue vergonzoso el seguimiento que se le dio a las protestas de maestros en calles y plazas públicas, éstos eran equiparados con auténticos delincuentes y las manchas negras que hacían creer que la sociedad no quería y detestaba.

También sabemos que ningún gobierno podrá estar a la altura para hacerle justicia al magisterio por todo lo que hacen en las aulas y por los tiempos y recursos propios que le invierten a su trabajo más allá de lo que señala su responsabilidad laboral.

Deseamos que lo que resulte de estas elecciones e independientemente del grupo político que llegue al poder, ahora sí se piense y actúe de manera favorable en el magisterio y, no sólo el 15 de mayo, en que se celebra el Día del Maestro.

Jaime Navarro Saras, 15 de mayo de 2024.

“Ya avanzamos mucho en la educación. ¿Se acuerdan cómo estaba? Porque querían imponer la llamada reforma educativa, desacreditaron a maestras, a maestros, los culparon de ser los responsables del bajo nivel educativo de manera muy injusta.”

Andrés Manuel López Obrador

Conferencia mañanera en Coatzacoalcos, Veracruz, 22 de marzo 2024.

Simitrio nunca se fue

Marco Antonio González Villa

Doctor en Educación. Profesor de la FES Iztacala, CCH Naucalpan y Orientador Educativo EPOEM 52.

antonio.gonzalez@iztacala.unam.mx

La película *Simitrio* de 1960, que obtuvo reconocimiento internacional y el premio Perla del Cantábrico a la mejor película de habla hispana en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, nos muestra a un profesor que se está quedando ciego, lo cual es aprovechado por sus estudiantes para señalar a un compañero que dejó la escuela al inicio de ciclo sin que el profesor lo sepa, Simitrio precisamente, como culpable y responsable de todas las travesuras que se realizan al interior del grupo, así como maldades directas a la persona del profesor, Don Cipriano, interpretado magistralmente por el actor José Elías Moreno. Es una paradoja interesante basada en la limitación visual del docente para identificar al alumno: todos y nadie a la vez son Simitrio. Simitrio es sólo un nombre, un personaje interpretado por cada estudiante en diferentes momentos.

Sin embargo, pese a que Simitrio no tiene un rostro y un cuerpo concreto que pueda ser captado o percibido a través de los sentidos, logra generar, primero interés en Don Cipriano y posteriormente un vínculo significativo y profundo, inspirando un sentimiento que lo lleva a comprarle ropa y a terminar llorando al enterarse de su inexistencia. “*Simitrio siempre estuvo en clase*” le dice el profesor al alumno que le confiesa todo, con lo que le da así, finalmente, un cuerpo y un rostro.

Pero lo que Don Cipriano no sabe es que Simitrio, ya contando con su aval y su cariño, nunca se fue de las aulas y sólo sigue cambiando de rostro, de cuerpo y de nombre para esconderse mejor, a veces mantiene su edad, a veces, obviamente, refleja lo que ha crecido y aparece en los salones de secundaria, de preparatoria o Universidad; Simitrio se volvió alguien atemporal: muchos lo han interpretado, algunos con más gracia que otros.

Es irónico o complicado de entender, incluso de explicar, pero cada Simitrio logra ganarse el corazón o la simpatía de los y las docen-

tes, ya que no sólo es irreverente, desafiante y rebelde, tienden a ser divertidos, ocurrentes y espontáneos, lo que genera sonrisas y risas al interior del grupo, de hecho, tiende a tener una risa contagiosa, así como también suelen tener facilidad para los deportes, tocar algún instrumento, bailar o bien para hacer amistades, ser invitado frecuentemente a fiestas o para ligarse a compañeras de la escuela.

Prueban la tolerancia y la paciencia de cada docente y ponen de relieve que la escuela no está diseñada para alumnos como él, ya que son las actividades no oficiales o extra curriculares, que tienen pocas horas asignadas a la semana, en las que observan mejor desempeño; la calificación es un mero trámite, algo necesario administrativamente, porque lo importante es la experiencia de vivir y sentirse vivo en plenitud. Para su mala suerte, dada su intensidad, Simitrio suele ser incomprendido y comúnmente sancionado por sus autoridades, de hecho, se vuelve el sospechoso número uno cuando algo anómalo ocurre en la escuela; carga con esa cruz y esa etiqueta, pero pareciera que disfruta de ese peso, tiene fe y cree en sí mismo, las pruebas lo avalan: suele pensarse que no tiene un futuro claro, se asume que será irresponsable e inmaduro toda su vida... pero no es así, Simitrio rompió los esquemas en diferentes momentos, mi historia como orientador de preparatoria me permite atestiguarlo, sobre todo recuerdo a aquel Simitrio de las primeras generaciones que atendí, quien parecía divertirse dificultando, pero haciendo entretenida mi labor.

Así, recuerdo a Néstor Simitrio, quien no sólo era un terror con las alumnas de la escuela, ocurrente y desafiante en cada clase, flamante capitán del equipo de fútbol, campeón del torneo interprepas entre los municipios de Ecatepec y Coacalco, casado hoy en día con una exalumna también de la escuela, padre de dos hijas.

Recuerdo también a Miguel Simitrio, a quien llamaban también el “enfermo”, algo de lo cual parecía orgulloso, quien siempre de forma irreverente pedía a gritos a los maestros que lo sacaran de su clase y era un experto tocando la guitarra. Se casó también con una compañera de la preparatoria y viste, lo que nadie hubiera pensado, de manera formal en su trabajo como vendedor en una famosa tienda departamental en una Plaza.

Jorge Simitrio, también era un rebelde e intenso estudiante de la preparatoria, seguro de sí, tuteando a cada docente con gran desparpajo, terminó casado también con una alumna de la preparatoria, fue también vendedor de la misma tienda departamental que Miguel Simitrio y tuvo que portar traje pese a su actitud y gesto de rechazo. Ya su hijo formó parte también de las filas de la Preparatoria, pero mantuvo un perfil más discreto y decidió no ser cara de Simitrio como su padre.

Pipo Simitrio fue uno más de los rostros y cuerpos del personaje, quien, para variar, se casó también con una compañera de preparatoria. De sonrisa amplia y franca, Intenso y apasionado del fútbol, pilar del campeonato obtenido, de hecho, terminó la carrera como maestro de Educación Física.

Y así Simitrio se fue quedando en la escuela como ya señalé. Solamente nos deja cada ciclo y cada generación con la incertidumbre sobre el rostro, la altura o el color de su piel. Sin embargo, hay algo que debo aclarar: Simitrio logró ganarse el afecto de Don Cipriano y consiguió ser un orgullo para su maestro. Por eso, aunque parezca o lo pretendan, no todos pueden ser Simitrio: no es en el fondo mala persona y tampoco abandona la escuela, parecen ser requisitos para desempeñar el rol.

¿Por qué se gana el corazón y la simpatía de todos? Porque, lo aceptemos o entendamos o no, nos ayuda a mirar la educación, el salón y a cada estudiante de otra manera. Haciendo una analogía y paráfrasis de la parentalidad desde la perspectiva de Levinas, diría que es fácil ser padre o madre de un hijo bien portado y obediente, no nos reta y no nos cuestiona, haciendo cómodo y sencillo el acto de educar, pero el diferente, el que cuestiona y rompe con las expectativas, hace que realmente aflore nuestra templanza, nuestra vocación y amor por lo que hacemos. Es en la diferencia no alineándose o alienándose cada estudiante cuando se puede advertir la fuerza de un docente para enfrentar retos y lograr formar a una persona. Simitrio, inevitable y permanentemente, siempre será uno de los estudiantes que resaltan del grupo de alumnos y alumnas de un salón, mostrando con el tiempo la humildad de saber y reconocer lo que uno hizo, o intento hacer, de él. Encontrarlo resulta en una sonrisa para ambos, a manera de complici-

dad, con una sensación de valió la pena tanta persecución, búsqueda por la escuela, regaño y plática sostenida: hay recuerdos en ambos, sensaciones traídas nuevamente en el tiempo presente, aunado a una satisfacción mutua por el reencuentro y por saber que devino en un hombre maduro de bien; podríamos fácilmente ir ya de su brazo confiadamente como Don Cipriano.

No hay docente que no lo haya visto y, podemos asegurarlo, nos resulta inolvidable su rostro y algunas de las experiencias que compartimos en la escuela. Cierra los ojos y piensa por un momento en tu Simitrio ¿pudiste evitar una sonrisa? Seguramente no.

Estudiantes que dejaron huella

Rafael Lucero Ortiz

Maestro en Sociología. Analista y consultor independiente.
rlucero1951@gmail.com

Nunca es tarde, Avelino

Nunca es tarde Avelino. Ven –le gritó la señora con la que yo platicaba, fuera de una casucha de desechos urbanos vivienda de pepenadores, en los arenales de Ciudad Juárez, atrás del aeropuerto-. ¿Qué quieres? Doña. –Le contestó, Avelino en el mismo tono de grito. Luego dirigiéndose a mí dijo: -María Félix, es la Doña del huerto-. Y señaló unos tres surquitos con plantas de tomate, clabacitas, cebolla, zanahoria y chile vallero.

Avelino había llegado, al caer el ocaso en aquella ciudad de la frontera norte, olvidada como todos los puntos periféricos de cualquier territorio. Allá donde habitan seres sin nombre y que arrastran el sol por el desierto, mientras el día se muere. Llegada la noche, ellos son los que mueren del cansancio de arrastrar la vida como Avelino, cabestreando en burro viejo que jala una carreta desvencijada repleta de latas, envases y cartón.

Avelino, te estoy hablando, este joven viene a enseñarnos a leer para que ya te puedas distinguir de tu burro Nejayo. Dijo la Doña con una sonrisa pícaro.

Yo, a mis quince años era uno de la jóvenes voluntarios, que inspirados por la lucha contra el analfabetismo emprendida por Fidel Castro al triunfo de la Revolución Cubana y que acá en México, la impulso un grupo de maestros y estudiantes voluntarios, en la década de los sesenta, entre los que iba yo, con mi gran Cartilla de Alfabetización.

En la Doña, tenía una promotora enérgica, con poder de convocatoria, en los arenales de los pepenadores. –Ándale Avelio, nunca es tarde, cabeza hueca. -Le gritaba en cuanto aparecía con el sol en la espalda, cabestreando con tierna pesadez su asno y su carreta. Anda mujer, aprende tú y con calma, luego me enseñas, que así como vengo

de sudoroso, apestoso y cansado, hasta la A de Avelino, esa que tienes ahí, se me empaña y se me borra. Ah! qué si ves la última letra de tu nombre A____O, ese aro con el que intentas detener a Nejayo cuando te lleva a trote, en las bajadas... AH¡ OOOOO. Ves Alvino, nunca es tarde. Yo sé que tú sabes las cinco vocales. –Pues claro sí ya te dije dos, la primera y última de mi nombre. –¡Bravo Avelino! Y la segunda y tercera vocal? –Preguntó con alevosía la Doña. Mira María Félix, no soy Nejayo. No trates de ponerme en mal con el joven. La segunda vocal es la tercera de mi nombre y la cuarta es la quinta letra de mi nombre... A E I O.

Avelino, me engañaste, tú ya sabías leer desde chiquito, –echó un grito de alegría la Doña-. No, María, cuántas veces hemos ido con doña Filomena a que no lea y escriba por nosotros la carta al hijo, que está allá en el otro lado. Es cierto. Entonces además de madrugador y trabajador eres muy listo. Entonces tú como yo ya aprendimos a escribir nuestro nombre. Pues yo sí, dijo ufano Avelino. ¿No sé tú?

Pué mira, ojo de chicharo, que esto lo verás por primera vez en tu vida: “MARÍA FÉLIX... TU DOÑA”.

A ver tú, dijo la Doña, antes de escribir tu presumido nombre ¡dime cuál de las cinco vocales no está en tu nombre? ÚUUUUjule, María me la pusiste difícil. –Contestó Avelino.

Avelino, no sea creído, para nosotros ya es mucho aprender a escribir nuestro nombre, pero nos falta más para llegar a escribirle una carta al hijo. Fue lo que yo le pedí al maestro: enséñenos, primero a escribir nuestros nombre, pero no se vaya hasta que Avelino y yo podamos escribirle una carta a nuestro hijo. El maestro me dijo: “a eso vine Doña María. Leer y escribir es para contar nuestros sueños y saber de los sueños de los demás”.

Así que Avelino, primero tu nombre para ver si seguimos juntos hasta escribir la carta del hijo. María, María, tranquila. El maestro te dijo que escribir era para contar nuestros sueños, no para sobajar al compañero.

Mira de mi nombre ya tenemos A E I O. Entre las dos primeras vocales falta una horqueta de resortera, que es de las últimas consonantes del abecedario, para que se lea AVE, que puede ser gavián o paloma o cualquier pájaro y luego hay dos letras del mismo abecedario que casi van juntas, la once y la catorce, L y N y que van entre las dos

últimas vocales de mi nombre y forman la segunda palabra de mi nombre LINO, AVE LINO.

María Félix, mi Doña, como tú lo dijiste, vamos a escribir la primera carta a nuestro hijo y a leer su primera carta. A ver si nos cree.

Si de un día para otro escribimos nuestro nombre, en este mismo mes escribiremos la carta a nuestro hijo. -Dijo la Doña-

¿Y qué creen? Nunca es tarde y menos ahora que cada segundo nos presenta desafíos de aprendizaje.

La secuencia del aprendizaje de Avelino y su nombre, no es la secuencia de lectoescritura propuesta por la Cartilla de Alfabetización. Es un ejemplo de probablemente de todos los adultos que construyen su propio camino de aprendizaje, sin conocer a Freire.

El Masca y la fauna de la prepa el cenicero

“El cenicero” de San Lorenzo era una prepa, así conocida en la línea fronteriza de Ciudad Juárez-El Paso. Asistían los rechazados de otras escuelas. Siete años después de ser alfabetizador, me invitaron y acepté para intentar, que el medio ciento de adolescentes y jóvenes, todos varones, inscritos en el grupo del tercer semestre, aprendieran algo de la conformación histórica y etimológica del español, a través de dos asignaturas: Etimologías Griegas y Latinas, y un Taller de Redacción.

Entre ese medio ciento de estudiantes, hubo uno, el más querido y popular del grupo, “El Masca”, al contrario de lo que se pueda pensar, era el apócope de su apellido.

La composición socioeconómica y cultural del grupo era diversa, nada fuera de lo común en una ciudad fronteriza en formación. A principios de los años setenta iniciaba en la ciudad el proceso de maquilización, nueva forma de colonización, violenta, explosiva y explotadora de la mujer obrera mexicana. Aquí se inició el obrerismo femenino mexicano, que en la década de los noventa se transformaría en el escenario de los cuantiosos y crueles feminicidios del país, conocido como el inicio de las Desaparecidas y Muertas de Juárez.

En este contexto, el Masca, en un proceso violento y agresivo, se alcoholizó, al grado de aceptar, a la hora de llegar tarde a la primera

clase, “que llevaba una botella de whisky entre pecho y espalda. Que en vez de dormir había vaciado la botella”. No había nada que averiguar. La preocupación de sus compañeros, a pesar de sus propias broncas era como ayudarlo. De diferentes lugares del salón emitían reclamos cariñosos: “Muesca, vamos a lavarte al baño”... Un fortachón de los compañeros lo levantó y otros dos lo tomaron de los pies y lo llevaron al baño. Con él, abandonó el salón una agria y fétida cruda. Ese viernes no interesaban las etimologías. Para ser sincero, en realidad, nunca interesaban y me temo que no era el único grupo de esa generación que las rechazara. Prevalecía el calificativo de relleno inútil, como muchos otros que tenían los programas escolares. Alguno de los estudiantes propuso que saliéramos del salón y simuláramos estar ya en el taller de redacción, frente al canal de riego con dudosas y malolientes aguas, donde el ejercicio era agudizar el olfato y estimular la descripción olfativa. Al centro, en una caja se ponía un “tumba burros” –como ellos lo bautizaron– de sinónimos y antónimos, para enriquecer la adjetivación del hedor, los moscos y, en general, la ambientación y tufo del lugar. Diccionario, que por cierto había aportado el Masca, sustraído de la biblioteca de su papá, bajo la justificación de que estaba de adorno. Pidieron cambiar la dinámica y hablar de las colillas del cenicero, como ellos mismos se autonombraban: del Tracas, del Moto, del Pulgo, del Diablo, del Malhecho, en fin, de toda la fauna de Cenicero.

Rompió el hilo el más tímido y retraído del salón, El Charly y dijo: “yo me siento muy mal... y no de ahora, de hace tiempo. Estoy enojado conmigo porque el año pasado me corrieron de tres escuelas buenas. Y al inicio de este ciclo me inscribieron en esta cosa, que es claro que no es una escuela, es saca dinero del diputado. Lo que he dicho lo digo sin vergüenza porque veo que todos estamos igual, pero también lo digo porque creo que sólo entre nosotros podemos hacer algo por nosotros mismos”. Lo último lo dijo con voz quebrada y lágrimas rodando. Los aplausos y abrazos lo arroparon. Vi o me pareció ver que todas las manos se levantaban para pedir la palabra. Así como se alzaron se bajaron. Se había incorporado al grupo el Masca y dijo: “pido disculpas a todos a quienes arrebaté la palabra y pido perdón, al maestro, a cada uno de ustedes, por todos los días que he llegado así.

Desde el baño escuché al Charly, me asombré porque nunca lo había oído hablar, y con lo último que dijo me clavó la estocada, igual que a ustedes, sino porque tantos queriendo hablar, agarrémosle la palabra a Charly: “Lo que he dicho lo digo sin vergüenza, porque veo que todos estamos igual, pero también lo digo porque creo que sólo entre nosotros podemos hacer algo por nosotros mismos”. Los invito a mi casa como muchos viernes, pero no para empuercarnos como todos los viernes, en nuestras borracheras, adicciones y orgías, sino para tomar la invitación de Charly: “entre nosotros podemos hacer algo por nosotros mismos”.

Maestro, le parece si cada uno, el que quiera, le traemos un texto, cada quien de su vivencia de nuestra encerrona.

Quedamos de acuerdo. Al fin del curso me entregaron un texto colectivo: La fauna del cenicero, de roedores a cazadores, que ahora yo rememoro porque las termitas se lo comieron, pero en mí quedó la huella.

El alumno supera al maestro

Espero que todos los alumnos, que por azares del destino mío y de ellos, que hemos coincidido en esta relación de aprendizaje mutuo, en verdad me superen.

Tengo evidencia de algunos que me han superado en posgrados, obteniendo con excelencia sus doctorados y de otros accediendo a altos rangos directivos en instituciones de interés público, social y privado. A todos mi agradecimiento, porque de cada uno aprendí.



La importancia de los primeros años en la docencia: las niñas y los niños que nos han hecho docentes

Miguel Ángel Pérez Reynoso

Doctor en Educación. Profesor–investigador de la UPN Guadalajara, Unidad 141.

safimel04@gmail.com

Los primeros años en la labor docente son fundamentales después de haber egresado de alguna escuela Normal o de algún centro de formación para el magisterio. Pero no sólo para la persona que habrá de convertirse en docente, ni tampoco de las diversas vivencias de las alumnas y los alumnos, sino a partir de los encuentros entre docentes y alumnos que hacen a través de las vivencias de todos los días.

Mi primer año de servicio fue en una escuela primaria, en el año de 1980, en el poblado de Tlachichilco del Carmen municipio de Poncitlán (Escuela Urbana 564), hace ya 43 años años, (como los 43 normalistas de Ayotzinapa). En esa ocasión tuve 14 alumnos de sexto de primaria, aun recuerdo sus rostros y todavía tengo trato con algunos de ellos: *el Pollo* (Leopoldo Flores), Aurora y algunos más.

Los maestros y maestras somos docentes o educadores, en la medida en que hacemos contacto con las y los alumnos a nuestro cargo, que no son nuestros, sino que están a nuestro cargo, hay un encargo por atenderlos.

Alumnas y alumnos nos hacen, nos fabrican, le dan sentido a nuestras voces y a las acciones que realizamos todos los días. Por ejemplo, platicando con *el Pollo*, él me decía muchos años después de que yo dejé ese lugar y él dejó los años infantiles, que lo que recordaba de mis clases eran los momentos cuando les contaba chistes. Yo no recuerdo eso, ni tampoco es lo más gratificante para un docente recién egresado de la escuela Normal, pero si eso quedó en uno de los alumnos de mi primer año de servicio, eso debió haber pasado.

Los alumnos de Tlachichilco y en general todos los pobladores, suelen ser muy amantes de convertirse en migrantes hacia los EEUU,

por eso Tlachichilco es un poblado “rulfiano”, de cuya población, un 30% vive ahí y el 70% restante anda por todos lados.

De Tlachichilco pasé al poblado de Cuitzeo en el mismo municipio de Poncitlán, trabajé en una escuela grande ubicada al fondo del poblado, ahí la maestra Ampelia, que cubría un interinato en la Dirección, me indicó, a partir del calendario cívico, que debería ensayar con el grupo a mi cargo de 3er grado el Himno al Petróleo. La maestra Ampelia venía de los tiempos poscardenismo y era obvio pensar que el himno al Petróleo era de sus preferidos. De esta manera, en esa fecha, estoy hablando de 1984 o 1985, me lo dictó y me ayudó a ensayarlo, a partir de ahí lo recuerdo como un aprendizaje significativo para toda la vida:

Avanza obrero ¡firme! ¡Adelante!
Tu lucha heroica ya comenzó,
Ya es tuyo el oro que un día
Arrebataste al explotador.

Avanza obrero y no retrocedas
[...]

No recuerdo los rostros de los alumnos de 8 o 9 años de edad, aprendiendo de memoria y cantando un himno de contenido ajeno para todos ellos, lo cierto es que en el momento de los Honores todas y todos cantaron a todo pulmón. A la distancia y reconstruyendo todo esto, pude darme cuenta que no era tanto el interés en el petróleo expropiado muchos años antes (1938), sino en quedar bien con su maestro en turno. Todo ello era pensado como algo obligatorio, sin obligación, y a la distancia agradezco la gentileza de aquellas generaciones de escolares.

En el año de 1985 o 1986, tuve la posibilidad de cambiarme a la parte sur de la ZMG, al poblado de Toluquilla, municipio de Tlaquepaque. Toluquilla, en esos años no es lo que se ha convertido hoy en día. Un poblado semirural, tierra de sembradíos, cercano y distante de la ZMG, con muchas granjas, un vivero famoso y, el “Ojo de agua”, un balneario emblemático de agua que nace y corre en dicho poblado.

Al llegar de cambio también me tocó el sexto grado, alumnos más vivos, más atentos, más participativos. La escuela está en el centro del poblado, es grande, pero con algunas deficiencias materiales. El director era el maestro Arturo Ramos, un personaje humano, comprensivo que confiaba mucho en la responsabilidad de cada docente.

Ahí recuerdo que asistían muchos alumnos que vivían en el Cerro del Cuatro de la colonia Balcones del 4, tenían que desplazarse todos los días en camión urbano pasando por la cementera, de ida y de regreso. Y los del poblado con mejores recursos materiales y culturales. Recuerdo en una ocasión una alumna llamada Margarita de tercer grado, a partir de una convocatoria para un concurso de declamación, ella (Margarita), preparó el poema de Rubén Darío “Margarita está linda la mar”, cada que veo algo de Darío o ese poema en particular me acuerdo de Margarita aquella alumna brillante que tuve en tercero de primaria.

Las y los alumnos son el pretexto perfecto para hacer que una persona en etapa adulta se convierta en su profesor o profesora, pensemos en un grupo de 30 alumnos o treinta estudiantes, cada sujeto genera una relación muy especial con el docente en turno. El alumnao se torna en sujetos singulares. Las dificultades para aprender o los aciertos para asumir una especie de liderazgo entre compañeros o las habilidades en el deporte, sólo por decir algo.

Dejé la primaria a partir de una comisión técnica en el año de 1992, y pasé fugazmente por la secundaria en la colonia La Experiencia, en el norte de Guadalajara para ello (entre paréntesis), en el año de 1990 es fundamental en mi vida de docente ya que a través de ganar una plaza de medio tiempo en la UPN de Tlaquepaque, paso de atender a niños pequeños o adolescentes para atender ahora a docentes en servicio.

Aquí las historias se cuentan en un segundo plano, las y los docentes llevan lo que tejen producto de su práctica y entre todas y todos intentamos des-tejerlo, pero más que hablar de la práctica propia es hablar de los pliegues de las voces y las travesuras infantiles. Los ejemplos de la práctica son las historias de niñas y niños, y lo que se dice ahí, es lo que aparece, lo que emerge, lo que se coloca por encima

de muchas otras historias. Historias de niñas y niños traviosos, desma-drosos, indisciplinados, que rompen con las reglas y que obligan a que sus docentes se fijen en ellas y ellos.

Sin embargo, el abordaje no es profundo, todo queda en relato pasado por la superficialidad, los nombres, las historias y el sentido de las mismas, quedan ahí como sedimento digno de ser pensado, ahora a partir de una segunda vuelta de análisis.

En el momento de escribir estas líneas, llego a la conclusión de que habría que hacer un banco de historias, un fichero de cada niño y cada niña, desde *el Pollo*, hasta las últimas alumnas y alumnos que acabo de atender en la licenciatura en Pedagogía de la UPN.

He llegado a la conclusión de que cada sujeto tiene su historia y que cada historia implica un tratado o un manual de Pedagogía. Y eso es lo importante ahora, el principal regalo del Día del Maestro en éste y en todos los 15 de mayo, es aprovecharlo humanamente hablando a las alumnas y los alumnos a nuestro cargo en esta corta o larga historia de ser educadores y educadoras. El principal regalo en el Día del Maestro es sumergirnos en las breves historias de los estudiantes a nuestro cargo, porque esas pequeñas historias son las que han contribuido a que nos hagamos docentes.

Tridente inolvidable o de lo que se puede aprender de los niños

J. Moisés Aguayo Álvarez

Doctor en Educación. Supervisor de Educación Primaria.
moyagualv@hotmail.com

*Han sido tantos ya, y todavía son tan pocos.
A muchos los recuerdo y los guardo
pero no me alcanzan estas líneas.*

Ante el desafío planteado por la convocatoria para este libro, desfilan por mi mente tantos nombres; en su singularidad, se vuelcan los recuerdos y los tiempos. A primera vista la nostalgia imprima en amarillo las imágenes, empero, al rebuscar en ellas, se colorean, se hacen vívidas. Buen pretexto para repasar el trayecto, los encuentros y su impronta insospechada en el camino subsecuente, en cómo se asume la tarea de educar educándose.

En otras entregas he dedicado ya los textos a algunos de mis exalumnos, rememorando alguna anécdota, alguna historia. En este caso abriré un tridente, con tres vidas que atestiguo aún —a la distancia y a intermitencias— floreciendo y, aunque fue breve el tiempo en que en pude asomarme un poco a sus formas de aprender, descubrir e interpretar el mundo, considero como notable la fertilidad de las cosas acerca de las que me hicieron reflexionar y sentir.

Para respetar el génesis de mi estructura narrativa, discurriré desde la cronología. Acompáñame, lector:

Lourdes. Nobleza

Lourdes es una niña que descubre las cosas casi como si ya las conociera. Aunque su vocecita es dulce y aguda, hay autoridad en sus puntos de vista. Hay valores en su discurso y hay empatía. Es una niña que cumple con todas sus tareas, que se emociona cuando se le propone un desafío que rete a su intelecto o a su capacidad analí-

tica. Lo mismo escribe que dibuja. Habla con todos, alienta a todos, aconseja a todos.

Al grupo de Lourdes lo atendí durante dos ciclos escolares, mientras cursaban quinto y sexto grados. Recuerdo que reverberaba en el ambiente educativo, el murmullo de las pruebas estandarizadas, las métricas internacionales “¿Qué será de nuestra gran nación si los niños no saben inglés ni computación como unos imaginarios niños europeos que son de un imaginario primer mundo?”

El riesgo —parecía inminente— era que si no nos comparaban con otros sistemas educativos, no habría aquellas grandes donaciones internacionales que subsidiaban quién sabe cuánta cosa. Además, si no se medía con pruebas estandarizadas, nuestra niñez no llegaría nunca a ser la generación de empresarios exitosos que colonizaban algún país paupérrimo, o los próximos magnates que se hinchaban de millones... Para las almas más necesitadas, la idea que deseaba implantarse era que, midiéndonos, “conociendo” lo que saben los niños, podíamos ayudarlos a integrarse al privilegio de ser la mano de obra más competitiva y calificada del [“tercer”] mundo: hay que medir a los aprendizajes, a los maestros, a los niños, no sea que no podamos ofrecer a nuestros benevolentes inversores que hacen girar al mundo de la economía y por extensión nuestra felicidad. Eso parecía...

Una mañana nos dieron la noticia de que se aplicaría una prueba estandarizada más. Ya se había aplicado PISA, pero venía el examen para el examen (¡huy!), una evaluación a la que llamaron EXCALE. Con un considerable despliegue mediático nos hicieron saber que habría reconocimiento monetario a los maestros de grupos con buenas calificaciones. Que se inauguraba una política de calidad educativa. En la que se aplicaba esa óptica Western de recompensar por atrapar al bandido de la ignorancia curricular. No es posible que un niño de cuarto no se sepa la tabla del dos o cuántos planetas hay en el sistema solar.

A Lourdes le expliqué de que trataba, porque me encontré leyendo una revista¹. Me preguntó qué pasaría si nadie de su salón estudiaba para el examen. Recuerdo haberle respondido algo como “qué interesante sería... Si a ninguno lo ponemos a estudiar, sabríamos

¹ Creo que era Educar, la que coordinaba nuestro editor anfitrión.

cómo nos fue con lo que hemos aprendido en estos dos últimos cursos”. Sin esperanza de aparecer en el *Club VIP* de los “reconocidos”, pero si confiado en que esos niños sí que buscaban aprender, cruzamos por la prueba. Eventualmente alguno de los niños preguntaba por los resultados, fijé la fecha tentativa al lado del pizarrón, Lourdes me preguntaba cuánto faltaba para saber “cuánto sacaron”.

En cuestión de meses llegaron los anhelados resultados. El informe de mi grupo estaba en el promedio, pero nos habían anulado siete resultados excelentes porque el algoritmo determinaba que no había confiabilidad o algo así. Sospecho que en el cruce de variables, los meros matemáticos, los meros científicos de esa época de expertos en eficiencias e infalibilidades, habían decidido que era imposible que siete niños de un grupo de Coyula, en Tonalá, pudieran sacar la máxima puntuación. Los siete la obtuvieron, Lourdes entre ellos, estoy seguro.

Cuando le comenté esto a la niña, no se infartó, ni le dio un ataque de ansiedad. Con una espontaneidad característica, sólo se encogió de hombros y me dijo “Uch, pues qué malos”, y salió del salón a jugar en el patio.

Con esa simple expresión, Lourdes me puso a pensar seriamente qué es entonces lo importante en el hecho educativo, en la intervención con las siguientes generaciones; si no es el resultado numérico, o el elogio por una bancarización exitosa, como evidentemente no lo es ¿entonces qué lo es? Al niño no le interesa el número que no dice nada; le interesa sólo en el caso de que alguien de su entera confianza (su padre, su maestro...) le haya inculcado ponderar los resultados contantes y sonantes, si lo ha cooptado para sentirse siempre en competencia con los otros y de paso, heredarle algunos mitos como: si repruebas no sirves, si sacas seis estás en el hoyo, si sacas diez la vida es rosa, o en última instancia, si se le ha persuadido de que si sale mal calificado ya lo verá.

Este 2024 pude saludar a Lourdes algunas veces. Es una médica muy profesional que atendió a mis hijos en más de alguna ocasión. En nuestra última conversación me compartió que estaba por integrarse a estudiar una especialidad. Eso me dio mucho gusto. No sé hasta qué punto esa casualidad no lo fue tanto, quizás sólo me tocaba

enterarme de este nuevo desafío que asume con una gran actitud una profesional ejemplar.

Berenice. Espontaneidad

Si alguna vez se ha visto como chapotea la llovizna sobre el agua, se tendrá una noción de lo que la presencia de Berenice representaba en su grupo de quinto grado. Gran sentido del humor. Leal con sus compañeros. Cáustica si se lo proponía, pero con un brillo inteligente y arrojado se desplazaba de un lugar a otro, hablando aquí, riendo allá, amenizando con un candor particular, las tardes de escuela.

Tratándose de una niña con gran fuerza vital, por supuesto que quedarán en el tintero múltiples anécdotas escolares, empero, me detendré en una en particular, de donde procede una reflexión y un valor más prístino, más aprehensible: para este ejemplo casi parabólico propongo al lector atender en su imaginación:

[Se está abordando en la clase, el tema de las actividades económicas primarias, secundarias y terciarias] La charla brota más o menos en los siguientes términos:

El maestro: Si pudiéramos clasificar las actividades económicas de nuestras familias, ¿cómo quedarían?...

Berenice: Mi papá trabaja en una gasolinera. Le ayuda al dueño. Entonces es una actividad secundaria porque él no hace la gasolina.

El maestro: No la cultiva, ni la extrae, ni la fabrica...

Berenice: ¿Y los maestros si trabajan? ¿Por qué les pagan?

Alguna voz en el grupo respondió como si fuera muy obvio: “para que aprendas”.

Me hizo preguntarme cosas como: ¿Será por asistir? ¿Por enseñar? ¿Por cuidar? ¿Por instruir? Y así... Por promover que el otro aprenda, pero esto no se ciñe a lo estrictamente curricular. Quizás los niños que pasan por un aula aprenden muchas cosas de sus maestros, cosas que no pasan por el tamiz de los programas oficiales, ni de sus enfoques o contenidos. Mediar en conflictos, contar una historia, compartir experiencias, plantear retos, decidir en equipo... quizás más allá de las disciplinas, la metadisciplina es pensar y explicarse en conjunto, con y ante los otros.

Entonces, en la docencia cultivamos, metafórica y fisiológicamente: metafóricamente cuando hacemos “germinar” una idea, algún proyecto, pero fisiológicamente, cuando accedemos a provocar rutas sinápticas peculiares, que ayudan al otro a interpretar el mundo y a explicarse con y ante el mundo. Cuando esto ocurre, contribuimos a complejizar lo que hay en el mundo, partiendo de nuestra propia concepción del mundo.

Extraemos, porque el cuestionamiento es más un llamamiento al otro para que ejerza su criterio, a forjarlo desde adentro. En ese sentido, extraemos significados del otro.

Y fabricamos, en un sentido más próximo a lo artesanal: diseñar una intervención pedagógica de peso y con incidencia patente en los procesos intelectivos, comunicativos o actitudinales de los niños, es en realidad más un oficio artesanal que fordista; esto es, en las aulas no producimos conciencias alienadas en serie como suponen algunos tecnócratas; la mayoría de las veces atendemos con la claridad de un oficio que se trata de darse en lo que sabes, en lo que conoces, en lo que piensas y en lo que anhelas.

Berenice ni siquiera ha de guardar recuerdo de este evento, pero a mí me hizo pensar y buscar definiciones para mi autoconcepto docente.

Berenice hoy es una enfermera con un gran espíritu de servicio. Es una mujer capacitada, disciplinada y con una conciencia de emancipación. Logrará lo que se proponga, y eso, de verdad me solaza.

J. Autenticidad

Quienes hemos laborado en cercanía con comunidades precarizadas en sus condiciones de vida, sabemos del peso que tienen los estamentos sociales y las estructuraciones: una familia a la que le es difícil sobrellevar el día a día; el núcleo al que todos los integrantes deberían sumarse para sobrevivir se ve vulnerado por situaciones de salud, inseguridad, violencia o pobreza; y en las tempestades, a veces toca a los niños alternar el timón desde muy temprana edad.

J. era un niño de siete años, de segundo grado. Un niño con una notable destreza física, afable con los otros, justiciero y solidario.

También era más rudo de lo común en los niños de su edad. Franco y auténtico. En casa de J. no siempre había alimento, ni cobijo, ni condiciones propicias de salubridad, ni tranquilidad. A J., algunos niños no lo aceptaban porque eventualmente les escamoteaba alguna golosina, un bolillo o un juguete.

En cierta ocasión, en conjunto con mi directora a cargo, se tomó la decisión de cambiarlo de turno, del matutino al vespertino, para dejar descansar a su hermana dos años mayor, que debía atenderlo en alimentación y apoyo para actividades escolares, pues su madre debía laborar en alguna empresa de la periferia. Por algunas semanas, colectamos algunos insumos con maestros y con los propios compañeros del nuevo grupo de J. Fueron pocas ocasiones, es verdad, pero intuyo que esas pocas ocasiones provocaron algo especial, o tuvieron lugar en algún trance especialmente difícil. Esto lo digo porque una tarde, algunas semanas después de las colectas, mientras yo, de cuclillas presenciaba un interesante duelo de canicas, se aproxima J. diciendo: Maestro: ¿me disparas un vaso de fruta con limón y sal?

Asentí y le “presté” una moneda. A los pocos segundos volvió con su fruta en la mano. Yo permanecía acucillado, llegó J. me besó ligeramente en la mejilla y salió corriendo. Ignoro si algún otro niño alcanzó a ver la escena, pero yo me quedé congelado, sin saber cómo reaccionar. No recuerdo ni vagamente las reflexiones que eso detonó en el inter del receso a la salida, lo que si recuerdo es la sensación de haber hecho algo de buena fe y sentir un agradecimiento bastante energético y genuino. No encuentro otras forma de describirlo. NO es algo que aprendí como tal, no es algo que reflexioné y esclarecí para mí, es algo que sentí y que sé que me marcó como docente y me hizo sentir feliz.

De J. no he sabido desde que pasó a cuarto grado. Quizás por eso lo evoco. Para encontrarlo por casualidad y preguntarle ¿cómo te ha ido?

Un no docente

Rodolfo Quintero Ramírez

Doctor en Urbanismo. Dedicó casi cincuenta años de su vida a la enseñanza artística y de la literatura. Profesor jubilado de la UdeG.

dr.roquira@gmail.com

Mi “experiencia docente” se limitaba a la que tuve en la Preparatoria 2, dirigida en aquel entonces por Juan Peña Razo. En dicha escuela el Contador Público Félix Vargas “docente” de Literatura Universal, por cierto actualmente desapareció la enseñanza de la literatura en el bachillerato de la universidad, me impartió su curso; pero, donde aprendí de manera más efectiva, que en todo el currículo del bachillerato, fue en el grupo de teatro que él organizó fuera del horario de clases, sin ninguna remuneración económica. Me convertí en un mirón de los ejercicios teatrales y de la puesta en escena de la obra de teatro que trabajaban para su presentación al final del ciclo escolar 1971 (entonces por anualidades). Aprovechando la cercanía le mostré unos poemas de mi autoría, en respuesta me pidió que redactara un monólogo teatral que incluso si yo lo redactaba, él mismo lo utilizaría como introducción a la presentación de su grupo. Cuando lo redacté se lo entregué, y luego me dijo, pues prepárese, usted lo va actuar. Convertido al teatro lo seguí a sus clases de teatro en el Centro de la Amistad Internacional, simultáneamente organicé un grupo de teatro en la Preparatoria 2, tarea en la cual él me apoyó. La organización extracurricular del grupo de teatro fue para montar mi obra experimental: *Sueño 1972 de una mente en descomposición*. La organización y enseñanza extracurricular fue mi primera “experiencia docente” y decente. La experiencia también definió mi concepción de la educación artística integral.

La segunda experiencia fue con niños en una escuela primaria del Salto, Jalisco, estos niños de la primaria me permitieron poner en práctica la concepción de la educación artística integral recién concebida. La oportunidad se presentó circunstancialmente, mi tía política, maestra de esa primaria, pidió permiso para ausentarse por una

semana. Cuando mi tía pensó, creo, que siendo yo alumno de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras, que mi carrera estaba orientada finalmente a la docencia. Fue hermosa la experiencia con los niños, ellos me enseñaron que tienen una poderosa imaginación, la cual, les permite dibujar a Dios mismo, cuando ningún ser humano lo ha visto. La concepción de educación artística integral que tenía en aquel entonces me permitió definir una “estrategia docente”: Primero les conté a los niños un relato literario; en segundo lugar, con colores básicos repartidos en tapaderas de refresco les pedía que elaboraran una pintura con sus dedos del tema que más les había gustado del relato; tercero, al terminar sus dibujos, les pedía que los compartieran explicando que habían dibujado a todo el grupo. En cuarto lugar los hacía participar en ejercicios de calentamiento teatral y baile. Quinto, montábamos en escenas partes del relato. La idea era integrar literatura, plástica, teatro, danza y música. Al despedirnos, como retroalimentación, los niños compartían al grupo que les había parecido la experiencia del día.

Luego mi tercera oportunidad vino, a mis 19 años, en la preparatoria número cuatro dentro del programa de Desarrollo de la Comunidad que se aplicó en la Universidad de Guadalajara. Allí me encontré enseñando teatro y en un taller literario. La estrategia de educación artística que implementé era simple, de tal manera, que los alumnos y las alumnas de la preparatoria podían reproducirla los domingos en talleres con niños con invitación casa por casa alrededor de la preparatoria (una actividad extracurricular por la cual no se recibía honorarios).

Esas experiencias, como en comercial no tenían precio, terminaron cuando me inicié en la docencia profesional y convencional cuando César Delgado joven director del Centro de Educación Artística del INBA me invitó a dar clases ordinarias de la enseñanza del español, la literatura y la sociología, por medio de las cuales empecé a recibir un verdadero salario. No pude acomodarme a la práctica docente tradicional porque era necesario tener resiliencia, mucha resiliencia. Me cayó como anillo al dedo la invitación a trabajar los fines de semana, en el programa de desarrollo de la comunidad en la preparatoria de Ciudad Guzmán, Jalisco. Los alumnos de dicha preparatoria pusieron en práctica los domingos la estrategia de educación artística en el

trabajo de extensión que se aplicó en varias comunidades aledañas a Ciudad Guzmán, trabajo por el cual no recibía ninguna remuneración, el director de la escuela preparatoria me compensaba dándome clases en asignaturas de literatura y español, con el tiempo incluso para reenterme, me tramitó un nombramiento de profesor de tiempo completo.

La maestría en Sociología con atención al desarrollo regional organizada conjuntamente por el COMECSO y la Universidad de Guadalajara, me permitió regresar a Guadalajara, entonces ya participaba en la organización social del FDLP, dicha organización me permitió seguir aplicando la estrategia de educación artística en las distintas comunidades de la zona metropolitana donde dicha organización trabajaba. Para mí fue más enriquecedor el ejercicio de la docencia artística que la docencia académica, a pesar de que esta última me dio de comer a mí y a mi familia. Aún sigo pensando lo mismo después de cuarenta años de docencia académica desarrollada, finalmente en la Facultad de Filosofía y Letras y posteriormente en el Departamento de Letras hasta mi jubilación.

En cuarenta años había pasado por el proceso de ser alumno de la Facultad de Filosofía y Letras a ser profesor de la misma. Cuando fui alumno de dicha escuela criticaba el trabajo de los docentes de la Facultad; pero me llevaría una sorpresa cuando se trasladó la plaza de profesor de tiempo completo de la escuela preparatoria de Ciudad Guzmán a la Facultad de Filosofía y Letras. El Dr. Rodríguez Lapuente inició el trámite, después de haberme invitado a dar cursos cuando era alumno de la maestría, que por cierto, él también dirigía. Terminé dentro del sistema académico y conservador que criticaba de alumno. Fui asimilado a la práctica docente tradicional, de vez en cuando intentaba regresar a la estrategia de educación artística que me gustaba. El curso de *Literatura mexicana y sus movimientos actuales* de alguna manera me permitió aplicar de nuevo dicha estrategia. Alumnos y alumnos con mentalidad académica conservadora veían rara dicha práctica; pero dado que era una asignatura no básica dentro del currículo de la escuela, la soportaban. En la asignatura de *Teoría Literaria* adopté el sistema académico tradicional de una manera rígida, justificándome porque dicha asignatura es de la currículo básico. En esa materia tomé

muy en serio el papel de académico, por cierto, cuando alumno, adjuraba en un poema mío que nunca cometería “la famayasada de ser un académico”. Al final terminé peor que los docentes que criticaba.

A los cuarenta años de docencia, mi resiliencia estaba agotada. La salvación me la ofreció la jubilación. En cuanto avizoré en 2019 mi cumpleaños 65 pensé en organizar mis últimos cursos de mi carrera docente, particularmente los de Teoría Literaria, en la que terminé como esclavo de la docencia académica conservadora. A mis últimos alumnos les comuniqué que mis cursos de *Teoría literaria* aplicarían el programa académico establecido; pero, en ellos no habría lecturas obligatorias, trabajos parciales ni finales, ni exámenes. Los del turno vespertino aceptaron y lo disfrutaron; pero siempre con la reserva de que apareciera por sorpresa un examen al final del curso y mis alumnos del turno matutino se desorientaron mucho, en su lenguaje “se sacaron de onda”. Los alumnos del matutino sí reaccionaron, ellos querían una clase académica como Dios manda. Hubo resistencia, tuve que explicarles que era mi último curso porque me jubilaría al final del semestre, no me creyeron. Hasta el final varios alumnos fueron rebeldes. Un alumno, el último día, se acercó y me dijo que no entendía porque andaba experimentando académicamente buscándole tres pies al gato. Él reprobó abiertamente mi propuesta.

Durante cuarenta años sufrí e hice sufrir; pero la jubilación me dio la oportunidad de encontrarme con exalumnos que reconocieron en mí un docente diferente. Si fui un docente diferente fue porque en mis cursos pude aplicar mi concepción de educación artística integral. El caso es que hoy, a pesar de todo lo negativo de mi trabajo docente, hay exalumnos y exalumnas del Centro de Educación Artística (CEDART Guadalajara), que me invitan a desayunar.

¡No abracés a tus alumnos!

María del Rocío Ofelia Ruiz

Doctora en Ciencias de la Educación. Académica de la Licenciatura en Educación Primaria en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato.

m_rocior@bcenog.edu.mx

Los maestros vivimos tiempos difíciles desde hace años. A lo largo de la historia los maestros habían sido objeto del reconocimiento social por la importante labor que realizan cada día, formando a las nuevas generaciones, tanto en el aprendizaje de habilidades como la lecto-escritura, las matemáticas y otras ciencias básicas, así como en la formación del carácter y las habilidades psico-sociales que preparan a los alumnos para su vida futura. Como lo mencionaba hace años aquel mensaje del gobierno en la radio: “En la escuela, segundo hogar de nuestros hijos, se les ayuda a formar su carácter”.

Los docentes que tienen ya muchos años desarrollando esta importante misión, recordarán que eran llamados “fuerzas vivas” de las comunidades; era una figura que se respetaba, se convertían en el brazo derecho de la autoridad y juntos trabajaban por el bien de todos. Los niños los apreciaban por considerarlos como la continuidad de los padres de familia y, de esta manera, la formación era un trabajo en conjunto sin que existiera un documento o ley que así lo estableciera, era algo aceptado por todos.

La sociedad en general desconoce o finge ignorar, que la responsabilidad con que la mayoría de nosotros ejercemos nuestro trabajo va más allá de impartir las clases en una jornada de trabajo, no cuentan las horas que pasamos en la planeación de las clases, la revisión de trabajos y hasta la atención que se presta tanto a los alumnos como a sus familias. Todo este tiempo no siempre se toma en cuenta para darle al maestro el valor humano que se merece.

Hablemos de la empatía. En nuestro país las muestras de afecto entre maestros y alumnos se habían visto como algo natural, no se pensaba mal si algún docente reconfortaba a un niño con un abrazo o una palmadita en la espalda cuando un trabajo o tarea estaba bien hecho o, por ejemplo,

cuando un niño sufría una caída y lo arrojaba para que le dejara de doler, ya que era más bien el afecto lo que el alumno requería en ese momento. Todo era válido, pues el papel del maestro iba más allá de ser mero transmisor de conocimientos, en momentos era médico, consejero y todo lo que se requería y se hacía sin tener que dejar de lado su papel de docente.

Debemos reconocer también el hecho que existieron docentes reprobables, que en lugar de muestras de afecto, utilizaron los castigos físicos, humillaciones públicas y, sobre todo, amenazas. Algunos se distinguían por ser exageradamente estrictos originando en los alumnos pavor al tenerlos como maestros. La injusticia era que pocas veces eran sancionados, de tal forma que ni los padres, mucho menos los alumnos, podían actuar contra de ellos. En cualquier clase se podía preguntar quién era el profesor más exigente o cariñoso y, sin duda, todos tendrían las mismas respuestas.

Hoy en día no son pocos los que piensan que el maestro no es un amigo de sus estudiantes, por lo tanto, el contacto físico no debe existir, pero ¿y si un alumno llora por una pérdida?, ¿si se accidenta y sangra su rodilla o su nariz?, ¿hasta dónde se le permite a un maestro tocar a sus alumnos?, ante la disyuntiva este tema se ha originado una paranoia a la que los docentes han llegado; el temor a las represalias ante una mala interpretación tanto de actos como de palabras los han obligado a dejar de lado una parte importante de la educación: la empatía y el afecto humano.

Por otro lado, también hay quienes opinan que por las horas que el docente pasa con sus alumnos y el trabajo hombro a hombro originan una relación de confianza. En este sentido, los niños necesitan la cercanía, sentirse aceptados por quienes ellos confían. Como maestro uno no puede volverse distante, por lo que una mano en la espalda no es un gesto que se deba sancionar, ni una reprimenda justificada daña la psique del alumno.

Se piensa que esta problemática sólo sucede en la educación básica, sin embargo, también se da en instituciones de educación superior, en este nivel educativo las muestras de afecto han sido prohibidas totalmente para evitar malas interpretaciones o situaciones de “acoso”, ante cualquier situación, no se debe perder de vista que los alumnos identifican cuando el contacto físico no les gusta y es desagradable, por lo tanto, se han modificado las reglas en prevención de situaciones que pongan tanto al alumno como al docente en situaciones en los cuales ambos salgan perjudicados.

En nuestra profesión nos acostumbramos a desarrollar la praxis de muchas formas acorde a lo que los estudiantes requieren, a veces de manera tradicional, otras tantas haciendo énfasis en el desarrollo pleno de los alumnos. En mi caso en particular, como formador de formadores dentro de una escuela Normal, he tenido como meta darles a mis estudiantes lo que necesitan en cada uno de los cursos que imparto, además como tutora y asesora metodológica, no pierdo de vista la parte que considero más importante en esta formación: tratarlos con el afecto que como seres humanos necesitan.

Estoy plenamente convencida que el trato humano va más allá de lo meramente situacional como maestro-alumno, el pensar en conjunto y empatizar con ellos, el tratar de entender su mente y su pensamiento de lo que se dice o se hace en la clase. Definitivamente es lo que hace la diferencia entre enseñar y educar. En este sentido, mi práctica se ha caracterizado por entablar relaciones de afecto en el proceso de enseñanza-aprendizaje, pero siempre dentro de un marco de confianza y respeto mutuo.

En las circunstancias actuales, la violencia ha sido frecuente en las diferentes instituciones educativas, tanto de maestros hacia los alumnos, como de estos mismos hacia sus profesores. Las instituciones gubernamentales se han preocupado por promulgar leyes en prevención de situaciones que denigren y/o lesionen tanto a estudiantes como docentes, sin embargo, y pese al gran esfuerzo que han llevado a cabo, la violencia se ha incrementado haciendo cada vez más difícil la labor educativa.

En mi centro de trabajo nos invitan a que no tengamos expresiones de afecto hacia nuestros alumnos, ni como maestra ni como tutora. Por un lado, estoy de acuerdo con ello, puesto que es por mi propia seguridad, sé perfectamente que no tengo permitido tocar y mucho menos abrazar a mis estudiantes, pero, ¿cómo no abrazar a mis alumnos que a sus veintitantos años se quiebran de dolor ante la irreparable pérdida de un ser querido?, ¿cómo no abrazar a aquella estudiante que con su cuerpo temblando de dolor y sus ojos llenos de lágrimas me confía que su padre la acaba de golpear?, ¿cómo no abrazar a mis alumnas cuando tienen miedo ante un embarazo no deseado y no saber qué van a hacer con su propia vida?, y, ¿cómo no abrazar a mis alumnos cuando han presentado con éxito su examen recepcional y su expresión es de inmensa felicidad?

No puedo ser inmune ni indiferente ante el dolor o la felicidad de mis alumnos, así como tampoco lo puedo plasmar en unas cuantas palabras. Es difícil cumplir la normativa establecida sin dejar de lado la empatía que tengo con mis estudiantes, es difícil despersonalizarse, ser fría e indiferente, dejar de ser yo misma ante la enorme necesidad afectiva que tienen algunos de ellos, es difícil no consolar cuando a veces lo único que necesitan es un abrazo que calme su tristeza y ansiedad, pero, también es difícil no abrazar a todos aquellos que sonrientes me comparten sus logros cotidianos o, que por fin, consiguieron ser maestros y quieren hacerme parte de su alegría.

Existe una línea muy delgada entre lo que se puede o no hacer, y es ahí precisamente que mi reflexión me lleva a cuestionar la normativa que dice (aunque no de manera textual) “el maestro no puede por ningún motivo tocar a sus alumnos”. Esta normativa me pide no tener relaciones de afecto con mis estudiantes. Debo preguntarme si conociendo el espíritu de las leyes y reglamentos para prevenir el acoso y también los riesgos que implica, si estoy dispuesta a afrontar las consecuencias de un abrazo dado en un momento determinado, en dar una palmada de felicitación y hasta propiciar los gratos momentos que se pasan en el aula, cuando la clase se convierte en un espacio de aprendizaje, confianza y amistad, que va más allá de una simple transmisión de conocimientos.

Considero que dentro del compromiso moral que tenemos los maestros, está incluida la responsabilidad de ser sensible ante lo que sucede alrededor. Año con año las aulas se llenan de estudiantes que se vuelven inolvidables por su forma de ser y, por el trato que les dan tanto a sus compañeros como a sus profesores, la cotidianeidad hace que esa jornada de trabajo sea placentera y llena de satisfacciones tanto para los alumnos como para los docentes.

Reconozco el gran compromiso que tengo hacia la sociedad, y es precisamente eso lo que me ha convencido de que no podemos ser inmunes ante el dolor humano, pero, sobre todo, quiero dejar en mis alumnos la mejor herencia que les puedo dar como su maestra: motivarlos a ser los mejores en lo que hagan con sus propios alumnos, porque al paso del tiempo sólo seremos recordados por nuestros actos.

Abre la ventana

Maira Cabrera Gaitán

Licenciada en psicología. Docente y orientadora de la Escuela Secundaria General núm. 87 “Juan Rulfo”, colonia el Sauz, Guadalajara, Jalisco.
mairafinisima@gmail.com

El recreo es una escena tan dinámica y viva, que contemplar todos sus momentos es como leer varias historietas animadas a la vez. Cuando estaba en kínder, solía sentarme en una banca que me parecía interminable y alta, me gustaba estar ahí, por dos cosas, primero, porque estaba cerca de la capilla y eso me daba seguridad, debido a que pensaba que Diosito estaba justo ahí (ya más tarde me concienticé de eso) y segundo, porque desde ahí, veía una puerta en forma de arco, con una pequeña ventana de cristal grueso y opaco, la cual nos separaba, supongo por seguridad, de los patios para alumnos más grandes; esa entrada me parecía espectacular porque por ahí llegaban personajes no habituales, algunas mamás en busca de sus hijos, que por su expresión se podían clasificar en, la que llamaron porque que se cayó el niño, que se enfermó o el que se portó mal, con el propósito común de hablar con las maestras. También algunos hermanos mayores nos visitaban para darnos algunas monedas o comida. En especial recuerdo la hermana de un niño que se puso fúrico al grado que rompió el cristal con el puño porque se quería ir con ella, me pareció una conducta muy distinta a la mayoría, en él pude observar las mejillas rojas, los dientes apretados y la nariz con un guiño muy marcado, estaba como el hombre verde –pensé, su mirada se veía sólo hacia un punto, pude ver, cómo a pesar de una herida ensangrentada y profunda, lloraba entre gruñidos, más por rabia que por dolor, a él ya lo había visto en otras ocasiones con esa característica falta de regulación, solía ser el victimario de otros niños tan introvertidos y solitarios como yo, sin embargo, la que acaparó mi atención está vez fue la hermana, quien reaccionó, todo el tiempo calmada, afrontando la tempestad con toda prudencia, me pareció que ni un cabello se hubiese salido de su coleta,

afrontó el forcejeo entre la maestra y su hermano, tratando de tranquilizarlo, su mirada estaba puesta en el rostro desorbitado del niño, a quien trataba de tomar por los hombros y tocando su pecho con la palma de su mano, como una invitación a respirar, cuando vió tamaña cortada y sólo entonces, expresó con temple, a la docente pidiera ayuda, mientras se quitó su suéter tinto para tratar de envolver el brazo de su hermanito, su único propósito, todo el tiempo se evocó a calmarlo y socorrerlo.

Todos los días a la salida del colegio nos cruzábamos al consultorio de mi papá, entre paciente y paciente, le platicaba lo más importante de mi día, esa ocasión sólo pasaba por mi cabeza esa escena, la reacción del niño quien caprichosamente quería cruzar el semicírculo de cristal y su hermana haciéndolo entrar en razón con esa intervención en crisis, a la que hoy nombro empatía.

Mi hermana del segundo patio, también llegó a visitarme algunas veces, el recuerdo más nítido fue a causa de un niño bully que le ponía apodosos y la hacía llorar por lo que pidió ir conmigo.

En general, me gustaba estar sola, me parecía que el tiempo me rendía más, a veces contemplaba las hormigas, recuerdo hacer en mi mente algunas preguntas y afirmaciones como: ‘las rojas que pican son malas, sin embargo, entre ellas se ayudan, son muy fuertes’, luego, ‘las negras son ordenadas, veloces y silenciosas, seguro Dios las hizo, por eso se meten a la capilla’. También observaba rondas de niños entrelazando sus pequeñas manos, dirigidos por la maestra Angélica, (me gustaba pasar desapercibida, para que no me invitaran a jugar con ellos), otra tribu probaba habilidades de rapidez, equilibrio y un sinnúmero de destrezas, (de esos había que cuidarse porque sin querer podían tirar tu agua o sándwich), mientras que unos solían platicar en un rincón, compartiendo lo que encontraban en sus loncheras (en esta época, y en la escuela dónde laboro, esta especie está en peligro de extinción, porque cada vez más mamás trabajan, les dan dinero para comprar o, de plano, porque no hay ni para eso).

Ahora como maestra tengo la fortuna de seguir gozando el recreo y cuando suena el timbre, abro la puerta o miro por la ventana, ya con la conciencia, propósito y empatía que la psicología me ha com-

plementado, soy testigo de las historias que se tejen de grandes alumnos que han pasado por los patios, escenario de tantas obras.

En particular por esa ventana, tan pronto se escuchaba el timbre del recreo, solían asomarse unos grandes y redondos ojos, con sobrepoblación de pestañas, tan chiquito que tenía que pegar un brinco para poder alcanzarme a ver, y luego de que coincidimos la mirada, con una sonora risita se iba corriendo sin parar el muy travieso, sin duda alguna, había una conducta peculiar y tarde o temprano, el más chaparrito de primero de secundaria, sería derivado conmigo a Orientación educativa, pensé y así fue, prefectura me dió parte de la queja de algunos maestros, la cual en resumen se podría clasificar en los tres grandes pilares del TDAH, inatención, hiperactividad e impulsividad. Para realizar un buen diagnóstico nosológico, cité a su mamá y me dijo que el pequeño tenía un cuate, que por cierto, dijo ella, era el gemelo tranquilo, con el fin de abrir el panorama y ganar empatía, inicié también algunas entrevistas con Pedrín quien me confirmó la aseveración de la señora, un niño racional, tranquilo y ecuánime, además de sobresaliente en su grupo, mientras que al aplicar una batería psicométrica muy básica con Serhat me corroboró con su lenguaje corporal su hipermotricidad, sus pequeños lapsos de atención terminaban con franco y expreso aburrimiento, luego de un corto rato intentaba voltear la entrevista, la cual tenía que redirigir más de una vez.

Entre las vivencias que los hermanos preadolescentes me platicaron, cada uno, con su perspectiva, pude darme cuenta que en su primera infancia, un tío con discapacidad en sus piernas los cuidaba, que el padre era alcohólico y que algunas veces Serhat era su lazarillo, lo había enseñado a manejar con ese fin, pequeño chofer designado, que ya empezaba a probar cerveza...

Una de las tareas que le dejé, fue asistir a un doble AA, le dicté algunas preguntas, que haría a uno de los asistentes, el resultado obtenido, –me lo narró la siguiente vez, el señor qué le respondió las preguntas le dijo que había iniciado a tomar por curiosidad, justo a la edad de él, que su padre también lo hacía y que ya no había podido salir ileso de esta situación, Serhat me dijo que le pareció conocido ese relato y entendió mi cometido.

Para hacer la remisión le expliqué a su mamá que un Déficit de Atención no tratado, sumado a una área familiar cercana a problemas sociales puede convertirse tarde o temprano en una adicción, o un problema mayor con conductas desafiantes y oposicionismo. Convencida la señora responsable fue al hospital, para que su hijo fuera tratado por un neuropediatra.

La conducta de Serhat mejoró así como su desempeño escolar, sin embargo, meses después, mi compañera de trabajo social me hizo saber que el chico había incurrido en una falta de disciplina muy grave, una madre de familia muy molesta “denunció”, que su niña abrumada le había contado que él se había exhibido ante ella, no me cuadraba de momento que él pudiese llegar a esto, mucho menos veía en el rostro de la niña algo construido; por falta de control de impulsos, buscaba yo la causa, hablé con Serhat, apaciblemente me dijo que sí lo había hecho, y no leía yo en él vergüenza, ni culpa, revise su historial entre las entrevistas con Pedrín y había subrayado que estuvieron al cuidado de un tío así que decidí profundizar en ese dato, fue entonces que el gemelito, me contó que el adulto les expresaba afecto con caricias en sus piernas, ya que él no sentía, les mostraba como no podía moverse y era la persona más cercana que ellos tenían en esa etapa de su vida, puesto que sus padres trabajaban todo el tiempo.

El director me dió la instrucción firme y clara de que Serhat no podía estar más en la escuela, no era mi papel dar de baja, sin embargo, no podíamos dejar pasar algo así, menos con la presión de los padres de la alumna. Cité a la madre de familia y le comenté los hechos, mencioné el tema del tío que describió Pedrín, ella cambió su expresión, sus ojos voltearon de lado y hacia arriba, rebobinando en su mente hechos con su hermano, con el que decidió más nunca acercarse, porque quiso comprobar con ella si tenía sensación alguna, todo cuadró entonces, Serhat tenía un vago recuerdo y su actitud era algo aprendido.

En la última entrevista, los gemelos y su mamá reconstruyeron el recuerdo y enlazamos la conducta inapropiada del preadolescente con las que su familiar había ejercido en ellos, para concientizar que no eran normales ni apropiadas, entonces le dije que tenía que aplicar el

reglamento escolar, pero que no quería marcar para mal su vida, sino que el cambio de escuela, fuera un parteaguas para que él pudiese mejorar, que me hubiera gustado ser testigo de todos los logros que él tendría.

Hay otro tipo de ventanas en nuestro mundo ahora, la tecnología nos da la oportunidad con las redes sociales, de abrirlas, y efectivamente he sido testigo del parteaguas en Serhat, quien a través de mensajes me va compartiendo sus logros y éxitos, su licenciatura, su maestría, su matrimonio (una muy linda familia), su primer casa y el apoyo que ha brindado a sus padres.

Compartirte las vivencias de este singular y exitoso alumno, es una invitación para que abras tu ventana y veas el panorama real de las vidas de cada uno de los niños que juegan en el patio, en sus caras y expresiones encontrarás la forma de iluminar su camino, tu empatía y paz, pueden cambiar con pequeños destellos su rumbo.



Naty

David Lozano González

Maestro en Investigación Educativa. Profesor en escuela secundaria y en la Escuela Normal Superior de Jalisco.

david.lozano@ensj.edu.mx

Cuando escuchamos que la droga la estaban marcando, lo primero que pensamos fue que teníamos algo nuevo, nunca visto, es decir, no nos sorprendía saber de la presencia de grupos delictivos y su relación con los y las jóvenes, más bien, nos alarmamos porque no sabíamos cómo interpretar o qué hacer ante algo nuevo.

Naty perteneció al último tercero de letra “D” en mi secundaria, la crisis en la matrícula ya había pegado en el turno vespertino y comenzó a manifestarse en el matutino, su composición daba cuenta más de la urgencia por sumar estudiantes y justificar un cuarto grupo. Como es sabido, los criterios administrativos poco tienen que ver con la psicopedagogía o las necesidades de las familias.

Mi escuela ha sido receptora de aquellos y aquellas que no tienen cabida en una primer escuela, es decir, que han sido señalados como “jóvenes problemas”, sin embargo, detrás de cada conducta disruptiva o repuesta no convencional hay una historia; son reflejo de rechazos, abusos y carentes de atenciones, tanto de la sociedad, la familia y las instituciones. Voy a generalizar, pero, lo que ha caracterizado la respuesta escolar es la contención. Nuestra secundaria sigue siendo una mezcla de constructivismo teórico, con autoritarismo práctico.

Naty era líder, si algo podíamos conseguir de ese temido grupo era su apoyo. Le gustaba convivir y hacer “cosas de jóvenes”, la escuela le representó un lugar para charlar, reír, bailar y jugar, si la literatura señala que lo primero que aprenden es a convivir, luego, vendrá el aprender, con Naty, la fórmula “pegó” ya que no había alma en la secundaria que no la conociera, desde los chavitos y chavitas de primero, le seguían los segundos y, obvio, sus pares de tercero. Queríamos comprender algo que sucedía con algún chico(a), podíamos platicarlo

con ella, no “rajaba o ponía dedo”, más bien su frescura y temperamento nos daban pistas importantes.

Mapear las violencias en la escuela ha tenido diferentes criterios, atienden a un momento y lugar donde los actores, las fuerzas e intereses son diferentes, ya dije que estábamos por comenzar una nueva época donde el territorio fue reconfigurado, es decir, ya no era la época de las pandillas, donde aún en pugna, cada bando sabía del rival en términos de coexistencia. En otras palabras, sabíamos que vendían droga más de dos “dealers” y hasta allí quedaba el asunto.

Teníamos sospechas de que los grupos delictivos tenían rutas, lugares claves e integrantes distribuidos, cuya presencia era conocida y tolerada con cierta violencia y con sucesos muy lamentables, sin embargo, las coordinadas comenzaron a moverse hacia el control absoluto del territorio y del aniquilamiento del rival. El mensaje que replicaron fue escalofriante; que droga encontrada sin el sello de la plaza, equivale a una sentencia de muerte. Cuando lo escuché, el chico lo dijo con llanto, pero fue un llorar sin gemir, sin sollozar, simplemente lagrimear y sentir algo. Estaba por venir lo peor.

Naty lucía hermosa, maquillaje discreto y pelo suelto, atenta, era puntual, luego, algo fue roto, la pesadilla del consumo, los labios con marcas del *cristaleo* y pasajes de delirios y persecución. El llorar por ratos. Lo entendí de porrazo, ahora, las drogas son más duras y enganchan rápido. Ya no son sólo el probar por experimentar o vivir un exceso, ahora, se juega la dependencia y la vida desde la primera dosis. La sombra de la plaza ya acechaba, esa figura que ha encontrado en los y las jóvenes un mercado, mano de obra, un ejército y sus víctimas.

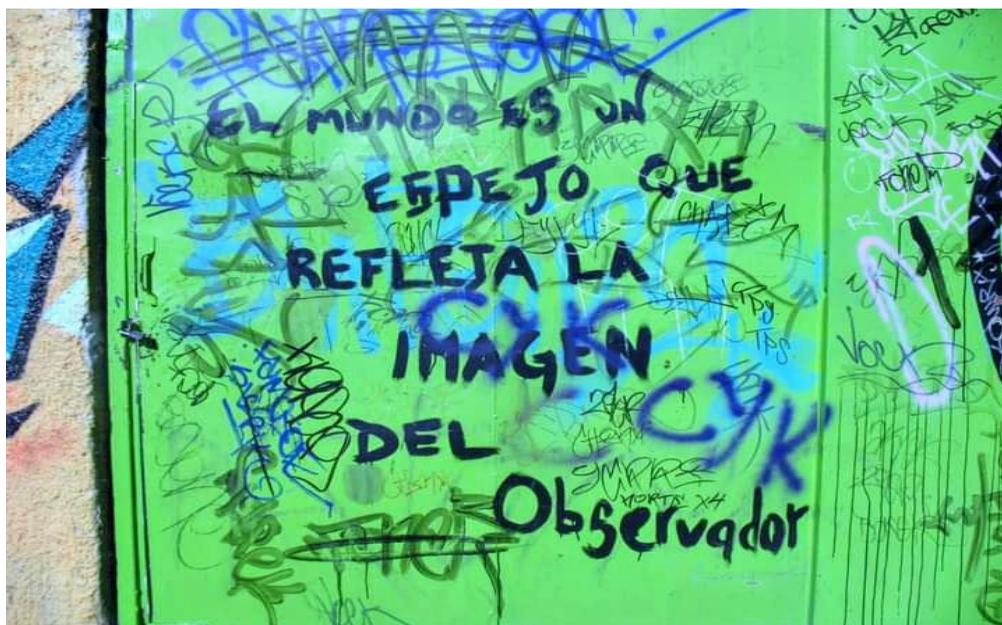
La expresión de enviar a “distancia” a los y las estudiantes no data del COVID y el cierre de escuelas, ya era utilizada desde tiempo atrás y es una contribución al diccionario de los eufemismos escolares y la doble moral. Llegamos a un punto cero. Ya no había lección de Cascón por aplicar, el ganar-ganar no existe en estas condiciones. La familia sabía del consumo de su hija, Naty reconoció que ya hacía labores para la plaza, era capaz de trasladar mochilas, llevar recados, hacer de vigía, a su vez, comenzó a invitar a otras chicas de la escuela a su casa.

Era insostenible su presencia en la escuela ante la mirada de las autoridades y las familias, la intervención educativa siempre ha tenido límites, además, ¿quién quiere pisar Ciudad Niñez, solicitar certificados médicos o buscar un Ministerio Público? Naty fue enviada a distancia para concluir su tercer y último año, de paso, atender su adicción.

Naty regresó un par de veces a la secundaria, su aspecto demacrado y la ausencia de cabello en ciertas zonas daban cuenta de las crisis por las que pasaba. Caminó por los pasillos, charló y bromeó, alguien le contó que vivió algún abuso dentro de la escuela, a lo cual, ella prometió reparar y poner fin al maltrato. Por días, cundió el rumor de que iban a “levantar” a alguien. Afortunadamente en eso quedó. La generación egresó, algunos jóvenes nos visitaron con sus esperanzas a cuestas, supongo que “algo” les recuerda la escuela, me imagino es un asidero. Ya no nos autorizaron un cuarto grupo en el siguiente ciclo.

De Naty poco supe después, hay quien me platicó que ya no pudo y decidió partir, de nuevo, ese llorar sin sonidos, sólo sentir. Yo le contesté que ella anda conociendo lugares y personas, que es muy probable que la veamos en un parque, la biblioteca o el salón de clases. Que ella estará en lo mejor que dan los y las jóvenes a la humanidad, me refiero, a la posibilidad de construir y buscar alternativas. Que algún día, alguna calle llevará su nombre y no como la de Fidel Velázquez, que García Barragán será sustituido en la Rotonda por ella o por otros jóvenes brillantes.

Es sábado y me toca acompañar a mi hija a la psicoterapia. Su terapeuta alguna vez me platicó que egresó de mi secundaria. Hicimos un recuento muy rápido de su transitar en esa etapa. Recordó docentes y sucesos. No la conocí en ese entonces. Siempre me interesa preguntar si les gustó esa escuela, para fortuna, dijo que la recuerda con agrado, igual, siempre salgo con el (mal) chiste de reconocerles que, ante lo vivido, es notable que el rencor no aparezca, en este caso, sólo arranqué una leve sonrisa, y el comentario contundente de que no tiene porque mentir. Sin duda, estoy ante una profesional de la salud emocional y aliada para luchar contra las violencias.



Mis maestros y mis alumnos inolvidables

Silvia Ruvalcaba Barrera

Doctora en Educación. Académica jubilada de la Universidad de Guadalajara.
silvia.rbarrera@academicos.udg.mx

Por respeto a su privacidad no escribiré los nombres, pero están en mi mente y en mi corazón. A la mayoría los recuerdo con cariño y admiración por los conocimientos y las enseñanzas que me legaron. A otros, los menos, los recuerdo por su ineptitud y porque su ejemplo me enseñó a no ser una docente como ellos.

Mi primer maestro fue mi Papá, él me enseñó habilidades para la vida, un poco de carpintería, albañilería, agricultura y tecnología de alimentos. Desde la infancia aprendí a ordeñar cabras para tomar leche caliente, castrar cerdos, siempre consultado las fases de la luna, cultivar hortalizas, cazar y atrapar animales del campo como fuente de proteína y sacrificar cerdos para elaborar chicharrones y carnitas. Sus sabias consejas las pongo en práctica cada vez que tengo la oportunidad.

En mi educación formal, de la primaria, me acuerdo de la maestra de segundo año, morena, bajita de pelo largo y muy oscuro. En ese entonces y gracias a esa maravillosa maestra nació mi amor por la lectura, todos los días leíamos y leíamos.

En secundaria, sin duda alguna mi mejor etapa escolar, de todos y cada uno de mis maestros obtuve grandes enseñanzas, mis maestras de español, fortalecieron mi gusto por la lectura y la correcta escritura, guardando las reglas de sintaxis y ortografía. Mis maestros de ciencias naturales fueron grandes personas que me abrieron el panorama de las ciencias biológicas y experimentales. A mis maestras de la formación de secretarías, les debo mi habilidad para la mecanografía, puedo escribir rápidamente sin ver el teclado y utilizando todos los dedos de ambas manos. Todos los buenos cimientos de mi formación profesional se construyeron en esta etapa y gracias a mis queridos maestros.

En la preparatoria se consolidaron mis competencias básicas, pero quién, de verdad me impactó, fue mi maestro de etimologías gre-

colatinas del español en primer semestre; Cuando te enseñan el origen de las palabras con tanto entusiasmo, con tanta pasión y te asignan tareas como analizar un libro completo y encontrar las raíces griegas, latinas, árabes y náhuatl de las palabras, terminas amando u odiando al maestro. Yo amé la materia y amé al maestro. Lamento mucho que esta asignatura se haya eliminado de los programas educativos.

Debido a que la época en que cursé la preparatoria, el programa de bachillerato era por adiestramientos, establecido durante la reforma educativa del 1972, cursé el adiestramiento en pedagogía que incluía las asignaturas de Etimologías II, Biología II, Botánica y Zoología además de Historia de la Ciencia, Historia de la Educación, Didáctica, elaboración de Material Didáctico y Didáctica de la Biología. Esos maestros fueron los responsables de que yo amara la docencia. Cuando practicaba con mis compañeros o con estudiantes de secundaria, identifiqué mis habilidades docentes, observé que era capaz de comunicar y lograr la atención de los demás.

Hasta quinto semestre de preparatoria, yo pensaba que estudiaría Filosofía y Letras, pero entré en un dilema filosófico y nunca encontré la respuesta a mi pregunta de ¿qué es el ser?, entonces con mis bases en ciencias biológicas y el aprendizaje de campo con mi Papá, yo hubiera estudiado biología, pero esta licenciatura se fundó en la Universidad de Guadalajara hasta un año después (1980), y estudiar en la única institución que la ofertaba, Universidad Autónoma de Guadalajara, para mí y para mi familia, no era opción. Entonces, siguiendo a una gran amiga, que no ingresó porque se casó y se fue a vivir fuera de Guadalajara, cambié mi solicitud a Medicina Veterinaria y Zootecnia.

De mis profesores de la Facultad de Medicina Veterinaria resalto a mi gran maestra y mentora, la entonces jefa del Departamento de Ciencias Básicas, de ella aprendí la responsabilidad, el respeto, el trabajo en equipo y la disciplina. Yo trabajaba en el laboratorio de bromatología, realizaba el análisis proximal de alimentos para animales e integraba el reporte, éste se imprimía y se firmaba por la jefa, si los resultados se salían de los parámetros considerados como normales lo más seguro es que me mandaran a repetir el análisis, así que antes de que esto ocurriera, y si veía que mis resultados no eran satisfactorios,

siempre hacía el análisis por triplicado. Mi maestra y mentora fue quien me brindó la oportunidad de iniciar, primero como prestadora de servicio social, luego como técnico académico y como maestra suplente.

Otro gran personaje de mi formación profesional fue mi maestro de clínica de aves, quien a la postre fue el padrino de nuestra generación. Él nos enseñó de manera muy práctica el cálculo de las dimensiones de las instalaciones. Conociendo la medida de la amplitud de nuestro paso o de nuestra mano abierta (cuarta), podríamos estimar la distancia entre postes y posteriormente con el número de postes, calcular las medidas aproximadas de equipo e instalaciones avícolas. Este profesor tenía dos palabras que todavía suenan en mi recuerdo, esas palabras eran: ¡pues pregunte!

Pero también me acuerdo de otros maestros, de los cuales aprendí a no imitarlos, sin duda alguna, buenos profesionistas, pero con grandes limitaciones como docentes y como personas. Por ejemplo, el que nos impartió bioestadística y administración agropecuaria, nunca le cuadraban los números, sus clases eran aburridas y siempre terminábamos o dormidos o saliéndonos del salón. Otro, el que retiraba las etiquetas de los medicamentos que aplicaba porque creía que los alumnos que él formaba, algún día serían su competencia en el campo laboral. Uno más que cuando le preguntábamos el tratamiento para tal o cual patología canina, nos respondía: “un antibiótico, hay muchos”. Y el maestro que todo el curso se la pasó narrando sus aventuras de cacería y que al final del ciclo para calificar preguntaba: ¿usted cuánto cree que merece?

Cuando cambié de rol, y a través de 33 años de docencia viví muchas experiencias, algunas frustrantes o dolorosas y otras muy satisfactorias. La primera asignatura que impartí fue método estadístico, como muchos maestros cuando iniciamos, carecía de información y formación suficiente, recuerdo que cuando me invitaron a impartir la clase recorrí la calle López Cotilla, hojeé cada uno de los libros de estadística, bioestadística y métodos estadísticos disponibles en las librerías, hasta que encontré uno que explicaba los problemas paso a paso, como el “hágalo usted mismo”. Ese fue mi libro de cabecera por muchos años.

De mis estudiantes he recibido grandes satisfacciones, que me llenan de orgullo, en todos los casos los estudiantes superaron al maestro, tengo muchos ejemplos; el caso de una excelente alumna que siempre manifestó su gusto por los bovinos a quien tuve el honor de dirigir su tesis de licenciatura, en 1998 trabajamos en un proyecto para identificar adulterantes en leche bronca, desde hace más de veinte años trabaja de manera destacada en la calidad de la leche y sus derivados.

Uno más, alumno que cursó la asignatura de métodos estadísticos conmigo, estudió la Licenciatura en Biología, es un gran defensor del medio ambiente, estudió una maestría, actualmente es docente de la Universidad de Guadalajara, presidente de la Asociación Civil, Biólogos Colegiados de Jalisco, miembro de la Red de Docentes de América Latina y del Caribe, cineasta y divulgador de la ciencia con varias publicaciones científicas.

Otro, un gran estudiante, líder estudiantil, presidente de la sociedad de alumnos de la División de Ciencias Veterinarias, es un magnífico especialista en la calidad de alimentos de origen animal, con destacada trayectoria en el Servicio Nacional de Sanidad, Inocuidad y Calidad Agroalimentaria (SENASICA) y en el Área de Extensionismo y Capacitación Rural como secretario técnico de la Dirección General de Fomento Agropecuario y Sustentabilidad de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural en Jalisco. Coordinó la carrera de Medicina Veterinaria y Zootecnia en el Centro Universitario de los Altos. Es productor y empresario agropecuario docente en la Universidad de Guadalajara.

Y de las anécdotas divertidas, en enero, yo les llevaba una rosca de reyes para partirla terminando la clase, y como sorpresa, les otorgaba puntos acumulables para el siguiente examen parcial a los que encontraban al niño. En esa ocasión, cuando les solicité el niño a quienes lo encontraron, este alumno que afirmaba que los jitomates eran rojos porque tenían mucha hemoglobina, se puso rojo como jitomate y confesó que se había tragado al niño porque no quería colaborar para los tamales.

El caso de otro destacado profesionista, cuando realizábamos prácticas de la materia de Higiene y Tecnología de la Leche, este

alumno siempre manifestaba un muy buen apetito, en una ocasión, cuando le dije que el suero de quesería era sabroso y nutritivo, este joven ingirió más de un litro de suero de quesería, pero por la elevada cantidad de lactosa, le fue difícil de digerir y en consecuencia presentó problemas gastrointestinales. En este mismo estudiante influyó de manera positiva para que se dedicara al estudio de la conducta animal. Actualmente es un gran entrenador y empresario en el ámbito de pensiones y hotelería para perros.

Conocí y apliqué la tecnología en la docencia, desde las copias en estencil, los acetatos y retroproyectors, las diapositivas, que yo misma elaboraba tomando la foto del monitor de la computadora, usaba las televisiones como monitores y conectaba la computadora con cable de super video, luego el proyector y las pantallas LED. Desde los pizarrones de gis, los rotafolios con papel manila, los pintarrones caseiros elaborados con un vidrio pintado, hasta los pizarrones blancos, los pizarrones electrónicos y los teléfonos inteligentes.

Aunque todavía me considero con capacidades suficientes para seguir ejerciendo, decidí jubilarme hace cinco años porque ya percibía una enorme brecha generacional. Siento un gran orgullo y satisfacción por mi ejercicio profesional en la docencia y en la higiene y tecnología de alimentos. Agradezco infinitamente a mis maestros, a mis alumnos y a mi institución por las incontables satisfacciones, reconocimientos y alegrías que recibí como docente de la Universidad de Guadalajara.



Estudiantes sensibles en un mundo cambiante: la escuela se desordena

Blanca Estela Galicia Rosales

Doctora en Ciencias de la Educación. Docente de la Escuela Secundaria 602 “Juan Rulfo” en el Estado de México.

blanquitagalicia@yahoo.com.mx

Hay algo especial en el mundo de la vida de quienes nos concebimos docentes, tal vez sean nuestras constantes preocupaciones que tienen que ver con lo que nos pasa cotidianamente, pero también con lo que pasa en la escuela, con los estudiantes, con sus padres y tutores y con su mundo.

En muchas reuniones de Consejo Técnico Escolar, la mayoría de docentes que colaboran en la secundaria, planteaban con preocupación las múltiples situaciones que se viven día con día con los adolescentes: la manera de convivir a partir de expresiones violentas, el despertar sexual mediado por las redes sociales y la apertura informativa de la internet, las modas y los modos copiados de *influencers* y *youtubers* que permean el modo de hablar, la vestimenta, el maquillaje, la alimentación y, en algunos casos, sus preferencias sexuales.

Ante estas situaciones complejas develadas, se pidió la propuesta de alguna estrategia que pudiera combatir esta realidad. Los orientadores propusieron vigilar la entrada y salida, hacer guardias en los descansos, evitar la salida a los estudiantes entre clases, cuidar los baños, poner cámaras, prohibir las manifestaciones afectuosas entre parejas, ante todo esto pensé en que nuestra escuela se había convertido en un espacio de vigilancia y castigo tal como lo había manifestado Michel Foucault (2002) y que ahora se materializaba en una secundaria. Protesté por tantas restricciones argumentando que el estudiante puede ser acompañado en todo eso que le va pasando y de ese modo abrir sus horizontes de comprensión ante el mundo que le rodea, y que los docentes tenemos el compromiso de contribuir a la formación del pensamiento crítico y de la sensibilidad.

Las propuestas fueron votadas y se implementaron las acciones de los compañeros orientadores, así que asignaron las guardias, tres veces a la semana por cada docente en distintos espacios de la secundaria y la función a desempeñar era policial, se limitaba a vigilar que los estudiantes no hicieran las cosas prohibidas y en su caso turnarlos a la dirección en donde serían sancionados. Para vigilar que los maestros cumplieran su tarea, pasaba todos los días el secretario de la escuela, con su hoja de reporte para que el docente firmará y quedara la evidencia.

Ante estas inminentes medidas, me resistí a ser policía y como no quedaba otra, porque se había llegado a un acuerdo que había sido avalado por una mayoría, pues no había otra opción que echar a volar la imaginación y, pensé para mí misma: *no voy a hacer una guardia sino que voy a observar lo que ocurre en el contexto escolar, no voy a vigilar a los estudiantes, los voy a acompañar y no turnaré a la dirección ningún caso sin antes dialogar, a menos que algún estudiante sea violentado, corra riesgos inminentes o haya tenido algún accidente que lo ponga en peligro.*

Estas resistencias provenían de las ideas de Freire (2016) en el libro *Maestro sin recetas. El desafío de enseñar en un mundo cambiante*, en el que dice que tanto educadoras como educadores deberán mantenerse inmersos en las experiencias concretas e históricas de los estudiantes, es decir mantenerse cercana a ellos, para reconocer de dónde provienen sus movimientos como sujetos en el mundo y hacia dónde van. A partir de ello entendí que ser vigilante me excluía de la experiencia concreta e histórica y por ello decidí permanecer inmersa.

Desde esa cercanía narraré lo que aprendí de los inolvidables estudiantes de secundaria. Me di cuenta que, aunque los docentes pretendían vigilar en los recesos escolares mientras comían, los estudiantes se acercaban para conversar, lo cual era inevitable porque a los estudiantes les genera una gran fascinación hacerles preguntas a los docentes. Un día mientras desayunaba, se acercó una niña y me dijo: –cuando regresemos al salón, en su clase ¿nos deja escuchar música?

Le pregunté ¿qué música te gusta? Ella dijo que los *corridos tumbados* y yo le dije que los había escuchado en diferentes lugares,

pero que no conocía muy bien este estilo musical, ella comentó que se trataba de música muy buena, que se bailaba como se baila la banda o sea muy abrazados y que quienes cantan lo hacen combinando el corrido con el *hip-hop* y el *reggaeton*. La niña llamó a otros dos estudiantes que sabían más del tema y pusieron en su celular música que hablaba de excesos en el consumo de objetos, de fiesta, de relaciones de pareja y hasta de la vida sexual, dijeron que sus preferidos eran Natanael Cano, Junior H, Peso Pluma y otros más que no recuerdo. Les dije que en clase conversaríamos acerca de sus inquietudes musicales.

El lapso en el que los estudiantes se fueron y yo terminaba el desayuno, pensé en que los medios de comunicación ponen al alcance de los adolescentes el contenido que desean difundir, para que presten mayor atención a las canciones que desbordan sus sensaciones al cantar temas aparentemente disruptivos, pero que en esencia están permitidos porque aparecen como contenido público y por la cantidad de reproducciones y de likes, se puede mirar la emergencia de una cultura del *tumbado*, es decir, de lo que se narra desde la calle, de los deseos capitalistas y en ocasiones hasta sexuales, con este tipo de canciones, expresiones y moda, las sensibilidades de los estudiantes se van modificando y se van visibilizando en sus actitudes, valores y modos de asunción como sujetos en ese mundo cambiante.

Así que lo que aparentemente es nuevo y disruptivo, no lo es porque está puesto a la visibilidad de una sociedad en la que se muestra como un producto de mercado, que se consume y se distribuye (Rancière, 2000) probablemente como un mecanismo para pasar inadvertida la realidad circundante que afecta a la humanidad como el deterioro ambiental, la pobreza, la falta de agua en el mundo, el consumismo y muchos otros más que afectan, pero que no son visibilizados con la misma potencia que los corridos tumbados.

Cuando ingresamos a la clase de Historia, los estudiantes insistieron en que pusiera música en la bocina con la que regularmente escuchamos el audio de los videos de Historia, fue entonces que acepté y sugerí que cada una de las mesas pidiera una pieza musical.

En consenso una de las mesas seleccionó un corrido tumbado titulado: *Porte exhuberante*, los estudiantes en su mayoría cantaban,

me detuve a escucharla y me llamó la atención la manera en la que el cantante posiciona a un sujeto masculino que tiene para comprar un reloj Rolex con diamantes, que se reúne con otros jóvenes que fuman y consumen sustancias para estar *pasaditos* y agarrar valor para andar en el jale, refiriéndose a actividades de narcotráfico. De pronto tuve la sensación de estar ante la producción de un discurso que da origen a la asunción de nuevas subjetividades en los adolescentes, por ello la necesidad de tatuarse, de usar joyería llamativa o de llamar a los demás vatos o raza.

Vino a mi mente otra de las prescripciones de la escuela que indicaba que no podemos escuchar este tipo de música en las aulas por promover actitudes y situaciones que ponen en riesgo a los estudiantes, sin embargo, creo que como docente tuve la oportunidad de acercarme en esta ocasión hacia un estilo musical que escuchan los estudiantes y que me hizo pensar, indagar, criticar y mantenerme inmersa en las experiencias concretas e históricas de los estudiantes (Freire, 2016). Esta situación me ha llevado a comprender no sólo la vida de los estudiantes, sino también de las familias quienes hacen de este estilo musical un modo de entender el mundo y de sentirlo.

Pensaba en que una de las vías para que los estudiantes puedan amplificar sus gustos musicales, era poniéndolos ante otro tipo de música que le lleven a gozar de otras armonías, melodías, ritmos y letras. movilizar el pensamiento crítico que aparece en la Nueva Escuela Mexicana como un eje articulador que posibilita la formulación de preguntas, la emisión de juicios que ponen en duda lo que ven y sienten, la asunción de críticas argumentadas que hagan que se rompan las modas asumidas en la escuela y se manifiesten otras formas de ser, cuestionando los valores éticos.

No cabe duda que esos estudiantes inolvidables me pusieron en serios problemas al ponerme ante los corridos tumbados, esta situación que apareció como un problema, fue tomando matices de investigación: hice un rastreo de los cantantes de ese estilo musical, de los temas, de las diferencias con otros estilos y cantantes parecidos, de sus recurrencias y de las influencias. El estar cercana a los adolescentes nos lleva a actualizar nuestra experiencia docente, a sumergir-

nos en sus mundos y posicionarnos frente a eso y diseñar estrategias didácticas que potencien el pensamiento crítico sin que todo esto que ocurre nos asuste o nos haga emitir juicios sin argumento. Descubrí que todos movilizamos nuestros deseos de conocer e investigar y esto nos lleva a explorar en la conformación de nuevos símbolos culturales surgidos en el mundo de la vida y que se desbordan en la investigación.

Después de este ejercicio de indagación, continué en la cotidianidad de las observaciones durante los recesos escolares, los adolescentes se acercaban, me saludaban cordialmente, me hacían muchas preguntas, algunas personales y otras de sus preocupaciones como adolescentes. Me encantaba verlos correr, jugar, platicar, coquetear, hasta que el día menos pensado me volvieron a lanzar una pregunta detonadora que me llevo nuevamente a pensar, a indagar y a criticar: ¿conoce a Dany Flow y a Bellakath?

Ser docente e investigadora al mismo tiempo, ha hecho que las cosas que pasan en el mundo escolar, sea pensadas desde la multidimensionalidad. En otro texto hablaré de lo que ocurrió con esta última pregunta.

Referencias

- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Freire, P. (2016). *Maestro sin recetas el desafío de enseñar en un mundo cambiante*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Rancière, J. (2000). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago de Chile: Editorial LOM.



La alumna que no fue

Jaime Navarro Saras

Pedagogo. Editor de la Revista Educ@rnos.
jaimenavs@hotmail.com

Los estudiantes no siempre se encuentran en las aulas, también los hay en la calle, con los amigos, en las reuniones y, por supuesto, en la familia. Se es alumno cuando se aprende de un maestro o de alguien que tenga más conocimientos, experiencias y habilidades para hacer cosas, en este sentido, se aprende en todas partes y de todas las personas.

Este texto está pensado en mi abuela paterna, se llamaba Ignacia García Medina, pero de cariño le decíamos *Nacha*, la *abuela Nacha*...

Nació a principios del siglo XX, allá por 1907, poco antes de que iniciara la revuelta revolucionaria y la cual sólo llegó de oídas a la comunidad de La Villita en el municipio de Ameca, Jalisco. Desde muy niña aprendió lo que era la sobrevivencia acompañada de resiliencia, quedó huérfana de madre cuando empezaba a dar sus primeros pasos y de padre antes de cumplir los 10 años, su hermana mayor fue la madre sustituta y en cuanto pudo se independizó, así eran los primeros años del siglo XX, el de las grandes transformaciones.

En esa comunidad había pocas posibilidades de desarrollo económico, educativo y cultural, estaban en su apogeo las haciendas depredadoras y carentes de desarrollo social, lo hacían bajo la sombra y el poder de un porfiriato que iba de salida.

Por supuesto que no hubo escuela, maestro o algún adulto que se interesara por enseñarle a leer, escribir y hacer cuentas a la niña Ignacia, su analfabetismo imperó en sus casi 80 años de vida.

Sin esas habilidades básicas se desarrolló en esa comunidad de apenas 500 habitantes, lo suyo fue el comercio una vez que pudo valerse por sí misma, vivió en un contexto de grandes cambios, se terminaba la era de Porfirio Díaz y llegaban los gobiernos revolucionarios,

y, por supuesto, las políticas educativas emergentes de la naciente Secretaría de Educación Pública (SEP) (fundada el 3 de octubre de 1921) y, con ello, el movimiento educativo de José Vasconcelos, por supuesto que esas prácticas e ideología no alcanzaron a arroparle a Ignacia, ya que con 14 años sus pensamientos estaban en otro lado: sobrevivir.

En esos tiempos la maternidad era una salida para unir fuerzas y salir adelante, su primera experiencia como madre llegó cuando apenas contaba con 17 años, 4 años después llegó otra hija y su último hijo (mi padre) cuando apenas contaba con 22 años, en todo ese trajín tuvo que dejar la comunidad de La Villita y trasladarse a la ranchería de Arroyo Hondo, que hoy en día, se puede llegar en coche en unos 10 o 15 minutos, en esos tiempos se tardaban dos horas a caballo y caminando de tres a cuatro horas, cerca y lejos, allí se quedó para criar a mi padre y darle la posibilidad de ir a la escuela, sólo hasta primer año de primaria y de noche, lo cual le permitió aprender las primeras letras y a contar.

Así fueron sus años de juventud, viviendo en una comunidad rural y dedicándose al comercio y a la búsqueda de una mejor vida, primero en Ameca y luego en Guadalajara, era la década de los 60, mis primeras imágenes de ella era la de una mujer de la tercera edad, pelo cano, algo encorvada y siempre luchando por la vida. En 1965 se hizo de un local comercial en el mercado municipal “Adrián Puga” de la Colonia del Fresno, era un lugar lleno de fruta y se convirtió en mi espacio favorito una vez que salía de un colegio al que acudía y que estaba a la vuelta del mercado, unos 100 metros de distancia, allí estuve inscrito para cursar parvulitos y párvulo grande, en ese lugar ella fue testigo de cómo aprendí a leer y escribir a través del libro “Mis primeras letras”, con el método fonético-onomatopéyico del maestro colimense Gregorio Torres Quintero.

Le leía lo que podía, un periódico, un cuento y las historias de los libros que tenía a la mano, o si íbamos por la calle me preguntaba lo que decía con cuanto anuncio se nos pusiera enfrente, como cuando andábamos consiguiendo casa para vivir y caminábamos por las tardes en la colonia y, finalmente, encontramos una y cuyo anuncio a la entrada decía: SE PASA, cuando le leí ella entendió que era para pa-

sarse hacia dentro de la casa, pero yo le dije que era porque se vendía y, así fue, el encargado le dio las condiciones de compra y a la semana ya estábamos viviendo en una casa nueva, la cual no era para rentar sino para comprarla a plazos.

Para mi abuela era maravilloso que sus nietos fueran a la escuela y que aprendieran lo que ella no pudo hacer por los avatares de la vida que le tocó vivir, más de una vez, siendo niño, y durante toda mi educación primaria le insistí para que aprendiera a leer y nunca se interesó ya que yo le leía y porque lo poco que sabía le alcanzaba para sortear sus dificultades cotidianas, no tenía ningún problema para tomar camión a cualquier punto de la ciudad o cuando iba a Ameca o a La Villita a visitar a sus otros hijos, demás nietos y los primeros bisnietos, así como tampoco cuando tenía que hacer cuentas en sus acuerdos comerciales, solía vender loza y demás cosas que no se conseguían tan fácil en el rancho, el gusto por el comercio fue heredado por una de sus hijas: Isabel, a quien de cariño le decíamos la Tía Chavela.

Al paso de los años y cuando yo tenía 5 años en el servicio educativo en educación preescolar y unos meses de haber obtenido una plaza en educación secundaria como docente de Español ella fallece, el 13 de septiembre de 1987, en todos los años posteriores en el magisterio (5 de preescolar, 27 de secundaria, 10 años en educación Normal y 15 en el posgrado), tuve miles de estudiantes y, como todo, de algunos me acuerdo por su talento, por su gracia, por las dificultades para asistir a las escuelas, también de aquellos que se truncaron en el camino, de algunos recuerdo sus rostros y de muy pocos sus nombres, y no sé qué tanto logré impactar positiva o negativamente en sus vidas con lo poco o mucho que hice por ellos en las aulas, lo cierto es que mi mayor deuda y fracaso como docente es no haber logrado que Nacha hubiese aprendido a leer y escribir y eso me lo llevaré a la tumba, lo cierto es que me habría dado la mayor de las alegrías y satisfacciones haberlo hecho, pero también es cierto que a pesar de no haberlo logrado, me queda en la memoria su mirada de asombro cuando le leía en ese puesto de frutas los cuentos de *El Payo*, *Lágrimas y Risas*, *Memín Pinguín*, *El Santo*, *Kalimán* y algunas notas del periódico, principalmente las de *El Sol de Guadalajara*.

Los estudiantes son una parte muy importante en nuestras vidas como docentes, sin ellos no existimos, son los referentes para darnos cuenta si hacemos bien o mal las cosas, con el paso de los años y cuando ya son adultos, como profesionistas, padres de familia o lo que la vida los haya llevado, si los vemos que están bien nos llena de orgullo, pero si los vemos mal nos llega un dejo de nostalgia y culpa de no haber hecho lo suficiente para haber evitado esas condiciones sociales y de vida, para entonces ya es demasiado tarde para remediar las cosas, entonces no nos queda de otra que darle vuelta a la página y tomar la lección para hacerlo mejor con los estudiantes que tengamos que atender mañana, como el caso de mi abuela quien no logró aprender a leer, pero fue muy feliz porque sus nietos hayan ido a la escuela para poder hacerlo...

Mis alumnos, mis mejores maestros

Abelardo Carro Nava

Maestro en Educación. Docente de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco” en Santa Apolonia Teacalco, Tlaxcala.
lalitonan8@gmail.com

A lo largo de mi vida he sido testigo de innumerables sucesos. Sin lugar a dudas, todos han dejado un pedacito de sí en mi mente, corazón y alma. Sin embargo, algo que verdaderamente causó una profunda reflexión en mi interior, fue la visita que en cierta ocasión realicé a la Sierra Negra en el estado de Puebla, específicamente, al Municipio de Cuetzalan.

Muchos años han pasado de tal visita, si no mal recuerdo, aun no estaba considerado este lugar como pueblo mágico. Era un jovenzuelo quien, recién egresado de la Normal, ingresé al magisterio.

En ese entonces, recuerdo bien, el director de la escuela me comisionó para que trasladara, conjuntamente con otros compañeros docentes, a un grupo de estudiantes normalistas con la idea de que éstos pudieran observar y analizar el contexto indígena, con la finalidad de recolectar cierta información, a través de diversas técnicas, que les permitieran adentrarse a las grandes complejidades y retos que enfrenta el Sistema Educativo Mexicano.

Ahora que traigo a mi mente tal suceso, vuelvo a sentir esa emoción y nerviosismo que en ese instante se apoderó de mí, pues las salidas que había hecho hasta esa fecha, se limitaban a lugares urbanos o rurales, pero no a una zona con determinadas características territoriales, sociales y culturales como la indígena.

El camino que deberíamos seguir para llegar a aquel sitio inspiraba mucha inquietud en mi ser; en ese entonces, era poco transitado. De hecho, puedo asegurar, que ello propiciaba que la adrenalina aumentara en mi organismo cual golpe de rayo que se pierde en la eternidad. Las ideas llegaban a mi mente una y otra vez imaginando las escuelas, los niños, los maestros y, sin quererlo, mi propia vida trabajando en un lugar como el que recreaba mi pensamiento.

En eso estaba cuando de repente el chofer del autobús anunció la llegada a nuestro destino. Todas aquellas preguntas prontamente encontraron una respuesta. Algunas conforme a lo que había imaginado, pero otras, ni siquiera encontraron su justa salida.

De esta forma, y después de dejar nuestro equipaje en un rústico y pintoresco hotel, emprendimos nuevamente otra aventura: conocer las escuelas primarias y todo lo concerniente a tan inimaginable lugar.

Menuda sorpresa me llevé al observar el camino que nos conducía a nuestro objetivo; paisajes encantadores cual pintura creada por un excelso artista; coloridos y muy llamativos animales y plantas; personas y personajes que jamás hubiera considerado su existencia. Y luego el olor a café, todo un suceso que jamás olvidaré.

Cuando llegamos al final del camino, observé con incredulidad pequeñas estructuras que sostenían las paredes y los techos de las aulas, mejor sería no describirlas, porque a veces el dolor hiere el alma. Y luego la humedad, calor, brisa y lluvia, toda una sensación sencillamente absorbente e impensable, como aquellas que producía observar que, de la maleza que caracterizaba el lugar, aparecieran aquellos niños que hoy siguen manteniendo mi fe y esperanza: mi mayor anhelo. Sin zapatos ni huaraches, pequeñas vestimentas de manta, un libro, una libreta prácticamente deshecha, una ilusión. Detrás de ellos, su madre, con un traje típico de la región, enérgicamente apresuraba el andar de su hijo porque la entrada a la escuela era inminente. Una fotografía tan apreciada que siempre guardaré en el baúl de los recuerdos de mi corazón y mente.

¿Existirá un mejor motivo para trabajar incansablemente por una educación que le permita desarrollarse integralmente al ser humano? Hoy día me lo sigo preguntando, hoy día aún no lo he encontrado. Tal vez por ello es que aún sigue en mí esa llama y ese deseo que me impulsa a luchar ferozmente contra la ignorancia, la hipocresía y el fanatismo.

Sé muy bien que el reto es grande. Muchos han intentado que me aleje del propósito, aunque yo le llamo destino. Debo confesarlo, han estado a punto de lograrlo; sin embargo, cuando la luz parece extinguirse y el desánimo vuelve a tocar la puerta, resurge esa imagen,

esa idea y esa realidad que duele, lástima y cala profundo en el alma, pero que impulsa nuevos bríos que me permiten o han permitido retomar el vuelo, el camino, el objetivo.

Mi propósito es claro. Cada día lo tengo presente, y con el llanto en los ojos puedo decir que es un orgullo ser maestro y que mi fe, a pesar de los pesares, se ha mantenido y se mantiene viva aun cuando ya no esté presente, simple y sencillamente, porque el ideal alcanza su máxima plenitud en la inmortalidad del alma que deriva de las acciones que benefician a los más necesitados, muchas veces, nuestros alumnos, nuestros mejores maestros.

Con cariño para todos mis alumnos, mis mejores maestros.



Travesía educativa: descubriendo la pasión por la docencia desde la Normal

Karla Rocío Nájera Cortez

Estudiante de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco”, Santa Apolonia Teacalco, Tlaxcala.

nkarlarocio@gmail.com

Ser futura docente en educación primaria es adentrarse en un universo lleno de descubrimientos diarios y de momentos genuinos de alegría. Cada risa y cada chispa de curiosidad que logro encender en mis alumnos, me recuerda la belleza esencial de la educación.

Las pequeñas victorias que he obtenido en mi proceso formativo, como ver que un estudiante ha entendido por fin un concepto, o ayudar a otro a superar su timidez al hablar en público, han sido joyas muy valiosas que he atesorado profundamente porque, indiscutiblemente, en este espacio no sólo he enseñado sino que también he aprendido; de hecho, siento que esta interacción me ha enriquecido e inspirado de manera constante para ser una mejor educadora con un objetivo en la mente: convertirme en una gran maestra al final del camino.

Y es que, como sabemos, la vida de un docente está llena de momentos que trascienden las simples lecciones impartidas en el aula. Es un viaje que nos lleva a explorar el potencial de cada estudiante, a inspirar y cultivar relaciones que van más allá de los límites del tiempo y del espacio. Esto pude corroborarlo en el transcurso de mis prácticas profesionales, porque en éstas he experimentado desafíos que me han empujado a crecer, pero también, a disfrutar de momentos de alegría y satisfacción. Ya lo decía hace un momento: desde el brillo en los ojos de un estudiante porque comprendió un concepto, hasta las risas compartidas durante una actividad en grupo. Por éstas y mil cosas más, pienso que he tenido el privilegio de observar el crecimiento y transformación de aquellos a quienes por un momento estuvieron en mis manos. De hecho, creo que no hay nada comparable que ver cómo florece el potencial de un niño, cómo supera obstáculos y cómo

se convierte en un individuo seguro y consiente de su importancia en este mundo.

Debo confesarlo, al ingresar a la escuela Normal creía que ser docente era una tarea sencilla. Sin embargo, al cursar la materia “El sujeto y su formación profesional”, particularmente cuando el maestro a cargo nos dio a conocer los retos y desafíos que enfrenta la profesión, mi percepción cambió rápidamente. Recuerdo que después de darnos a conocer estos retos nos preguntó: *¿Realmente quieren ser maestros? Porque esto apenas es el comienzo*, y no se equivocó; en segundo semestre abordamos la manera en que tendríamos que elaborar una planeación didáctica para aplicarla en un grupo y, seré honesta, al principio no tenía idea cómo comenzaría a trabajarla, aunque ya nos lo habían explicado. Y para variar, en tercer semestre se implementó el Plan de Estudios 2022 para la educación básica y, por obvias razones, fue difícil entender este cambio tan repentino, primero, porque el maestro responsable de la materia de práctica profesional no tenía una idea clara sobre cómo abordar ese Plan y, segundo, yo había aprendido a planear con el Plan 2011 y 2017.

Este tipo de situaciones favorecieron que me diera cuenta de la inmersa responsabilidad y preparación que implica la profesión docente. Considero que a menudo se minimiza la importancia de la labor docente, porque se reduce a cantos y juegos. Sin embargo, tras las conversaciones que he sostenido con docentes, con las clases que he tenido sobre este tema, así como las experiencias que he adquirido en el aula, he comprendido que ser docente es mucho más que eso: es guiar, inspirar y, sobre todo, ser un modelo a seguir para los estudiantes.

Es cierto que la docencia es una de las profesiones menos valoradas y, lamentablemente, también a la que no le pagan suficiente salario. Sin embargo, desde el momento en que comencé a realizar mis prácticas docentes, comprendí que la verdadera recompensa de un docente no se mide en su sueldo, porque la mayor satisfacción radica en que los alumnos comprenden un concepto o en presenciar su crecimiento personal y académico.

Además de lo anterior, puedo comentar que, durante esta travesía docente, me he encontrado con pequeños detalles que han hecho

que mi carrera profesional sea aún más gratificante. Las cartas escritas con varios errores gramaticales, pero llenas de cariño, o las manzanas y dulces compartidos con entusiasmo, han sido gestos que me han recordado el impacto que podemos tener en la vida de los estudiantes, así como la conexión especial que compartimos con ellos.

Como ya he dicho, mi viaje como normalista hacia la docencia comenzó sin expectativas, pero la experiencia en el aula con niños de primaria cambió mi perspectiva de manera radical. Cada día de práctica docente vivida en las primarias me ha sumergido profundamente en el maravilloso mundo de la educación. Los desafíos cotidianos los he podido convertir en oportunidades para crecer; de hecho, pienso que las sonrisas de los niños se convirtieron en mi mayor motivación; su mayor conexión, me ha recordado el privilegio de ser futura maestra.

Creo que lo que comenzó como una práctica obligatoria se ha transformado en una pasión. Ahora puedo asegurar que estoy cursando la mejor profesión de todas. Si alguien me preguntara el porqué de esto, le diría con mucho entusiasmo que es por ellos, por mis alumnos.

Cada día estos pequeñitos han sido mi fuente de inspiración y motivación para seguir adelante en este noble camino de la enseñanza. Además, me llena de orgullo y satisfacción pensar en el impacto positivo que puedo tener en la sociedad a través de la educación de futuras generaciones. Por ello, estoy muy comprometida con seguir creciendo como futura educadora y a brindarles a mis estudiantes el mejor ambiente de aprendizaje posible, para que se sientan seguros, valorados y capaces de alcanzar sus sueños.



Una historia de estudiantes cómplices y aliados

Adriana Piedad García Herrera

Doctora en Educación. Docente-investigadora de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco (ByCENJ).

adrianapiedad.garcia@bycenj.edu.mx

El binomio docente-estudiante se materializa en cada encuentro escolar formal o informal. Estudiantes y docentes están unidos en un vínculo institucional por medio de horarios, asignación de grupos, turnos, asignaturas y demás tareas que establecen esa relación formal. Así, cada nuevo semestre, me encuentro con un grupo de estudiantes para el trabajo con una asignatura que normativamente tiene un programa y un horario institucional, sin embargo, cada semestre es distinto. Puede ser que me toque trabajar con un grupo que ya conozco, pero con una asignatura distinta o, al contrario, puedo trabajar con una asignatura que ya impartí en semestres anteriores, pero no con ese grupo.

Los ciclos escolares y los planes de estudio vigentes también hacen que cada semestre sea distinto y con nuevas posibilidades de inventarse. Para el caso de la Educación Normal, que es el nivel en el que trabajo, desde el ciclo escolar pasado tenemos nuevo plan de estudios: el 2022. La primera generación de este plan cursa cuarto semestre y la segunda se encuentra en segundo. Desde hace años he impartido la asignatura de Geografía, que en este plan corresponde al segundo semestre con 4 horas a la semana y cuyo nombre completo es Geografía. Su aprendizaje y su enseñanza, del trayecto Formación Pedagógica, didáctica e interdisciplinar.

El Plan de Estudios 2022 ha sido producto de una dinámica de co-diseño en la que participan docentes de las escuelas Normales, bajo la dirección y supervisión de la DGESuM. Los programas de los primeros semestres se diseñaron con la consigna de orientarlos al Marco curricular de la Nueva Escuela Mexicana (NEM), mientras en las escuelas de educación básica seguían trabajando con el plan anterior. El cambio del plan de estudios en las escuelas Normales tuvo mayor impacto en los cursos que tienen poco contacto con las escuelas de educación básica, es decir,

si bien teníamos un plan de estudios nuevo en la Normal, las actividades en las escuelas de educación básica prácticamente no tuvieron cambios.

Incorporar la NEM a los programas del Plan 2022 de educación Normal, desde mi perspectiva, avanzó realmente en este ciclo escolar 2023-2024, a partir de su aplicación en las escuelas de educación básica. En la Educación Normal los cursos que tienen vinculación con educación básica han experimentado cambios en las actividades de práctica de los futuros docentes, que se van adecuando cada vez más a lo que cada escuela interpreta qué significa la NEM, independientemente de plan de estudios de Educación Normal al que corresponda la asignatura de práctica.

El impacto en el curso de Geografía. Su aprendizaje y su enseñanza, de segundo semestre, se refleja en la importancia que se le asigna al contexto, es decir, a la Comunidad como núcleo integrador de los procesos de enseñanza y aprendizaje, desde el marco normativo de la NEM. Para el semestre 2023A en el que impartí dicha asignatura poca idea se tenía de la necesidad de recorrer el territorio que rodea a la escuela de práctica y poco se discutía la importancia de la comunidad como núcleo integrador. Para este semestre 2024A las cosas han cambiado, nuevamente me asignaron el curso de Geografía, pero ahora en las escuelas de educación básica trabajan ya con la NEM, lo que nos brinda una condición más favorable para explorar el territorio.

La historia que voy a contar tiene lugar en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco (ByCENJ) con un grupo de segundo semestre del turno matutino. Yo conozco al grupo porque trabajé con ellos en primero, también conozco el programa porque lo impartí el semestre pasado y participé en el co-diseño. Podría haber transitado por el camino ya andado, pero ahora las posibilidades de reinventarnos son otras, por la aplicación de la NEM en las escuelas de educación básica, así que decidí emprender una nueva ruta de trabajo orientada por la NEM.

Desde el inicio del semestre insistí en la necesidad de que en el Trayecto de Práctica se asignara un tiempo específico para que los estudiantes recorrieran el territorio en el que se ubica la escuela, y no sólo observaran los alrededores a la llegada y a la salida de la primaria, como había sucedido en semestres anteriores. Esta historia tiene lugar en las semanas previas a la primer Jornada de observación y ayudantía, en la

que los estudiantes se convirtieron en cómplices y aliados de un proyecto de trabajo interdisciplinario, con el propósito de hacer “Geografía a pie” y entrenarse para la visita a la escuela primaria y su entorno.

Todo comenzó en la Jornada de Planeación y habilitación docente que al inicio de cada semestre organiza la ByCENJ. En esos días revisamos las metodologías para el desarrollo de los Proyectos educativos y, en la revisión de los Libros de Texto Gratuitos de Proyectos Comunitarios de sexto grado, descubrí el proyecto ¡reñemos nuestra escuela en una galería! Le propuse a mi compañera Bibiana Ruth, que imparte el curso Planeación para la enseñanza y Evaluación de los Aprendizajes en el mismo grupo, que trabajáramos juntas. Diseñamos el Proyecto “El entorno de la ByCENJ” y lo pusimos en marcha.

Les llamo cómplices y aliados porque las y los estudiantes se apropiaron del proyecto y formamos un colectivo que hace geografía a pie. Ellas y ellos fueron los protagonistas de esta historia, preparada de antemano por nosotras. Con este proyecto pretendemos desarrollar la habilidad de observación y registro del entorno o de la comunidad, en términos de la NEM. La asignatura de Geografía brindaba el espacio idóneo para el logro de este propósito, por lo que hice algunas modificaciones al programa oficial de la SEP que, como ya señalé, incorpora incipientemente algunos de los planteamientos del Marco curricular de la NEM. Proponer innovaciones, implica también hacer ajustes a planes y programas, implica entonces reinventar la formación.

Nuestro proyecto combina experiencias de observación y registro, pero también lecturas que le dan el sustento teórico al hacer. Las y los estudiantes trazaron su recorrido de llegada y de salida a la ByCENJ, y escribieron una narrativa para compartir su propia visión del recorrido. Un recorrido para compartir, con una mirada particular de quien lo recorrió y lo plasmó en el papel. Las expresiones pictóricas de los estudiantes tratando de plasmar lo que miran en su recorrido, y la manera cómo se enriquece al escuchar las narrativas de otros y sorprenderse de lo no visto. Una mirada que trasciende lo que ven los ojos, porque en este recorrido se mira con todos los sentidos.

Primera apropiación del territorio que convierte a las y los estudiantes en cómplices y aliados porque se suman al proyecto y viven con todos

sus sentidos la experiencia que se les propone. Sin ellos no hay proyecto, sin ellos no hay innovación, sin ellos no avanzamos hacia nuevas maneras de formar en la docencia. El binomio docente-estudiante se hace realidad cuando hacemos juntos, no lo mismo, pero sí una tarea complementaria desde el lugar en que cada uno de nosotros lo planea y lo realiza.

Percibir esta complicidad me da confianza para avanzar a otro nivel de apropiación, la exploración del territorio que rodea a la By-CENJ. Organizados en equipos y dividido el territorio por sectores salen nuevamente a hacer geografía a pie a lugares para muchos inexplorados. Los que llegan a la escuela en tren ligero, recorren ahora las calles aledañas a nuestra institución, que en su recorrido habitual no transitan. Tan cerca y tan nuevo el territorio, ellos lo miran y documentan calles, casas, fachadas, esquinas, áreas verdes, servicios, interacciones, diálogos, y todo aquello que los sorprende como novedad. Conocen el territorio sin intermediarios y con todos sus sentidos.

De regreso a la Normal plasman el recorrido del sector asignado en un cartel que dibujan en equipo. Los detalles se enriquecen con las distintas miradas de los protagonistas y ensayan formas diversas de expresión pictórica: a colores, en tercera dimensión, con breves notas que dan cuenta de lo visto y lo vivido. Y escriben una narrativa, en ella enriquecen su producción, no sólo en un relato cronológico del recorrido, sino en una exposición documentada del territorio local, que transita hacia la mirada general y hacia la comprensión del territorio. Hacia la construcción social de una comunidad real, viva.

Se han apropiado del territorio y de la metodología, han convertido la experiencia en una historia digna de contar que los convierte en estudiantes inolvidables. Han comprendido lo que significa la comunidad, que difícilmente se lograría sólo leyendo las publicaciones de la SEP, y entonces ellos mismos construyen el tercer nivel de apropiación. Toman en sus manos el proyecto, cómplices y aliados del proyecto colectivo para explorar, conocer y documentar el territorio que rodea a la escuela primaria que visitan. Forman equipos, trazan sectores, diseñan recorridos y preparan horarios de exploración del territorio. Se han logrado los propósitos: estudiantes independientes que comprenden los objetivos del proyecto y toman decisiones propias.

Una historia para regalar este día del maestro. ¡Felicidades!

La formación en intervención educativa para el desarrollo humano: un antes y después en la vida de los estudiantes

José Edgar Correa Terán

Doctor en Educación. Coordinador de Investigación y cuerpos académicos de la Universidad Pedagógica Nacional 144 en Ciudad Guzmán, Jalisco.
edgar.correa@upn144cdguzman.edu.mx

Estudiar una carrera profesional, sin duda, impacta o deja huella en la persona, representa un parteaguas en torno a su superación humana y profesional, además facilita el acceso a mejores condiciones de vida. En el caso de la oferta educativa de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), hoy en día se cuenta con la Licenciatura en Intervención Educativa (LIE); que es un programa donde se revisan contenidos de las áreas de psicología, pedagogía, sociología y filosofía, entre otras disciplinas. En consecuencia, una de las prioridades ha sido trabajar aspectos de desarrollo humano y salud mental de los estudiantes, para capacitarlos y habilitarlos; con fines de enfocar sus actuaciones hacia niños, jóvenes, adultos y todos aquellos que requieran algún tipo de servicio educativo.

De esta forma, los procesos de enseñanza y aprendizaje han sido inolvidables para estudiantes y docentes, quienes a diario experimentamos satisfacciones al notar los cambios positivos; por ejemplo, para enfrentar situaciones de salud mental como estrés, depresión, ansiedad, dificultades de socialización y hasta traumas que derivan de su infancia. Asimismo, en los últimos semestres se les nota con mayor profesionalismo y, comúnmente, se empeñan en aplicar las competencias adquiridas a lo largo de la licenciatura.

A continuación; se expresarán particularidades de la LIE, estrategias para la docencia basadas en el constructivismo, actividades socioemocionales y una serie de dinámicas que se han implementado para trabajar aspectos personales y grupales, con la intención de incidir en el desarrollo humano y salud mental de los estudiantes. Lo anterior, sobre todo, en las asignaturas correspondientes a la línea de orientación educacional de la LIE. Comenzaré con los antecedentes.

La LIE de la UPN, se puso en marcha a partir del 2002. Es un programa académico que llegó a revolucionar la oferta educativa de la UPN, ya que la tradición se inclinaba hacia abrir programas para la profesionalización docente, especialmente en los niveles de preescolar y primaria. Sin embargo, la LIE se enfoca en la formación de profesionales que puedan actuar en diferentes áreas especializantes: educación inclusiva, orientación educacional, gestión educativa, educación inicial, interculturalidad, educación para jóvenes y adultos; y, recientemente educación ambiental. Es decir, la LIE le apuesta a realizar un trabajo más diverso, transdisciplinario y versátil; a diferencia de la formación docente que es disciplinaria, ortodoxa y vertical.

En este marco del programa de reordenamiento de la oferta educativa de la UPN surgió la carrera profesional; por consiguiente, fue necesario contratar profesores diferentes a los normalistas, que durante un tiempo representaron el volumen principal en las plantillas docentes de las unidades UPN, ya sea de la Ciudad de México o de las unidades del resto del país; lo anterior en consideración de las múltiples disciplinas que le aportan elementos curriculares a la carrera profesional.

En el caso particular de la UPN 144 Ciudad Guzmán, la LIE ofrece las líneas específicas de orientación educacional y educación inicial. La orientación conlleva un trabajo comúnmente con jóvenes para identificar sus necesidades de atención en materia de proyectos de vida, sexualidad, trabajo grupal, vocacional y profesigráfico, motivación, liderazgo, etcétera. En cambio, la educación inicial implica las primeras atenciones con niños de 0 a 4 años; principalmente para la estimulación temprana en las áreas de lenguaje, pensamiento, salud, socialización, etcétera. Cabe señalar que es a partir del tercer semestre cuando los estudiantes eligen la línea específica.

De esta manera, es como nos damos cuenta que la formación para los interventores educativos debe ser diferente a la tradición docente que caracteriza a otros programas de pregrado o posgrado de la UPN. En consecuencia, se han incorporado a la docencia psicólogos, abogados, sociólogos, pedagogos y hasta egresados sobresalientes de la misma UPN. Esto a la par ha traído prácticas educativas más centradas en el desarrollo humano de los estudiantes, sin descuidar la adquisición de las competencias del perfil de egreso.

Al ser la LIE una carrera profesional o programa académico que implica interactuar con sujetos en lo particular, grupal o colectivo; es necesario desde los espacios curriculares o asignaturas dotar a los estudiantes de las competencias referenciales, procedimentales, actitudinales y colaborativas para hacer frente a estas diversas demandas. Se parte del supuesto que para actuar, interactuar y comunicarse con las personas; es pertinente comenzar a reflexionar en torno a las propias fortalezas y debilidades; sobre todo, en cuestión de desarrollo humano y salud mental.

Por ello, quiero compartir algunas prácticas exitosas que he ejercido como docente de la UPN, específicamente en los programas de la línea de orientación educacional. Tengo la fortuna de ser licenciado en psicología, lo cual me ha facilitado la incorporación como docente la carrera profesional mencionada, además para desarrollar las clases a manera de talleres o seminarios, que aportan elementos a los estudiantes; con fines de trabajar sus aspectos socioemocionales, antes o a la par de trabajar procesos de intervención directa con individuos o grupos.

Por ejemplo, en las primeras asignaturas de la línea de orientación educacional se revisan los sustentos teóricos básicos y los modelos con que se opera la orientación. Así se enfatiza en el modelo de programas, que es de amplia cobertura y alcance con grupos de personas; en cambio el modelo clínico es más personalizado, para operarse bajo estudios de casos; y el modelo de consulta, que consiste en capacitar a una tercera persona para ejecutar la intervención.

Al momento de impartir esas materias, he optado por comenzar el trabajo personal con los estudiantes; a partir de sus autobiografías, relatos, testimonios, introspecciones; sobre todo para reflexionar y dimensionar la importancia de la orientación. Las dinámicas grupales y el trabajo colaborativo, es algo imperante; al igual las entrevistas con profesionales que ejercen la orientación; llámese psicólogos, terapeutas, tutores, docentes, etcétera.

A partir de la mitad de la carrera profesional, se comienzan las asignaturas prácticas, es decir, que aportan elementos para la evaluación e intervención. Así, se revisan test psicométricos, test proyectos, test psicotécnicos, test vocacionales, entrevistas, observaciones e ins-

trumentos de registro; que ayudan a identificar las causas de determinadas problemáticas o necesidades de niños y/o jóvenes. Primero los estudiantes se autoevalúan para posteriormente aplicar los test a otras personas. De esta forma se garantiza que llegan a conocerse más en las áreas cognoscitiva, conductual, emocional, social, vocacional, profesiográfica, etcétera.

Con respecto a la intervención; ha sido necesario poner en práctica actividades relacionadas con la sexualidad humana, motivación, liderazgo, tutoría psicopedagógica, desarrollo de habilidades del pensamiento, diseño de proyectos, entre otras; que posibilitan la realización de diagnósticos, creación de ambientes de aprendizaje, asesoría y trabajo con grupos; en sí aportan los elementos para sistematizar la actuación.

Lo anterior me ha brindado la certeza que los estudiantes antes de interactuar o realizar estudios de casos, trabajan con su propio desarrollo humano; ya que se tienen plenamente identificados los problemas de salud mental que constantemente atraviesan; relacionados con estrés, depresión, ansiedad, dificultades de socialización, poco control de los impulsos, etcétera. Cuando he detectado estudiantes con alguno de estos problemas de salud mental u otros socio-contextuales que provocan riesgos de deserción escolar; la recomendación directa es hacer lo posible por iniciar un proceso terapéutico, con el cual puedan reconstruir su personalidad, liberar su tensión, desahogarse emocionalmente; en concreto obtener los recursos para ser funcionales como seres humanos e interventores educativos.

Debido a lo anterior, a los profesores a cargo de las asignaturas de la línea de orientación educacional se nos encomienda supervisar las prácticas de campo, las prácticas profesionales y las actividades de servicio social; con fines de garantizar que sean éticos y asertivos al momento de facilitar los procesos de orientación. Dichas prácticas de mentoría, tutoría o asesoría las llevo a cabo constantemente; considero que son productivas al representar una excelente oportunidad de retribuir los conocimientos y la formación obtenida en las instituciones donde estudié.

A partir de la trayectoria narrada, en los últimos semestres de la LIE se nota el estrés y la tensión de los estudiantes porque a la par cur-

san materias procedimentales, prácticas profesionales, y los seminarios de titulación; asimismo, la mayoría realiza su servicio social en ese periodo. No obstante, a comparación de su situación cuando ingresan a primer semestre; se les observa más maduros, comprometidos consigo mismos y con la institución, una alta motivación por estar a punto de egresar y obtener un contrato laboral de inmediato.

Sin duda, es cuando he notado que la revisión teórico y práctica de las asignaturas les ha beneficiado, no solamente para el ejercicio profesional sino a la vez para su desarrollo humano y mejoras en su salud mental. Esto, para mí ha sido satisfactorio, ya que en el marco de la pospandemia por Covid-19 regresamos a la institución a impartir clases presenciales; y fueron notorio en los estudiantes su incertidumbre, angustia, desencanto, frustración y apatía hacia su formación académica. Basándome en dichas situaciones, tomé la medida de fortalecer su trabajo personal especialmente en las asignaturas de la línea de orientación educacional.

Algo común en las clases, es dar oportunidad a los estudiantes para expresar sus pensamientos, emociones y sentimientos; acompañar a niños y/o jóvenes en estudios de casos; trabajar en pequeños grupos para realizar una tarea; elaborar figuras con papel, plastilina, arcilla o materiales de reciclaje; practicar la entrevista; desarrollar una observación a profundidad de comportamientos individuales o grupales; exponer contenidos o productos académicos; trabajar en clase con el celular, computadora o cualquier otro dispositivo; esto con fines de evitar la monotonía de una cátedra centrada en el docente, en la cual, poco o nada, el estudiante aporta directamente en su proceso formativo.

En conclusión, si bien en la línea de orientación educacional se descarta la formación para ejercer como psicólogos o terapeutas, se brindan a los estudiantes las competencias para efectuar un trabajo personal de alto impacto que los ayuda en su desarrollo humano y en garantizar una intervención profesional de calidad. Existen numerosos testimonios de las satisfacciones logradas por los estudiantes, al trabajar procesos educativos con niños y/o jóvenes. Estos resultados positivos los han hecho madurar y crecer como personas.



Estudiantes universitarios de la licenciatura en Sociología y la materia en Historia de México

Alida Genoveva Moreno Martínez

Doctora en Educación. Profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la UdeG.

alida.moreno@academicos.udg.mx

Estamos próximos a recordar dos fechas importantes para la vida académica y escolar: el 15 de mayo Día del Maestro, que coincide con la celebración de San Isidro Labrador patrón de la buena cosecha y las lluvias, y el 23 de mayo Día del Estudiante. Profesor y alumnos son dos actores indispensables para la labor educativa, el que enseña y el que aprende. Es curioso notar como el Día del Maestro coincide con las fiestas patronales de un personaje importante para la agricultura, San Isidro Labrador, un personaje que representa al campesino, al que siembra, que cosecha frutos con su trabajo y esfuerzo, que produce alimentos para los demás. Alguien que da un gran beneficio a los demás.

Si revisamos la cosmogonía mesoamericana encontraremos que la fecha del 15 de mayo también se relaciona con el culto a Xipe Totec, el dios de los descarnados, el dios que representaba el cambio, el nacimiento o transformación. Los sacerdotes sacrificaban a un hombre, lo desollaban y se cubrían con la piel para simbolizar la llegada de la fertilidad al campo, la semilla que se hundía en la tierra y producía el nacimiento de los alimentos. Esta metáfora del cambio, el nacimiento y el surgimiento de algo nuevo, puede ser utilizada para hablar del trabajo del profesor al interior de clase con sus alumnos, cómo el conocimiento y las actividades en el aula provocan un cambio en los sujetos. Se puede afirmar que los jóvenes que inician el curso no serán los mismos al terminarlo, habrá un cambio en ellos, un aprendizaje que les ayudará a comprender el mundo actual, que habrá de influir en sus vidas y en sus decisiones futuras.

Quiénes son los estudiantes inolvidables, podríamos decir que aquellos que han dejado una huella en el docente, pero cómo res-

ponder a esta cuestión. Una primera aproximación sería realizar una clasificación donde se tome en cuenta su desempeño, sus acciones e interés en el curso; otra clasificación sería incluir a aquellos que mostraron una falta de compromiso, poco entusiasmo y nulo aprendizaje. También habría que distinguir entre aquellos que por su esfuerzo, dedicación y puntualidad sobresalieron a lo largo del curso, pero tampoco hay que olvidar a aquellos que fueron desorganizados, distraídos, platicones e impuntuales. Considero que al final cada uno de estos grupos, tanto los que obtuvieron una calificación notable como los que apenas aprobaron el curso con la nota mínima, han dejado una huella en la memoria y en la historia de la actividad docente. Podemos hablar de un recuerdo, una anécdota que los distingue y hace que los recordemos, una acción que evoca un momento a veces divertido y agradable, en otros amargo y complicado.

Una frase conocida entre los profesores al inicio de cada ciclo escolar es que cada grupo es único e irrepetible, no importa que el contenido de la materia sea el mismo, siempre hay que adaptarlo a los jóvenes que lo cursan. No es lo mismo trabajar con un grupo de 35 estudiantes, que hacerlo con un grupo de diez o seis alumnos; los tiempos, los intereses y los ritmos del calendario escolar hacen que la materia se personalice, se adapte a las necesidades del grupo. Hay semestres donde las festividades y los días no laborables son frecuentes, sobre todo durante los meses de mayo, septiembre y diciembre. Los puentes por el día feriado prolongan la ausencia de los estudiantes. En otros semestres las semanas transcurren sin interrupción, se puede completar el programa, aplicar los exámenes y actividades propuestas. Es decir, se cumplen los objetivos y metas establecidas al inicio del curso.

Un momento que ha sido irrepetible hasta ahora, ha sido la pandemia del Covid-19, las semanas que vivimos bajo este esquema de salud serán imborrables de la memoria de cada uno de nosotros. A partir de marzo del 2020 experimentamos una situación extraordinaria, única por la forma tan abrupta en que el virus llegó a nuestro país y comenzó a propagarse por todo el territorio. El sistema educativo se tuvo que adaptar a una nueva realidad que nos obligó a todos a permanecer en casa y enseñarnos a aprender a través de la distancia,

utilizando las herramientas que se tuvieran a la mano: celular, correo electrónico, Tablet, Laptop, computadora de escritorio. Aprendimos a realizar videollamadas, a usar el Zoom, la plataforma de Classroom y el internet para poder llegar a los hogares de los estudiantes y así lograr concluir el semestre. Los grupos que tuvieron que aprender bajo el esquema de la pandemia tendrán muchas historias que contar sobre su experiencia de estudio, y los docentes podremos hacer un recuento de los momentos inolvidables de esta vivencia.

En relación con mi labor docente como profesora de la materia de Historia con los jóvenes que cursan la licenciatura en Sociología, me gustaría compartir algunos momentos inolvidables, de aquellos que han dejado una huella en el baúl de los recuerdos. Es frecuente que al iniciar la clase de historia de México comencemos con la geografía de nuestro país, conocer cómo es el territorio, con qué recursos naturales cuenta nuestro país, qué tan diverso y variado es, qué tan rico es el patrimonio cultural, humano y arqueológico. Al estar revisando estos puntos, me he dado cuenta de que en ocasiones los jóvenes desconocen su propio país, no salen del área urbana y en ocasiones no conocen los alrededores. Las caras de sorpresa confirman esta idea, el saber que México tiene selvas, bosques de niebla, glaciares y montañas con más de cinco mil metros de altura es algo que les llama la atención, se les hace extraño y a la vez novedoso.

Al hablar sobre la riqueza arqueológica e histórica que se conservan en México, conocer los sitios más representativos y el trabajo que han realizado los especialistas para conservarlos es algo que en muchas ocasiones no habían tomado en cuenta. Preservar la memoria histórica del país, de Jalisco y de Guadalajara es algo que se debe difundir e inculcar en los estudiantes, hacer énfasis en este patrimonio nos pertenece a todos y nos identifica es algo que causa inquietud e interés por visitarlos. Hace un año, después de las vacaciones de primavera recibí una grata sorpresa, un alumno visitó la zona arqueológica de Teotihuacán en el Estado de México y me dijo emocionado que había recordado la clase, en especial cuando abordamos el pasado prehispánico, me dijo que el lugar lo había sorprendido, el tamaño de los edificios, la distribución de los espacios. Me había comprado un

regalo: un dije de obsidiana dorada. Éste es un obsequio que conservo con cariño, un recuerdo que me alienta a seguir adelante porque es una muestra de que mi labor como docente ha tenido éxito.

Otro de estos recuerdos inolvidables tiene que ver con una alumna originaria del sur de Chiapas, de los municipios cercanos a la frontera con Guatemala. Durante la clase nos compartió su experiencia de vida en una comunidad rural donde la movilidad hacia la escuela era un reto. Recuerdo que nos dijo que en su pueblo aquel, que tenía bicicleta se podía mover con mayor facilidad, el que tenía moto lo hacía con mayor velocidad, pero aquel que tenía un auto era afortunado porque podía llegar con mayor comodidad a su destino. Esta reflexión me parece valiosa porque nos hace ver una realidad presente en las rancherías y comunidades pequeñas donde se debe esperar el, ya de por sí, escaso transporte público o bien se debe caminar hasta la carretera y esperar el paso de los autobuses. Antes de terminar el curso me obsequió una figurilla de cerámica que había traído desde su casa, ubicada a unas 25 horas de Guadalajara. Este es otro de los obsequios que conservo como un tesoro y lo muestro con orgullo en mi cubículo.

Tengo otros recuerdos de alumnos inolvidables que destacaron por su carácter difícil y poco accesible. Alumnos que implicaron un reto para lograr que se integraran a la clase y se interesaran por la historia. Hace algunos semestres tuve una alumna que tenía un serio problema para mantener la atención en clase, era demasiado hiperactiva y perdía la concentración fácilmente. En una ocasión estábamos en clase y de repente sacó un encendedor y lo empezó a prender y apagar, le pedí que lo guardara, pero no hizo caso, entonces le sugerí que cambiara su lugar de asiento hacia las primeras filas que estaban desocupadas, cercanas a mi escritorio y al pintarrón. Se cambió, pero a los pocos minutos me dijo: -maestra, usted me hace perder la paciencia, me siento encerrada en el salón de clases-, dicho esto se levantó y salió del salón. La siguiente sesión regresó más tranquila y me dijo que tenía serios problemas con la autoridad, al final terminó el curso y lo aprobó. Otro alumno dentro del rango de los inolvidables es un joven que ha cursado la materia de Historia en tres ocasiones, sin concluirla. La primera vez apareció en la lista de asistencia, pero nunca se presentó,

la segunda sí acudió a algunas clases, pero no realizó sus exámenes, trabajos ni exposiciones. Pasó un año y de pronto lo encontraba en los pasillos al salir de clase, me decía -maestra pronto regresaré a su clase-. La tercera ocasión ha sido similar a las anteriores, su asistencia es irregular, casi no acude a clase, se ausenta por varias semanas, sus compañeros me han comentado que los horarios del trabajo no le permiten asistir al curso.

Qué tienen en común estos jóvenes universitarios para ser inolvidables, unos son organizados y comprometidos, otros tienen problemas para adaptarse a las clases y cumplir con los requisitos mínimos para aprobar la materia. Cada uno de ellos, de diferentes maneras ha dejado una huella, un recuerdo en mi labor docente, a veces son momentos agradables, en otros algo complicados que requieren mayor esfuerzo e ingenio para lograr que aprendan y se interesen por la historia. Finalmente, todos estos momentos de alumnos inolvidables forman parte del día a día como profesora, recuerdos que se conservarán para siempre y servirán para confirmar lo valioso que es la labor docente en la vida de los estudiantes, y lo importante que son los estudiantes para el trabajo del profesor. Un vínculo fuerte que se logra con el trabajo en el aula día con día.



Sexto A o Sexto B

Gerardo González Nava

Maestro en Gestión Educativa. Docente en el CEPJA “Octavio Paz” en Chimalhuacán, Estado de México.

prof.gonzalez.nava@gmail.com

Cuando fui invitado para escribir en esta revista bajo el tema los “estudiantes inolvidables...” y celebrar el día del maestro, pensé en escribir sobre los primeros que me sacaron canas verdes, o sobre los que llenaron mi corazón de alegría; también recordé a aquellos que cooperaron con un poco de tristeza o impotencia, otros, porque no decirlo, de rabia; tantos estudiantes e historias que no terminaría de platicarte.

Sin duda, te hablaría de Lizbeth y Alexis, esos pequeñitos de segundo grado, estudiantes de mi primer grupo en primaria, tanto me enseñaron y seguro estoy que sus padres algo positivo también aprendieron; ellos, como mis hijos, siempre están presentes en todos los niños que me toca atender, siguen siendo mi motor para dar lo mejor.

Claro, que al tratar de decidir sobre quién o quiénes te platicaría, también se hicieron presentes mis alumnos de la EPJA (Educación con Personas Jóvenes y Adultas), indudablemente que con tantas historias de éxito, otro texto escribiría; pues después de que fueron relegados por la sociedad y al permitirme luchar de su lado, desde un centro educativo, para buscar una mejor calidad de vida para ellos y los que los rodean, su familia y comunidad, el mérito que tienen es doble; por eso digo que mínimo se merecen un libro.

Pasaba el tiempo y seguía sin decidirme sobre quién escribir, pero quiero decirte que cuando llegó la inspiración la decisión fue simple; pero antes, ayúdame con uno de tus recuerdos, ¿qué responderías si te pregunto?, ¿qué grupo es mejor, Sexto A o Sexto B?, y si ya le ganamos a los prejuicios políticamente innecesarios y te vas dando junto conmigo la oportunidad de sentir con estas líneas, estoy seguro de que ya te respondiste con una gran sonrisa e innumerables recuerdos; ahora sí, permíteme comenzar.

Esta pequeña historia ocurre en Ecatepec de Morelos, Estado de México, me llena de mucho orgullo decir que es *de Morelos*, aunque los hechos ocurrieron muy lejos de donde él estuvo por última vez; se dio entre Sagitario 1 y la Nueva Aragón, en una de las tantísimas primarias que llevan el nombre “Alfredo del Mazo” y te narraré sólo algunas de las acciones que volvieron, para muchos, a este grupo de 50 estudiantes inolvidables, tan especial.

Ya con cinco años conviviendo a diario, hoy puedo decir que eran como hermanos y como en todas las familias, había de todos los caracteres, aptitudes y actitudes, pero la magia ocurría cuando estaban todos juntos, niñas y niños, ya sea tanto en el aula como fuera de la escuela.

Cuentan algunas mamás, que se les veía muy contentos rodar en sus bicicletas a todos los niños después de las clases; nunca supe a quién se le ocurrió la idea, pero llegaba un pequeño grupo de ellos a tocar la puerta de una casa para pedir permiso o gritar el nombre del niño en turno para que saliera y fueran a buscar a los que faltaban, visitar algunas niñas o para seguir recorriendo las calles de esas colonias que eran tan tranquilas sin tantos autos.

A partir de la mitad del ciclo escolar, algo que tampoco entendí cómo sucedió, fue que tuvieron bastantes convivios; los viernes se reunían en diferentes casas según les tocaba y su pasatiempo era bailar *Quebraditas*, *rock urbano* o *cumbias andinas* por horas, practicaban los mismos juegos que los divertían en la escuela, las mamás anfitrionas les preparaban aguas de sabor y alguna que otra botana.

Dentro de la escuela, aunque se podía ver a los niños jugando en el recreo, *burro entamalado*, *trébol* o *coleadas* en un patio y luego en otro, al buscarlos, queriendo evitar algún accidente ya tenían un balón de plástico de fútbol americano o pateando un bote de *Frutsi* lleno con papeles, también compartían juegos con las niñas, jugaban al *resorte*, *al avión* o *stop*.

Tras diversos problemas que tuvo el director escolar y los movimientos administrativos que ello generó, el grupo trabajó con distintos profesores; con el profe suplente, Víctor, disfrutaron la pasión de la historia oral, pues siempre les contaba leyendas, fábulas e historias, tanto

clásicas como contemporáneas del territorio donde se encontraban, la mayoría siempre sobrenaturales.

Su facilidad para el deporte y la comunicación que tenían sin necesidad de hablarse, los llevó a participar en un torneo corto de basquetbol contra otras primarias dentro del recién inaugurado TESE (Tecnológico de Estudios Superiores de Ecatepec), las selecciones, femenino y varonil formadas por este profesor tuvieron buenos resultados.

En ese año ya estaban muy bien coordinados para atender y solucionar cualquier tipo de evento; la compañera Marcela, a la que tanto querían por su carisma y despliegue de valores comunitarios, desde quinto año espantó a todos con los ataques epilépticos que padecía, pero este último año ya sabían que hacer; una niña ponía las manos detrás de su cabeza, mientras varios niños apartaban las bancas y objetos con los que pudiera lastimarse alguna otra parte del cuerpo, era muy fuerte; otra u otro salía corriendo a avisar a la dirección y de ahí a su casa, pues vivía enfrente; al pasar todo, la sentaban y volvían a acomodar el salón en lo que llegaban los maestros y su mamá. Una situación similar ocurrió con su maestro Ricardo, titular del grupo, y sin preocupación lo atendieron, pues entendían que él se encontraba en mucha tensión.

Como te mencioné desde el inicio de la historia, estos niños vivieron un sinfín de aventuras de todo tipo, pero cerraré con una un tanto más académica, pero con la misma chispa que los caracterizó, una excelsa puesta en escena, interpretaron la obra de teatro *Compro esa mula*.

Bajo la batuta del Maestro Ricardo, en una clase de español veían las características de las obras de teatro; origen, exponentes, obras clásicas y modernas; y nuevamente alguien se paró de su lugar y propuso hacer una obra entre todos, sin más el maestro aceptó y claramente dijo “sí, pero ustedes se encargan de todo”, así ocurrió; pasaron semanas entre los ensayos, el orden y agenda de la producción hasta que llegó el día esperado.

Todos acondicionaron el salón para volverlo un teatro digno de cualquier representación profesional; unos tapaban ventanas, ponían cortinas, otros acarreaban algún tipo de mueble desde su casa para

tener la sala lista donde ocurría tan cómico enredo y los que actuaron se personificaron y actuaron tan bien que aquello fue un gran suceso, que claramente, al final celebraron bailando. Puedo decirte que, desde la planeación hasta la puesta en escena, disfruté tanto a todos que aún recuerdo cada diálogo que dijeron y espacio de ese salón de lámina que ya no existe.

Pasaron unos cuantos años y ahora en otra primaria y en un municipio diferente y muy lejano me encontré nuevamente con el maestro Ricardo, nos saludamos con tanto gusto que rápidamente me llevó con su nuevo grupo, les pidió a sus nuevos alumnos de sexto que dejaran lo que estaban haciendo porque les iba a presentar a un maestro que hace muchos años, en Ecatepec de Morelos, fue su alumno, el cual es parte de un grupo de estudiantes inolvidables.

Coincidencias que nos transforman

Helen Margarita Murillo Gala

Maestra en educación. Docente de la Escuela Preparatoria núm. 81.
helen.gala@yahoo.com.mx

A lo largo de mi experiencia docente he llegado a la conclusión de que a nuestros estudiantes les conferimos un poco de lo que somos nosotros, es por ello que cuando termina el ciclo escolar se siente el vacío y la ausencia; porque sin darte cuenta les llegas a estimar.

Recuerdo que en mis primeros años de servicio se me asignó la materia de Biología y, por ende, se me comisionó para dirigir el proyecto de experimentos innovadores. En éste, participamos con un grupo de tres estudiantes que realizaron un captador de agua de rocío; a ese proyecto le dediqué tiempo extra, no por quedar bien con la dirección sino porque su entusiasmo como dedicación me comprometían.

Al final, ganamos el segundo lugar a nivel zona; les entregaron un reconocimiento y ellas deciden entregármelo y colocandó mi nombre en la parte inferior de este documento con la leyenda “para nuestra maestra Helen”. Ese día, comprendí que no sólo ayudamos a la adquisición de conocimientos, sino que con nuestras acciones contribuimos a la práctica auténtica de las interacciones, el vivir los valores y la expresión sana de las emociones.

La asignatura que impartí por muchos años fue Biología y, por lo regular, las clases en laboratorio eran de revisar órganos de cerdo y localizar estructuras; en esa ocasión revisaríamos ojos de cerdo y el reto era extraer el cristalino sin tronarlo y poder ver los vestigios de la arteria hialoidea a través de éste. Debo de confesar, que más de uno de mis estudiantes me ha sorprendió con su pulso, paciencia y destreza; pero ese día el estudiante que me decía que le aburrían mis clases, logró extraer el cristalino muy rápido y sacarle foto a la arteria.

En otra ocasión, analizaríamos la anatomía de los pulmones, así que a dos equipos les pedí un pulmón, pero uno de los equipos llegó a laboratorio con los dos pulmones conectados a la tráquea con su farin-

ge; yo les comenté que como estaba completo, se podía soplar por la faringe y ver si se llenaban de aire los pulmones. Enseguida me interrumpe el joven que se aburría en mi clase y se ofrece hacer lo mencionado; le comenté que yo lo haría, pero no tuve mucho éxito, por lo que él me insiste y terminó soplando con la ayuda de un guante de látex por la faringe de los pulmones de cerdo y al inicio el resultado no fue satisfactorio, pero él se aferró y logro llenar de aire ambos pulmones del cerdo.

Vuelven a mi memoria los rostros de mis estudiantes, que eran de asombro y admito que me llenó de satisfacción verles; porque considero que el conocimiento debe de impactar, de sorprender y de maravillarse a todo aquel que lo descubre y, por ende, despertar la necesidad de saber más y así fue en esa clase.

Para las siguientes prácticas, este mismo joven se convirtió en mi mejor estudiante, aquel que le aburría la teoría; pero la práctica le ayudó a comprender que es necesario leer para identificar, conocer y comprender.

En este grupo, logré una muy buena relación con ellos; no sé si soy buena docente o el estudiante que era muy bueno en biología y ello influyó; pero mis estudiantes de esa generación los recuerdo con mucho agradecimiento y cariño; ya que me hace la invitación el jefe de grupo de asistir a su graduación.

De igual forma, ya había asistido a otras graduaciones y los jóvenes te piden como docente que digas unas palabras o entregues los reconocimientos que se les entregaron en la clausura de la escuela; pero en esta ocasión no fue así, el jefe de grupo (ya en la fiesta), toma el micrófono y me pide que pase al frente para entregarme un reconocimiento que contiene las firmas de todos los integrantes del grupo; la emoción me hizo llorar.

Debo mencionar el caso del joven que participó en la olimpiada de biología, porque me tocó coincidir con él y reconozco que es un estudiante con habilidades y competencias como de elementos que sobresalían de sus compañeros; con él participamos en la olimpiada y para estudiar veíamos temas en clase que eran de la guía de biología, así como darnos el tiempo para estudiar en receso, horas muertas y por meet.

Es así que, el joven participa y gana la Olimpiada a nivel estatal y me notifica la directora que lo capacitaría la Universidad de el Estado de México y me pide que ya no me involucre porque ella se encargaría del proceso. Así lo hicimos, pero una noche a la una de la mañana me envía un mensaje el joven para notificarme que había ganado la olimpiada a nivel nacional y que se habían publicado los resultados a esa hora y quería compartirlo; me agradeció todo el trabajo y apoyo brindado.

En lo personal, ya no pude interactuar con este estudiante, la directora se encargó de asistir con él a las entrevistas que se le realizaron y aprendes que cuando los estudiantes llegan a estos niveles, hay personas que se aprovechan de estos logros, para substraer un poco de su gloria.

Reconozco que no todo ha sido fácil, también hay estudiantes que se quedan en la memoria y en el corazón porque nos recuerda que en ese momento nos hacía falta comprender más y tener menos prejuicios, ese es el caso de joven Zoto.

Zoto es el estudiante que tiene otros intereses muy distantes a la escuela; por ende no le interesaban las clases, era rebelde e irrespetuoso y la mayoría de los docentes coincidíamos que era un caso difícil y que se necesitaba tener mucho temple para soportar sus malos tratos del joven. Es por ello, que se plantearon estrategias entre todos, pero no funcionaban.

Un día viajando en camión hacia la escuela escucho la conversación del conductor del camión y la persona que cobra, los cuales se expresaban como mi estudiante; realmente puse mucha atención porque quería comprender como mantenían tan amena conversación y el interés uno del otro; pude entender que no eran groseros, era su forma de comunicarse y yo era la que los calificaba como irrespetuosos por las palabras que usaban y me dí cuenta que no sabíamos escuchar al joven Zoto.

Así que, llegué a mi clase y me despojé de mis prejuicios y comencé hablar de la importancia del conocimiento y observé que Zoto se retira los audífonos, guardó silencio y me puso atención, comenzó hacerme preguntas de para qué la escuela y le expliqué sin

ser tan técnica, colocando ejemplos de la realidad, hablé de que no todos nos expresamos igual por los contextos donde crecimos; pero todos tenemos el derecho de ser escuchados, comprendidos y ser; enseguida comenzó un debate en el salón muy agradable, en el que lo interrumpió el tiempo; pero ese día Zoto dijo que ya había validó la pena asistir a la escuela.

Desafortunadamente sólo en mi materia sacó diez y en las otras no logro aprobar, al joven Zoto le agradezco por enseñarme hacer mejor ser humano, comprender la responsabilidad frente al otro, que mi deber es generar conciencia como ambición de saber y conocer.

Quiero finalizar con la experiencia del cambio de mi asignatura a taller de ciencias a los primeros años, taller de igualdad de género en segundo y tercero. Es así que realizamos varias actividades donde los estudiantes participaban, no importando el grado o el grupo y confieso que se me facilitaba por impartir clase a toda la escuela; en ese tiempo, muchas y muchos estudiantes interactuaban conmigo e inicia un movimiento ideológico que ellos denominaron Helenistas; donde varios estudiantes duplicaban mis discursos o los mejoraban; investigaban autores para poder hablar de los temas de género conmigo; pero esto causó molestia entre algunos docentes y la directora, como consecuencia, me retira del proyecto y de dar clases a los de tercero como de segundo.

En lo personal, me cuestiono, en qué momento tus clases trascienden tanto para impactar en los estudiantes y que éstos se identifiquen con tus discursos. Insisto, no soy la mejor docente, pero si he coincidido con extraordinarios estudiantes, que no terminaré de hablar de ellos y de todo lo que he aprendido, todos aportan para que las clases día con día sean de beneficio colectivo y creo que la posición de docente es vital para acompañar y guiar a los jóvenes a encontrarse, verse, valorarse e intentar que este mundo sea mejor.

Un resplandor en la oscuridad

Chess Emmanuel Briceño Núñez

Magíster Scientiarum en Ciencias de la Educación. Coordinador del Departamento de Idiomas del Colegio Anglo en Matão, Sao Paulo, Brasil.
chesspiare@gmail.com

En mi tercer año como profesor de idiomas en un colegio rural ubicado en los Andes venezolanos, cada día me deparaban nuevas sorpresas y desafíos. Y entre tantas experiencias significativas que trae el ser docente, hay una en particular que atesoro: mi historia con Juan, un chico de trece años con discapacidad visual, y su madre, Doña Susana. Desde aquella mañana en que llegaron a mi aula, sentí que ese encuentro marcaría mi vida como docente. Y estaba en lo correcto.

Desde el primer momento me propuse adaptar mi enseñanza para que Juan pudiera participar plenamente en el aula. Utilicé recursos auditivos y herramientas tecnológicas para asegurarme de que Juan pudiera comprender las lecciones y participar en las actividades del curso. Pero más allá de las adaptaciones necesarias, lo que realmente me impactó fue la actitud de Juan y su madre.

A pesar de vivir en una zona rural con escasos recursos, Doña Susana se esforzaba por brindar a su hijo las oportunidades que el necesitaba. Organizaba meticulosamente el transporte para asistir a las clases, conseguía materiales adaptados y colaboraba estrechamente conmigo para garantizar el éxito académico de Juan. Con el tiempo nuestra relación se fortaleció. Juntos, enfrentamos desafíos y celebramos logros, creando un vínculo sólido que trascendía el mero ámbito escolar.

Aprendí de Juan la importancia de la adaptabilidad y la creatividad en la enseñanza, así como la necesidad de reconocer y valorar las capacidades únicas de cada estudiante. Un día, durante una clase de literatura, decidí abordar el tema de la superación personal. Invité a Juan a compartir su experiencia y cómo había vencido los obstáculos en su vida. Con una voz llena de confianza, Juan relató

su historia, destacando el papel fundamental de su madre como su apoyo inquebrantable.

La historia de Juan conmovió a sus compañeros y dejó una profunda impresión en mí. Me di cuenta de que todos los estudiantes tenían el potencial de alcanzar grandes metas si se les brindaba el apoyo y la oportunidad adecuados. Continué adaptando mi enseñanza para fomentar la inclusión y el respeto a la diversidad en el aula. Inspirado por la valentía y la determinación de Juan y su madre, me comprometí a crear un ambiente educativo donde cada estudiante se sintiera valorado y capacitado para alcanzar su máximo potencial.

Con el tiempo, Juan se convirtió en un ejemplo de superación personal y resiliencia para toda la comunidad escolar. Su historia inspiradora trascendió las paredes de la escuela, llegando a ser conocida como un testimonio de la fuerza del espíritu humano. La historia de Juan y su madre demostraba que, incluso en los lugares más remotos, la determinación y la resiliencia podían abrir puertas antes cerradas. Doña Susana había sido un faro de esperanza para su hijo, mostrándole que no había límites para lo que podía lograr. En cada paso del camino su vínculo se fortaleció, convirtiéndose en un ejemplo de amor inquebrantable y coraje ante la adversidad.

La comunidad escolar también se unió en apoyo a Juan y su familia. Los padres, los maestros y los estudiantes se unieron para ofrecer su ayuda en cualquier momento que fuera necesaria. Juntos, construyeron un entorno donde la inclusión y la diversidad eran celebradas y valoradas. A medida que Juan crecía y progresaba en su educación, su historia se convertía en un testimonio viviente de que las limitaciones físicas no podían detener el espíritu humano. Su determinación y su valentía inspiraban a todos los que tenían el privilegio de conocerlo.

Y así, en el corazón de aquel pequeño pueblo rural, la historia de Juan y su madre perduraría como un faro de esperanza, un recordatorio de que, con amor, determinación y apoyo, cualquier obstáculo podía superarse. Y yo, con gratitud en el corazón y una nueva visión en la mente, continuaría mi labor como educador, inspirado por el legado de resiliencia y esperanza que Juan y Doña Susana habían dejado atrás.

El impacto de Juan y su madre no sólo se limitaba al ámbito educativo, sino que también trascendía a toda la comunidad. Su ejemplo de superación y dedicación inspiraba a los vecinos del pueblo, quienes encontraban en su historia una fuente de fuerza y esperanza en tiempos difíciles. Doña Susana, con su sabiduría y su fortaleza, se convirtió en un pilar fundamental para muchas familias en la comunidad. Su capacidad para superar las adversidades y seguir adelante con determinación inspiraba a todos los que la conocían.

En cada paso del camino, Juan y su madre demostraron que la discapacidad no era un obstáculo insuperable, sino simplemente una parte más de su historia. Su determinación y su amor inquebrantable les permitieron superar desafíos que parecían imposibles, convirtiéndose en un ejemplo vivo de que la fuerza del espíritu humano puede superar cualquier obstáculo.

Y así, la historia de Juan y su madre se convirtió en un testimonio de la resiliencia y la determinación del espíritu humano. Su legado trascendería mucho más allá de las paredes de la escuela, inspirando a generaciones futuras a nunca renunciar a sus sueños, sin importar cuán difícil parezca el camino. Con cada palabra y cada gesto, Juan y su madre habían demostrado que, aunque el camino pueda ser arduo y oscuro, siempre hay esperanza y que, con amor y determinación, cualquier cosa es posible.

En la ceremonia de graduación Juan recibió su diploma, rodeado del cariño y el apoyo de sus compañeros y maestros. Era un momento de celebración y gratitud por todo lo que habíamos aprendido y crecido juntos a lo largo de ese viaje educativo. Recuerdo que, al despedirme de Juan y su madre, supe que mi experiencia con ellos había transformado no sólo mi enfoque de enseñanza, sino también mi visión del mundo. Descubrí que, aunque la oscuridad pueda rodearnos, siempre hay una luz que nos guía hacia la superación y el crecimiento personal. Y en la historia de Juan y Doña Susana, encontré una fuente inagotable de inspiración y esperanza para seguir adelante en mi misión de educar y empoderar a las futuras generaciones.

Años más tarde me reencontré con Juan. Se había convertido en un joven brillante y decidido, persiguiendo sus sueños universitari-

os. Su entusiasmo y su espíritu positivo me conmovieron una vez más. Me abrazó con fuerza y me dijo: “*Gracias, profesor, por creer en mí*”. En ese momento, supe que el impacto de nuestra historia había sido mutuo. Juan no sólo me había inspirado a mí, sino que yo había contribuido de alguna manera a su increíble viaje. Y así, la historia de Juan y su madre continuó inspirando, recordándonos que el poder de la educación, el amor y la determinación puede transformar vidas.

Un gusto recién adquirido

Rosa Isela González Rivas

Estudiante de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco”, Santa Apolonia, Teacalco, Tlaxcala.

itselaarg@gmail.com

La docencia es una experiencia única, porque convives a lo largo del tiempo con distintos alumnos, cada uno con una historia propia; desde luego, algunas de éstas suelen ser más deseables que otras; por obvias razones, son relatos que a muchos nos hubiera gustado vivir o, simplemente, no se los deseas a nadie. Lo cierto en todo esto son dos cosas: no hay historias perfectas, pero también, cada una de ellas quedan registradas en la memoria de los docentes porque, indiscutiblemente, son estos sujetos los que observan sus consecuencias, en virtud de que ocurren al interior del aula; espacio o lugar donde se puede hacer o marcar una gran diferencia.

Una de ellas se quedó grabada en mí cuando recién comencé mi formación docente, por el enorme impacto que suelen tener los docentes en los alumnos, sea para bien o para mal porque, como se sabe, una acción de solidaridad, empatía o de otra naturaleza, puede marcar la vida de un niño.

Ahora que me encuentro de lleno en esto que se llama docencia, justamente es lo que más me preocupa: ¿cómo me recordarán mis alumnos en algunos años, incluso, si sólo estuvieron conmigo durante mis prácticas profesionales que nos programa la escuela Normal? Tengo la esperanza de que mis errores de practicante no hayan sido tan graves para que los niños me recuerden como la practicante a la que quizás no le hayan entendido nada de lo que quiso enseñar, o a aquella que ni siquiera quisieran recordar.

Al hacer memoria de mis intensos días de alumna en los diferentes niveles educativos, y de los docentes y practicantes con los que me encontré en el camino, puedo recordar a cada uno de ellos, algunos más que otros, por supuesto; por ejemplo, recuerdo a aquel docente que me dejó sin recreo en primer grado de primaria, o al practicante que se puso nervioso al explicar asuntos relacionados con los cambios en la adoles-

cencia; también a la docente que me regañó de una forma terrible en la secundaria, o a aquellos docentes cuyas acciones y palabras tuvieron un efecto positivo en mi persona y que me hicieron apreciar la escuela; no obstante, a todos ellos, sólo me queda agradecerles lo aprendido.

Y lo agradezco porque ahora, durante mi formación docente, ha sido raro el que extrañe a cada grupo de alumnos con los que me he encontrado en esta corta experiencia; todos mis grupos y los estudiantes con los que he compartido han dejado una experiencia significativa y única que, si llegara el momento en que tuviera que elegir a alguno de ellos, no podría decidirlo porque me quedaría con todos.

Ello precisamente me ha llevado a preguntarme, ¿qué o quién es un alumno inolvidable? Quizás sea el más travieso que, de tanto llamarle la atención, puedo recordar perfectamente su nombre cuando a cada rato le decía; ¡Jacob no corras!, ¡Jacob no te subas a la silla!, ¡Jacob! ¡Jacob! También, a mi mente viene, otro niño que no supe que decirle cuando lo escuché mencionar que en navidad se cumplía un año desde el fallecimiento de su padre. Cómo olvidar a otro pequeño que no supe cómo ayudarlo en el momento en que me pidió ayuda cuando me decía: “Nadie me quiere”, porque sus padres nunca le prestaban atención. Imposible olvidar a aquella niña cuyos padres se estaban divorciando y, por esta misma situación, la separaron de su hermano.

Ahora que lo pienso, podría seguir enumerando varios de mis alumnos; quizá años más tarde los olvide, sin embargo, creo que ellos han sido el motivo de mi profesión y el porqué de mi gusto por ser docente.

Es, aquella primera vez cuando estás frente a ellos, que la docencia comienza a cobrar sentido, ya sea que alguno de ellos te tire el refresco encima, cuando otro te hace reír con sus ocurrencias o cuando tienen la enorme capacidad de desesperarte y alegrarte el día cuando más lo necesitas.

Si en este momento alguien me preguntara el porqué quiero ser docente, sencillamente le respondería que es por ellos, porque si buscara otra razón por la cual podría o quisiera serlo, creo que abandonaría la docencia definitivamente.

Esto, y la esperanza de contagiarles el gusto por aprender, porque a través de ello pueden ser mejores personas, es y ha sido un buen motivo para querer ser docente.

Estudiantes inolvidables

Rubén Zataráin Mendoza

Doctor en Educación. Supervisor de Educación Secundaria en la Secretaría de Educación Jalisco.

zatarainr@hotmail.com

En la historia de vida de maestros y maestras, mejor dicho, en la historia laboral de maestros y maestras, existen biografías de alumnos y alumnas que les han marcado; mejor dicho, que les han configurado el sentido social de la misión educadora.

Educar sin educarse con y al lado de otros parece una contradicción no sólo Freireana, sino de la vida social misma.

La relación dialógica es inherente al acto mismo del continuo maestro, estudiante. El alumno-grupo escolar en relación pedagógica horizontal con su educador son definitorios del fenómeno mismo que acontece en esa categoría pletórica de espacio, tiempo e interacción llamada salón de clases.

La Pedagogía es esa ciencia donde la interacción, en el encuentro humano de los actores, construye lazos, mapas, se elaboran recíprocamente tejidos de relación humana donde el aprendizaje nunca va en una sola dirección, hay una especie de telaraña invisible donde todos son tejedores.

Ser maestro es, entonces, también memoria reflexiva y sumativa de algo más tangible que años de servicio o de participaciones en festejos del Día del Maestro, es ante todo ejercicio de memoria y recuperación de aquellos con los que hemos edificado relaciones de aula, de aquellos que a manera de fotosíntesis vital nutren nuestra savia educadora.

Hacer camino en materia de educación pública. La sencillez como idioma de los habitantes del medio rural, su particular concepto de la vida y la economía de subsistencia, los modelos de padres y madres de familia formadores de los valores, la forma cómo acompañan la educación diferenciada de niños y niñas.

El trabajo infantil natural en casa y en la parcela. Los huaraches que protegen sus pies de manera escasa en las extendidas temporadas del frío de la sierra, huaraches de piel, tela o plástico reseco que apenas cubre de piedras, guijarros y espinas.

Las pocas juntas de padres de familia donde hubo concurrencia y permanencia, el espíritu colaborador, la escasez de palabras y las manos recias y dispuestas para sanear la letrina, para reforzar la cerca que subdivide el espacio escolar.

El medio urbano con otro mapa de necesidades, con otras carencias.

La práctica docente como objeto de reflexión y transformación permanente a la luz del encuentro dialógico con el estudiante. La escuela pública, la ciencia y el arte de estudiar en condiciones de privación de condiciones materiales, la temporada de las necesidades básicas de aprendizaje de una escuela que intenta adaptarse a una modernidad e innovación que pasa lejos de las aulas rurales y semiurbanas.

El camino andado por el educador, por la educadora, la suma de huellas imborrables, las imágenes que sobrevienen en secuencia cuando se interpela la práctica docente.

Como en todo ejercicio de memoria, hay presencias y ausencias, hay olvidos y recuentos, hay alumnos y alumnas invisibles o registros borrosos.

Como en todo camino andado hay huellas, hay vestigios en marca indeleble y en el caso del trayecto por aulas y escuelas en donde lo solitario y la compañía son apariencias, siempre hay historias individuales y colectivas de las cuales dar cuenta.

En lo que atañe a quien esto escribe algunos alumnos toman su lugar en el tablero, en los escaques del gráfico de blancas y negras que es hacer docencia.

En razón del tema que hoy convoca de los estudiantes inolvidables, propongo algunos apuntes en un esfuerzo selectivo porque la verdad no conozco profesor que recuerde a todos y todas sus alumnos(as) y tampoco hay un álbum fotográfico o notas que faciliten el esfuerzo de asociación de imagen y rostro en la impronta del ejercicio de escritura presente.

Así que hagamos inventario en este ejercicio de recuperación, nombre y contexto, territorialización de la memoria, color y polvo de gis, los pizarrones, los sonidos, los paisajes, los nombres y las personitas aquellas que sin pretenderlo nos esculpieron en el oficio de ser maestro, nos inspiraron.

Va un mínimo inventario

- Simón (Coyula, Tonalá). Cuarto grado, los nacientes ochentas, aun profesor normalista en formación, las prácticas profesionales, apenas un par de semanas. Simón el alumno aquel lejano sujeto moreno y lacio aún de edad infantil, pero adolescente de mentalidad, de oficio ladrillero al lado del padre y sus hermanos mayores. Sus dificultades para comprender el algoritmo de la división, el recitado de las tablas de multiplicar sin comprensión, su adicción al cigarrillo, las solicitudes de permiso para salir a fumar. La educabilidad de los hombres y mujeres que moldean y viven del lodo.
- Donaciano (Miraflores, Juanacatlán) alumno de tercer grado. El servicio social y la construcción de tesis para el título de profesor de educación primaria. El pequeño Donaciano de gripe crónica y nerviosismo permanente en las tomas de lectura oral, su ininteligible escritura. La ortopedia de las habilidades de lectura y escritura por hacer.
- Micaela. (Llano Grande, San Cristóbal de la Barranca). El primer reto profesional como profesor unitario. Septiembre de 1982. Niña de doce años estancada en primer grado, hija de don Regino analfabeta. Todos los test arrojaban normalidad en su desarrollo intelectual. ¿Por qué era incapaz de leer y significar lo leído? ¿Cómo era capaz de recitar de memoria los contenidos de sus libros de texto y le era imposible leer otro tipo de materiales de lectura?
- Serafin: (Llano Grande, San Cristóbal de la Barranca). Sus problemas de lenguaje, los ojos inquietos, su ingenua desobediencia, la imposibilidad de apoyos adecuados en la sierra, la socializa-

ción lenta, su gusto por estar al lado de su hermano mayor, su incondicional protector y fuente de apoyo y confianza.

- Lalo (Everardo) Llano Grande, San Cristóbal de la Barranca. Su inmadurez psicomotriz fina para dominio de la escritura, la falta de jardín de niños que estimule las primeras habilidades. Su gusto por alimentar vacas y caballos y su disgusto por aprender a leer.
- Inocencio (hermano de Agustina, quinto grado). Los Pueblitos, San Cristóbal de la Barranca. La mañana aquella de lluvia en la que quería correr de la escuela para llegar a su casa, el miedo a la crecida del arroyo que tenía que atravesar para llegar a casa. El llanto como catarsis de su miedo.
- Agustina, San Cristóbal de la Barranca. Alumna de quinto grado, su sabiduría de la localidad cuando hicimos la excursión de recolección de hojas de plantas para practicar observación y fotosíntesis.
- Esther, Chapala, turno vespertino. Su timidez y participación en la carnicería familiar en el mercado, mejor en las operaciones fundamentales que en la lectura. Leer como habilidad en formación cuya práctica le provocaba tartamudeo involuntario.
- David, Chapala. Cuarto grado Su incansable gusto por patear la pelota. Su liderazgo por ser el goleador. Su movimiento permanente y distracción de las actividades escolares. La docena de preguntas si ya mero es hora del recreo. Los inicios y complicaciones para que participará en una obra de teatro para el diez de mayo. La apertura de posibilidades en materia de arte.
- Ivan Alexei, Tabachines, Zapopan. El Mejor orador de la primera generación de la Secundaria General recién fundada (1986). La satisfacción de saber que se dedica a la abogacía con responsabilidad y éxito.
- Carmina. Hija de padres universitarios. Buena estudiante del nivel de secundaria, apasionada de la Historia, organizada, lee, analiza, hace preguntas. Años después supe por voz de terceros que es maestra en Lenguas y catedrática.
- Gabriela. Estudiante metódica y organizada de la Escuela Normal de Jalisco. El Laboratorio de Docencia y los ejercicios de pla-

neación didáctica, los programas de estudio. Las prácticas en las escuelas primarias urbanas. El proceso reflexivo de significar los textos en la propuesta de lectura.

- Perla, Cirujano dentista estudiante de la Maestría en Ciencias de la Educación. Su cátedra en la escuela preparatoria y la necesidad de fortalecer la cultura pedagógica. Las dificultades para situar el debate en las Ciencias Sociales y las propuestas metodológicas para hacer investigación en el campo de la práctica educativa. Enseñar como actividad que se padece y para la que hay mínima vocación.

Ver en retrospectiva

Ser maestro y ser estudiante en esa espiral dialéctica donde en el encuentro mismo se genera el pensamiento y la palabra.

El acto pedagógico en un tiempo transversal donde no hay retorno, los sujetos aprendices que se renuevan cada ciclo escolar.

Las voces irrepitibles, las miradas desde el mirador que es cada mesabanco, cada butaca.

Estrechar la mano de aquel, de aquellos, que fueron alumnos en algún tramo de eso que escalafonariamente se denomina antigüedad, suma de años de servicio.

Hacer magisterio como historia de vida donde la acción pedagógica es la auténtica maestra. Hacer magisterio en concilio con otras áreas como la familiar o el propio rol de estudiante, en ese tren de formación continua o de educación a lo largo de la vida.

La apertura de las entendederas que la ciencia no provee. El lado periférico de los corazones e inteligencias de los niños y las niñas, de los jóvenes maestros en formación inicial, de los educadores que asisten a un posgrado.

El centro de gravedad de una profesión humana, social, a veces desvalorizada social y profesionalmente.

Las etiquetas, el status social, el conjunto que por su dimensión cuantitativa y cualitativa tiene de todo.

Los estudiantes que al crecer evocan románticamente el jardín de niños, la escuela primaria, la escuela secundaria, la escuela preparatoria, la escuela Normal o la universidad.

Pasar por la escuela y recordar. Tomar los antiguos libros, las libretas cuando se conservan y recordar.

En la educación pública nunca se está seguro de los puertos de llegada.

Para quienes permanecen en sus hogares de la sierra, los certificados de primaria o secundaria no les cambian el pronóstico de vida.

Bajo el sombrero, sobre sus huaraches algunos exalumnos con mucha dignidad hacen lo que sus abuelos y padres: cultivan la tierra, arrear ganado.

Para aquellos que emigran al país del Norte, que los hay muchos, seguro es que las herramientas de saberes básicos entre los que se incluyen leer, escribir y hacer cuentas, les serán muy útiles.

Las generaciones con las que convivimos en el ayer, las niñas y niños que acompañamos en sus procesos.

Las generaciones de adultos con las que leímos, debatimos, expusimos y ensayamos nuestras propias ideas pedagógicas y ahora comparten el *ethos* de la digna profesión del magisterio.

Los estudiantes inolvidables que tal vez guarden un pensamiento para sus maestros inolvidables.

Historias que marcan vidas, la docencia más allá de los planes y programas de estudio

María Candelaria Ornelas Márquez

Licenciada en Educación. Profesora jubilada de Educación Secundaria.
candy600202@hotmail.com

Soy una maestra jubilada, trabajé durante 28 años en el sistema educativo nacional (como maestra federal), primero en educación preescolar y posteriormente en educación secundaria, lo hice en diferentes comunidades de Jalisco, primero en Zapotitán, El Molino, Villa Corona y Tlajomulco, posteriormente en La Venta del Astillero del municipio de Zapopan, en este último lugar estuve 25 años como docente de educación secundaria de la asignatura de Español, es curioso que en estos cinco lustros tuve como estudiantes a los hijos de mis primeros alumnos en la Escuela Secundaria General núm. 64 “Jesús Reyes Heróles”.

En estos 25 años viví muchas experiencias dignas de ser contadas, fui testigo de cómo la comunidad de La Venta pasó de ser una comunidad semirural y de paso, a convertirse en un espacio de oportunidades, hoy en día está llena de empresas, centros deportivos y educativos como el Club Atlas y el Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias (Cucba), entre otras cosas, hoy se puede llegar al centro de la ciudad de Guadalajara en una ruta de transporte público, cuando antes había que tomar un camión foráneo para ello.

De todas las historias como docente resalta una muy reciente, la cual inició hace algunos meses, aproximadamente un año. Resulta que un exalumno estuvo tratando de contactarme, al principio no sabía quién era y me daba cierto temor contactarlo (principalmente por los temas de inseguridad), ya que tuve tantos estudiantes en todos esos años que no recordaba el nombre de cada uno. Superado el temor de la inseguridad, decidí tener una conversación con él y fue una sorpresa muy, muy agradable. Este exalumno se llama Daniel, fue un chico que tuvo muchas dificultades cuando era niño, pertenecía a una familia disfuncional, como tantas de la comunidad de La Venta, pero con muchas

ganas de salir adelante a como diera lugar; por las mismas condiciones de su entorno familiar, Daniel abandona su hogar a los 16 años y decide independizarse, afortunadamente llegó a tener buenos amigos y su actitud resiliente le permitió construir un buen futuro, tanto es así que salió becado en el Tec de Monterrey para la carrera de Administración, que, debido a situaciones adversas no la pudo continuar por la falta de recursos económicos, pero un chico como Daniel, con mucho talento y muchas ganas de salir adelante, supo sortear todas las cosas malas y adversas que se le fueron presentado.

De los detalles que Daniel me compartió, algunos de sus recuerdos hacia mi persona, me dijo de todo lo que lo ayudé, principalmente la motivación a seguir estudiando, que lo apoyaba con lonches y lo integraba a las actividades de la escuela, tanto a él como al grupo que pertenecía, pero una situación que marcó su vida fue lo relacionado con una falta disciplinaria que se le había adjudicado, resulta que llevó un barreno para experimentar su accionar, se lo mostró a los compañeros del grupo y una compañera de su grupo le sustrajo de su mochila y lo explotó afuera del salón, en la escuela hubo un escándalo por el sonido generado, los prefectos recibieron la información de que el objeto explotado era de Daniel y por lo cual iba a ser expulsado, tuve que intervenir al hacer la investigación y dar cuenta a la dirección que él no lo explotó y solo recibió una amonestación, de haber sido expulsado de seguro estaríamos contando otra historia de Daniel, muy parecida a aquellos estudiantes que no culminan su educación básica.

También me hizo saber que gracias a mis consejos se dedicó a trabajar, primero lavando coches, haciendo mandados y demás, siempre al margen de las malas compañías y fuera de los vicios tan comunes en la comunidad de La Venta.

Ahora está felizmente casado y ha tenido la oportunidad de generar un negocio con su compañera de vida y con sus hijos, lo cual me da mucha alegría y motivación verlo crecer y que tenga un negocio próspero, y supo hacerlo a pesar de esas historias tan difíciles que vivió siendo un niño. Ahora tiene la alegría de haber construido su propia familia y de estar en contacto con todos los demás, agradezco tanto

que me haya buscado finalmente y ese temor que tenía se volvió en una comunicación asertiva.

Para todos esos maestros que de alguna manera dejamos una huella, es importante recuperar esos momentos con esos chicos que fueron nuestros alumnos y que, la alegría de vida y de saber que son personas de bien y productivas, que aman a su país y que están comprometidos con un quehacer positivo es algo que debemos agradecer y ser conscientes de que de una manera u otra hemos contribuido a ello y eso nos debe hacer sentir orgullosos de lo que representa ser docente.



Sin retorno, el proceso de cambio en la representación del ser docente de quien aprende de su alumno

Norma Lidia Díaz García

Doctora en Psicología. Docente e Investigadora de la Escuela Normal Superior de Jalisco.

amronzaid@hotmail.com

De alguna manera, estamos destinados a vivir experiencias que transforman nuestras vidas, en diferentes momentos y bajo diferentes circunstancias, sin duda, algunas nos marcan más que otras, pero el hecho de que se conviertan en inolvidables, da cuenta de la profundidad de la huella que dejan.

Ser docente implica ser parte de un complejo sistema y preservar, en muchos casos, las prácticas legitimadas de la función, pero hay momentos en los que se experimentan vivencias que transforman la propia perspectiva y lo que representa en lo personal la propia profesión.

En esta ocasión presento una experiencia que me sacó de la cotidianeidad, empezaré por comentarles que me ha tocado acompañar a los Docentes en Formación de la Licenciatura en Educación Secundaria con Especialidad en Historia en su último ciclo formativo, esto implicaba ser quien acompañaba en todo el proceso, asignación de la Escuela Secundaria de prácticas intensivas para séptimo y octavo semestres, acompañar con visitas y registros de observación, revisar las planeaciones, dar retroalimentación, pero sobre todo, apoyar en procesos formativos acorde a las necesidades de formación, en especial procesos de evaluación, planeación y dominio disciplinar: contenido, didáctico y metodológico.

Recuerdo, que al momento de elegir las escuelas de práctica, los y las normalistas son asignados a partir de las opciones con las que se cuenta y en esa ocasión había una opción en una Escuela Secundaria que tenía la peculiaridad de atender alumnado con condición de sordera -sordo o hipoacústicos- fue entonces que le pedí que no eligiera a grupos que tenían alumnado con esta condición, porque ni él, ni yo, estábamos capacitados para atenderlos. Pero el normalista

insistió mucho en querer realizar sus prácticas con un grupo que tenía diez estudiantes sordos, al fin de cuantas, ¿cuál era el problema?, ellos contaban con un interprete de señas que apoyaba.

En ese momento, mis posibilidades para acomodar a los y las estudiantes a mi cargo, en un área geográfica más o menos cercana era fundamental. Al principio cedí, con la idea de que pudiera desarrollar sus prácticas mientras buscaba otra opción, he de confesar que estaba segura que se daría por vencido al ver la complejidad y mi objetivo era hacerle ver las implicaciones y, por supuesto, no vacilar con la idea de que desarrollará su función como docente de historia, incluso en ese contexto.

En la primera fase de trabajo se desarrollan prácticas de observación para analizar las condiciones contextuales y, en función de ello, realizar las propuestas de planeación y evaluación. Durante esas jornadas yo asistía y revisaba sus notas, en el caso de mi estudiante eran notas incompletas, carentes sistematización, le advertí que si no realizaba un diagnóstico completo no podría realizar sus prácticas docentes, por su parte siempre se reía –lo consideré cínico, e incluso burlón– pero, yo insistía en los objetivos, aunque le diera risa. Bajo la advertencia, y pasados unos días, le pedí que me entregara un diagnóstico bien sistematizado, como un punto de partida, para el desarrollo de sus planeaciones, así como el problema o necesidad educativa que pretendía atender.

Al revisar el informe encontré con sorpresa un análisis muy interesante, presentaba una realidad del aula donde realizaba sus prácticas, se integraron nueve niños sordos y una hipoacústica, que pese a estar integrados en el aula, no eran incluidos en el proceso de aprendizaje, aunado a que era como un grupo o subcultura aparte, porque observaba que no interactuaban con estudiantes oyentes. Desde luego, desde mi perspectiva en formar un Docente de historia, le comenté –usted debe enfocarse en las actividades propias del Docente de Historia, no docente de educación especial– y sarcásticamente le pregunté –¿Y la historia qué?–, el bajó la cabeza, pero retomó su intención segundos después diciéndome –¿Y si logro incluirlos y además que aprendan historia?– Esto me sorprendió, porque sin tener la menor idea o formación especializada para atender a este alumnado, insistió en intentarlo

y además cumplir con el requisito que yo le establecía, he de aceptar que me pareció sincero y decidí apoyarlo.

En su primera planeación puntualizamos que la prioridad era entablar comunicación con el alumnado en condición de sordera, además, ambos en nuestra ignorancia, pensamos en buscar materiales didácticos que fueran muy visuales y, a partir de allí, considerar la integración de las y los sordos y las y los oyentes. Lo digo desde nuestra ignorancia, porque no dimensionábamos lo que eso implicaría. Esta situación sacaba de la zona de confort a mi estudiante y a mí, porque me vi sin recursos para orientar el trabajo. Tanto él como yo, tuvimos que empezar a buscar información sobre cómo se comunican los sordos para poder entablar comunicación, que fue una de las premisas iniciales.

Al buscar información encontramos aspectos que complejizaban, por ejemplo: un diccionario de Lengua de Señas Mexicana¹, pero no era suficiente para entender el sistema de comunicación, resultó que cada seña tiene una entrada y número de entrada, se ve la imagen, pero el movimiento que se debe realizar responde a más aspectos como su configuración manual, su orientación, ubicación y movimiento. Aunado a lo anterior, hay subcategorías de las señas, como, por ejemplo: nota cultural, representación, su definición en el Español. Mientras que hay conceptos en el español que no están presentes en el diccionario, como algunos conceptos sustantivos que trabajamos en Historia y asumimos que la única alternativa era utilizar el deletreo con las señas del alfabeto. Otro aspecto era la forma en que los sordos realizaban sus actividades en el cuaderno, y mi estudiante me dijo, –no escriben como nosotros, parece que escriben como habla *Holk-*, al buscar información al respecto encontramos que se llama a este estilo de escritura «glosa de la seña» que cumple la función de traducir la seña a una transcripción gramatical, lo que permite traducirla al español, pero aún así, no todos los sordos conocen todas las señas, ni su traducción en glosa, sólo conocían las que utilizaban para comunicarse en la inmediatez de su contexto.²

1 Serafín, M. E. y González, R. (2011). *Manos con voz. Diccionario de lengua de señas mexicana*. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.

2 Escobedo, C. (Coord). (2017). *Diccionario de Lengua de señas mexicana*. Ciudad de México.

En un primer momento la planeación estuvo enfocada en dos aspectos: Entablar comunicación directa entre Docente y el alumnado sordo y la segunda, trabajar contenidos de historia para lograr aprendizajes. En el proceso, mi estudiante aprendió algunas señas, aprendió a saludar, a preguntar si tenían dudas, las señas de palabras: si, no, no saber, excelente, copiar, aprender e instrumentó la utilización de materiales audiovisuales durante sus sesiones. Al observarlo, identifiqué que había logrado entablar comunicación con el alumnado sordo y que el intérprete le apoyaba a expresarse mejor con la seña y apoyar la explicación, pero en la enseñanza de la historia los materiales audiovisuales no cumplieron con el objetivo, dichos recursos dependían totalmente del audio para su comprensión, sus imágenes y gráficos no eran claros, desde este momento, ya me había posicionado –de alguna manera– desde la condición de las y los sordos, por lo que en los procesos de retroalimentación, analizábamos los videos sin audio y pedía realizar lo mismo con las actividades de las y los estudiantes, para ver si encontraba evidencia de aprendizaje, pero sólo se encontró que copiaban en su mayoría y que era escasa o casi nula, la información que rescataban de los videos. Aunado a la experiencia, identificamos que empezó a poner atención a los diez estudiantes sordos y desatendía el proceso del resto del grupo, se mantenían separados y sin interacción entre el alumnado sordo y el oyente.

Una vez revisado esto, se realizaron ajustes para la siguiente intervención, para esta ocasión, se abordaría el concepto de *2ª Guerra Mundial*, por lo que se cambió de estrategia y basada en el uso de mapas mentales, ponía el concepto sustantivo de la historia al centro e imágenes alrededor para representar su significado y relación con el pensamiento histórico, en esta ocasión aprendió más señas de tiempo, nombres de países y palabras como: aprender, judío, libertad, pueblo, autoridad, nacionalismo... escribía la palabra, construía el mapa mental con las aportaciones del alumnado oyente y luego mostraba la seña o el deletreo de la nueva palabra, además de que las actividades que dejaba eran iguales para todo el grupo, les pedía los productos en glosa, explicó cómo se escribía en glosa y les dio el ejemplo de Holk, así les mostró que era la vía de comunicación escrita que utilizaban los

sordos, otro aspecto fue, que al ser el Docente quien se comunicaba en señas, el aprendizaje de las señas era para todos, lo que permitió una oportunidad de comunicación entre el alumnado sordo y oyente.

La descripción es breve, pero el proceso vivido me cambió la perspectiva, primero de mi función como formadora de docentes, al entender que sólo basta con que tengan voluntad para potencializar su capacidad, identificar que cuando alguien se ríe, también puede ser por nervios. Lo más gratificante fue la lección de tener una nueva perspectiva, posicionarme desde una condición diferente, reconocer y disfrutar los logros de mi estudiante, desde allí, activar mecanismos de análisis y adaptación de metodologías inclusivas, que siempre están en el discurso educativo, pero que son realmente complejas de lograr. Lo más significativo se dio con la apertura de aprender de mi alumno, este proceso de cambio sin retorno, se ha mantenido en constante evolución, lo que me ha llevado a reconfigurar mi representación del *Ser Docente*, en mi experiencia con otros y otras Docentes en Formación se enriquece y eso convierte a ese estudiante en uno de mis inolvidables.



Olvidarte sería olvidarme

Carlos Jovani Morán Esteban

Maestro en Educación Básica. Docente frente a grupo (primaria, secundaria y universidad) de la SEJ.

jovanimoranes@gmail.com

Existen diferentes etapas de la vida, las cuales te van creando un criterio, una convicción, una opinión de la vida y, es a través de dichas etapas, que cambias, evolucionas y creas un pensamiento, te forjas objetivos y te trazas metas, sueños. Por tanto, el olvidar mi recorrido como estudiante y como principal detractor de las figuras de autoridad representadas por los maestros que formaron parte de mi trayecto, sería una falta de respeto enorme para mí y para ellos, olvidarlo sería olvidarme a mí mismo.

Así que, expresaré mi experiencia (a grandes rasgos) de mi rol de alumno y abordaré brevemente mi rol docente en la actualidad, recordando y mencionando con cariño, a todos aquellos que han sido partícipes de mi formación estando en ambos lados de la moneda.

Cuando abordaba el concepto de “una falta de respeto para mí”, me refería a todo aquello que hice en mi papel de “alumno rebelde”, desarrollando mi papel de ser discente que no asiste a clases por “hacerse la pinta”, de ser el alumno que se sienta hasta atrás y tiene el deseo ferviente de hacer que sus emociones estallen mediante burlas, “travesuras”, interrupciones o ausencias en el aula, prolongadas por largos paseos en los pasillos de la secundaria, ser expulsado de una, para repetir el mismo patrón y ser expulsado de otra, y así sucesivamente hasta por cuatro veces, provocando situaciones problemáticas para mis profesores, mis padres y, sobre todo, para mí, dichas acciones al día de hoy, me hacen tener una empatía para poder identificarme con cada rasgo de aquellos alumnos que se sienten de la misma manera y se comportan de forma similar.

Y volviendo a mi papel de alumno complicado, así siguió el tema en la preparatoria, representada por excesos, una soledad sustantiva

para el adolescente-joven incomprendido, en busca de una identidad alejada de lo educativo y todas sus traducciones, ya que a criterios de la mayoría de mis docentes, no representaba en lo mínimo lo que era un alumno funcional para el sistema educativo y, a final de cuentas, tampoco quería serlo, encontrándome en una balanza, donde el contexto educativo abonaba su 50% en expresar su “rechazo” y yo abonaba mi 50% haciendo lo posible para ser “rechazado”, todo un trabajo colaborativo y, con esto, no quiero culpar del todo a las instituciones y personal docente, ni de asignarles el rol de victimarios y asignarme a mí el de víctima, pero sí a poner sobre la mesa la introspección y la concientización de la responsabilidad que se ejerce sobre docentes y alumnos, y el rol que cada uno desarrolla en la conformación de la sociedad.

Posteriormente, al inmiscuirme en los terrenos universitarios, las cosas no fueron diferentes, pasando por una transición de vicios, irresponsabilidad y un desconcierto social que se manifestaba en cuestionamientos tales como: ¿qué es lo que quería para mi vida y que es lo que iba a hacer para mi futuro? Teniendo el sentimiento de que esa identidad que tanto busqué, daba indicios de estar tan alejada por haber elegido el camino incorrecto, pero por vicisitudes del destino y tildándome de romántico, diré que encontré o me encontró la gloriosa UPN (Universidad Pedagógica Nacional), en donde pude darle final a mi búsqueda de encontrarme, entender y vivir el lema de mi universidad. “EDUCAR PARA TRANSFORMAR”.

El recordar dichos sucesos no me enorgullecen del todo, pero sí me dan un grado de satisfacción que se representa por una sonrisa en mi rostro, entendiendo y/o justificando que de algún modo todo esto era necesario, necesario para convertirme en el maestro que siempre quise tener y entender que la escuela y el salón de clases puede ser mi lugar seguro.

En mi trayecto conocí maestros que siempre creyeron en mí y me hicieron sentir especial, valorado, único, con potencial, seguro, libre, feliz, ubicado y con valor, maestras y maestros que fueron más allá de impartir un tema, que se tomaron la libertad de preguntar: ¿cómo estás?, ¿cómo te sientes?, y de manera genuina lograron que, con ese simple detalle o acción, cambiara por completo el rumbo de mi día, y al día de hoy comprendo que también de mi vida, a tal grado

que después de tanto tiempo, los llevo en el pensamiento, y de nuevo ese sentimiento se vuelve a representar con una sonrisa en mi rostro. Maestros inolvidables.

Las experiencias con mis alumnos proyectando mi trayecto como estudiante, me hace no querer contar los días, sino hacer que los días cuenten, no olvidando al yo del pasado, el mejor/peor alumno que pude tener para comprender lo valioso que es la labor docente, lo importante que es el reflejo del alumno en tu práctica y lo impactante que puede ser en su vida, porque tal vez la escuela es el único escape de todo lo malo que existe alrededor de él.

Al día de hoy todas esas vivencia me hacen estar más comprometido con lo que hago, creciendo profesionalmente, enorgulleciéndome día a día de cada acción que llevo a cabo en el salón de clases, y sintiendo una responsabilidad enorme con cada uno de mis alumnos y sus familias, con esto no me adjudico el título del mejor profesor del mundo, pero si trato de entender que estoy haciendo lo que me toca, desde mis alumnos de la actualidad de 1°, 2° y 3° (escuela de organización, multigrado, bidocente), mis alumnos de 3° de secundaria, hasta mis alumnos de la Licenciatura en Educación. Gracias, gracias por lo que me enseñan y porque de algún modo me sen mejor persona.

En dicho tenor de agradecimientos, quisiera plasmar en este texto mi agradecimiento al maestro Mario y Ofelia de la primaria (en paz descansen), a la maestra Maty de la secundaria, al profe Adán del CBTis 226, al maestro Alejandro Santoyo, a la maestra María del Rosario, al profe Chava, al profe Óscar Becerra, a la maestra Rita Yadira y al Doctor Édgar de la UPN, gracias, gracias por enseñarme el camino y estar para apoyarme, espero haberme convertido en un estudiante inolvidable, son parte de lo que soy y celebro a la vida el que hayan coincidido conmigo.

Asimismo, agradezco a mis alumnos de la comunidad de San Diego, Isidro, Giovanni, Gerardo, Santiago, Vanesa, Lupita, a mis alumnos de la comunidad de la presa del Jihuite, María Fernanda, Rodrigo, Santiago, Kimberly, José de Jesús, Beto, Dulce, Vale, a mis alumnos de Teocaltiche (secundaria) al tercero A y B, a mis alumnos de la Universidad Interamericana para el Desarrollo (UNID), José, Némesis, Verónica, Lesly, Alexis, Luz Gallo, Jazmín, Alex Mora, Ángel David, Carlo, Leslie,

Daniela, Montserrat. Gracias a todos ustedes y perdón por no poder poner el nombre de cada uno con los que he podido interactuar, pero aun así, saben que son inolvidables para mí.

Alguien más a quien tengo que agradecer por haberme enseñado tanto es a mi madre, Rosa María Esteban Alonso, la mejor maestra que pude tener en la escuela de la vida y la materia del amor y la perseverancia, también a la doctora Mariana Jazmín Figueroa Padilla, la mejor maestra que pude conocer, la cual no tuve el placer de que me diera clases, pero tengo el placer de compartir mi vida con ella y en el acto me sigue enseñando de cómo vivir el amor, me enseña a ser mejor cada día, por eso y mucho más, gracias, esto es un pequeño homenaje para todos ustedes, alumnos y maestros inolvidables, que le dieron forma a lo que ahora soy, mi trayecto, mi vida, mi huella y sus huellas.

Si logras leerme (y eres estudiante), créeme que no eres el único, el primero o el último en sentir que, de “nada te servirá el ir a la escuela”, que los “maestros están en tu contra”, “que no sirves para esto”, o “que eres un bueno para nada”, pero al menos por hoy, en este momento, eso no será así, porque es parte del proceso, de tu proceso, y se volverá experiencia, carácter, amor, anécdota, ganas y fuerza para poder superarlo, no estás solo y siempre estará la mano de uno de tus maestros para apoyarte y estar ahí, mostrándote que la escuela si puede ser tu lugar seguro.

Si eres compañero-docente, gracias por leerme y déjame decirte que: cuando sientes que no puedes más, que tus alumnos no logran entender, “no aprenden”, “no te respetan”, “les caes mal”, “lloran porque no se quieren quedar en la escuela”, “se burlan di ti”, “no les importa tu clase”, déjame decirte que... respira, no eres el único, el primero o el último en sentir eso, no estás solo, te invito a que trates de entenderlos, a comunicarte, a dialogar, a empatizar, ya que a lo mejor sólo buscan la atención desesperada que no obtienen en casa, o tal vez sólo proyectan la interminable violencia o carencia de afecto de los cuales son víctimas, porque entiendo y sé a la perfección que lo estás haciendo de maravilla, te admiro y te respeto, porque tú eres de l@s que dejan huella.

Olvidarte sería olvidarme, lo digo como alumno y como docente.

Su nombre era Aída

Mayela Eugenia Villalpando Aguilar

Doctora en Educación. Docente en el Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales de la SEJ.

mayela.villalpando@cips.edu.mx

Aída fue mi alumna hace veinte años y su nombre, de origen árabe, significa –La que regresa, la que ha de volver-. Ella era parte de un reducido grupo de jóvenes religiosas que estudiaban la Licenciatura en Ciencias de la Educación en una universidad privada. En esa carrera, yo atendía los cursos de Metodología de la Investigación, de segundo a noveno semestres y hacía el seguimiento del proyecto de tesis hasta su presentación en el examen profesional. Por esta continuidad a lo largo de los años, llegaba a conocer de manera cercana a mis estudiantes.

Aída era una persona singular, sensible y atenta a las necesidades de los demás. Bajita, de pelo negro muy lacio, hablaba rápido y usaba lentes desde muy chica. Como estudiante se mostraba preocupada, debido a la falta de tiempo suficiente para atender satisfactoriamente una larga lista de actividades. Por la mañana, se desempeñaba como auxiliar de docencia en la primaria perteneciente a su orden religiosa. Era responsable de elaborar material didáctico y, lo más importante, atender a los niños y niñas que presentaran dificultades de comportamiento o aprendizaje. Durante la tarde asistía a clases en la universidad, y por la noche, realizaba las lecturas y tareas, para luego levantarse de madrugada a las devociones matinales y servicios en su comunidad. Con un horario así, era comprensible su angustia cotidiana de no ser capaz de cumplir con todas sus obligaciones.

A lo largo de la carrera, en el quinto semestre, los estudiantes formulaban su proyecto de investigación, que podía elaborarse de manera individual o en equipos de hasta tres personas. En el caso de Aída, decidió plantear su problema de investigación en la primera modalidad y en el contexto de su trabajo didáctico como auxiliar de docencia. En el octavo semestre, y ya con el trabajo de campo de su investigación

realizado, Aída tuvo dificultad para asistir con regularidad a clases, debido a la enfermedad terminal de su papá, quien radicaba en un pueblo de el Estado de México, y ella eligió permanecer con él para atenderlo en sus últimos días.

En el mes de diciembre, ya en las semanas de evaluación, Aída regresó a Guadalajara con la esperanza de salvar el semestre. En algunas asignaturas había quedado sin derecho a examen por inasistencias. En el caso de investigación, debía presentar el avance correspondiente en su proyecto. Ella habló conmigo, su problema era que no podía pagar el extraordinario. Decidí apoyarla y solventar el costo, entregándole la boleta de pago ya cubierta. Esto la animó y se dedicó a trabajar, día y noche, para sistematizar la información de campo que ya había recabado.

Logró entregar el avance en su proyecto, acreditar la asignatura y el octavo semestre. Las dos lo festejamos, ella por haber culminado con éxito su esfuerzo, y yo, porque nunca antes había tenido un estudiante en extraordinario y esto era para mí un motivo de preocupación.

Ya resuelto el obstáculo académico, Aída se dio un tiempo para vivir el duelo por la muerte de su padre y resolver una crisis acerca de su verdadera vocación. Decidió que quería dedicar su vida a la docencia, más que al servicio religioso. Cuando llegó el momento, optó por no renovar sus votos y abandonar la vida en su comunidad. En los meses siguientes, me sorprendió ver una Aída renovada, fresca; no sólo porque había dejado de usar el tradicional hábito de monja, sino porque tenía una actitud relajada, de aceptación y confianza en sí misma.

Con mayor claridad en sus propósitos, consiguió un empleo de auxiliar docente en otra escuela, terminó la carrera en Ciencias de la Educación y obtuvo su título profesional con un excelente trabajo de investigación acerca de las estrategias didácticas de apoyo a los estudiantes en situación vulnerable. Lo que actualmente se denomina, alumnos que enfrentan barreras para el aprendizaje y la comunicación.

Pasaron algunos años. Estaba buscando cambiar de escuela a mi hijo. Por recomendación, llegué a un colegio de educación primaria que incluía el club de tareas, lo cual me resultó interesante. Inscubí a mi hijo en quinto grado, y gran sorpresa me llevé el primer día de clases,

al descubrir que la maestra era Aída, mi exalumna de la universidad. Haciendo honor al significado de su nombre –la que ha de volver – retomamos la relación de amistad que habíamos construido a lo largo del tiempo de sus estudios.

Pude experimentar de primera mano, el apoyo que como maestra brindaba a cada uno de sus alumnos, durante el horario de clases y en el tiempo extra del club de tareas. Diseñaba las adecuaciones curriculares pertinentes con base en el diagnóstico del perfil de cada alumno. Integraba pequeños grupos con la figura del monitor e implementaba el trabajo por proyectos integradores, que había conocido en la universidad. Durante quinto y sexto grados, Aída permaneció como maestra del grupo y llevó a efecto las estrategias didácticas de apoyo a la diversidad que, además, resultaban acordes con el modelo de inclusión educativa que caracterizaba al colegio.

Al concluir la primaria, en la fiesta de graduación, mi hijo se sentía feliz y a la vez triste por la despedida de su grupo y su maestra preferida. Ambos le expresamos a Aída nuestro agradecimiento y yo la felicité sinceramente porque había sabido integrar los aprendizajes de la universidad con la innovación de su práctica docente.

Tiempo más tarde, cuando mi hijo cursaba el último grado de secundaria en el mismo colegio, recibimos la triste noticia del repentino deceso de Aída, debido a un coma diabético. Quedamos perplejos. Tenía sólo treinta años. Desafortunadamente, había desarrollado la misma enfermedad de su padre. Con gran tristeza, mi hijo y yo asistimos a su sepelio, para darle el último adiós.

Aída fue una alumna especial de quien aprendí la entereza y valentía para reconocer la verdadera vocación y hacerla motivo de vida. Logró formarse como maestra, desarrollando un gran sentido pedagógico para atender la diversidad de necesidades de aprendizaje de sus alumnos y reconocer el carácter único de cada niño y niña, en un grupo escolar. Su vida fue muy breve, pero dejó huella en las personas que la conocimos. Siempre la recordaremos con gratitud.



Raymundo: una experiencia de vida inolvidable durante su paso por la Universidad Pedagógica Nacional

Nelly del Pilar Cervera Cobos

Doctora en Educación. Académica e investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional Ajusco, CDMX.

ncervera@upn.mx

La educación pública implica, para los estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), una oportunidad de superación que exige grandes esfuerzos, así como una actitud y un posicionamiento positivos ante su propio proceso de formación y su vida misma.

La siguiente historia hace referencia a momentos en la vida universitaria del estudiante Reymundo Manuel Torres Arcos (Rey), quien habla Chol, es originario y vive en una comunidad indígena en Mariscal Yehuítz, municipio de Tumbalá, Chiapas. Rey estudió en la UPN porque desde niño le interesaron los temas referidos a la educación, ya que su padre fue maestro en su comunidad.

Llegar a la preparatoria no fue fácil para Reymundo porque nació con una discapacidad visual (baja visión) condición que, al realizar sus estudios, implicó obstáculos en sus procesos de aprendizaje.

Reymundo perdió por completo la vista al concluir la educación media superior, lo que le llevó a pensar que no podría seguir estudiando. La depresión hizo presa de él, y, aunque se sentía solo, su familia lo apoyó en la transición de aprender a aceptar su nueva condición de vida, lo animaron a inscribirse a cursos de manualidades para desarrollar nuevas habilidades, lo que le permitió conseguir un trabajo. Al cabo de varios años, y con mayor aceptación de la pérdida de su vista, decidió retomar sus estudios.

No fue una tarea fácil, no poder ver se convirtió en un gran obstáculo para ingresar a una institución de educación superior. La situación económica también era un obstáculo porque era difícil costear los estudios; trasladarse a una ciudad, vivir solo y enfrentar los gastos era una idea que por momentos lo desanimaba, porque para él era inalcan-

zable. Pero Reymundo no se rindió ante las negativas que recibía, lo siguió intentando una y otra vez.

Una tarde llegó el momento tan anhelado: un profesor de la comunidad que conocía su interés por seguir estudiando le dio información acerca de una licenciatura en línea, en la Universidad Pedagógica Nacional. La licenciatura se llamaba Licenciatura en Educación e Innovación Pedagógica (LEIP). Al estudiarla Rey no tenía que trasladarse fuera de su comunidad y podía solventar los costos: veinticinco pesos el módulo. Buscó la convocatoria, se preparó, realizó el examen de admisión y lo aprobó.

Reymundo consiguió una laptop para ingresar a la plataforma de la LEIP. Con ello dio inicio a una nueva etapa en su vida, comenzó una aventura que para él era emocionante ya que por las condiciones de estudio, había una gran posibilidad de concluir una licenciatura vinculada con la educación.

A través de las lecturas y análisis de los materiales didácticos, Reymundo comenzó a conocer un panorama cada vez más amplio en el ámbito de la educación. Sus profesores, lo conocimos por su gran interés y compromiso con sus estudios. Al ser una licenciatura en línea, al igual que sus compañeros, tuvo que aprender la autogestión de su tiempo y el sentido de la disciplina. Con el análisis y reflexiones de las lecturas conoció la vida y obra de distintos autores especialistas en ámbitos como la filosofía de la educación, psicología, pedagogía, sociología, por mencionar algunos.

Para Reymundo, tener acceso a los estudios universitarios significaba, además de la posibilidad de construir conocimientos y formarse mejor como persona, implicaba ampliar su cultura, fortalecer su vocabulario y tener la posibilidad de socializar sus aprendizajes con sus compañeros de las distintas asignaturas, así como con sus profesores y profesoras.

Uno de sus mayores logros fue sensibilizar a sus compañeros para la aceptación e inclusión, en las actividades de la LEIP, de personas que han perdido la visión. En una ocasión comentó: durante el análisis y reflexiones logré empatía, tolerancia, respeto, disposición de convivir y trabajar conmigo en las actividades universitarias.

Como profesora, escucharlo me hizo sentir satisfacción ya que en educación se habla y lee mucho acerca de aceptación de la diversidad, pero ponerlo en práctica en el aula, de manera exitosa entre los estudiantes, no es sencillo cuando las actividades se desarrollan durante el proceso de aprendizaje, sin que se hayan considerado en el diseño de los programas educativos, las condiciones de estudiantes como Reymundo.

Lo conocí personalmente a los cuatro años de que él inicio la licenciatura, esto porque yo vivo en la CDMX y él en Chiapas, anterior a esto el trato fue en línea. En una ocasión, él viajó a la CDMX para realizar los trámites de su titulación y cuando platicué con él, me habló acerca de su vida y Rey me dijo lo siguiente:

En general, en la LEIP, mis maestros, maestras y mis compañeros y compañeras me han ayudado a tener más claridad en mi vida, me han hecho mejor persona. Tener la posibilidad de matricularme en esta universidad me ha permitido hacer realidad mi sueño de trabajar en el ámbito de la educación. Hoy vengo a hacer los trámites para titularme y me siento muy bien porque con ello podré reafirmar mi autonomía e independencia. Además, ahora tengo la posibilidad de ayudar a otras personas, porque gracias a mis estudios de pedagogía, actualmente trabajo en el Centro de Atención Múltiple (CAM) de mi comunidad.

Para realizar y concluir mis estudios de licenciatura fue necesario que yo desarrollara el sentido de la responsabilidad, aprendiera a tomar decisiones, y a asumir sus consecuencias, a perseverar hasta alcanzar mis metas y mis sueños. En esta licenciatura disfruté interactuar con personas de diferentes lugares de México, pude participar en las conversaciones organizadas en los foros, así como escuchar y atender las lecciones de las y los tutores. Todas fueron experiencias de aprendizaje que me llevo y que fortalecieron mis conocimientos.

Como es en línea, uno de los requisitos para estudiar en la LEIP es contar con una computadora y tener conexión en

internet, lo cual permite tener acceso a la plataforma, al aula virtual y realizar las actividades.

Yo vivo en una comunidad donde no hay internet, así que cada semana tenía que caminar 4 horas para llegar al lugar donde podía acceder al servicio. Allí pregunté a mis conocidos si alguien contaba en su casa con internet y luego tuve que pedir que me vendieran o prestaran el servicio y que con ello también me dieran la clave, explicándoles mi situación. Logré que me prestaran el internet, llegaba al pueblo y conectaba la computadora, luego tenía que descargar los archivos para leer y poder realizar las tareas de la semana.

Las personas que me prestaron el internet a veces no se encontraban en su casa, motivo por el que me sentaba en la banqueta para trabajar hasta que se agotaba la pila de la laptop. A veces tuve que trabajar sentado en la banqueta bajo la lluvia, con los zapatos algo mojados, con la playera ligeramente húmeda, pero protegiendo la computadora a modo que no le llegara la llovizna, lo que lograba pegándome más y más a la pared.

También tuve acceso al internet de una oficina que estaba frente al parque. Mientras mi esposa iba al mercado por la despensa de la semana, yo me quedaba en el parque para buscar información, descargar tareas, leer y comentar los trabajos de los compañeros en la plataforma y enviar actividades. Actualmente, cuando paso por el parque, los recuerdos llegan a mi memoria y siento nostalgia por aquellos momentos. En una ocasión que llegué desde muy temprano no había servicio de energía eléctrica en el pueblo, recuerdo que fue un día sábado y tenía que enviar la tarea final del módulo; ese día me senté en una banca de la calle y avancé la tarea hasta donde pude, mientras la computadora tuvo carga.

Esa vez en el pueblo volvimos a tener el servicio de energía eléctrica a las ocho de la noche y yo tenía tres horas para terminar la tarea, afortunadamente una persona me permitió cargar la pila de la computadora. Logré culminar con la actividad, pero me faltaba enviarla a la plataforma y, para ello, tenía que ir en busca de

internet, quedaba media hora para que se venciera el plazo para enviar la actividad, a las 11: 55 pm se cerraba la plataforma.

Era una noche fría, con una leve llovizna. Mi esposa y yo con un paraguas en mano y una mochila en la espalda donde iba la computadora, caminamos por las calles del pueblo y fuimos a la casa del amigo que me daba conexión a internet, era muy tarde y no tuvimos la confianza para tocar la puerta. Entonces, sin pensarlo mucho, me senté en la banqueta, encendí la computadora y me dispuse a enviar la tarea mientras mi esposa, con el paraguas, nos cubría a la computadora y a mí de la lluvia. Finalmente pude enviar la última tarea del módulo.

Es la anécdota de una situación que viví con mi esposa, cuando estudié en la LEIP y que hoy comparto con usted, mi maestra, que estaba en esos momentos a muchos kilómetros de distancia, recibiendo mi tarea.

A cuatro años de distancia, Reymundo está actualmente titulado y trabaja en el CAM de su pueblo en el estado de Chiapas, apoyando a gente con alguna discapacidad. Su examen profesional se realizó en línea, durante la pandemia del Covid-19, fue el primer estudiante que se tituló en esa modalidad en la UPN y se graduó con mención honorífica.

Fue un estudiante que, por su actitud y compromiso, despertó en sus maestros de la Universidad Pedagógica Nacional, el orgullo de haberlo conocido.



Inolvidabilidades mentales (a propósito de alumnos extraordinarios en posgrado)

José Manuel Mora Rosas

Maestro en Comunicación. Profesor-investigador del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales de la SEJ.

manuel.mora@cips.edu.mx

El aula es un laboratorio: ellos ponen los reactivos, nosotros el instrumental que detona reacciones cognitivas. Se vuelven superhéroes. Aquí cuatro inolvidabilidades que surgieron hace poco. Andan por las aulas del sistema, detonando situaciones extraordinarias.

I

La primera vez que solicitó una asesoría, temblé: su memoria extraordinaria, su habilidad argumentativa, su sagacidad y su hambre de conocer se habían sentado frente a mi escritorio. La “forma unaria” era su tema central, a propósito de lo que observaba diariamente en la escuela donde trabaja; trancazo intelectual, pues semejante concepto jamás se había cruzado en mi camino.

Le pedí una definición. Con destreza y con cierta fruición mental –prácticamente audible mientras sus ojos verdiazules brillaban eléctricos al tiempo que activaba neuronas para vincular imágenes/conceptos/frases–, explicó como de libro para luego poner un par de ejemplos. Cual carta de Black Jack, coloqué luego yo el mío, sacado de un video viral sobre una niña que se frustra al no lograr un cometido. Nos entendimos. Mis neuronas se aceleraron también, y dialogamos echando humo intelectoconceptual como hacía mucho tiempo yo no hacía.

Logramos una apuesta, a propósito de su proyecto. Coincidimos en que no sería comprensible, puesto que aún no había trazadas rutas interdisciplinarias entre la Psicología cognitiva, la didáctica del docente y la Socioemoción: no había llegado aún la pandemia, y estábamos lejos de pensar desde lo complejo. Así que apuntamos hacia un trayecto investigativo también retador, pero menos accidentado. La asesoría tuvo sentido.

Lo que vino después fue transición, desesperanza, frustración, falta de salud e intento de salida. Pero una habilidad nueva surgió de sus entrañas: resiliencia, le llaman. Y siguió su camino en compañía, buscando como siempre verdades con las que construir conocimiento.

II

Algunos buscan soluciones, otros buscan eficacia; algunos más, tan sólo encontrar herramientas, recursos, mecanismos que operativizar en las entrañas del proceso de aprendizaje. ¡Como si se tratara de tuercas y engranajes, vaya! Pero él no: atrás de sus preguntas siempre salía a flote su formación filosófica: ¿cómo se puede, desde el lenguaje, fortalecer la mente joven del que estudia?

Traía una idea valiente, a propósito de la argumentación y los recursos lingüísticos que se requieren para formular postulados simples, no por ello menos efectivos (consideraba siempre la edad de sus alumnos de secundaria). Le daba la vuelta a una estrategia didáctica, luego a otra y a otra más, llegando siempre a la misma conclusión: no había modo –pensaba– de que los chicos articularan un argumento sólido para usarlo en cotidiano.

Un día trajo ejemplos: ejercicios descriptivos de sus alumnos, con la esperanza de encontrar, desde la dialógica de nuestra aula, un halo de esperanza. Nos mostró los ejemplos (trazados a puño y letra por los niños; ternura pura diluida entre el papel y la tinta): todos describían, de memoria, una situación narrada en la mañana por su maestro; el objetivo de ese ejercicio era utilizar conectores lógicos. Nos leyó tres y el gazapo saltó: todos los conectores que habían usado los niños eran secuenciales (y, después, entonces, luego, más tarde). Le pregunté sobre lo que reflejaba esa articulación sintagmática: se sorprendió por la pregunta (¡viva el entrenamiento profesional en semiótica!); sus ojos reflejaban el esfuerzo de su mente por encontrar la respuesta. Bajó la mirada al tiempo que decía con voz apagada, frustrado a más no poder: “¡No sé!”. Volví a preguntar:

- ¿Qué tipo de conectores son?
- Secuenciales –contestó–.
- ¿Y dónde se utilizan?

-
- Pues... en la narrativa...
 - ¿Y qué tipo de narrativa están utilizando sus alumnos? (silencio en el salón: el grupo estaba expectante ante el diálogo bilateral: sólo estábamos él y yo ejecutando trayectorias neurosensoriales para afinar la respuesta...).
 - ¿En dónde...? –preguntó al fin, tímidamente.
 - ¡En el cine! ¡En la narrativa audiovisual! Todos los conectores que usan sus alumnos son proyección de las escenas que ocurren en su mente. Cada conector vincula la secuencia de imágenes mentales que sus alumnos usan para ordenar la situación que usted les pidió que narraran. ¡Sus alumnos no piensan desde el lenguaje, sino desde la imagen: son totalmente visuales!

Entonces entendió todo: revisó los ejemplos uno tras otro, enfocando su habilidad interpretativa para mirar de nuevo, y aclarar lo inesperado. Su sorpresa brotó de sus pupilas y de su sonrisa, al tiempo que reafirmaba: ¡son visuales!

Desde entonces, buscó en la narrativa cinematográfica estructuras que sirvieran como puente entre la lingüística y la mente de sus pupilos. Y encontró nuevas formas de detonar, visualingüísticamente, argumentos nuevos por usar. La narrativa de su proyecto cambió, pues completó la imagen.

III

Vino del mundo de lo espiritual para estudiar una maestría. Era docente, pero de taller: el yoga y su amor por la infancia le condujeron a un preescolar, para fortalecer su educación integral.

Se sentía en absoluto fuera de lugar: las lecturas epistémicas, lo educativo como problema; la teoría pedagógica... El esfuerzo era mayor que el de cualquier asana. Buscaba mentores que le ayudaran a comprender, a articular, a desmenuzar los conceptos para colocarlos no sólo en su mente, sino en su ser entero. Le costó trabajo, pero avanzó pertinaz: su voluntad, más fuerte que cualquier argumentación sólida, le condujo hacia la inmersión en lo educativo. Ya no era, para ella, una piscina de agua helada a la que había que entrar a fuerza. Nadaba en ella, y entrenaba incluso para bucear en ella.

Desarrolló sus habilidades mentales por encima de sus propias expectativas: podía no sólo manejar teorías a su antojo (Brofenbrenner era casi, casi, su amigo favorito: una vez pretendió hacerle dialogar con Morin, con mucho arrojo), sino que se atrevió a plasmarlas en diagramas complicados que representaban múltiples dimensiones de lo que ella llamaba su “objeto de estudio”. Proyectaba, así, su percepción multisensorial sobre lo cotidiano, como si fuera una máquina generadora de hologramas: plasmó dimensionalmente los vínculos entre emoción, aprendizaje y socialización como si de una visión pandémica y premonitoria se tratara. Su guía espiritual le había conducido certeramente hasta este punto.

Trascendió su propuesta con éxito rotundo. Ahora medita sobre la perseverancia del espíritu aplicada en la resolución de tareas académicas, en un recorrido nirvánico que ataja a gusto, segura de cada imagen mental que disecciona.

IV

Se había quedado sola, sin equipo y sin proyecto por investigar. La incertidumbre por volver a comenzar la seguía de cerca, pero su entusiasmo siempre fue más fuerte (tal vez no tenía consciencia de qué tanto podría lograr, pero no perdía el empeño).

Llegó conmigo luego de pensar en dos o tres proyectos. Uno parecía interesante, pero lejano a lo que ella conocía; otro le era más cercano, pero requería más tiempo del que tenía (¿tercer semestre y empezar de nuevo? ¡Imagínense!). Finalmente atinamos uno, que surgió de una charla eventual sobre la escuela en casa. “¿Cómo?”, preguntaba; “¿Eso se puede?”.

Después de argumentar y articular la propuesta, la mandé a hacer trabajo de campo, a sabiendas que la inmersión directa da suficiente información no sólo para ser sensible, sino para comprender lo que emerge en la acción cotidiana. Comenzó así su iniciación etnográfica, sin saber que se convertiría en una extraordinaria escucha: su habilidad para conversar y atender al diálogo formó un cauce de estrategias para no sólo empatizar con el otro entrevistado, sino para colocarse en su lugar, usar su mismo lenguaje y, casi al vuelo, percibir los escenarios recuperados mientras “echaba chisme” –como ella decía–.

Logró lo que ninguno de su generación pudo obtener: treinta entrevistas en pleno inicio de pandemia. Papás y muchachos adolescentes se dieron cita con ella en la pantalla con sus experiencias de abandono de la escuela: razones, sentimientos, explicaciones de por qué era mejor estar fuera que dentro; circunstancias múltiples, jerarquías axiológicas de la familia por sobre la exigencia de la escuela.

Lo transcribió todo, titánicamente y sin miramientos. Recuerda cada voz, cada entrevista, como si recién las hubiera terminado. Los detalles de las expresiones también, como si se hubiera detonado en ella una audiovideocámara que capturara en simultáneo lo que ocurría mientras le hablaban. Expresiones... miradas... gestos... Todo lo no verbal se convirtió para ella en signo inequívoco de experiencias de sentido doloroso para estos chicos que abandonaron la escuela para sobrevivir, para recuperarse, para ser y comenzar de nuevo.

Ahora, cada vez que conversa con alguien, agudiza su oído etnográfico a toda su potencia. Escucha, mira, registra: absorbe toda información que le reportan. Sistematiza, pero, sobre todo, comprende al ser que le ofrece el regalo de compartir lo que le pasa.



No olvidamos a nuestros estudiantes

Arturo de la Torre Frias

Doctor en Educación. Docente-investigador del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales de la SEJ.

arturo.delatorre@cips.edu.mx

Este año celebro mi mayoría de edad como docente: 18 años frente a grupo. En realidad, no era mi intención convertirme en maestro, tenía más de 30 años de edad cuando tuve mi primera experiencia como docente. Desde entonces he vivido múltiples experiencias con *estudiantes inolvidables*.

¿Qué hace inolvidable a un estudiante?, ¿es acaso alguna situación que llene de orgullo al maestro o un suceso tan difícil que deje una marca en el ánimo del docente?, ¿son los casos de éxito o de fracaso?, ¿son aquellos estudiantes con quienes se logra una fuerte amistad o aquellos casos que parecían perdidos? Considero que cada docente tendrá sus razones para tener presente y no olvidar a algunos de sus estudiantes.

Como humanos, es un hecho que no es posible recordar todo lo vivido ni a todas las personas que hemos conocido, aún más, ser maestro implica conocer a cientos de estudiantes, tal vez miles, durante una vida. Ante esto, ¿qué es lo que hace que recordemos con mayor énfasis a unos más que a otros? Primero que nada, se trata de seres humanos que entran en contacto con nuestra vida, un contacto que implica una función de *autoridad* sobre la vida de otros. En este sentido, recordamos a los estudiantes por que son nuestra *responsabilidad*.

La palabra autoridad proviene del latín *auctoritas*, derivado del verbo *augere* que significa aumentar, hacer crecer, magnificar. Este origen nos remite a la singularidad de la autoridad que implica acatamiento u obediencia pero no sustentada en la coacción ni en la persuasión, sino en un reconocimiento legítimo por parte del que obedece en relación con el que manda (Pereda, 2017, p. 13).

Los estudiantes son inolvidables porque son nuestra responsabilidad, la cual es adquirida por la autoridad que poseemos sobre ellos, es decir, porque somos responsables de su formación, de su crecimiento, de su aprendizaje. Como docentes, ejercer la autoridad es hacer todo lo posible para que aumenten, crezcan y magnifiquen aquello que son como seres humanos.

En este mismo sentido, Savater (2016), expresa que autoridad no debe confundirse con autoritarismo ni con tiranía; autoridad “significa ‘lo que hace crecer, lo que ayuda a crecer’”. Por lo tanto, se define como aquello que ayuda a crecer bien” (p. 74); autoridad implica educar para la autonomía y para la libertad. Ahora bien, ¿cómo olvidar a alguien a quien se le enseñó a ser autónomo y a ser libre?, en todo caso, olvidar a los estudiantes sería olvidarnos de nosotros mismos, de nuestra función que como docentes hemos aceptado.

Es un hecho que como docentes no recordamos a todos nuestros estudiantes, más es posible que sean inolvidables aquellos que hemos visto crecer. En mi caso, mi experiencia está en la formación de estudiantes de educación superior, universitarios y normalistas, así como con estudiantes de especialidad, maestría y doctorado; y para describir lo que recuerdo de ellos necesitaría un libro entero.

Recuerdo a estudiantes con quienes he vivido todo tipo de experiencias, es decir, con quienes he compartido mi vida. Me encuentro muy alejado de la idea de que la función del maestro es enseñar y la del estudiante es aprender. Soy cercano a la idea de que nuestra vida se compone de nuestras experiencias y de nuestras experiencias con otros (Dilthey, 1949), por lo que reafirmo que, olvidarnos de nuestros estudiantes es olvidarnos de nosotros mismos.

Con los estudiantes compartimos lo más valioso que tenemos, nuestro tiempo. Somos humanos en el mismo barco, viviendo una vida donde cada uno nos formamos a nosotros mismos (Ferry, 1990), ellos como estudiantes y nosotros como docentes. No olvidamos a los estudiantes porque son parte de nuestra vida, porque son nuestra vida.

Recuerdo a quienes fueron mis primeros estudiantes, un grupo de 10 o 12 jóvenes inscritos en la Licenciatura en Administración de Empresas; si mal no recuerdo, fui su padrino de generación. Hace no

mucho tiempo me encontré con uno de ellos en un evento organizado por el SNTE, se había convertido en maestro y ahora éramos colegas.

Recuerdo cómo, por sugerencia de una maestra, algunos de mis estudiantes se organizaron para colaborar económicamente para que uno de sus compañeros no dejara la universidad. Recuerdo cómo un grupo de la Licenciatura en Educación Preescolar se enfrentó a la adversidad para terminar sus prácticas y su Informe de Prácticas Profesionales, cuando se decretó la emergencia sanitaria de 2020.

Hay muchos estudiantes de los cuales no recuerdo sus nombres, algunos me han saludado repentinamente y he tardado en recordarlos, y en algunos casos nunca supe quiénes eran. Se trata de estudiantes que ahora nunca olvidaré.

Hay un lugar especial en mis recuerdos para mis estudiantes que ahora son maestros. Hace unos días un joven que fue mi estudiante me habló para decirme que saldría del país y dejaría su trabajo en una primaria pública, lo cual era difícil pero no lo más difícil. Su preocupación era uno de sus estudiantes, un niño de cuarto grado que no sabía leer ni escribir. Me habló para pedirme que le consiguiera a alguien que le diera seguimiento a ese niño. Aquel niño se había convertido en un estudiante inolvidable para mi ex alumno que ahora era maestro.

Muy en especial recuerdo a una estudiante que me mostró el mundo de la sensibilidad pedagógica. Ella me hizo cambiar el rumbo de mi carrera como docente. Ella es ahora una maestra de educación básica y superior que admiro.

Cada estudiante es alguien único e irrepetible, cada uno una persona distinta y digna de recordar, aunque la memoria de los maestros no logre retener a todos. Recuerdo una anécdota narrada por Van Manen (2003) sobre la importancia de recordar el nombre de los estudiantes, algo que para ellos implicaba tener existencia para el maestro. También recuerdo otra anécdota narrada por él mismo, en relación con estudiantes que llaman nuestra atención hacia sus vidas más que otros. Se trata de algo que tiene más que ver con nosotros que con ellos.

Desde un punto de vista ontológico, para que exista el maestro es necesaria la existencia de estudiante; no son posible el uno sin el

otro, ambos son parte de una vivencia intersubjetiva que se objetiva en la institución educativa (Dilthey, 1949).

Desde un punto de vista epistemológico, para explicar el rol del docente es necesario explicar el rol del estudiante; no es posible entender a uno sin el otro. Ambos comparten vivencias, reflexiones, sentimientos, pensamientos, los cuales se encuentran de tal forma relacionados que estudiar a unos no es posible sin estudiar al otro. Axiológicamente, docentes y estudiantes adquieren virtudes, y en ocasiones vicios, de forma conjunta. Ambos son una unidad que se fortalece y crece para el bienestar humano. Es por esto que, no es posible olvidar a nuestros estudiantes; son inolvidables porque han transformado nuestras vidas.

Referencias

- Dilthey, W. (1949). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ferry, G. (1990). *El trayecto de la formación*. México: UNAM/Escuela Nacional de Estudios Profesionales Iztacala/Paidós Educador.
- Pereda, C. (Editor). (2017). *Diccionario de justicia*. México: Siglo XXI.
- Savater, F. (2016). *Los diez mandamientos en el siglo XXI*. México: Debolsillo.
- Van Manen, M. (2003). *Investigación educativa y experiencia vivida*. España: Idea Educación.

Mis estudiantes, la continuación de mi existencia docente

J. Carolina Vera

Doctora en Ecología del Desarrollo Humano. Docente de la Universidad de Los Andes (ULA) Núcleo Universitario “Dr. Rafael Ángel Gallegos Ortiz”.
vrycgre@gmail.com

Para mí, educar es un acto que ha sido, sin duda alguna, la alternativa ideal que tenemos los seres humanos para alcanzar el desarrollo desde punto de vista epistemológico, gnoseológico, ontológico, axiológico, heurísticos y holístico, quizás es por ello que los sistemas educativos y políticos del mundo se esfuerzan por desarrollar las potencialidades de cada ser humano, a fin de lograr su autorrealización, pero ésta va de la mano del esfuerzo que como cada docente le ponga a su praxis. En este particular, pienso que existen estudiantes inolvidables que marcan la diferencia y nos permiten como educadores lograr la continuación de nuestra existencia.

En este sentido, la educación es la base para que las personas consoliden la paz y el desarrollo sostenible del entorno en el que hacen vida en las organizaciones sociales donde se desenvuelven, ejerciendo la participación comunitaria activa, creativa e inteligente, así como la comunicación eficaz bidireccional en la búsqueda del consenso para dirimir conflictos, siendo una estrategias a utilizar para lograr los cambios conductuales necesarios, como un factor del desarrollo social, el verdadero desarrollo se logra mediante la creación de condiciones óptimas de libertad individual, formulación de políticas inclusivas y de oportunidades para recibir la formación integral, y es que la educación no es una camisa de fuerza que no permita desarrollar las potencialidades de nuestros congéneres, en este particular el estudiante.

Por lo tanto, debemos proporcionar a nuestros estudiantes las herramientas alternativas que les permitan desarrollarse en cualquier ámbito social. Es allí donde, tanto el entorno familiar, educativo, institucional así como el docente juegan un rol significativo, puesto que éste le otorga al individuo las herramientas necesarias para la concreción

de las metas asociadas con la transformación de la sociedad donde se desenvuelve; lo cual, es el resultado de la interacción influenciada por el acompañamiento de lo integral y holístico, en el que transcurre el proceso de formación y aprendizaje, como el *continuum* que sustentado en la conciencia reflexiva y la autocrítica, posibilita el aprender a ser, conocer, hacer, convivir juntos y con los demás.

Por consiguiente, la educación, el aprendizaje y enseñanza en sus paradigmas han sufrido transformaciones en los últimos tiempos, centrándose en modelos educativos que van dirigidos al aprendizaje significativo. En ese sentido, los roles de docentes y estudiantes han girado hacia la co-construcción de conocimiento, donde el docente deja de ser expositor de ideas para transformarse en monitor del aprendizaje y, a su vez, los estudiantes dejan de ser espectadores del proceso de enseñanza para convertirse en integrantes participativos, propositivos y críticos, cuyo operar epistémico les hace acreedores de su propio conocimiento; condición que define la importancia de la educación para el futuro, en la que se espera impere la autonomía, la responsabilidad y el proceder ético del género humano.

En este particular, la educación como proceso transformador de la condición humana, demanda un aprendizaje fundado en los preceptos de la pedagogía crítica, donde la libertad de pensamiento predomina sobre la pedagogía tradicional, en la que el conocimiento es infalible y no insta a la confrontación con la realidad. Esto sugiere la formación no sólo en conocimientos teóricos, sino en la praxis que conduzca a la valoración crítico-reflexiva de la realidad, a su potencial transformación.

En referencia a la experiencia de ser educador, comienzo narrando mi historia de vida donde a través del ejercicio retrospectivo, comienzo valorando y realizando el proceso de autoevaluación, donde observo cada proceso en cada uno de mis estudiantes, los que me han marcado durante mi praxis docente, algunos más que otros, pero puedo aseverar que cada uno deja impreso una pequeña parte de su esencia, es importante señalar que existen alumnos especiales que dejan enseñanzas que nos marcan la vida y cada vez que los recordamos nos dibuja una sonrisa, este ejercicio es algo a lo que cotidianamente no nos sometemos como

seres humanos, sin embargo, existen momentos en nuestras vidas que se hace necesario dar este paso, donde tenemos escudriñando cada momento, vivencia, experiencia, aprendizaje, desavenencia con la que hemos contemplado amalgamar la constitución de nuestro ser, alimentando una serie de sentimientos, valores, prácticas, costumbres, hábitos que nos han permitido lograr eso que nos define o nos transforma en el ser humano que integra la sociedad educativa.

En lo personal, y a lo largo de mi praxis docente debo reconocer que, esta data desde mi niñez cuando en mi escuela, por ser del área rural nos permitían ayudar a nuestros compañeros de clases que por alguna circunstancia se encontraban en desventaja, esto me dio la oportunidad de saber que los estudiantes me hacían sentir grande a pesar de mi edad, de allí recuerdo a Mary la piojosa, una niña a la que mis compañeros de la misión (que la maestra nos había encomendado) no se le quería acercar por prejuicios, comprendí que si se le daba el tratamiento adecuado el esfuerzo valía la recompensa, ella me enseñó que debemos enseñar sin limitarnos, además, esta experiencia me ayudó a adquirir y reforzar los valores, conocimientos, experiencias, vivencias asociadas con la dignificación del ser humano, principios rectores que han coexistido desde mis primeros pasos por la educación, en los cuales han aflorado rasgos personales que instan cada día a la mejora permanente, como un compromiso que refleja la vocación y la entrega a la loable tarea de enseñar, tanto a estudiantes como a la sociedad en general, no sé si Mary hoy me recuerda, pero ella aportó valor agregado a la productividad y mi quehacer como docente.

En cuanto a esta función, pienso que el ser humano lleva implícito su rol de enseñar, el cual no puede ni debe dejarse a un lado; pues a través de estos años he aprendido que todos los días debe haber un fomento en la educación en cada espacio si queremos avanzar, debemos de multiplicar nuestros conocimientos no sólo a los que están en nuestro ámbito, sino también a la población en general y a cada uno de los integrantes de la sociedad, para de esta manera lograr avances importantes en materia de educación, por eso pienso que el octavo pecado capital es no transmitir los conocimientos pertinentes a nuestras generación de relevo.

Contar toda esta experiencia me lleva a revisar las evidencias, siendo consciente que las acciones que he emprendido han dado resultados aceptables, en el que, sin duda alguna, he contado con la virtud de ver los frutos del trabajo realizado, el desarrollo de esta forma de proceder me ha dado la satisfacción de ver formarse a mis estudiantes, en este apartado puedo mencionar en pregrado Ricardo, Gilberto, Kelly, Roger, Mariana, Silvia, Enmy, Rosa, Franyely, Jesic, Carlos, Kenny, Daniela, Eduar(+), en posgrado Kendalt, Andy, Jaqueline, Hilia-na, luego verlos en el campo laboral y obtener el reconocimiento de su desenvolvimiento, es productivo para mí como docente porque me han permitido continuar participando en cambiar los paradigmas en la salud y la educación Venezolana, en cuanto a mi área conocimientos, tengo la convicción de que me he esforzado por sembrar la semilla del amor por luchar y alcanzar las metas propuestas a través del pensamiento crítico y el cuestionamiento de sus praxis diarias, además de consolidar el don de educar, el cual ha imperado en la transformación social que hemos tenido a lo largo de la historia, sentir la satisfacción del deber cumplido, al permitirme guiar a estos jóvenes a través de la enseñanza, verlos como estudiantes y luego verlos desarrollarse en el campo laboral como mis colegas y observar que hacen el trabajo con profesionalismo, es algo que me enorgullece y me incentiva a no perder mi filosofía de vida, mi compromiso con la educación, como proceso de potenciación de las habilidades y destrezas del ser humano, me impulsa a fomentar la educación en todas las áreas, quiero enfatizar que la siembra de todos estos valores de empatía, disciplina, habilidad, altruismo y equilibrio son fundamentales en el proceso transformador en cada una de las acciones que emprenda el profesional en el área de trabajo. Permitirnos contar estas experiencias a través de libro *El Magisterio como forma de vida, historias y textos de docentes*, es invaluable gracias; enaltecer el rol del estudiante en el proceso educativo es fundamental puesto que este influye significativamente en el desarrollo académico, emocional y social.

Hacer un análisis retrospectivo es fundamental instar el descubrimiento, accionar autónomo, como condiciones necesarias para potenciar el efecto de una visión integradora; donde el educador debe de

tener la entrega necesaria, la mística de trabajo, la convicción de lo que se está haciendo, la vocación y el deseo de enseñar, siendo una constante que debe imperar en el compromiso de la formación. Por eso, hoy más que nunca, estoy convencida que la relación docente-estudiante es crucial para lograr un aprendizaje significativo y duradero, de esto dependerá el cambio en nuestra sociedad, además que al formar a nuestros estudiantes tenemos la certeza que ellos serán la continuación de nuestra existencia. Hay pensamientos de grandes maestros que han trascendido los años y aún siguen vigentes, por este motivo debemos dejar esta huella indeleble que trascienda, perpetuándose en el tiempo a través de nuestros estudiantes, que aunque un día ya no estemos, ellos sigan siendo los continuadores de nuestra existencia. Es importante valorar lo que nos ha dejado cada uno de nuestros estudiantes utilizando su esencia para continuar fortaleciéndonos como docentes, pero, sobre todo como seres humanos formadores.



Estudiantes inolvidables

María Catalina Josefina González Pérez

Maestra en Investigación de la Educación. Docente-investigadora del Instituto Superior de la Educación del Estado de México. División Ecatepec. maria.gonzalez@isceem.edu.mx

En el camino andado me he encontrado con estudiantes de educación primaria, secundaria, preparatoria, educación Normal, universitarios y de posgrado.

¿Quiénes son estudiantes inolvidables?, ¿aquellos que dejaron huella por su modo de ser o por su desempeño escolar? O tal vez aquellos que te siguen, te buscan, aunque con el tiempo se van alejando, o quien después de años, te encuentra y te invita a su boda. ¿La niña que te invitó después de la graduación de sexto grado a una comida en un restaurante a sabiendas de que el padre de familia realmente estaba haciendo un gran esfuerzo económico?, ¿o los que se reunieron para llevarte serenata el día de las madres?, ¿o aquel que con sus *mocotes* te abrazó el día de tu cumpleaños?, ¿aquel que te *sarandea* en tu saber instalado y te confronta lo que no sabes?

¿Qué encuentro en mi memoria que ha perdurado sobre quiénes han sido mis estudiantes?

¿Qué criterio puedo ocupar hoy para decidir quién es un estudiante inolvidable en mi trayectoria como docente?

¿Los 43 son estudiantes inolvidables?

¿Los estudiantes del CONALEP que en el sismo del 85 en la Ciudad de México quedaron atrapados porque no los dejaron salir y las rejas no se pudieron abrir?

¿Los niños y niñas del Colegio Rébsamen? O ¿los de la guardería ABC?

No fueron mis alumnos, lo cual no es pretexto para dejarlos fuera de mi memoria.

Los derroteros profesionales me han llevado por veredas en las que no he estado todos los años frente a grupo, y aun así he tomado

decisiones con base en lo que aprendí cuando sí lo estuve, justo con esos alumnos y alumnas que hoy en los anales de mi memoria no recuerdo con claridad.

Aun cuando no tengo el recuerdo exacto de todos y cada uno (y me reprendo un poco por ello), si puedo compartir que todos los estudiantes para mí han sido personas dignas de respeto, de afecto y muchas veces de admiración, por su capacidad para sobreponerse a dificultades que la vida les pone enfrente. También los hay con quienes no he podido ser compatible y, por más que traté, no pude tener un acercamiento más asertivo. ¿Seré una maestra horrible? Pero, hay personas con las que de verdad no pude y tal vez no hice lo necesario. Quiero pensar en que todos somos humanos y no somos monedita de oro para caer bien a todo el mundo, ni todos nos caen bien, y ésta es una razón para no dejarlos atrás ni maltratarlos.

Sin duda, si quisiera escribir sobre algunas situaciones en las que están ahí estudiantes que han dejado huella en mi vida profesional.

¿Cómo olvidar a mi primer grupo en una escuela primaria en Iztapalapa, en la Ciudad de México, en turno vespertino? Tenía 18 años, recién egresada de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros y mis alumnos tenían entre 12 y 14 años, varios de ellos me sobrepasaban en estatura y los chicos mayores tenían complexión robusta. El director al verme llegar me dijo que reuniría a los maestros para que me dieran otro grado, a lo que respondí, muy segura de mí, que estaba preparada para impartir clases en cualquier grado (en realidad estaba asustada) y terminé el ciclo escolar con ellos con experiencias gratas y otras no tanto, con chicos y chicas que estaban dejando la niñez y aspiraban a continuar sus estudios, aunque varios de ellos, los mayores, ya tenían que trabajar para apoyar el sustento familiar.

¿Cómo olvidar a Sandra? Fue la primera en cumplir XV años en el grupo y nos puso la coreografía con la canción *Amorcito loco* de *Queen*, y que fue el baile para el día de las madres y, por supuesto, para el día del maestro. Nos divertimos mucho porque bailó todo el grupo de 38 alumnos y, claro, su maestra.

Después me cambié a una escuela en la colonia Morelos, muy cerca de la Casa Blanca, y del barrio bravo de Tepito por donde

aprendí a caminar en compañía de los alumnos, sin ningún temor. La escuela se ubica en un complejo con tres escuelas primarias juntas y ahí vi las grandes carencias de las familias, la desintegración familiar y, también ahí me pegaron los piojos. Así que empezamos en la escuela una campaña de higiene y bueno, no tengo claro si logramos erradicar o al menos minimizar. Lo que sí tengo claro es la alegría de niños y niñas, sus sonrisas, sus travesuras y el respeto de las familias hacia la planta docente, que mis respetos, los maestros y maestras, así como la directora estaban comprometidos con una buena enseñanza y formaban un gran equipo de trabajo dedicado a los estudiantes.

Luego trabajé en educación secundaria. Recuerdo a Caudillo, quien en el apellido llevaba la penitencia porque era un líder y un rebelde, a quien encontraba fuera de la escuela secundaria vespertina a la que llegué a impartir geografía. Era un chico de tercer grado que entraba a la escuela, se saltaba la barda y regresaba a mi hora de entrada, las 4 pm. Así que me daba su mochila para poder saltar de vuelta la barda y entrar a sus clases. Casualmente, nadie de los maestros o la orientadora lo buscaba. Así que ponía en juego sus dotes escapistas y un rato estaba en la escuela, luego desaparecía y volvía a aparecer. A mi clase no faltó y nos llevábamos bien porque apaciguaba al grupo. Terminó el ciclo escolar y con los augurios, no obtuvo su certificado. Lo hizo después mediante extraordinarios, menos geografía.

Me vienen a la mente las estudiantes de tercero de secundaria que pusieron una coreografía con el tema de Tatiana, *Chicas de hoy*, para celebrar el día del maestro y no tuve más que saltar con ellas a cantar y bailar. Platicaban en el receso de sus sueños, de sus metas; se preguntaban si llegarían a la universidad y terminarían una carrera, si tendrían novio, si se casarían y tendrían hijos, si serían felices. Yo me reía junto con ellas de tantas ocurrencias y de las preguntas que sobre esos temas me hacían, claro, yo era mayor. Lloramos tanto el día de la ceremonia de clausura.

Cómo no traer a la memoria mis estudiantes de la Escuela Normal Superior, quienes ahora son mis colegas, profesores y profesoras de Geografía.

Recordar también a mis estudiantes en cursos universitarios en el aula virtual. Revisaba los trabajos escritos y hubo quien me dijo que parecía maestra de primaria, porque corregía ortografía.

He tenido estudiantes chicos y grandes, de distintas edades, géneros y niveles educativos (menos preescolar). Y todos, todas y todos son personas valiosas, con historias de vida complejas y con expectativas personales y profesionales, por lo que hay también quienes se alejan o los perdemos en el camino.

Para mí, un referente de primer orden en mi trabajo profesional son las y los estudiantes.

Ahora tengo estudiantes inolvidables en el posgrado, con quienes hemos compartido convivencia, actividades académicas, escrituras, presentaciones, aventuras, preocupaciones, pérdidas, lágrimas...

Quiero agradecer a quienes fueron mis estudiantes y yo fui su maestra y les ofrezco disculpas porque no puedo recordarlos a todos, porque cada quien merece ser *estudiante inolvidable*.

Imborrables recuerdos

María del Carmen González Pérez

Profesora jubilada.

mcpzetina@yahoo.com.mx

Inicio esta historia contándoles que llegué a mi última escuela por azares del destino en el año 2014, estaba trabajando en una Supervisión Escolar como ATP y, un día de abril, justo en la semana que íbamos a salir de vacaciones de Semana Santa, me ofrecieron irme a una escuela de tiempo completo donde estaban solicitando un profesor o profesora que en ese momento no tuviera grupo porque era urgente suplir a alguien, así que aún cuando estaba muy a gusto, sin dudarlo acepté por el horario, sin saber en lo que me estaba metiendo.

Estuve en primer grado, su profesor se había fracturado el pie y tenía incapacidad, luego se incorporó en junio y permanecí en las oficinas de dirección hasta que se terminó el ciclo escolar. Ahí me enteré de la problemática de la escuela en general y en particular del grupo 3° A, desde que estuvieron en primero ya tenían su historia, que incluía cambios de maestros. Para el ciclo escolar 2014-2015 me asignaron el grupo de 4° A, varios compañeros maestros solicitaron a la directora que me tocara a mí, por ser la nueva.

En cuanto a rendimiento académico tenían un bajo nivel; sin embargo, el problema mayor era la conducta en los varones, quienes estaban acostumbrados a hacer lo que querían, había insultos y peleas, las niñas eran menos conflictivas. La mayor distracción la causaba Emiliano con hipocausia bilateral, el terror del salón y de toda la escuela, no se le entendía lo que decía, sólo las groserías y mentadas las pronunciaba perfecto, no sabía leer, ni contar, sólo escribía su nombre, se consideraba intocable porque su mamá golpeó y corrió maestras, tuvo problemas con otros padres, les dijo a varias personas lo que me iba a pasar si su hijo se quejaba, tenía su puesto de barquillos de chantilly afuera de la escuela y se metía cada que quería paseándose por los pasillos, también tenía otra hija en sexto, quien era sobreprotectora con su hermano (esa es otra historia), cuando me daba,

cuenta la mamá ya estaba en la ventana observando, yo procuraba pasar a la salida para comentarle los pormenores de la jornada y eso salvó mi pellejo. En una ocasión fui rapidísimo al baño y cuando regresé el niño se estaba peleando con otro compañero, los separé, hablé con ellos y se dieron la mano, al tocar el timbre de salida se fue corriendo con su mamá, apenas iba llegando a la puerta cuando la ví que venía con el niño llorando y tuve que armarme de valor, le dije que fuéramos a hablar al salón y pensé que si intentaba agredirme por lo menos no iba a ser enfrente de todos, le comenté qué pasó, en algún momento me dijo que ella sabía cómo correrme, yo expresé que también lo sabía y si por hacer mi trabajo tenía que irme ni modo, para mí mejor, hablamos y hablamos durante horas, dijo que seguiría vigilándome y que si en ese momento no tomaba cartas en el asunto (léase hacerme papilla), era porque ella veía que su hijo no era invisible para mí y que me importaba; tuvimos muchísimas conversaciones, también le pedí que como estaba “al pendiente de sus hijos” se hiciera cargo de entregar los desayunos, comprar materiales con mi presupuesto, sacar copias y más, en realidad, me ayudó muchísimo. En la medida que fue avanzando el ciclo escolar, con trabajo intenso y paciencia infinita, fueron disminuyendo las conductas agresivas, no desaparecieron por completo, no obstante sí hubo un cambio. La mayoría mejoraron también en el aprovechamiento.

Comparto algunos acontecimientos que fueron significativos en nuestro recorrido juntos, un día me pidieron las calificaciones para antes del recreo, faltando unos minutos, estaba muy concentrada cuando de repente empiezo a escuchar cumbias y en lugar de enfrascarme en discutir el por qué había una bocina en el salón, les dije que las escucharan bajito, entonces Ricardo se levanta y me invita a bailar, al minuto ya se habían animado otros, fue un momento muy divertido, nadie se burló de nadie y las niñas se animaron también, los bailarines me sorprendieron sacando sus mejores pasos, tocaron para recreo y las calificaciones, bien gracias.

Hablé con mis compañeros profesores y con alumnos de otros grupos para que si había alguna queja de mis alumnos me dijeran a mí y yo me haría cargo, porque ya había un círculo vicioso donde los niños hacían todo lo posible para molestar a compañeros chicos y grandes, además de sacar de sus casillas a los adultos y algunas veces los profesores, aunque no estuvieran dando lata, los culpaban, poco a poco la situación disminuyó.

Para los bailes y ceremonias los consideraba a todos, la comunidad se daba cuenta que sí podían comportarse y hacer cosas hermosas. En mayo, por primera vez en la primaria bailaron para sus mamás.

Festejábamos los cumpleaños con abrazos, las mañanitas y porras. Hablábamos de los que les interesaba incluyendo temas algo peliagudos.

Al finales de junio me pidieron hacer una pijamada, aunque lo dudé, fijamos la fecha, les dije que trajeran sus cosas de manera muy discreta para que la directora no viniera a llamarme la atención. El día llegó, trajeron tantas cosas voluminosas que era imposible no darse cuenta que algo iba a suceder, además cuando se fueron a poner su pijama al baño, regresaron con garritas, chanclas, gorros. Contaron cuentos, historias de terror, chistes, bailaron, hablaron de sus historias personales, compartieron comida y mancharon mi planeación y la lista de asistencia que estaban en el escritorio que debía entregar ese día.

Terminó ese ciclo escolar, yo sin saliva y exhausta, se fueron a quinto grado cambiando de profesora, sólo puedo decir que ese año fue un desastre, hubo tantas situaciones de conducta que necesitaría cien cuartillas para contar lo que sucedió. Se dieron vuelo y los dejaron.

Pasaron a sexto y que me tocan otra vez, sólo que ahora ya no eran niñitos, había tres muy altos, ahora si me dieron miedo.

Iniciamos y desde el principio me desafiaban, hubo ocasiones en las que se ponían al tú por tú y no querían hacer nada, de alguna manera ayudó que ya nos conocíamos, sabíamos quién era quién, aun cuando fue más difícil que en cuarto grado, fuimos progresando.

Para el 15 de septiembre les puse un baile, a pesar de las resistencias, lo hicieron bien, unos cuantos faltaron para hacerme saber que no estaban dispuestos a ceder, a las niñas les conseguí faldas iguales y después de ensayar a veces se las dejaban todas todo el día, algunas seguían siendo tranquilas, pero otras se habían transformado en rudas.

En octubre me preguntaron qué iba a poner para el 2 de noviembre, dije, un baile, cuando les comenté que lo íbamos a hacer con música tradicional me pidieron que los dejara elegir la música y los pasos, porque a ellos nunca les pedían su opinión y que si la daban nadie nunca les hacía caso, –ya habían olvidado cuarto grado–. Ante tales argumentos, cedí con la condición que la música no llevara letra y que todos

deberían participar, no habría disfraces estrafalarios, los días fueron pasando y no se ponían de acuerdo, por fin eligieron *Tsunami*, empezaron los ensayos, los pasos fueron saliendo y ya que iban a terminar querían cambiarlo, intervine para que no lo hicieran argumentando que no había tiempo, le dieron protagonismo a su compañero con hipoacusia. Fueron como calaveras, sus papás los maquillaron muy bonito.

Y así el ciclo escolar 2016-2017 estaba llegando a su fin, me pidieron otra pijamada, llevaron muchísimas cosas, tres tiendas de campaña que nadie supo armar, las amarramos a las protecciones de las ventanas y de donde se pudiera, les dije que ventanas y puertas siempre abiertas para que yo pudiera ver bien que sucedía al interior. Las niñas se fueron al baño a cambiar y cuando regresaron se fueron los niños, una de las niñas traía su uniforme de Educación Física y al preguntarle si no llevaba pijama me dijo que sí, se quitó la chamarra y traía un *baby doll* transparente, color fiusha y ropa interior color turquesa, ya no la dejé que se quitara el pants, le pedí que se pusiera la chamarra, protestó y protestó para quedarse así, aunque le dí razones no lo entendió. Todo el tiempo pasaba a revisar qué estaban haciendo y no dudo que la niña del *baby doll* se las ingenió para enseñárselo a algún compañero, cuando me daba la vuelta cerraban las ventanas o la puerta, hasta que las pegué con cinta canela y les puse alfileres. Comieron, cantaron, jugaron, lloraron porque se iban a separar y, como suele suceder, se juraron que se verían cada año.

Al lunes siguiente participaron con una tabla gimnástica con listones para despedirse, se entregaron boletas y certificados, me abrazaron, nos tomamos fotos, a algunos los ví en agosto y septiembre porque me visitaron para contarme cómo les iba en la secundaria, a otros no los volví a ver. Ellos fueron mi último grupo.

Mi prejubiliatorio iniciaba el 1° de octubre de 2017, el 19 de septiembre tembló y regresamos hasta el 8 de octubre cuando Protección Civil dijo que podíamos ingresar al inmueble. Saqué mis cosas personales, me dieron mi liberación, me despedí de mis compañeros y me marché para iniciar otra etapa de mi vida llevándome éstos y muchos más imborrables recuerdos de estudiantes inolvidables.

De las aulas al hogar, trabajamos a través de la pantalla. Recuerdos de las vivencias en el confinamiento con estudiantes inolvidables

Gloria Angélica Barba Castañeda

Maestrante en Investigación de la Educación en el Instituto Superior de Ciencias del Estado de México (ISCEEM). Docente frente a grupo en Juventino Rosas.

gloria.barba@isceem.edu.mx

Los pocos años de servicio que tengo me han brindado grandes recuerdos de las clases, actividades, reuniones, trabajos, pero, sobre todo, el alma y esencia de mi trabajo, por aquellos que me impulsan a seguir adelante, tratar de innovar formas de trabajo y desarrollar momentos inolvidables, y de quienes hablo, exacto, es de mis alumnos.

Desde la primera vez que me llamaron *maestra* cuando sólo apenas era una docente en formación con mis primeros acercamientos, fueron momentos inolvidables, son recuerdos cálidos que se resguardan hasta el momento que tuve a mi primer grupo y con cada uno de los ciclos escolares, cada uno de los alumnos representa una luz dentro de mi gran universo de la memoria, convirtiéndolas en hermosas estrellas que iluminan el hermoso cielo de cada uno de mis recuerdos.

Pero me enfocaré en un grupo en específico, justo cuando la forma de trabajo quebró nuestras rutinas y actividades que realizamos dentro de las escuelas, fue el grupo que experimentó junto conmigo los cambios de tener las clases presenciales a llevar a cabo las actividades a través de las pantallas de celular, tabletas o monitor del computador, recuerdo muy bien el momento cuando llegó la noticia de permanecer dentro de los hogares para salvaguardar la salud de todos, las familias, amigos y de nosotros, fue un cambio que generó reestructurar el trabajo, las actividades, ejercicios y convivencia que se tenía con los alumnos.

Los primeros meses fueron muy drásticos en cuanto a mi experiencia, esto debido a que, la organización de trabajo para continuar con los temas y actividades fueron sin contacto con los alumnos, sólo era a

través del correo, no hubo clases a través de una plataforma como *Zoom*, *Google Meet*, porque, ambas partes, tanto alumnos como maestros, pensábamos que en algún momento de las semanas ya regresaríamos a las instalaciones de las escuelas, así que los comentarios, dudas y experiencias que tenían mis alumnos lo comunicaban a través del correo electrónico, fue una experiencia que a pesar de no tener un contacto directo de comunicación, los niños pudieron expresarse a través de este medio, al inicio los mensajes eran cortos, ya que predominaban dudas respecto a los temas que se abordaron en el transcurso de la semana, sin embargo, conforme las semanas fueron pasando, los correos de los alumnos abarcaban distintos asuntos y mensajes sobre su semana y convivencia en casa con sus familiares, fue una forma en la que, tanto ellos como yo, establecimos una comunicación y relación a través de las palabras y pequeños textos que se transmitan con la ayuda de los correos, fueron las primeras experiencias de trabajo y comunicación a distancia.

Por lo tanto, cuando dieron el comunicado de continuar con las clases remotas el siguiente ciclo escolar, las cuales se considera como lo menciona Gil Antón (2022) intentar reproducir las clases que se tenían en las escuelas y dentro de las aulas a través de los medios digitales y electrónicos, se estableció un acuerdo a nivel institución, en conjunto de todos mis compañeros maestros y el directivo escolar en organizar clases a través de distintas plataformas como lo fue *Zoom* o *Google Meet*, no sólo para realizar los temas que se trabajan de cada una de las materias o asignaturas, sino ir más allá de hacer las actividades y tener una convivencia con los alumnos.

Las clases se desarrollaron por *Google Meet*, ya que a mis alumnos se les facilitó su acceso y no tuvieron muchos problemas de conexión a dicha plataforma, al inicio todo fue nuevo para ambas partes, pero logré ver a través de la pantalla cómo su atención y concentración fueron puestos en marcha, puesto que las actividades fluían conforme el transcurso de la clase, observé cómo cada uno de ellos organizó su espacio en un lugar de sus hogares, algunos dentro de la cocina, otros en sus recámaras, comedores, salas o, inclusive, en un espacio del trabajo de sus padres para estar cómodos durante la transmisión.

Durante ese periodo del confinamiento los alumnos usaron los dispositivos tecnológicos como las computadoras tabletas o teléfonos que se convirtieron en herramientas fundamentales para estar en las clases remotas, a pesar de los desafíos que se encontraron como tener una conexión estable de internet para ingresar a las clases, el tiempo de uso del dispositivo, ya que lo compartían con aquellos que tenían hermanos, encontraron soluciones creativas para participar en las clases y demostraron una determinación para continuar con su aprendizaje, aprendieron a usar de manera efectiva la plataforma de *Google Meet*, el procesador de texto de Word, así como también empezar a buscar y seleccionar fuentes de consulta en internet con apoyo del maestro y padres de familia.

Al hacer uso de las plataformas digitales y programas, los alumnos desarrollaron distintas habilidades, tanto de selección de información como organización de sus tiempos, fue sorprendente cómo poco a poco, conforme las semanas transcurrían, distribuían sus actividades fuera de la transmisión de las clases, me mostraban los productos de las actividades a través de audios, fotografías y videos cortos, porque a pesar de la limitación del tiempo que se tenía en las clases remotas y transmisión de las clases por *Google Meet* los niños lograron mantener su participación en clases, convivir con sus compañeros, conocer sus gustos, experiencias vividas tanto de las actividades académicas que ellos realizaban como de las familiares y personales que tenían a lo largo de la semana.

A pesar de la distancia y a través de los distintos “dispositivos fueron ventanas a través de las cuales pudimos ver a las y los alumnos” (Gil Antón, 2022, pág. 21), estar presente en sus logros y caídas, pero sobre todo estar con ellos para guiarlos en sus actividades, en esos momentos además de las académicas fueron sobre experiencias personales y familiares, no vieron un obstáculo el estar en casa, al contrario, los niños encontraron la forma de estar en contacto conmigo, su maestra para que los escuchara, aconsejara y los acompañara en esos momentos, aunque en algunos días la convivencia fuera de un par de minutos ellos lo aprovechaban y hacían del tiempo una oportunidad para platicar, mostrar y estar como grupo a través de las pantallas.

Los niños demostraron una dedicación y compromiso con su educación y lo hace verdaderamente inolvidables, el uso de los dispositivos que fueron herramientas que permitieron establecer esa comunicación y contacto visual entre maestros y alumnos durante ese periodo, ya que los niños enfrentaron los desafíos y retos al demostrar determinación, el uso eficiente de los programas y plataformas tecnológicas y un compromiso excepcional con ellos mismos al no dejarse vencer por los obstáculos que se presentaron durante el confinamiento, porque lograron verlo como una oportunidad de tener clases de manera diferente a lo que ellos estaban acostumbrados.

Referencia

Gil Antón, M. (2022). Ventanas y espejos: la educación en México durante la pandemia. En J. L. J. A. Trujillo Holguín, *Desarrollo profesional docente: la evaluación de los aprendizajes escolares durante y después de la pandemia [col. Textos del Posgrado n. 7]* (pp. 17-23). Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R.

¿Cuál es tu historia?

Alma Fátima Romero Morán

Maestra en educación. Coordinadora de tutorías en la Universidad Pedagógica Nacional 111, Guanajuato.

aromero@upn111gto.edu.mx

Cuando pienso en los alumnos inolvidables, viene a mi mente Fedra, una jovencita que me dejó una gran lección de vida, pero que tardé años en comprender.

Mi primera experiencia como docente fue en una escuela privada inclusiva. Yo trabajaba con un grupo de estudiantes con necesidades educativas especiales en nivel secundaria, pero al cabo de dos años el grupo fue cerrado y me quedé sin empleo.

En esta escuela había conocido a la distancia a Fedra, que tomaba clases en el nivel de primaria. Mi salida de la escuela coincidió con la suya, su condición física ya no le permitía tomar clases presenciales, por lo que se hizo un acuerdo para que buscara un tutor que le diera clases particulares. Me acerqué a su madre y acordamos que iría a su casa 2 o 3 veces por semana. Mis intenciones eran nobles, pero mi mayor motivación, en aquel entonces, era obtener dinero.

Mi primer contacto cercano con ella impactó todos mis sentidos; era una jovencita de 12 años, pero parecía una niña de diez, su cuerpo era pequeño y muy delgado, su cabeza estaba cubierta por un gorro, los dedos se veían de un color rosa extrañamente brillante, no pude distinguir la totalidad de los diez dedos porque tenía las manos cubiertas con vendas y el vendaje continuaba hasta los hombros, entonces un olor a hierro llegaba a mi nariz y fue cuando me encontré con la mirada más trascendente de mi vida, sus ojos eran pequeños de color azul intenso y en ellos había una chispa inquieta que al instante era aprisionada por un dolor inmenso, siempre me costó trabajo sostener la mirada, su piel era tan frágil como las alas de una mariposa que se rompen con una extrema facilidad.

El dolor la acompañaba en todo momento de su vida, punzante y agudo, le impedía dormir, caminar, estar sentada, incluso tragar la comida,

porque la enfermedad incluso le provocaba heridas internas, que no cicatrizaban. El sufrimiento de esta pequeña era inimaginable, pero aún mayor era su fortaleza para soportar las heridas, miedos, tristeza y angustia.

Los días y horario de las clases estaban establecidos, sin embargo, había ocasiones en las que se negaba a la clase, la escuchaba sollozar y suplicar a su madre, a veces lograba su objetivo y otras no.

Su habitación era pequeña, purificada y ordenada, tenía una cama individual, un escritorio y varias repisas con figuras de la guerra de las galaxias, se notaba su fanatismo. El interior era helado al grado de que se me erizaba la piel. Entonces recordé que su madre me había explicado que para mitigar el dolor y disminuir el rompimiento de su piel, era necesario que tuviera un clima frío. Fedra amaba el invierno y eran los días en qué más podía salir de casa, pero la primavera la confinaba a su habitación.

Cada que atravesaba la puerta de su cuarto, siempre me recibía con una sonrisa, que esbozaba con dificultad. Se esforzaba por atender a las clases y aprender, pero su mente estaba ocupada y su mirada se perdía en su interior. Su ritmo de aprendizaje era muy lento, su motivación era baja, la cantidad de aprendizajes que obtenía eran pocos. Me sentía estresada y angustiada; mi compromiso era con los padres, deseaba ser una buena maestra; de esas que deja muchos aprendizajes escolares en sus alumnos y no lo estaba logrando, no sabía cómo, bajo esas condiciones tan adversas.

Un día me despedí de Fedra, había conseguido un trabajo en donde obtendría una mayor remuneración económica, la cual necesitaba. Seguí acumulando experiencia en la docencia. Fedra había marcado mi vida, pero esto lo entendería años después a través de la historia de dos jóvenes estudiantes, he aquí sus historias.

Varios años después me encontraba en la sala de maestros de una universidad, recuerdo que era un lunes cálido del mes de marzo, alguien tocó la puerta, era Moly, una estudiante que había tenido varias inasistencias, le indiqué que pasara y se sentara. Estábamos a menos de un metro de distancia, sus ojos eran grandes, su mirada profunda, penetrante y melancólica. Me comentó que iba a justificar sus faltas, las cuales eran muchas. Comenzamos a charlar, me platicó que tenía una extraña enfermedad que la había orillado a cambiar su vida y a renunciar a sus sueños; había tenido que dejar su tierra natal en busca de respuestas y

de un diagnóstico médico, renunciar a su equipo oficial de voleibol, a sus amigos e ilusiones. Ella ya tenía su vida planeada y la tuvo que cambiar repentinamente debido al gran dolor que experimentaba su cuerpo, día y noche, al grado de ser insoportable. Había estado con muchos médicos y bajo muchos estudios y no encontraban la razón de sus síntomas, su familia pensaba que no eran reales; como el dolor no se puede ver ni medir objetivamente, no había forma de demostrar que era real.

Observé que trataba de ser fuerte y afrontar la situación, pero las lágrimas rodaban por su rostro, todas las pérdidas le habían incluso arrebatado las ganas de vivir, por lo que el fin de semana había pensado en quitarse la vida. Cuando me confesó que tenía ideas suicidas constantes y que estuvo a punto de hacerlo, sentí que algo en mi interior se desgarró, quedé anonadada, le di algunos consejos de cómo proteger su vida, buscar su círculo de apoyo y le di la oportunidad de entregar sus trabajos que tenía retrasados, los contenidos académicos seguían siendo mi prioridad.

En la misma universidad conocía a Riat, una chica delgada, de mediana estatura, de ojos negros pequeños, con mirada evasiva y macilenta. Se sentaba en la equina más alejada del salón, sus movimientos eran tenues y leves, como si no quisiera ser vista. Yo preocupada por la participación de todos mis estudiantes, preguntaba directamente a los que menos hablaban, entre ellos a Riat, pero cada que le preguntaba se petrificaba, se trababa y no podía emitir palabra alguna. Hablé con ella en privado, le expliqué la importancia de la participación y le di algunas estrategias, mi tono era suave, pero ella temblaba y le sudaban las manos, a través de sus ojos se desbordaba su miedo. Tras el paso de varias clases seguía sin participar. Me intrigaba su comportamiento y no entendía por qué no usaba las estrategias y seguía tan silenciosa, fue entonces que decidí citarla.

A través de su rostro empapado, vi su tristeza y la sentí en mi propia piel, me platicó que sus padres no confiaban en ella, que sufría maltratos psicológicos constantemente, que se dirigían a ella con palabras ofensivas. En su interior había mucho dolor, tristeza y miedo. Su autoestima estaba quebrada en mil pedazos, frágil y vacilante, la confianza en sí misma se apagaba; desconfiaba de sus capacidades y habilidades, le costaba mucho trabajo aprender, recordar y partici-

par. Cuando le pregunté por qué seguía en la carrera, respondió “para demostrarles que si puedo” soltando un sollozo profundo y doliente, porque en su interior creía cada una de las palabras de sus padres; “no eres nada y nunca lograrás nada en la vida”, “nos haces perder el tiempo y dinero”, “eres muy tonta y no podrás terminar la carrera”, “ya mejor deberías salirte”. Comprendí tantas cosas, pude ver en su interior, me sentí triste, con lágrimas en mis ojos, pero las contuve.

Varios días estuve meditando, a mi mente venían tres nombres Fedra, Moly y Riat; las historias de estas estudiantes daban vueltas en mi cabeza, no les encontraba un significado, me angustiaban y atormentaban, sabía que me había equivocado, pero ¿en qué?, ¿por qué los aprendizajes no se estaban logrando?

Hablamos y leemos de empatía, pero realmente no tiene un lugar en el aula ni en la interacción de aprendizaje. Sólo por un minuto me puse a imaginar tener la vida de Riat, entonces un montón de sentimientos me abrumaron y de golpe mi mente me arrojó a imaginar viviendo como Fedra, sentir tanto dolor físico y aun así mantener el gusto por descubrir el mundo; con Riat descubrir que la familia es fuente de sufrimiento, pero en la escuela hay esperanza de un mejor futuro. Con Moly pude entender que la escuela era un lugar seguro, para distraer su mente. Entendí que era cuestión de sólo un minuto, tomarme el tiempo para conocer sus historias; llenas de anclas, grilletes o trampolines, que limitan o impulsan a ser alumnos destacados, y que a pesar de las adversidades y experiencias que han vivido, cada día están en el salón de clases, “dispuestos” a “aprender” contenidos, pero no de la vida.

Los alumnos son personas con una historia de vida que los hace peculiares y únicos, en su interior llevan sus experiencias, familia, enfermedades y prejuicios. Además de los contenidos académicos, deberíamos comprender la vida, romper esos patrones de generaciones y desarrollar la parte humana. A veces su alma está rota, desgarrada o fragmentada.

Si me tomo un minuto para preguntar ¿cuál es tu historia?, entendería tantas cosas.

El inicio de mi formación docente: los inolvidables

Yael Daniela Portillo Meneses

Estudiante de la Escuela Normal Primaria “Profa. Leonarda Gómez Blanco”. Santa Apolonia Teacalco, Tlaxcala.

menesesdaniela366@gmail.com

Soy estudiante de la Licenciatura en Educación Primaria. Actualmente, me encuentro cursando el sexto semestre y puedo decir que, en un inicio, el ser docente no era mi mayor sueño ni aspiración. No muy convencida, me postulé al concurso de selección de la escuela Normal, esperando no ser aceptada, pero mi sorpresa fue que sí logré ingresar. No puedo negar que muchos días fueron tediosos, con clases aburridas y que mi motivación parecía esfumarse cada día un poco más, sin embargo, todo cambió cuando mi asesor de la materia Iniciación al trabajo docente anunció que llevaríamos a cabo nuestra primera jornada de observación y ayudantía.

Recuerdo muy bien que nos explicaron que pasaríamos una semana completa observando y apoyando a un docente titular de alguna Escuela Primaria. No me emocioné, mucho, menos porque la escuela a la que fui asignada me quedaba a dos horas de camino. Resignada, tuve que emprender un difícil viaje hasta llegar a mi destino, un lugar al que jamás había ido y del que no sabía que existía.

Me asignaron en una escuela multigrado en la que había dos docentes, en un municipio de mi estado y catalogado como zona marginada y en pobreza extrema. Todo parecía nuevo para mí: los niños, los docentes, el lugar. Cuando llegué, no puedo olvidar los rostros de los alumnos, niños de seis, siete y ocho años compartiendo el mismo salón, jugando y riéndose. Todos se conocían porque el lugar era muy pequeño, lo que permitía que la interacción entre ellos fuera mucho más familiar de lo común.

Pasó el primer día y cuando regresé a casa sentía que algo me estrujaba muy fuerte en el pecho, era un sentimiento que empezaba a nacer en mí y que crecía poco a poco. Mis emociones se empezaron a

entrelazar, lo que indudablemente sé es que los niños que acababa de conocer me habían robado el corazón por completo. Me bastó un día para ya no querer irme de esa escuela y seguir compartiendo con ellos.

Aunque mi estancia fue breve, pude observar muchas cosas en el salón de clases. Nunca olvidaré a Santiago, un niño que vivía situaciones muy complicadas en casa, de violencia y abusos en contra de él y sus hermanos. Recuerdo que la maestra titular me explicó lo que pasaba, ya que el niño presentaba complicaciones en su aprendizaje. Entonces, me senté junto a él en las clases. Al principio me rechazaba y no quería que lo ayudara con sus actividades, ni siquiera quería que le hablara. Respeté su espacio y para el tercer día ya se acercaba más a mí.

No podía creer cuando comenzó a pedirme ayuda, me abrazaba y platicaba conmigo. A mí eso me causó muchísima alegría, incluso me hablaba sobre cosas que le gustaban hacer, como pasear en bici con sus primos y pasar tiempo sentado a la orilla de un jagüey de la comunidad.

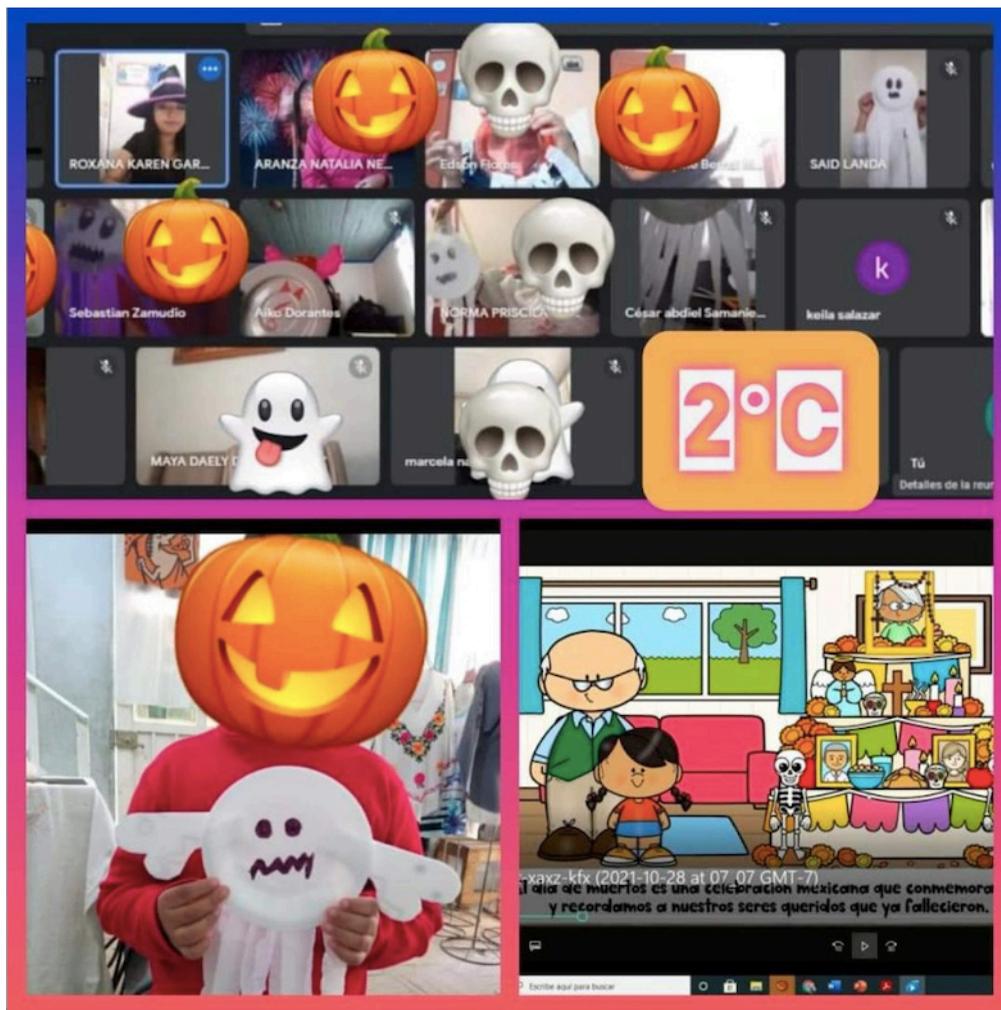
Sin darme cuenta, llegó el día de la despedida. Las horas pasaron tan rápido que no lo podía creer. Algo había cambiado en mi vida y en mi formación docente. Supe que nada volvería a ser igual y también que en ese lugar se quedó una parte de mi corazón. Cuando me fui, me sentía triste, pero entonces recibí una carta que decía “no te vayas por favor”. No puedo explicar la ternura que sentí, ni el cariño. Lo que sí puedo explicar es que desde ese momento me puse a reflexionar acerca de la vocación. Antes pensaba que era algo con lo que se nace, pero hoy ya no lo creo así. El amor de un estudiante puede poner el mundo de un docente de cabeza y en situaciones como éstas es cuando comenzamos a valorar los pequeños detalles, acciones y la inocencia de los niños.

Todo lo que he vivido a lo largo de mi formación me ha dejado huellas imborrables. Llevo conmigo a todos los niños con los que me he encontrado en mis jornadas de observación y prácticas profesionales, así como a sus maestros, porque todos ellos me han dejado enseñanzas y aprendizajes.

Gracias a todas las experiencias que he reunido a lo largo de tres años de formación, pude recordar cuando a los siete años le decía

a mi familia que quería ser maestra de primaria o de preescolar. Quizás poco a poco me olvidé de mi sueño y lo cambié por otros, pero lo que puedo decir es que en ese entonces yo tuve un “maestro practicante”, a quién le hablé sobre mi sueño de ser maestra, y me respondió “me voy a sentir muy orgulloso de ti cuando ingreses a la Normal”. Ahora creo que estoy en el camino correcto y que la labor del docente, aunque es ardua, merece la pena ponerle todo el empeño y dedicación. No podemos cambiar algunas circunstancias, ni resolver todos los problemas del mundo para evitar que los niños sufran, pero sí podemos hacer de la escuela un refugio, un lugar seguro en el que los alumnos disfruten estar.

Hoy disfruto el lugar en el que me encuentro. Por muchas razones estoy aquí y sé que aún me faltan muchas cosas por hacer y mejorar en mi desempeño, pero no me canso de intentar y siempre dar lo mejor de mí.



La paradoja de la tolerancia infinita

Alicia González Romero

Maestra en Matemática Educativa. Profesora del Departamento de Estudios Políticos de la Universidad de Guadalajara.

alicia.gromero@academicos.udg.mx

Hace unos días tuve la oportunidad de hablar sobre los argumentos para fomentar el uso de las tecnologías con análisis de datos en la investigación científica.

El tema me llamó la atención porque, en esta época, en que la veracidad es cuestionada por la sobreinformación existente, encuentro un enorme beneficio al explicar y comprobar, con el uso de programas informáticos, algunos algoritmos relacionados con datos cuantitativos, como matemáticas y estadística.

Otro de los beneficios observados es el plus inmediato, ya que actualmente, la inmediatez causada por el uso de las tecnologías, es un privilegio que se paga. Tal es el caso del cobro extraordinario que hacen algunas empresas por el servicio de un café sin bajar del coche.

Cuando generé el nombre de la presentación, sólo pensé en cómo el *software* y el *hardware* de las computadoras, podrían ser de utilidad para el aprendizaje de las matemáticas y en la investigación científica. Mi sorpresa fue cuando descubrí que, en realidad, al hablar de computadoras, también estaría incluyendo a los *smartphones*, pues de alguna manera, estos instrumentos portátiles, tienen todos o más beneficios que una computadora. Podríamos decir, que, entre las diferencias que se observan, en esas máquinas, se encuentran: el ser portátil, el tomar fotos y permitir la constante comunicación entre los individuos, a tal grado, que cuando no se cuenta con ellos, la incomunicación, aunada a la desesperación, impera.

Para mi sorpresa, algunos medios de comunicación han publicado noticias como la presentada en el *periódico Mural*, el 12 de junio del 2023. La noticia decía así:

“El gran debate, sobre “prohibir” el uso del móvil, a los chavales, se extiende a todo el mundo”.

El argumento que más me inquietó, fue el siguiente:

“Los nuevos nativos digitales son la primera generación de la Historia con menos coeficiente intelectual que sus padres”.

A partir de ese razonamiento, me surgió la inquietud de investigar qué es lo que los celulares y las nuevas tecnologías estaban causando en nuestras conductas, para que en algún momento se decidiera prohibir su uso dentro de las aulas.

Lo paradójico, en este caso, consistiría en que “las nuevas tecnologías”, como el *Smartphone*, como herramienta tecnológica, podría entorpecer el desarrollo intelectual de los individuos. Justamente ahora, en que los premios nobeles fueron adquiridos gracias a que, la investigación científica, ha estado sustentada en la tecnología.

En esta época, en la que los paradigmas imperan, la normatividad ha quedado de lado. Numerosas veces me he preguntado cómo podría enriquecer la comunicación asertiva con los estudiantes, sin llegar a lastimar sus sentimientos.

Con respecto a mi inquietud. En días pasados, me tocó trabajar con los estudiantes de Matemáticas I, el tema de productos notables, para resolver problemas relacionados con ingresos y costos marginales. Cuando estaba explicando el procedimiento, me llamó la atención una estudiante, que resolvía sus ejercicios, sin que yo terminara de explicarlos. Cualquiera podría entender que ya dominaba el tema. Eso no es de estañar en el aula, ya que algunos buenos estudiantes lo hacen. Sin embargo, como sospeché que estaba utilizando un software matemático, me acerqué a ella, y le pedí que explicara su procedimiento en el pizarrón. Para fomentar la participación, acostumbro a pedir que pasen al pizarrón a resolver los ejercicios.

Cuando estaba al frente, le solicité que les compartiera la metodología seguida a sus compañeros y no tuvo ninguna objeción. Y como respuesta a tal solicitud, tomó su cuaderno y se dedicó a copiar su

contenido en la pizarra. Como se trataba de explicarlo y no sólo de copiarlo, le pedí que no siguiera haciéndolo. Sin embargo, para sorpresa mía, terminó sin voltear siquiera a verme. Fue hasta el final de la transcripción, que se retiró los audífonos y me dijo que le estresa pasar al frente y que, de esa forma, podía evitar su sufrimiento, de alguna manera, ella tenía razón al elegir ese método. En ningún momento prohibí que lo hiciera. Tampoco hablé de los programas. Pero cuando le pedí que lo resolviera sin cuaderno, sin celular y sin audífonos, ella me preguntó por qué y en ese momento le dije, porque soy la maestra, no sin antes explicar a todos mi preocupación por el uso de los programas.

Fue tanta su molestia que se retiró. Al salir del aula, la jovencita, los compañeros quedaron en silencio. Todos con sus ojos expresaban su extrañeza ante tal conducta.

Me quedé reflexionando para determinar de qué manera podría comunicarme con los estudiantes sin herir sus sentimientos. Después de todo había recurrido a la falacia de autoridad, para argumentar la razón.

Lo interesante fue que, gracias a la comunicación por el celular, y el apoyo de sus compañeros, la estudiante regresó sin decir palabra.

Si bien, las dudas generadas por el uso del *smartphone* y el uso de las tecnologías en la enseñanza y la investigación científica no fueron resueltas. Esa estudiante, con su conducta terminó por aclarar algunas de mis dudas, relacionadas con la comunicación.

Lo importante es que los profesores y el mundo entero necesitamos establecer hacia dónde vamos, qué queremos, cómo lo lograremos y qué no está permitido en el proceso.

No sólo se trata de imponer nuestra voluntad, sino que, en la medida de lo posible, apoyados en la investigación científica, podamos establecer las reglas, para que los profesores junto con los jóvenes construyamos un mundo sustentable en orquesta con los recursos tecnológicos y no siguiendo el estigma antagónico que los acomete.

Después de todo. Poner límites cuesta. Y si tú no lo haces, alguien lo hará por ti.



Pequeños estudiantes, grandes recuerdos

Angélica Noemi Hernández Juárez

Licenciatura en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Lázaro Cárdenas del Río, CCT: 15EPR4130S en el Estado de México.
angelica.hernandez@isceem.edu.mx

La docencia siempre fue un sueño para mí, recuerdo con cariño las palabras de mis padres, quienes con mucho entusiasmo siempre me preguntaban: ¿qué quieres ser cuando seas grande?, a lo que yo respondía: quiero ser maestra. Pasaban los años y esta pregunta seguía teniendo la misma respuesta, sólo que cada vez se sentía más emocionante saber que la meta estaba cerca.

Ser maestra representa poder estar cerca de la infancia y, por tanto, de tener la oportunidad de contribuir en el crecimiento positivo de los estudiantes. Soy fiel creyente de que el mundo necesita más niñas y niños felices, ellos serán los adultos del mañana, lo que los convierte en la promesa de un futuro mejor.

En la actualidad, soy docente de Educación Primaria y tengo seis años de servicio frente a grupo, sin embargo, el tiempo es relativo y aunque pudiera parecer que es poco, en historias, anécdotas, retos y alegrías, tengo mucho por contar. Y es que, ¿cómo no tener tanto que compartir de una profesión tan noble y tan gratificante para el alma?, ¿cómo no recordar con cariño y esperanza todas esas pequeñas voces que día a día te enternecen el corazón? Sí, eso representa esta profesión para mí, un espacio en el que he podido desarrollar una dualidad en mi función, en la que algunas veces soy la profesora y en otras, soy aprendiz de la vida.

A lo largo de mi labor, he estado en contacto con estudiantes de diferentes grados, pero es importante mencionar que en su mayoría han sido de entre cinco y seis años de edad, es decir, con niñas y niños de primer grado. Ante esto, he tenido la oportunidad de darles la bienvenida ante una nueva etapa en su vida: la primaria. El primer día de clases es determinante, posiblemente lo recuerden durante mucho

tiempo y qué tarea tan compleja resulta para quienes hemos estado en esta función, ya que representa un abanico de emociones en donde pueden existir llantos, nervios, temor e incertidumbre por lo desconocido, pero también, la posibilidad de demostrarles que puede convertirse en el lugar en el que se crearán nuevas historias que les permitirán crecer y aprender mucho.

Con lo anterior, busco proyectar cuánto me apasiona estar presente en los inicios de la formación en nivel primaria, compartir con ellos la alegría en sus rostros cuando están aprendiendo a leer, escribir, o resolver alguna operación matemática, es una gran satisfacción no sólo como profesional, sino también como persona. Ser responsable de este grado, también me ha permitido conocer mejor a los estudiantes, quienes en su mayoría se caracterizan por ser ocurrentes, llenos de energía y cuestionarse de todo lo que les rodea.

Recuerdo con mucho cariño a un alumno que tuve precisamente en primer grado, sin embargo, fue durante el periodo en que se desarrolló la pandemia por Covid-19, así que en un inicio las clases fueron virtuales. Fue hasta el mes de noviembre de 2021, en el que regresamos a modalidad presencial con las medidas sanitarias correspondientes, por lo que el maestro de guardia debía recibir a los estudiantes, tomarles la temperatura con un termómetro digital y colocarles gel antibacterial en las manos.

Para continuar, es preciso aclarar que esta generación de estudiantes no había tenido la oportunidad de estar físicamente en una escuela, ya que el preescolar también había sido de forma virtual debido al aislamiento que provocó la pandemia, por lo que incrementó el desafío para los docentes que nos encontrábamos en primer grado, al tener que habituar a los alumnos a una dinámica escolar.

En esa primera semana de regreso a clases, me encontraba a cargo de la guardia junto con una maestra, previamente les había solicitado a mis alumnos portar un gafete con su nombre y el grupo para poder ubicarlos más rápido, por lo que cuando ingresó mi alumno lo vi muy emocionado saludando a todos los profesores, lo saludé y cabe mencionar que todos traíamos cubrebocas, por lo que entablamos el siguiente diálogo:

Profesora: ¡Hola, bienvenido!

Estudiante: Hola maestra, soy de 1° B.

Profesora: ¡Yo soy la maestra de 1° B.

Estudiante: No, pero busco a mi maestra Angie.

Profesora: ¡Yo soy la maestra Angie!

Estudiante: ¡Ay wow!, ¿tú eres la de las clases virtuales?

Profesora: ¡Si!!!!, soy yo!

Disfruto mucho contar esta anécdota porque es indescriptible la manera en que ese pequeño gran estudiante me miraba y bromeo diciendo que por un momento me sentí famosa, pero en realidad sirve de reflexión para analizar la forma en que algunos de nuestros alumnos nos ven, nos conceptualizan y, por ende, la forma en que nos recuerdan. A lo largo de nuestra profesión tenemos docentes con diferentes personalidades y formas de ser, sin embargo, hay algunos a los que recordamos más que a otros y eso tiene que ver en gran parte con la proyección que tenemos ante nuestros alumnos.

Entre otra de las experiencias que me hacen agradecer a la vida por elegir esta carrera, está la que hace referencia a otro de mis grupos. Dentro de mi salón de clases coloqué en la pared un pastel hecho de *foami*, en el cual se colocan los cumpleaños de cada uno de los miembros de grupo, por lo que la dinámica de clases implica que todos cantemos “Las mañanitas” a los festejados y les digamos algunas palabras o buenos deseos.

Esta actividad tiene la misión de hacer que las niñas y los niños se sientan especiales, importantes y valorados por sus demás compañeros, por lo que cada mes están pendientes de revisar quiénes cumplen años para que no se les olvide hacer la felicitación correspondiente. En esa ocasión estaban revisando a los festejados del mes de mayo y algunos pudieron leer que se encontraba mi nombre, se sorprendieron y me preguntaron: “maestra, ¿es cierto que cumples años este mes?” a lo que yo respondí que sí y vi que algunos escribieron esa fecha en su cuaderno.

Pasaron los días y llegó el día de mi cumpleaños, en el que sucedió algo que sinceramente no esperaba, ni imaginaría. Comenzamos

la jornada y los niños me felicitaron y me dieron un abrazo, lo cual me hizo sentir muy bonito. No obstante, durante el transcurso de la jornada me fue a buscar la conserje y me dijo que me solicitaban en la entrada, dejé a mis alumnos realizando una actividad en su cuaderno y al volver, vi que estaba cerrada la puerta de mi salón y había un pequeño letrero en la puerta que decía “no pasar maestra”, me asomé por la ventana para ver qué sucedía y toqué la puerta. Tal fue mi sorpresa al entrar y ver que salieron desde abajo de las mesas con un gran salto gritando ¡feliz cumpleaños! Poco después, entraron algunas madres de familia acompañadas de pastel, gelatina, un regalo y hasta un ramo de flores. En ese momento yo sólo me preguntaba, ¿en qué momento mis alumnos planearon algo así?, ¿de quién fue la idea de esconderse bajo las mesas?, ¿cómo se tomaron el tiempo de organizar un festejo? Realmente no encontré respuestas, pero fue un detalle inolvidable y completamente inesperado.

Otra de las historias que me gustaría compartir es relacionada con un grupo que también tuve la oportunidad de recibir en primer grado y que siempre se caracterizó por ser muy participativo, tengo muchas anécdotas que contar de cada uno de los miembros, sin embargo, se desarrolló un cariño especial, ya que, a pesar de que ya no era su maestra, no hubo un día en el que no me fueran a visitar a mi salón.

La historia cobra mayor sentido cuando, después de cuatro años, se me asignó el mismo grupo en quinto grado y los estudiantes se encontraban felices. Fue muy emotivo escuchar cuánto se emocionaron de saber que nuevamente estaríamos trabajando juntos en ese ciclo escolar, y aunque ya no tenían seis años de edad como cuando los conocí, yo seguía viéndolos tal y como el día en que aprendieron a escribir su nombre o como la época en que comenzaron a perder sus primeros dientes.

Pasaron algunas semanas y tiempo después de que comenzara el ciclo escolar, tuve que despedirme del grupo, ya que previamente había solicitado un permiso para realizar un posgrado, por lo que estaría de licencia durante dos años. Llegó el día en que tuve que avisarles a mis estudiantes que sólo estaría en la escuela durante esa semana y su reacción fue completamente inesperada para mí, pues no sólo se

sorprendieron, sino que recuerdo con mucha nostalgia su rostro lleno de tristeza, me dieron un abrazo y las lágrimas inundaron sus ojos y los míos. Llegó el último día y mi despedida fue muy emotiva, recibí muchas cartas en las que me escribían buenos deseos e incluso algunos de los familiares de mis alumnos se acercaron a agradecerme por el tiempo compartido y desearme éxito en la etapa que iniciaba.

Al llegar a mi casa vi que una de mis alumnas me dio una nota en la que decía que me estaba entregando uno de sus juguetes especiales, el cual quería que yo conservara para que no la olvidara. Hasta el día de hoy, ese detalle sigue conmigo, al igual que cada una de las cartas que recibí, sin embargo, creo que no imaginaron el impacto que sus palabras tendrían en mi persona, pues han sido un motivante para el momento en que vuelva a mi salón de clases.

Al escribir este texto, me cuestioné mucho respecto a qué historia contar, verdaderamente fue complejo seleccionar sólo algunas, después de vivir tantas anécdotas y momentos, sin embargo, traté de compartir reseñas breves de algunos de mis pequeños, pero grandes estudiantes, no obstante, es preciso mencionar que aunque me gustaría poder hablar de todos aquellos que han compartido un aula conmigo, no me alcanzarían las páginas para relatar todo lo vivido, así que si algún día leen este texto, quiero que sepan que todos y cada uno de ustedes, son importantes para mí y tienen un cachito de mi corazón, finalmente son quienes me convirtieron en *La Maestra Angie*. Gracias.



Manantial de cultura

Lucía Xóchitl Herrera Álvarez

Maestra en Ciencias de la Educación. Docente en la Escuela Secundaria Técnica Industrial y Comercial (ESTIC) No. 041 “Tierra y Libertad”.

xochitl_maestra@yahoo.com.mx

Al momento de pensar en un estudiante inolvidable, vinieron a mi mente muchos nombres y recuerdos. De pronto como una chispa que ilumina mi cerebro, me percaté de los 24 ciclos escolares que he trabajado. Desde luego, con agradables y desagradables experiencias, pero al final de cuentas de todas he aprendido. Una de ellas, y de la cual hablaré hoy, es de aquella estudiante que me enseñó que soy un sujeto sociocultural.

Su nombre es Ameyali, de origen prehispánico y de la lengua náhuatl. Ante mis ojos, se manifestaba abiertamente cultural, ahí en sus orígenes, dando cuenta de lo que significa para su persona y su familia el legado histórico de una civilización. Oriunda de la llamada *Costa chica de Texcoco*, hace referencia a la cercanía e influencia que el lago de Texcoco tiene en su legado.

Ameyali, se inscribió al primer grado de secundaria un día de agosto. La recuerdo perfectamente con una blusa de color rosa mexicano con flores bordadas. Sonreía a todos. Después comprendí que era parte de sí misma y había decidido siempre hacerlo. Vivir en una casa de adobe con un padre alcohólico, una madre que trabajaba desde muy temprano en la pollería y un hermano que no le daba tregua en sus travesuras, no serían motivo para dejar de hacerlo.

Ella era independiente y con su abuela había aprendido a reconocer en la tierra los quintoniles, verdolagas, lenguas de vaca y la malva. Además, incluía en su alimentación el nopal, huauzontle, espinaca, quelites y todo lo que el campo le ofrecía. Ella misma los preparaba al vapor o en guisado. Muchas veces nos sentamos en la jardinera y compartió conmigo no sólo su comida, sino todo su ambiente natural y debo aceptar que estableció en gran medida mi sentido de pertenencia y apego a mi comunidad.

Cuando ella tenía dos años, nació su hermano, fue un momento decisivo en la familia, ya que, para entonces, su madre y sus dos hijos ya fueron aceptados en la familia del padre, así que el comentario fue, *el bebé traía torta*, haciendo alusión a que un cambio positivo se dio en la familia. Con sus abuelos maternos, cada domingo fueron recibidos. Siempre les preparaban lo que a su alcance tenían para todos, así que los tlacoyos, memelas, chicharrón o la salsa molcajeteadada era una fiesta para mi alumna, realmente disfrutaba la algarabía de su familia.

Ella, en la casa de los abuelos paternos siempre se sintió distinta. La estancia con sus abuelos paternos era a partir de normas muy claras: se debía trabajar fuerte para obtener las cosas y para ello el estudio tendría que ser lo primero. Así lo entendió y así lo hizo. Sus calificaciones eran de las más altas en la escuela y muy pronto empezó a destacar en su primaria. Su hermano y ella fueron beneficiados con una beca e inscritos a una escuela primaria de monjas con la intención de consolidar la religión católica. Su educación fue muy estricta y exigente en las actividades escolares y conductas. No se le permitía salir a jugar, a menos que los vecinos vinieran a su casa.

Sus padres, trabajaban mucho, sus abuelos también, creció en un contexto de trabajo. Los dichos y refranes en ese tenor eran muy frecuentes: *Primero es la obligación que la devoción, Haz el bien sin mirar a quien, No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, Al que madruga Dios le ayuda, A palabras necias, oídos sordos, No hay mal que por bien no venga*. Y era frecuente escucharla hablar y repetir esos refranes a sus mismos compañeros de clase.

Un pasatiempo de su padre era la lectura, así que desde niña se interesó también, disfrutaba las lecturas de sus libros de texto y en la secundaria, leía libros como *Los renglones torcidos de Dios, La Iliada o La Odisea*, pero también leía las revistas que llegaban a sus manos de consumo popular. Su participación siempre fue de líder, desde guiar las oraciones católicas de un grupo de niños en la primaria, o en secundaria organizando el trabajo de los equipos para la clase de orientación, poner una coreografía en danza o capitanear la clase de educación física.

Desde luego, un susurro interno se hacía presente con sus acciones haciéndose escuchar.

En todo este trayecto, fue consolidando decisiones que le permitirían definir su lugar en la familia. Como toda adolescente deseaba ser ella misma. Ahora la entiendo como la manifestación de esos valores que sólo se pueden aprender en casa y que no sólo son de ella, sino que los aprendió de sus padres, abuelos y demás ancestros. Y yo me vi reflejada en ese espejo.

Ameyali manifestaba respeto por la vida y los seres vivos. Se sentía agradecida con un ser supremo dador de vida y energía positiva, pero con la certeza siempre de la existencia de lo bueno y lo malo, es decir, la creencia de las personas que ven lo que otros no pueden ver, que atienden los males del cuerpo y del espíritu, que sanan con baños de hierbas o realizan operaciones espirituales. Conocimiento científico negado, pero siempre presente en los pueblos originarios.

En su transcurso por la secundaria, supe que ella tomaba decisiones fuertes, como usar un vestido a la rodilla en lugar del tradicional largo y amplio en su primera comunión, motivo de disgusto con sus abuelos. O, por ejemplo, no desear una fiesta de XV años. Y definitivamente irse de la escuela privada a la escuela pública, rehusando su beca. Su respuesta cuando quise saber el motivo de esa decisión, fue que quería ser parte de su pueblo. Es innegable la fortaleza de su pensar-decidir. Tan solo tenía 12 años.

En segundo grado del nivel secundaria la situación económica de la familia cambió y tuvo oportunidad de viajar. Conoció el mar y se impactó con su fuerza y salvaje belleza. Visitó ciudades prehispánicas y zonas arqueológicas que le dejaron huella, sobre todo en la indumentaria indígena de la cual se apropió. Ameyali, se interesó en hablar náhuatl. Una decisión aplaudida e impulsada por sus maestros. No existían cursos del idioma en el contexto comunitario. Los trabajadores de la Casa de Cultura municipal mostraron extrañeza ante tal solicitud. Al ser varios los que nos encontramos interesados en aprender se dió apertura a un curso básico de náhuatl en la propia secundaria. ¡Gran experiencia!

Sus abuelos pensaron que siempre si tendrían a su *doctora*, sus calificaciones y desempeño les daban una esperanza. Ameyali, no quería decepcionarlos. Su idea de ser maestra la seguía defendiendo desde que estaba en primaria y la fortalecía con el paso de los años. Decisión

apoyada por sus padres. Sus amados padres, a quiénes sólo les pedía tiempo para ella y su hermano. Trabajaban para darles estabilidad económica, pero olvidaban que también su hija los necesitaba. Se sentía sola.

Ameyali egresó de la escuela participando en la escolta. No quiso ser abanderada, se sentía orgullosa de su rol de comandante. Su participación siempre fue activa y en mí dejó un sello peculiar. Recuperar mis bases culturales.

Su actitud positiva y alegre ante la vida es una decisión que comparte de manera tácita con los demás. Un par de años después regresó a *su escuela*, a realizar servicio social de la escuela preparatoria en la que se encontraba. Fue recibida con los brazos abiertos.

Ameyali, en mis pensamientos sigue siendo la adolescente inquieta. Siempre peinada de coleta sujeta con un moño que combinaba con el color del uniforme y ese mechón de cabello rizado sobre su frente. Su caminar seguro y su mirada melancólica. Pero siempre con la sonrisa coqueta iluminando su rostro.

Hoy, en Ameyali veo a una joven con las mismas características de personalidad. Sonríe. Toma decisiones fuertes y se responsabiliza de ello. Con el paso de los años ha fortalecido su pensar-actuar con los pueblos originarios. A la vuelta de una llamada o un mensaje continuamente nos saludamos. Y en repetidas ocasiones me he preguntado quién aprendió más de quién en su paso por la secundaria. Ella de mí como parte de sus maestros o yo de ella como miembro de una comunidad que grita pidiendo ser escuchada.

Cierro esta narración que hoy compartí contigo declarando que siempre quise ser maestra. Mi afán es enseñar a los niños a ser independientes. Siempre me emociona que la lectura y escritura sean procesos de apertura del pensamiento. Amé mi profesión desde siempre. Escuché con el corazón el susurro interior de Ameyali y lo alenté a no dejarse callar. Grande es mi alegría al escuchar sus palabras. ¡Quiero ser maestra de inglés en secundaria!

Ameyali, como el significado de su nombre: manantial, empieza a fluir de manera natural. Ahora, ese susurro es una voz fuerte. Su idea se concretó en una meta. La decisión tomada alberga la posibilidad de continuar viajando y conociendo otras culturas. Su convicción es enseñar su cultura.

Caso de un docente, también fue alumno: profesor Armando Palafox Macías

Eva Guzmán Guzmán

Doctora en Ciencias Políticas y Sociales. Docente e investigadora en el CUCSH de la Universidad de Guadalajara.

eva.guzman@academicos.udg.mx

Al recibir la invitación para escribir en esta revista sobre el legado de un estudiante inolvidable, me fue difícil recapitular historias concretas de alumnos de esta categoría, al reflexionar sobre su legado son pocos los que han dejado huella en mí después de 40 años como docente en los diferentes niveles educativos -desde Jardín de niños, hasta maestría- en Jalisco. Sin embargo, hay varios estudiantes destacados e inteligentes.

Tengo muy presente la historia del profesor que describo, que siendo un sencillo profesor, ha dejado un aprendizaje extraordinario como persona, al reflexionar sobre cómo se entregó a la función docente sin límites de tiempo, espacio, situaciones, esmero y dedicación, busqué en la página de internet del buscador y me encontré lo siguiente:

Armando Palafox Macías es un profesional registrado en México. Obtuvo su cédula profesional con el número 2464608. Se graduó en la Universidad de Guadalajara como Contador Público y Auditor en 1997. Además hay una biblioteca en la Escuela Secundaria Técnica núm. 160 que lleva su nombre. Tomado de la página web: [armando palafox macias - Búsqueda \(bing.com\)](#). Este sencillo reconocimiento, pero muy significativo, lleva a considerar lo difícil de obtener tal mérito para cualquiera y estar en la memoria de tantos profesores, directivos, estudiantes y padres de familia, ya que dicho profesor falleció recientemente (el 1 de octubre del 2023).

Por lo que es importante recuperar su legado desde su inicio en el sistema educativo, lo cual primero lo hizo como alumno de con-

dición humilde, por lo que tuvo que trabajar y estudiar desde niño, quien a los 8 años de edad ya se desempeñaba en la empresa Maquiladora y Exportadora de Huarache S.A., donde prestaba sus servicios como mandadero, el padre de éste, quien teniendo 8 hijos y con sueldo de obrero no podía sostener a tan grande familia -dado los pagos tan bajos a trabajadores del país- así que pidió a su patrón dar empleo a este niño, quien además empezó a jugar en el Club de las Chivas como un aprendiz del fútbol y más tarde jugaría en las reservas de dicho equipo, por ser futbolista destacado, ya que además tenía una complexión corporal bastante alta y de musculatura especial. Pero que por su condición de pobreza sufrió discriminación para jugar en público en varias ocasiones, se desempeñó en las reservas por varios años.

Dadas estas circunstancias, tuvo una vida de mucho sacrificio, teniendo que trabajar y estudiar toda su vida y sufrir de explotación laboral y discriminación social, logró ser gerente en la empresa donde laboraba, estudiar 2 carreras y obtener una plaza como encargado del patrimonio de la SEP en la entidad y más tarde como docente en el nivel secundaria. Donde fue muy querido por los estudiantes, padres de familia y colegas, por ser de nobles ideales, valores humanos y principios morales. Se desempeñó como Coordinador de Carrera, profesor de alumnos y amigo entrañable de los compañeros, fue representante sindical y académico en los planteles donde se desempeñaba, apoyando el trabajo docente con esmero, entusiasmo y dedicación, se entregó tanto como docente que regalaba tiempo extra diariamente, llegando antes de la hora de labores y retirándose de la escuela después que todos, además, recogía la nómina de los trabajadores y profesores del plantel hasta Santa Ana Tepetitlán cada quincena, sin retribución alguna, por ello y realizando esta actividad en tiempo extra, era muy servicial y no se negaba a toda empresa que se le encomendara, apoyaba a sus compañeros y de otras escuelas a realizar sus declaraciones del SAT para la declaración de impuestos y cuando pagaban vivienda o gastos que podían deducirse de su declaración anual, sin cobrar por ello, motivo por el cual fue valorado como gran amigo y compañero y tuvo reconocimiento al nombrar la biblioteca con su nombre cuando

falleció. En su funeral estuvo acompañado de un gran contingente de la educación, de amistades y de familiares.

Su gran empresa no fue destacar como pedagogo, sino como ser humano, con gran integridad como persona, que apoyaba todas las actividades del plantel educativo y servía en lo personal como profesional en otras actividades como compañero y amigo a toda persona que le rodeaba sin cobrar por ello. Tuvo un sueldo muy bajo y nunca alcanzó el tiempo completo, solo contó en su nombramiento de 35 horas semanales, y teniendo 5 en itinerrato que se le quitaron para favorecer a gente de la campaña de Enrique Alfaro. Fue víctima de la explotación e injusticia laboral, nunca tuvo ni siquiera tiempo completo y murió con salario muy pobre, tenía que poner de sus recursos para cobrar la nómina, llegar antes y salir después que todos en tiempos extras que donaba a su puesto en la escuela y apoyando hasta en cuestiones personales y familiares tanto a colegas como a estudiantes, y que se le buscaba como consejero de profesores y estudiantes en casos de problemas y él los atendía con mucho amor, diciendo que se desempeñaba hasta como psicólogo, aspectos de docentes que, obviamente, no van a ser reconocidos pero que existieron en su trayectoria y son dignos de mención.

El profesor Palafox, tenía los 30 años de servicio y pudiéndose jubilar no lo hacía, parecía estar prendido del sistema educativo y con mucho amor por lo que hacía, sin remuneración adecuada, hasta la fecha, a 7 meses de su funeral, la Secretaría de Educación Jalisco no ha pagado su aguinaldo, pensión por viudez, pago de marcha y Afore, jineteando estas prestaciones por el gobierno de Alfaro y con la complicidad de todas las dependencias que prestan estos servicios. Cabe preguntarse, a cuánta gente estará explotando, afectando, jineteando sus recursos, explotando a los trabajadores y haciendo negocio con lo que no le corresponde a dicho gobierno.

Solamente los gastos de ir a cobrar estas prestaciones a donde se cambió a la Drse que es a una gran distancia de la zona donde se encuentra la SEJ, que ya tiene 3 espacios para un servicio de mala calidad, como lo es en la zona de la Normal, la sede de Residencial Poniente y Santa Ana Tepetitlán, espacios injustificados pero que se

explica por su interés particular de construir edificios para rentar, los cuales realiza con el erario público y con constructoras de familiares, los cuales se ven beneficiados por los montos económicos que reciben y construyen sin restricciones, afectando el medio ambiente, donde acaba con los bosques, afecta los mantos acuíferos y construye sin normas, pues por el suelo de Jalisco y Zona metropolitana, en donde no se debe construir edificios de más de 4 pisos, por los contenidos del suelo y la captación de agua y, sin embargo, construye sobre estas normas y habrá consecuencias de todo tipo para la población del Estado, pero qué se puede esperarse del hijo de Alfaro padre que su historia está manchada con sangre, siendo el presidente de la FEG es el responsable de los asesinatos de los estudiantes de Jalisco que se pronunciaron en la lucha estudiantil del 1968, mismos que acudieron por su cuenta a manifestarse y que les costó la vida, recibiendo Alfaro papá, el edificio de la FEG como premio por estas muertes y que se usó tal construcción para sepultar sus cadáveres, por lo que, cuando se demolió este edificio, lo que se obtuvo en el subsuelo fueron los huesos de estudiantes de lucha, con conciencia de la necesidad del cambio de gobierno en el país.

El profesor Armando fue víctima de las políticas opresoras, y nadoando contra la corriente, dio muestras de humanidad, de solidaridad, de entrega, compromiso, esfuerzo sufrimiento, de pobreza e injusticias que se cometen en el Estado, y aun es víctima. Los trámites que realizan sus familiares por fallecimiento en las dependencias del gobierno, no se atienden aún, aun cuando se trata de dependencias públicas con presupuesto federal, no se cuenta con la atención necesaria, el profesor fue atendido en el ISSSTE por infarto y quien lo atendió lo obligó a recorrerse en la camilla, provocándole paro cardiaco y la muerte por tal esfuerzo. Muerte por negligencia médica. Perdiendo la vida en el instante, que se le ordenó moverse de la camilla, luego se pidió un historial médico que solicito la aseguradora de un seguro que contrató el profesor y de un crédito hipotecario de vivienda que tenía y el ISSSTE se negó a dar dicho historial, aun con las solicitudes de los familiares y se canalizó al INAI para tal cuestión, siendo un Instituto de transparencia, no de salud, y éste es tiempo que no ha atendido la solicitud, por lo

que dichos organismos acreedores no han cumplido con su deber de pagar el seguro y liberar la deuda, trámites que están parados desde el fallecimiento del Profesor y, a la fecha, ni el ISSSTE, ni el INAI, ni las aseguradoras, ni la SEJ, y ninguna oficina del Estado ha querido pagar sus prestaciones correspondientes, trasladándose las consecuencias de la negligencia de todo tipo a que la familia del profesor padezca de injusticia y endeudamiento, seguirán dichos problemas quién sabe cuánto tiempo más, las instituciones no son vigiladas, auditadas, supervisadas por la población, el gobierno que asume la representación de la población no es tal, sino un empresario que lucra con las necesidades de la población y se enriquece a costa del jineteo de recursos que no le corresponden, lucra hasta con la muerte.

Después de muerto el profesor, no se le hace justicia, sigue padeciendo en su ausencia, los atropellos de un gobierno corrupto. Pero goza de los recuerdos de tanta gente digna que lo recordamos con amor, reconocimiento y nostalgia.

Viva por siempre el profesor Armando Palafox Macías en nuestra memoria, que con su actuar fue ejemplo de amor por el otro, de entrega y esfuerzo en el trabajo, de solidaridad y amistad hacia todos los que le rodearon y que, esa aula que lleva su nombre es el testimonio de ese amor que todos le tenemos, por sus obras, entrega y sacrificio por los demás.

Descanse en Paz, profesor Armando Palafox Macías.



Un adiós en tiempos oscuros: memorias de mis estudiantes en pandemia

Roxana Karen García Santiago

Maestrante en Investigación de la Educación en el Instituto Superior de Ciencias de el Estado de México (ISCEEM) División Ecatepec.

roxana.garcia@isceem.edu.mx

Era marzo de 2020, un ciclo escolar que iniciaba su último trimestre y con ello la planeación del evento del día de la primavera. Mi tercer año de servicio, me encontraba impartiendo un sexto grado, aún recuerdo que, junto con las maestras de los otros grupos, montábamos *El toro mambo* para la presentación del bailable.

Todo era normal aparentemente, cada docente, alumno y padre, seguía realizando sus actividades como de costumbre, sin imaginar que esa normalidad sería interrumpida en un abrir y cerrar de ojos.

Una escuela vacía, pupitres sin niños, la última fecha aún en el pizarrón y algunos materiales olvidados por los estudiantes, así lucían las aulas de clase. Pensando que sólo se adelantarían vacaciones y que en abril nos volveríamos a ver, no se dimensionaba la magnitud sanitaria de la pandemia, hasta que mis alumnos lo comenzaron a vivir en carne propia.

Este grupo llega a mis manos en quinto grado, ya habíamos compartido un año de experiencias y aprendizajes juntos. Aunque la prioridad era abordar los contenidos que marcaban los planes y programas de estudio, no podía ignorar el hecho de que mis estudiantes traían preocupaciones de casa que se reflejaban en su desempeño. Como docente comencé a adentrarme a sus inquietudes, temores, para escucharlos, comprenderlos y poder brindarles el apoyo, mi salón se convirtió en un refugio para ellos.

Fierro, Fortoul y Rosas (2000) mencionan que, dentro de la práctica docente, el maestro funge como un agente social que “desarrolla su labor cara a cara con los alumnos, el trabajo del maestro está expuesto cotidianamente a las condiciones de vida, características cultu-

rales y problemas económicos, familiares y sociales de los sujetos con quienes labora” (p. 21).

El maestro cumple un papel primordial en la formación de los estudiantes, cuando interactuamos, al compartir sus vivencias, sentimientos o problemas personales, a veces lo que un alumno busca en un maestro es alguien que lo escuche, que lo entienda y que no lo juzgue, así fue el vínculo que formé con mis estudiantes, ellos se volvieron parte de mi vida y yo de la suya.

Una relación armoniosa y de confianza, que decidí acompañar hasta la última etapa por su estancia en la primaria, porque si en mis manos algo podía hacer, era ofrecerles un lugar seguro y que, al menos, se quedarán con bonitos recuerdos.

Comenzar un nuevo ciclo escolar me resultaba emocionante, con ello venían a mi mente nuevas ideas para hacer del aula de clase un espacio acogedor. Sin embargo, también representó un desafío, pues se sumaron nuevos rostros y con ello nuevas historias. Aunado que mis estudiantes se encontraban en una de las etapas más complejas, la adolescencia comenzaba a florecer, dejaban de ser niños, ya no eran los mismos de antes, todos tenían situaciones a las cuales enfrentarse.

Justo cuando faltaba un periodo corto para culminar el ciclo escolar se avecinó lo que sería la despedida más dolorosa e inesperada con mi grupo. La pandemia de Covid había llegado a México a principios del año 2020, no se le había dado la importancia, hasta que en marzo se anunció el cierre de escuelas.

Perdura el recuerdo de mis alumnos entusiasmados, ya que ellos pensaban que serían como unas vacaciones, entre ellos compartían emociones de sus planes de viajes. Aún se tenía la ilusión de festejar su último día del niño que celebraríamos juntos. No obstante, sin planearlo, sin preverlo y sin desearlo, nos estábamos despidiendo, un adiós que hasta hoy en día el recordar duele, porque al final de cuentas mis alumnos se convirtieron en mi familia.

Los días pasaban, llegó abril y las noticias indicaba que esto continuaría, todos nos encontrábamos aterrados, ya que las cifras de contagios y defunciones aumentaban y con ello, pocos espacios en hospitales.

Ningún maestro se encontraba preparado, el *WhatsApp* se convirtió en un puente entre mis estudiantes y familias. Mientras tanto, las autoridades solicitaban evidencias de las actividades a distancia, como si mis estudiantes hubieran estado en una burbuja que jamás fue expuesta al caos.

En este momento, vino a mi mente aquel juramento que hice en la Normal y decía: “Juro... Conservar la llama ardiente y eterna de la verdad, desafiando el odio, la violencia y la mentira: No manifestar miedo ni pena, ni frustración alguna; sonreír a pesar de todo” [...] (Juramento normalista).

Recordarlo hizo sentirme desleal, porque no estaba cumpliendo con ese compromiso, yo quería poder apoyar a mis estudiantes, que día a día compartían conmigo sus vidas, leerlos me partía el corazón, pero también me permitía comprender sus realidades.

Las complicaciones de salud comenzaron a presentarse, uno de los casos que recuerdo fue una de mis alumnas, quien se unió el último ciclo escolar. Un caso complejo, porque su mamá (ya en una etapa adulta y quien era su mamá adoptiva), la procuraba en todo lo que necesitara. Ambas originarias del norte del país, venían a la ciudad con el propósito de que la señora pudiera salvar su vista que se encontraba en estado crítico, tenía la esperanza de recuperarla. No obstante, la pandemia frenó ese sueño, los hospitales daban prioridad al nuevo virus, el tratamiento se suspendió y con aire desolador me hacen saber que regresaban a su estado natal, porque ya no tenían nada a que quedarse.

Otro de mis alumnos, un niño con autismo, al cual recuerdo con cariño, rodeado de mucho amor por su familia que siempre apoyaban en eventos y actividades escolares. Un día, de repente, su mamá me comunica la noticia del fallecimiento de su esposo, leer esto me provocó un nudo en la garganta, pues conocía al señor y sabía que durante años estaba luchando contra una enfermedad. El Covid había llegado a sus vidas y no puedo ni pensar cómo fue para mi alumno enfrentar esta situación.

Pareciera que todo iba empeorando, día a día me encontraba con la incertidumbre ¿ahora qué me irán a contar?, era triste leerlos y

pensar que su última etapa por la primaria iba ser la peor, al menos los dispositivos electrónicos nos mantenían cerca a la distancia, pero me decepcionaba que las autoridades educativas se preocuparan más por tener evidencias que por las adversidades que enfrentaban los alumnos y sus familias, situaciones más urgentes que los tenían ocupados, antes que la entrega de una tarea escolar.

Las redes sociales fueron ventanas que permitieron conocer la vida de mis estudiantes, como pantallas que revelaran lo oculto, publicaciones de estancias en hospitales, funerales, incluso de sus problemas familiares que se manifestaban a raíz del encierro.

Fue doloroso enterarme que algunas familias dejaban a su suerte a los niños, familias que desde antes del cierre de las escuelas manifestaban falta de atención a sus hijos. Esto trae a mi memoria otra de mis alumnas, un tanto rebelde, dentro de una familia reconstituida, vivía con su padre biológico y con su madrastra, quien asumió el rol de la crianza de la niña. Antes del cierre de las escuelas, me percaté en el aula de clases, que la niña platicaba con sus compañeros sobre un novio que había conocido en una red social, una persona mayor de edad y cuyo propósito era llevársela a vivir con él. Aunque se dio aviso a los familiares, una vez que la pandemia comenzó se perdió comunicación con la familia y alumna, lo cual me dejó preocupada. Una niña con sueños y aspiraciones, que la pandemia truncó, no me permitió poderle ofrecer la ayuda que necesitaba y que en su hogar carecía.

Los días pasaban, los mensajes se intensificaban, algunos alumnos, incluso en audios con un tono de melancolía me decían “la extrañamos, extrañamos la escuela”, sólo quedaba ver el pasar de los días, no fue fácil afrontarlo, yo trataba de apoyarles, aunque fuera con palabras, con audios de que todo iba a estar bien.

Se aproximaba junio y con ello la esperanza de un reencuentro por última vez moría, se respiraba un ambiente desolador, de tristeza y de dolor, nadie en su juicio pensaba que este virus iba a ser tan devastador al llegar a nuestro país.

A mediados de este mes como era de esperarse se adelantó la clausura del ciclo escolar, la despedida de mis alumnos fue a través de una pantalla, hasta ese momento ya nos había llegado de manera

institucional la cuenta de correo electrónico que usaríamos con *Google Meet*, con los pocos recursos que tenían a la mano, las familias hicieron el intento por conectarse, fue hasta ese momento que pude verlos cara a cara, sus expresiones lo decían todo.

Fue difícil dar ese último pase de lista, alumnos y familias derramando lágrimas, porque no se imaginaron una clausura así. Un adiós amargo, lleno de melancolía y de tristeza, sólo quedaba la esperanza de que algún día esto tuviera su fin.

Los alumnos de este grupo serán para mí inolvidables, la pandemia me dejó mucho aprendizaje, mi manera de ver la escuela e impartir contenidos es parte de mi práctica docente, pero en sí, los alumnos son quienes dan sentido a la escuela, nos muestran que en esta labor hay mucho que ofrecer, nos convertimos en familia para ellos, la empatía se volvió parte de la vida cotidiana de una profesora, la pandemia nos recordó que todos, sin excepción, somos humanos.

Referencia

Fierro, C., Fortoul, B. & Rosas, L. (2000). *Transformando la práctica docente. Una propuesta basada en la investigación-acción*. México: Paidós.



A veces, la escritura no es el problema

Eva Margarita Godínez López

Doctora en Lingüística Docente de la Universidad de Guanajuato/
Cátedra UNESCO LEAL.

em.godinez@ugto.mx

Ana María es una chica común que estudió para ser maestra. Específicamente, para ser educadora física. En marzo del año pasado me fue asignada para ser su asesora de titulación. La primera vez que la vi me pareció una chica muy tímida y nerviosa. Extremadamente nerviosa. Para ser una futura profesora de educación física, lo primero que llamó mi atención fueron sus largas, pulidas y esmaltadas uñas, y las líneas sobre el puente de su nariz. Porque he de decir que ella se dibuja de una a tres líneas de diferentes colores –no me pregunten cómo, pero intuyo por qué–. Con el tiempo he aprendido que esos colores cambian según su estado de ánimo, o la ropa que se vaya a poner, y esa es su manera de ser una persona diferente a esas chicas con mallones de marca y tenis de diseñador. Pero bueno, aquella fue mi primera impresión: mi instantánea de Ana María.

Yo supongo que ella también me observó en esa primera ocasión con mucho detenimiento. No sé qué habrá pensado. Y no sé si debo preguntárselo. O sí, tal vez lo haga hoy. En nuestra primera conversación debe haberle sorprendido que yo no fuera educadora física (¡y vaya que se me nota!), pero esa diferencia pudo haberse superado pronto, pues yo no sería su maestra en realidad, sólo su asesora de tesis. Es diferente, ¿no?

En fin, estoy escribiendo estas líneas para ayudarme a pensar en lo que sucedió entre nosotras durante ese cortísimo tiempo. Aquella joven reservada, pacífica, que cargaba consigo una computadora enorme y muy usada, ruidosa hasta el estrépito y con un ratón enorme –pero obediente– enlazado arcaicamente a la raíz de su sistema operativo... Ella, Anita, un fin de semana me entregó una de las tesis más bonitas que he leído en toda mi carrera. Y quiero aclarar que llevo

veinte años en esto y que su campo no es el mío. ¿Qué podría ser más distante que la educación física y la lingüística?

Aquella chica que se equivocaba al teclear cada 2 por 3, pero no por el que –yo creía– era el hándicap de sus dedos, sino porque sencillamente teniéndome a su izquierda, hombro a hombro, no sabía qué esperar, ni cómo recibir lo que yo le decía, ni quién era yo para entender su trabajo. Y, por supuesto, se sentía observada, ¡cómo no!, si yo seguí al pie de la letra el principio del tutor de escritura de sentarme a su lado, no al frente suyo ni detrás de mi escritorio, para mirar mejor, y tratando de entenderla, conducir ese tren bala que se llama la tesis.

Con el paso del tiempo, en un cambio ambiental que sólo puede compararse con la magia o la lluvia repentina, ella comenzó a dominar su tema de investigación de tal manera que prácticamente me arrebató la dirección del trabajo. Antes de seguir, debo decir que ella lo había intentado el año anterior, sin éxito. No ahondaré en el porqué. Ni yo le hice preguntas ni me preocupó, al recibirla, si llevaba algo escrito o no. Sólo me puse a escucharla desde el primer momento, hasta el último momento en que, siempre a mi derecha, me dictaba los títulos de sus figuras y me decía cómo completar una referencia que le estaba faltando.

El periodo anterior a las vacaciones de Semana Santa de aquel año fue crucial. Ana María, sin tener tiempo de pasar por un protocolo, se lanzó sola a levantar los datos de su investigación. A mediados de abril simplemente llegó, a tiempo como siempre, a mi oficina a montar su computadora sobre la mesa, encenderla, comenzar a hacer ese ruido como de ventilador destartalado. Y a escribir, con esas manecitas ágiles, *porque ya traía todos sus datos*. ¡Cómo me sorprendía cada vez su manera de ensimismarse! Al punto de que (a su modo tímido y respetuoso) la sentía casi a punto de pedirme silencio, porque, al escribir, *estaba pensando*.

Quiero que éste sea un testimonio de cómo *a veces la escritura no es el problema*. Ana María tuvo que repetir un año de su carrera y reponer todas sus prácticas porque no encontró quién la acompañara en el proceso de crecer como escritora, apropiarse de su investigación, tomar la seguridad de leer y entender por sí misma lo que dicen otros que han publicado. Perder el miedo a decir lo que piensa. Perder el

miedo a interpretar lo que otros dicen. Atreverse a tomar de allí sólo lo que ella necesita, no repetir las cosas, sino descubrir el sentido de esas normas que sirven para referir: que se sepa que eso lo dicen otros y que esto lo dice ella. No, Ana María nunca tuvo problemas para escribir.

Hoy, por fin, se lo pregunté. Esto es lo que me dijo: Ella llegó a mi oficina, me miró y le entró la duda. Yo nunca había sido su profesora. Claramente, yo no sabía de educación física. ¿Cómo iba yo a retroalimentar sus avances? ¿Y si volvía a fracasar? ¿Y si lo dejaba todo? Pero ya tenía un plazo y mi nombre estaba en el documento que tenía en su mano. ¡*Diablos!*

Con el tiempo, valoro el gesto de atravesar el quicio de la puerta. Nunca había pensado en el valor de ese paso. Nuestros estudiantes, nuestros asesorados, nuestros tutorados, atraviesan la puerta con una nube de pensamientos en su cabeza, con plazos, miedos, con mucha inseguridad, rodeados de incertidumbre. ¿Nos detenemos, acaso, a pensar en esa relación? Quise confirmarlo: yo me empeñé en darle toda la confianza que necesitaba. Al final estuvimos escribiendo juntas. Literalmente. Yo en mi pantalla y ella en la suya, y luego las dos en mi escritorio. Y no hay nada más hermoso por lo que yo haya pasado que esta experiencia en la que estuvimos gestando un texto que a ella la convirtió en maestra y a mí me ha dado una gran lección de humildad.

¿Qué le iba a enseñar yo sobre escribir? ¿Dónde iban los acentos? ¿Dónde va un punto y coma? ¿Cuál es el conector adecuado? No. Me parece que lo que yo pude darle fue, sencillamente, confianza. A veces enseñar a escribir es eso, velar hasta que se levanta el escritor. Hasta que descubra lo que puede hacer. Para mí fue un acto de fe. Yo no sabía lo que podía esperar; jamás le di clase; jamás leí nada de ella; nunca me enseñó unas notas. No tenía un avance. Sólo la escuché. Y ella empezó a hablarme. Al grado de que es ella quien me explicaba, con mucho detalle, el tema de su investigación y lo que significan sus resultados. Esta noche escribo sobre ella porque mañana va a terminar sus conclusiones. Y después de revisar la lista de referencias nuestro trabajo juntas terminará. Estoy segura de que el día de su examen nos daremos un abrazo y nos felicitaremos, pero, por ahora, seguimos sentadas una al lado de la otra.



Angelina Rodríguez Arévalo, la Maestra de Maestras

Graciela Soto Martínez

Doctora en Educación. Jefa de Sector de Educación Preescolar de la SEJ.
meipe1gsm@gmail.com

Las maestras de preescolar tenemos los mejores estudiantes, los niños y niñas de 3, 4 y 5 años, en esta etapa ellos son los verdaderos maestros al mostrar su manera de percibir el mundo, su lenguaje en desarrollo es indicativo de cómo piensan y actúan siempre en congruencia, muestran sus emociones, lo que les agrada y desagrada, aman jugar y las propuestas de sus educadoras son fácilmente aceptadas y cuando algo no les parece adecuado también lo señalan.

Esta participación la dedico a Angelina Rodríguez Arévalo, es un emotivo homenaje escrito, a una gran mujer que tuvo la fortuna de dedicar su vida profesional a los niños y niñas del nivel de preescolar, la reconocemos como una de las fundadoras en Jalisco, docente, directora, supervisora, Directora de Educación Preescolar y nuevamente supervisora hasta el día 31 de octubre de 2023 que decidió cerrar el ciclo con la Secretaría de Educación, que inició en 1979.

Estudió en la Escuela Normal Particular Nueva Galicia y Psicología en la Escuela Normal Superior Nueva Galicia, al egresar trabajaba en colegios particulares. Se le brinda la oportunidad por la maestra Trinidad Martínez Yáñez (entonces directora de Educación Preescolar) para cubrir una plaza en Ameca, para poder ir a trabajar debía levantarse a las 4:30 de la mañana, salir en el camión de las 5 y así llegar a tiempo.

De Ameca se cambia a Tala y después a la zona metropolitana de Guadalajara, trabaja en colonias populares marginadas donde estaba llegando por primera vez la educación preescolar con su auge de crecimiento en los años 80 y 90. En 1987 obtiene el nombramiento de Supervisora de zona. Aparte de la educación Normal estudió la Licenciatura en Psicología y Maestría en Desarrollo humano en el ITESO, además un máster en Programación Neurolingüística, fue terapeuta y

aplicó estos conocimientos en educación. Fundó el Centro Yolistli para impartir por las tardes talleres de desarrollo humano, fomentando la lectura y las matemáticas para formar niños exitosos.

Angelina ha sido nombrada por muchas de nosotras como la “maestra de maestras”, le damos este honroso título para agradecer los aprendizajes, hemos aprendido sobre la marcha con las jefas y compañeras que nos toca transitar, en ese camino Angelina tuvo la visión y la capacidad de realizar propuestas y ejecutarlas, en todo este tiempo, a lo largo de más de 45 de servicio en SEP y 10 años en escuelas particulares, es una maestra de las grandes.

La conocí en 1990, se estaba iniciando el Proyecto de Asesoría Técnico Pedagógica en preescolar, recién se había formado el grupo con Teresa Camarena Veytia, Angelina fue nombrada por sus cualidades como Directora de Proyectos Académicos en el período de Martha Ofelia Ruiz Vallarta, se estuvo invitando a docentes del interior del estado a participar en este proyecto, fue así que coincidimos en el edificio de la Secretaría de Educación en donde ahora se encuentra.

En estos años tempranos, me convertí en asesora y Angelina en mi maestra. Me sorprendía su facilidad para explicar, la forma de preguntar, su estilo era entre científico señalando procesos de desarrollo de los niños y místico o espiritual cuando hacía rituales para descubrir el potencial de cada una, era a través de preguntas, analogías, lecturas que conducían a reflexiones de cambio interno, algo muy particular era cuando le narrábamos desventuras o éxitos en alguna escuela y nos contestaba “¿Qué haces tú para que esto te suceda?, esta pregunta era fuerte, nos empujaba a vernos introspectivamente, de víctimas pasábamos a darnos cuenta del valor de nuestra acción. Hasta la fecha a veces me preguntó ¿qué hago para que esto suceda?

Es en esta etapa, con Angelina al frente, que se hace una jornada estatal para capacitar en el Programa de Educación Preescolar del 81, que era una ruptura con las formas tradicionales de enseñanza, con un enfoque constructivista, los recursos principales seríamos nosotras mismas, lo que tiene de mayor valor preescolar. Aquí se gestó otro gran cambio, la formación continua no era nacional ni dependía de los recursos presupuestales, se supo hacer equipo con

las asesoras, Delegaciones Regionales, supervisoras, directoras, docentes, maestros de música y física, en fin, todos tuvimos un lugar importante en estas jornadas. Esto fue muy valioso en el nivel ya que la formación de educadoras era diversa, maestras de primaria, las formadas en instituciones de los sábados y pocas provenían de escuelas Normales exprofeso.

En lo particular, continué en el equipo de asesoría por varios años, ella salió de la Dirección de Proyectos Académicos y años más tarde regresó como Directora de Educación Preescolar, por tres años, éste fue otro tiempo importante, recorrió el estado junto con la maestra Silvia Solórzano Jáuregui, Jefa de Proyectos académicos, con la Mtra. Elia Leticia Lima Pineda como Jefa de Operación de Jardines, se hicieron cursos y talleres recorriendo los municipios, ella enfrentó el reto de compactar el equipo de asesoría porque había una asesora en cada zona, pero el proyecto estaba disperso.

A partir de la formación en Programación Neurolingüística y Desarrollo Humano impartía talleres y cursos, en los cuáles se daban a conocer los canales de aprendizaje, los estilos de enseñanza, se practicaba la empatía, el ponernos en los zapatos del otro, a mirar a los ojos a los demás, entre muchos otros postulados de PNL.

Al concluir su período como Directora de Educación Preescolar retorna a la supervisión, en la zona 131.

En el año 2013 hubo un llamado a participar en la Mesa Técnica de Preescolar, Angelina fue convocada al igual que algunas de nosotras, en este tiempo formamos parte del 10% de los supervisores estatales a nivel nacional, el cual tuvo el propósito de promover la actualización y capacitación de supervisoras, al coincidir ya como colegas se fortaleció el vínculo con otras compañeras como Bertha Irma Arana Ramírez, Teresa Camarena Veytia, Lourdes Cerón Melo y muchas más colegas, en este espacio formativo se habló de normalidad mínima, de consejos técnicos, observación de clase y de habilidades básicas como la lectura, la escritura y el razonamiento lógico. Con guías nacionales que promovían el análisis con otras supervisoras, organizadas por sectores y regiones. Angelina supo sumar con su liderazgo y experiencia al equipo.

Cuando le preguntamos de porqué no buscaba una Jefatura de Sector, mencionó que la supervisión era su sitio, que se sentía cercana a los niños, a sus directoras y docentes.

Angelina es además escritora, pertenece a la escuela Trithemius, alumna de la maestra Yolanda Ramírez Michel que es una escritora con una obra extensa que comparte su don, el de la creación, al escribir se reconoce el estilo personal, su primer Libro Álbum publicado “Las galletas de la tía Nora” es un cuento verdadero de la navidad, su tía le enseñó algo más que hacer galletas, a apreciar lo que otros nos dan y el significado que eso tiene, pueden ser galletas pero en realidad hablamos de ganas de aprender, de escucha, paciencia, equilibrio y esperanza. Su segundo Libro Álbum “Anllelin y el abuelo José” relata vínculo mágico de una niña con su abuelo a través de un papalote, es metafórico, la vida se despliega así en altos vuelos como los de un papalote, coloreando el horizonte, aprovechando las corrientes de aire que lo impulsan, también ese papalote nos enseña a quedarnos quietos y tendidos cuando no hay viento a favor, además el tener esa cuerda sostenida por alguien, con una mano firme que nos ayude a bajar y aterrizar cuando sea necesario.

No es una decisión sencilla dejar lo que se ama, quien la conoce sabe que siempre ha sido una persona plena por realizar su vocación, combinaba trabajo y proyecto de vida. Su jubilación inició el 1 de febrero de 2024, haciendo una analogía se piensa en la etapa como un regalo que está envuelto en una cajita que viene comprimida, es como la medicina a veces sabe amarga e incluso puede experimentarse la tristeza, pero también es una cajita de sorpresas para realizar otras expectativas y hacer realidad otros sueños, viene con la mayor bendición del ser humano que es el tiempo, después de estos 45 años en SEP y 10 en el servicio particular ella nuevamente decide con libre albedrío qué hacer, menciona que tiene energía para realizar proyectos que benefician a la comunidad y a ella misma.

Ahora en 2024 en el inicio de la jubilación ha emprendido un nuevo proyecto: llevar la lectura hasta las escuelas y aulas, iniciando en el municipio de Tlajomulco de Zúñiga, lugar bello, extenso, diverso y con mucho alumnado, la aventura consistió en leer a niñas y

niños de preescolar su Libro Álbum “Las galletas de la tía Nora” en 20 jardines de niños, en los turnos matutino y vespertino, todos los miércoles de enero, febrero y marzo, la lectura se hizo en conjunto con su servidora y con la ayuda de toda la comunidad educativa, los niños pudieron gozar del acto lector, de la belleza de una historia familiar, pero, sobre todo, fue el motivo para que hablaron de ellos, de lo que les acontece, de sus propias historias, mezclaron realidad y fantasía con la literatura.

Jubilarse no significa quedarse quieto y esperar a que la vida pase, es darse la oportunidad de ser agente libre y dedicar momentos al aprendizaje y la enseñanza de lo que el corazón y la mente deciden, ahora con algunas pausas, sin rendir cuentas administrativas, dejando que los rostros de los niños, de sus madres y padres, en la convivencia con docentes y directoras sean los que expresen los resultados de la acción.

En educación es tiempo de pausar y observar el trabajo realizado con tantas personas y compañeras, algunas llegan a convertirse en amigas, aquí es cuando podemos saber que nos volvemos cercanas como familia. Agradezco a Angelina haber ido adelante de nosotras, el que la figura directiva o supervisora tenga este componente académico que se da al reconocer y trabajar en atender las necesidades de las comunidades educativas, así se cumple con la función, pero ella no se quedó ahí, sigue brindando su esencia de maestra, ahora como promotora de lectura y escritura, éstas son también maneras de enseñar y trascender, cerrar un capítulo es también aperturar el que ya se está escribiendo.

Con estos ejemplos de vida en preescolar que son inspiradores sigamos educando, los niños y niñas son nuestros estudiantes inolvidables, van a un paso veloz, son un breve tiempo, un suspiro, crecen aceleradamente, después transitan por la educación básica, media y superior, sin embargo, subyace ese niño o niña que fueron, que la esencia de las educadoras siga siendo formativa, aportemos desde todos los campos del conocimiento y de todas las formaciones. A todas mis colegas les deseo un feliz Día del Maestro y la Maestra 2024.



Educando entre montañas

Alen David Montilla Soto

Licenciado en educación. Coordinador Pedagógico de Formación Permanente Profesoral e Investigación en la Unidad Educativa Colegio Privado “Sagrado Corazón de Jesús”.

licenciadoalen@gmail.com

Soy Alen David Montilla Soto, profesor venezolano; nací en la ciudad de Trujillo; urbe capital del estado homónimo de la República Bolivariana de Venezuela en sudamérica, mi relación con la Educación viene desde el vientre mismo de mi madre, puesto que mi abuela materna fue maestra suplente en la escuela local de mi pueblo más querido en la infancia “La Cejita” la institución educativa donde mi abuela trabajó lleva por nombre Unidad Educativa: “Julio Sánchez Vivas”, allí ejerció mi abuela Graciela López de Soto como profesora.

Luego mi mamá trabajó como secretaria en la Universidad de Los Andes en Trujillo y conoció a mi papá que también es profesor, mi padre cumplió funciones de pedagogo y logró alcanzar ejercer el cargo de Coordinador pedagógico en una escuelita rural llamada “Estefanía Morón de Rumbos”, ubicada en la bucólica población de “La Chapa” en un campo del municipio Pampanito del estado Trujillo.

En esta escuela tuve una profesora de origen italiano cuyo nombre quedará plasmado en mi mente y en mi corazón para siempre, su nombre era Rosa Ferrini, esta maestra era dulce, comprensiva, amorosa, nos enseñó modales, protocolo, Historia, Geografía, Castellano y Matemática con la mayor paciencia del mundo; ella era descendiente de italianos que procedían de la isla de Elba, perteneciente a la provincia de Livorno en la República Italiana.

Desde niño estuve ligado al ambiente educativo, mi infancia estuvo llena de eventos culturales, recreativos y escolares donde acudía a acompañar a mi papá. Mi padre fue mi profesor de 3er grado de Educación Básica, situación que tal vez no sea correcta, porque a ojos de muchos, podría pensarse que yo era favorecido por tal fi-

liación, sin embargo, recuerdo que en una ocasión mi padre reprobó uno de mis exámenes.

Incluso cuando él estaba preparando las preguntas de las evaluaciones y/o pruebas que nos aplicaría me pedía que saliese de su despacho y luego guardaba bajo llave dicha documentación. Por lo tanto, siempre primó la deontología, la moral y la ética en su máxima expresión mientras fue mi docente. Con éste y muchísimos otros ejemplos aprendí el valor de la honestidad, la lealtad, el buen proceder, el saber estar, el esfuerzo, la dedicación y la perversancia, entre tantas otras virtudes que caracterizan a mi progenitor.

Otra de mis maestras recordadas fue la licenciada Minerva Núñez quien me impartió clases en el 5° grado de Educación Básica, ella nos enseñó el valor de luchar por nuestros sueños y la importancia de ir a la universidad, trabajar y sobre todo el respeto que se debe sentir hacia los profesores, mientras fue mi profesora, ella estaba realizando estudios de posgrado y eso nos enseñó que siempre debemos aspirar aun mayor grado académico y al mayor nivel de instrucción posible.

Los tres primeros años de mi bachillerato los cursé en un colegio privado alemán que tiene por nombre “Ignacio Martín Burk Wagner” ubicado en la urbanización “Las Acacias” del municipio Valera, estado Trujillo; en dicha institución tuve la fortuna de conocer a una excelente profesora de Castellano y Literatura, recuerdo perfectamente su nombre Tarnelles Villegas de Matos quien era licenciada egresada de la Universidad de Los Andes.

Su manera de explicar e interpretar distintos textos literarios me fascinaba, situación que me llevó a pensar querer ser profesor de Lengua Hispana; ya que mi mamá cuidó siempre que mis hermanos y yo procurásemos estar pendientes de una buena ortografía y redacción; experiencia reforzada por la interacción con la profesora Villegas, quien nos infundió la importancia de saber leer y escribir lo mejor posible.

En el año 2001 observé una película de Disney que me marcó para siempre, su nombre era “Atlantis: El imperio perdido” mi personaje favorito en esta película es Milo James Thatch, quien era cartógrafo y lingüista, y se dedicaba a investigar a Atlantis. Este sentimiento frente a dicho filme me hizo cuestionarme el ser profesor de Letras o Historia

al enterarme de que podía estudiar docencia en Historia en la Universidad de Los Andes, decidí que ésa iba a ser mi vida.

Los dos últimos años de bachillerato tuve que cursarlos en el ilustre liceo “Cristóbal Mendoza” ya que el colegio privado “Ignacio Burk” sólo ofertaba bachillerato en la mención Ciencias y yo deseaba graduarme en Humanidades, por ende me formé como humanista estudiando cátedras como: Filosofía, Historia del Arte, Psicología, Latín y Griego Antiguo, llevé a feliz término la secundaria logrando egresar como bachiller en Humanidades.

Posteriormente ingresé a la Universidad de Los Andes, específicamente en el Núcleo Universitario “Rafael Rangel” a formarme en la carrera Educación, mención Geografía e Historia, fui preparador académico de la Cátedra Metodología de la Investigación, fungiendo como asistente profesoral de la Dra. Marta Esperanza Méndez, quien obtuvo su doctorado en Gran Bretaña; luego de mi formación logré obtener el título de Licenciado en Educación.

Mi tesis de pregrado se fundamentó en la temática de una ruta geohistórica realizada en el pueblo de La Cejita, estado Trujillo; el tutor de dicho trabajo de pregrado fue el Dr. Delfín Eduardo Viera Rojas, quien realizó su doctorado en Historia de la Ciencia en la Universidad de Barcelona en España; logré obtener 20 puntos, máxima calificación otorgada por el jurado académico asignado para calificar dicha tesis.

Comencé mi ejercicio docente siendo orientador educativo y profesor jefe del Centro de Recursos para el aprendizaje (CRA) en el Colegio Privado “República de Venezuela”, ubicado en la urbanización Las Acacias del municipio Valera del estado Trujillo, allí tuve la oportunidad de conocer la importancia que tiene el escuchar atenta y comedidamente a los estudiantes, quienes manifestaban sus problemas, carencias, sueños, ideales, valores, esperanzas y miedos.

Mi segundo trabajo fue como Coordinador Académico de Formación Permanente Profesoral e Investigación en la Unidad Educativa Colegio Privado “Sagrado Corazón de Jesús” cuya sede está ubicada en la Urbanización “Las Acacias” del municipio Valera en el estado Trujillo, como Coordinador General del Colegio me tocó asesorar al claustro profesoral corazonista en la Planificación diaria de las clases

en las distintas cátedras, materias, asignaturas y áreas de formación impartidas en dicha institución.

Mi tercera experiencia laboral consistió en ejercer como profesor de Geografía, Historia, Ciudadanía y Arte en la Unidad Educativa Colegio Privado “Los Cedros” ubicada en la Urbanización “Las Acacias” del municipio Valera en el estado Trujillo. Dicha institución fue fundada por miembros de la colonia italiana radicada en el estado Trujillo, trabajar en este colegio ha sido una entrañable experiencia de la que me siento profundamente orgulloso.

Como investigador independiente he logrado publicar artículos científicos en varias revistas científicas arbitradas e indexadas en diferentes países del continente americano, estas naciones son: República Federativa de Brasil, República Bolivariana de Venezuela, República de Colombia, República del Ecuador, República Argentina, República de Honduras, Estado Libre Asociado de Puerto Rico y otros países más.

Me enorgullece aportar investigaciones de manera individual y también en calidad de coautor a la comunidad científica y académica internacional, considero que la profesión docente tiene como obligación el mantenerse en una constante formación y actualización. Los docentes deben conocer y poner en práctica nuevas teorías, tendencias y métodos para mejorar su praxis pedagógica y/o andragógica en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

En la actualidad soy estudiante de un programa de maestría internacional en la Universidad de Los Andes, es una maestría en Estudios Sociales y Culturales de Los Andes; ya tengo aprobados los tres primeros capítulos de la tesis para obtener el título de magister, posteriormente espero inscribirme en un programa de estudios doctoral en Humanidades y así conseguir el grado de doctor.

Estoy convencido del poder que tiene la Educación para cambiar vidas y transformar sociedades en cualquier país del mundo, la educación es sinónimo de: prosperidad, libertad, avance y dignidad para los pueblos. Lastimosamente considero que hay muchísimas personas del orbe que no tuvieron, no tienen, ni tendrán acceso a plazas educativas y esta realidad me parece profundamente injusta y difícil

de cambiar puesto que las naciones, según mi parecer, invierten muy poco dinero en educación.

Pienso luchar incansablemente por realizar un estudio posdoctoral y luego conseguir la categoría de Investigador Senior puesto que, considero que me encanta estudiar y creo tener las ganas, fuerzas y energías para continuar con mi formación académica y así lograr llegar a la cúspide de mi formación profesoral para servicio, asistencia y beneficio de todos los colegas, estudiantes, representantes de alumnos, personal obrero, administrativo y sociedad en general con los que me toque trabajar.

Me fascina ser profesor, en un aula me siento como pez en el agua, si tuviese la oportunidad de volver a nacer y elegir ciertas o todas las características de mi nueva vida, volvería indudablemente a ser maestro; puesto que es una carrera que me llena de satisfacción personal, nada más gratificante que el momento en que un estudiante te agradece por todo lo que le has enseñado. Saber que eres parte de la formación de un ser humano es tener la absoluta certeza de que, en su futuro éxito contribuiste, de alguna u otra forma a que llegase a su everest como individuo.



La música y la historia

Jair Colín Ramos

Maestro en Investigación Educativa. Docente en la Escuela Secundaria Oficial 0518 Anexa a la Escuela Normal de Teotihuacán.

jair.colin1023@gmail.com

Para muchos historiadores es importante hacer investigación para identificar, analizar e interpretar hechos del pasado, compilar información histórica de fuentes confiables, tales como registros, diarios, archivos de noticias y fotografías para su análisis e interpretación, ése es el “trabajo” de un historiador. Para los maestros normalistas que enseñan historia es por lo regular la transmisión de sus conocimientos con base a planes y programas que están establecidos por la Secretaría de Educación Pública. Pero hay diferentes maestros que son, como en mi caso, historiadores y maestros no normalistas, y esto me ha hecho pensar diferente en esta cuestión del aprendizaje de la Historia, ya que, en algunas ocasiones creemos que la enseñanza de esta asignatura, va más allá de aprenderse fechas y nombres, mi visión es que la asignatura pueda dotar al alumno de algunas herramientas de reflexión crítica y analítica, para así asumir una postura de acción ante el contexto en donde se desenvuelven ellos. Y por éstas y muchas otras razones estoy seguro que la praxis que se maneja desde la conciencia histórica es fundamental en la educación, y esta acción es la que transforma el mundo.

Desde que comencé a ser maestro he tenido la fortuna de encontrarme con personas que piensan de una manera similar a la mía, esto me hizo pensar acerca de mi quehacer como maestro, por una parte, veo la formación que tuve y cómo desarrollé mi “conciencia histórica”; desde mi infancia la música fue mi herramienta de análisis contextual, así logré pensar de una manera diferente, preguntarme cosas acerca de lo que contaban las canciones, pero al mismo tiempo las hice parte de mi historia, me di cuenta que también cantaban mi historia de cierta forma, así, el reflexionar acerca de lo que pasaba en mi sociedad me hizo entender porqué vivía en determinado lugar y en determinado

tiempo, de tal manera que tomé una postura ante mi contexto, en el cual me reconocía como una persona “subalterna”¹ y todo eso me hizo tomar acciones directas, es decir, con la música explicaba mi pasado, pero también forjaba y a la vez escribía mi historia y sigo escribiendo.

Recuerdo que tenía 4 o 5 años (1985-1986) era un 2 de noviembre, había salido con mis amigos a pedir calaverita; el barrio en esa época era tranquilo, no había pavimento en las calles, sólo en la avenida principal, ese día se ponían muchos puestos de flores, veladoras, comida, calaveras de dulce, la única panadería sólo hacía pan de muerto y en sus vidrios gigantes mandaban dibujar esqueletos y calaveras haciendo alusión a la fecha, también había guisados de varias regiones del país, el aroma del incienso, el copal, café de olla, vestimentas típicas de los “pueblos”, la mayoría de la gente que vivía en esta colonia, los que la fundaron, venían de diferentes partes de la república: Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Puebla, Veracruz y Jalisco, todos conocían a todos, sabíamos quién era Don José o quienes eran las Tehuanas, la Jarocha, una señora de Veracruz con un vocabulario muy peculiar, todos eran personajes con una identidad muy marcada de sus lugares de origen.

El Día de Muertos era una fiesta, todos corríamos a la zapatería por una caja para hacer nuestra “calavera” y pedir dulces o dinero, por lo regular nos daban fruta, dulces o comida, casi dinero no, pero llegabas a tu casa con tamales y atole, quesadillas, etcétera. Recuerdo que ese día eran más o menos las diez de la noche, la gente regresaba de la misa de los Fieles Difuntos; en la casa que era la de las Tehuanas, una familia de Oaxaca que se había establecido aquí, y de la cual sus mujeres en esa época aun usaban trajes típicos de la región del Istmo de Tehuantepec, abrieron su portón para regalar tlayudas, tamales y atole, era un escenario fantástico, el olor a masa, la carne en el comal, el atole de chocolate, era una combinación de olores extraordinaria; en ese instante fue cuando escuché esa canción, ellos habían puesto un tocadiscos que sonaba fuerte, la canción que se escuchaba y le daba fondo al magnífico escenario, era nada más y nada menos que la de la

1 Entendiendo ese ser subalterno como sujeto “ausente” no reportado como sujeto histórico, un sujeto excluido totalmente de la historia, sin voz, sin participación, sin considerar su espacio geográfico siquiera (véase, Gustavo Víctor Ramírez, 2015).

“Llorona”, pero era una versión, que me pareció excelsa, ésta era de Oaxaca –y después de muchos años supe que esa versión era del trío Montealbán, una versión de esta canción– fue un impacto que erizó mi piel, en ese instante me sentí entrar a uno de mis sueños, esa magia surrealista, ese realismo mágico que describe Carpentier, García Márquez, Juan Rulfo, Quiroga, es obvio que en ese momento no sabía nada de esas tendencias, pero hoy puedo describirlas así, en ese lapso, miré a mi alrededor y entendí que era una canción viva, había elementos que podía observar, sentir, los rebozos, el frío de la noche tocando mi rostro, la pena y dolor de los que se han ido, pero están presentes en ese día, esto me hablaba de por qué es importante un rebozo o un huipil, mi madre también me cargaba con uno de esos y el vínculo con ella hasta la fecha es importante para mí, también vi como describían un sentimiento y la vivencia de mi pueblo, la ropa, la comida, los olores, la fiesta a los que llegan de otro mundo, la música, el baile y muchos elementos más que tal vez no recuerdo tan bien, fue algo que en su momento no pude describir y guardé para mí, me daba vergüenza decir lo que me había hecho sentir esa canción pero supe que desde ese momento mi vida estaría llena de música, la música me había hecho pensar en las tradiciones de mi barrio, me había evocado a mis antepasados, la música se sembró en mí en un sentido en que podía describir mi vida cotidiana.

Conforme fui creciendo comencé a escuchar música diferente, descubrí el rock, el punk, la Salsa, las urbanistorias; aparte de la cumbia, boleros, pasos dobles, danzones, etcétera, estos últimos géneros me significaban la vieja escuela de mi familia, la música que escuchaban los grandes (bisabuelos, abuelos, tíos, padrinos, la gente grande) la música que comencé a escuchar como el rock, describía lo que pasaba en mi barrio, los problemas sociales, chavos banda, migración, delincuencia, consumo de drogas y la lista podría ser interminable, me gustaba escuchar música de ese tipo, y esta música me hacía pensar.

La desigualdad que se maneja en la música es un reflejo de lo que pasa a nivel nacional y en la vida cotidiana, la polarización de la sociedad (ricos y pobres), los pobres cantando las vivencias de su vida sin riquezas y los ricos cantando sus lujos; no siempre es así, pero en la mayoría de los casos se da.

Por estas causas, yo me asumo como un Maestro de Historia que trato de ayudar a mis alumnos, un maestro que lucha en contra de la injusticia, me considero el heredero de la gran leyenda de Quetzalcóatl, el líder que creó la mítica Tollan, que enseñó a los humanos a trabajar, a ser diestro en la preservación de su cultura, a desarrollarse como una gran civilización.

Entendiendo mi historia, pude entender que la cultura musical de cada estudiante tiene que ver con su historia de vida, una misma canción tiene diferentes enfoques según el contexto de cada individuo, ya sea personal o social, el análisis de su hábitat como lo maneja Silvia Duschatsky es fundamental para la comprensión del entendimiento del otro, yo he podido observar que la música alude a esa constelación, a ese mapeo cognitivo que menciona Sarah Corona y Olaf Kaltmeier, esa dimensión identitaria que tienen diferentes canciones para los estudiantes en las cuales hacen alusión al respeto por sus predecesores, su familia, amigos, etcétera, en definitiva, lo podemos asociar con su cultura, su economía, su condición social y política, pero más que nada a recuerdos de sus ancestros, momentos históricos donde ellos son parte de esta historia, por lo menos de la historia de su familia, en este caso hablamos de que somos historia viva; un claro ejemplo de esto surge cuando le realizamos una entrevista a un alumno de tercero de secundaria de la Escuela Secundaria Anexa a la Normal de Teotihuacán, en la entrevista nos cuenta que gracias a la música se despertó su inquietud por el arte, en este caso la música, de tal manera que a través de ésta comienza a experimentar y entender diferentes cuestiones sociales, económicas, culturales, políticas de su contexto, él toma conciencia de su contexto² y gracias a esto se autodenomina “*un diferente*”³.

2 Cuando se habla de la toma de conciencia contextual nos referimos a tomar una postura ante la situación que se vive en determinado contexto, postura que hace que se realicen acciones para participar o no en su sociedad o en su localidad, así la idea es que cuando alguien toma conciencia se hace partícipe activo de un determinado grupo social.

3 En este caso, el ex-alumno Luis se denomina “un diferente”, esto por que dista de muchas de las costumbres de su comunidad, su música y la composición de ella, es criticada y muchas veces excluida de los espacios de su comunidad, de tal forma que en un comentario él me dice: “yo quiero mucho a mi pueblito, pero ellos no saben

Muchos autores, e inclusive músicos de profesión, sostienen que la música es el único arte que nos acompaña desde que somos concebidos y hasta nuestra muerte, cada uno de nosotros tenemos un almacén o un *soundtrack* de nuestra vida y no sólo de la nuestra, sino de nuestros antepasados, de nuestro futuro, de nuestro rol social, de nuestra historia, de nuestro devenir histórico. Pudimos entender que con la música, se nace y se vive, y todas estas vivencias musicales tienen que ver con padres, madres, hermanos, amigos, sociedad, política, economía, cultura; el arte, en especial la música se vincula con la historia de una manera significativa, se menciona que la cultura es el eje transversal de toda transformación revolucionaria, la cultura es la cosmovisión que tenemos, es la percepción que tenemos del mundo, es la forma en la que accedemos al “otro” y el respeto a éste, por eso la música crea ese vínculo, por eso la música salta los resortes más sensibles de la sociedad, por eso la música como parte de la cultura y con su vínculo con la historia, nos ha dado cantantes de una gran conciencia histórica, y muchos estudiantes cuando han desarrollado en un nivel más elevado su conciencia histórica, ellos escriben, cantan, pintan, actúan, etcétera. Y a través del arte y de la música levantan su voz, y con la música hablan de su historia, de dónde vienen, que les parece bien y que no, hacia dónde van, la música es omnipresente y los estudiantes lo saben.

lo que es la buena música”, hoy en día es un compositor de rap que tiene un buen número de seguidores, la música es un ejemplo claro en este caso de la amplitud de criterio, Luis hace una cita de Jorge Luis Borges en la que dice; “no estoy seguro de que yo exista, en realidad. Soy todos los autores que he leído, [podría contar mi vida con canciones] toda la gente que he conocido, todas las mujeres que he amado, todas las ciudades que he visitado, todos mis antepasados”.



Ser docente: una experiencia invaluable

Martha Patricia Aguilar Romero

Doctora en Ciencias de la Educación. Docente-Investigador de la Escuela Normal No. 3 de Toluca, Estado de México.

mapaagro12@gmail.com

Soy maestra, mi formación inicial es Licenciatura en Educación Preescolar, orgullosamente egresada de la Escuela Normal No. 3 de Toluca, espacio en el que actualmente laboro como docente investigadora. En el camino de mi trayectoria académica me he configurado como la maestra que soy y en ello han contribuido, entre otras cosas, mi gusto por la docencia, el intercambio con colegas, el trato con padres de familia, pero, sobre todo, la relación con los pequeños preescolares a quienes les debo la motivación, el deseo, la inspiración por amar la profesión y el darme cuenta de la responsabilidad que la labor de todo maestro implica en los procesos de enseñanza y de aprendizaje.

Hablar desde la experiencia me remite a Jorge Larrosa, cuando expone que *ésta se forma o se conforma, porque nos obliga a pensarnos y a ver las cosas de otra manera*, por ello saber-me docente me remite a un ejercicio retrospectivo en lo vivido, en lo que me ha marcado como persona y como profesora así es como esto me lleva de vuelta hacia aquellos ayeres en los que decidí ser educadora y no otra cosa. Quizá fue la cercanía con una familiar que también era maestra lo que influyó en mi decisión, el gusto por enseñar o el espacio de una escuela como un lugar para compartir, pero, además, recuerdo la voz de mi madre exaltando las bondades de la profesión: el sueldo seguro, el trabajo al egresar, los tiempos para convivir con los hijos que aun no tenía. Ya en los años de formación inicial dentro de la Escuela Normal pude mirar lo que quería ser en el desempeño de mis profesores y esto me llevó a tomar a algunos de ellos como posibles modelos, recuerdo sus recomendaciones y consejos para demostrar empeño y continuar preparándonos.

Al llegar al aula de mi primer espacio laboral, y bajo la responsabilidad de un grupo de 38 pequeños de cuatro años de edad quienes

me llamaban maestra, fue donde comprendí que ser docente significa compromiso, responsabilidad y que no se puede ser maestro sin conocerlos, sin interesarse en cómo aprenden y cómo se desarrollan, sin tener dominio del contenido que se pretende enseñar y, sobre todo, sin abrir nuestra mente a nuevos espacios de formación para contribuir de mejor manera en la formación de otros y para buscar la transformación de los alumnos y de uno mismo.

Con el paso de los años, en servicio tuve la oportunidad de laborar en los niveles educativos de preescolar y primaria como asesora metodológica y, más adelante, me desempeñé como asesora académica en un Centro de Maestros, en estos espacios la convivencia con los niños se dio desde otro plano, en el que podía influir en su bienestar mediante la capacitación y la formación de otros colegas. Ya como investigadora en la Escuela Normal veo que ser docente significa trascender en la vida del otro, ya sean niños, adolescentes, jóvenes o adultos, la docencia es tan noble que nos permite construirnos en una interminable red de relaciones e interacciones en donde se entretajan experiencias, pensares, decires y modos de ser y estar en el mundo.

Coincido con Larrosa (2018) cuando nos dice que *ser profesor significa ejercer nuestra tarea con devoción, con entrega, con respeto. Supone, dice él mismo, asumir gestos mínimos, modestos, casi desapercibidos, sin espectáculos y artificios*. A veintitrés años de la elección por la docencia, veo con entusiasmo las ventanas de encuentros que he tenido con otras personas, en donde he podido crecer académicamente para aprender, sin perder de vista que decidí ejercer la docencia, ya sea en el grupo, dando cursos, asesorando o bien formando nuevas generaciones de educadoras, exclusivamente por los niños (nuestros alumnos) quienes merecen una maestra que sepa quiénes son, que respete su ser, valore sus logros y los ayude a superar las dificultades. He aprendido que ser docente como diría Freire (1997) *exige humildad, tolerancia y respeto hacia los estudiantes a su curiosidad y timidez* y ahora es algo en lo que siempre hago hincapié con los jóvenes, futuros maestros y maestras en la Escuela Normal.

Ser docente en estos tiempos duplica retos, pues no podemos obviar las situaciones sociales, familiares, económicas, que viven

nuestros estudiantes y, entonces, el desafío de transformarnos emerge para decirnos que razón y corazón van de la mano que somos generadores de conciencia y una ventana para que nuestro mundo sea mejor. Los profesores sabemos que el arte de educar implica, como dice Imbernón (2017), *estar en constante cambio y renovación, y que la incertidumbre forma parte desde hace tiempo del entorno profesional*. Puedo manifestar que algunos de los retos que tenemos hoy en día los educadores, los docentes, consisten en:

- Generar lazos pedagógicos fuertes que permitan identificar las necesidades formativas de los alumnos.
- Incentivar el ánimo por aprender en modelos emergentes.
- Fortalecer la identidad y la vocación por la docencia frente a quienes se desilucionan de la carrera.
- Y sin duda, el reto sería no perder a ningún estudiante y apoyar a quien presenta rezago y evitar la deserción escolar.

Ser docente implica no sólo una responsabilidad profesional de saber lo que se tiene que hacer, sino también una actitud donde se potencie la vida de los sujetos desde el proceso educativo. *En cartas a quien pretende enseñar*, Freire menciona: *mi presencia en el mundo, con el mundo y con los otros implica mi conocimiento entero de mí mismo. Y cuanto mejor me conozca en esta entereza, tanto mayores posibilidades tendré, haciendo historia, de saberme rehecho por ella*. Ser docente es una forma de vida que se entreteje de la mano de otros en múltiples encuentros pedagógicos que se dan en las aulas, en los pasillos, en las escuelas, en los diálogos, donde la paciencia, la constancia y el cúmulo de conocimiento y experiencia se entrelazan para dejar huellas en los demás.

Ser maestra implica mucho más que sólo enseñar materias académicas. Significa ser guía, mentora y fuente de inspiración para los estudiantes. Una maestra tiene la responsabilidad de cultivar un ambiente de aprendizaje positivo, inclusivo y seguro donde los estudiantes puedan desarrollarse no sólo académicamente, sino también en lo social y lo emocional. Además, implica adaptarse a las necesidades

únicas de cada estudiante, comprender sus desafíos y ayudarles a alcanzar su máximo potencial. Significa ser paciente, empática y tener la habilidad de explicar conceptos complejos de maneras accesibles.

Las maestras y los maestros desempeñan un papel fundamental en la comunidad, creando conexiones con padres y cuidadores, y trabajando en equipo con otros educadores para asegurar una educación integral. Ser maestra es tener un compromiso constante con el crecimiento y bienestar de sus estudiantes y una pasión por el aprendizaje que inspira a los demás. Irse haciendo maestra es un camino que requiere compromiso y pasión por la enseñanza. Implica estar dispuesta a aprender y adaptarse continuamente, además de ser una fuente constante de apoyo e inspiración para los estudiantes.

Por otra parte, implica adaptarse a las necesidades únicas de cada estudiante, comprender sus desafíos y ayudarles a alcanzar su máximo potencial. Significa ser paciente, empática y tener la habilidad de explicar conceptos complejos de maneras accesibles.

Las y los maestros desempeñamos un papel fundamental en la comunidad, creando conexiones con padres y cuidadores, y trabajando en equipo con otros educadores para asegurar una educación integral. Ser maestra es tener un compromiso constante con el crecimiento y bienestar de sus estudiantes y una pasión por el aprendizaje que inspira a los demás.

La docencia es, sin duda, una experiencia invaluable. Aquellos que eligen esta profesión tienen la oportunidad de marcar la vida de sus estudiantes, dejándoles conocimientos y valores que pueden acompañarlos toda la vida. Cuando se disfruta de lo que se hace, cuando día a día nos disponemos a aprender y cuando los retos nos impulsan, se le resta importancia al tiempo y seguimos avanzando haciendo camino de la mano de generaciones con quienes vamos haciéndonos maestros.

Mis senderos laborales

Diana Carolina Martínez Silva

Posgrado. Coordinadora de Estudios de Posgrado en Ciencias de la Educación en la UNEG.

dica.martinez84@gmail.com

Mi nombre es Diana Carolina Martínez Silva, soy profesora de Pregrado y Posgrado de una de las Universidades más prestigiosas de Venezuela, la Universidad Nacional Experimental de Guayana (UNEG) Puerto Ordaz-Venezuela, nacida en Ciudad Guayana y para el año 2001 decidí iniciar mi viaje académico y me dispuse a estudiar Educación Integral en la misma, siendo la verdad una de las experiencias de aprendizaje más enriquecedoras y maravillosas que han marcado mi vida y mi ser, contando con el apoyo de mis padres Yanes Silva y Fernando Martínez quienes estuvieron para mí, día y noche brindándome su amor, su presencia y su cariño incondicional para poder seguir adelante.

Transcurrieron los años y llegado el 2006 obtengo mi título de Tecnólogo en Educación Integral, mis padres super orgullosos de mí, sirvieron de motivación para continuar estudiando y para el 2008 obtengo mi título de Licenciada en Educación Integral. En el transcurso de ese mismo año finalizando el 2008, ingreso como personal contratado en el Ministerio del Poder Popular para la Educación del Municipio Caroní, donde me asignaron para dar 36 horas en el Liceo Nacional Guayana ubicado en una urbanización de mi localidad llamada Villa Brasil. Fue allí donde me estrené como profesora en Ciencias Biológicas e Historia Contemporánea.

Esos meses fueron muy significativos para mí, el poder compartir mis conocimientos con mis primeros estudiantes y buscar las estrategias de enseñanza y aprendizaje era todo un reto, pues los grupos de clases que me habían correspondido eran bastante complejos en cuanto a conducta y comportamiento. Sin embargo, con 23 años puede aplicar todas las herramientas necesarias para apoyarlos y guiarlos para que obtuvieran ese aprendizaje significativo.

Finalizando el 2009, mi primer año de labores, el personal directivo nos convoca a una reunión con carácter de urgencia para anunciar una noticia que jamás esperé, pues se había abierto el proceso de inscripción para el nuevo año escolar y la matrícula habría bajado por lo cual era necesario la reducción del personal de nuevo ingreso.

Debo confesar que la noticia me puso muy nostálgica, pues ya tenía un grupo de trabajo bastante consolidado y nos apoyábamos como plantilla profesoral, aparte de que era relativamente cercano a mi casa y las rutas de transporte eran bastante fluidas, en pocas palabras le había tomado amor a mi sitio de trabajo, mi hermoso liceo urbano.

Pasada las semanas, nos dirigimos al distrito educativo ubicado en San Félix donde en una reunión muy breve, me anuncian sin ninguna consulta ni opción que me debía dirigir al Núcleo Escolar Rural 211 (conocido como NER 211), cabe destacar que estos Ner están conformados por escuelas y liceos rurales ubicados a las afuera de la ciudad, con una muy pequeña matrícula de estudiantes y pocos profesores.

Llegada esa mañana del año 2009, en compañía de mi padre y mi madre nos trasladamos en nuestra Ford-150 color blanca llamada Lola hacia el liceo Mina Arriba, debo confesar que iba muy nerviosa y asustada, pues aquel sitio era bastante lejos que el de costumbre y era montañoso, es así como vía al Pao recorrimos largos kilómetros hasta llegar a cruzar en aquella esquina de la señora Eunice, tenía una bodeguita y todos los días nos sentábamos allí para esperar algún vehículo, moto o bus que nos llevaría hasta el liceo, debo destacar que no era nada cerca 6 (seis) kilómetros montaña adentro y la carretera de arena y hasta barro anaranjado, pero con una vegetación hermosa llena de arbustos, sembradíos, plantas de muchas especias y un clima agradable, ni muy caliente ni tampoco frío.

Al llegar y cruzar hacia la derecha allí estaba vislumbrando nuestros sentidos, aquel hermoso liceo rural que parecía una cajita de fósforo con tres salones y un pequeño lugar donde funcionaba una mini oficina que a su vez era la cocina. En ese instante me aproxime a la mini oficina y estaba allí la señora de limpieza ¡mi amada señora Carmen!

Recuerdo siempre a la señora Carmen, era una persona bajita, morena, con rangos indígenas, cabello largo y lacio y ojos color negro, fue muy bella persona, me llego a querer mucho, fui como una de sus

hijas en aquel bello liceo rural. Nuestra jornada iniciaba a partir de las 8:30 am hasta las 2:00 pm.

Disfrutaba de mis aventuras académicas día a día junto a mis estudiantes del medio rural, y me enamoré de aquel sitio porque estos estudiantes tenían una característica muy particular, eran felices con cosas tan pequeñas que seguro para los estudiantes de la ciudad no son de su interés, por ejemplo: disfrutaban de subir a la montaña, bañarse en la cascada, comer frutas sentados debajo de un árbol, recibir clases de sus profesores en el bosque, jugar a las escondidas o al palito mantequillero y lo más precioso, montar a caballo allí mismo, en los alrededores del liceo.

Para mí, esto era algo novedoso, me fui adaptando con los meses y llegué a querer a mi liceo rural y a disfrutar de aquella vegetación y hermosos paisajes que Dios me mostró a lo largo de esos 8 años. Al finalizar cada año nos entraba nostalgia de verlos partir, pero deseándoles siempre muchas bendiciones para su siguiente año escolar.

El horario hasta la dos de la tarde me permitió buscar otra entrada económica para poder costear mis estudios de maestría en la Universidad, de esta manera me contratan en un colegio privado llamado Ezequiel Zamora para dar clases en el área de Geografía de Venezuela, Educación para la Salud, Castellano y Literatura, fue una experiencia bastante agradable y un poco agotadora, pues trabajar con estudiantes del medio urbano implica un poco más de estrategias para guiar dicho proceso de aprendizaje. Fueron (en dicho colegio) dos años, sin decirles mentiras espectaculares siempre me llevé muy bien con mis estudiantes, teniendo el honor de ser madrina de la promoción del año 2013.

Continuamos avanzando en el tiempo y para el año 2015, cuando mis padres se disponían a llevarme hacia una de las paradas para agarrar el bus público hacia Mina Arriba, tuvimos un horroroso accidente el cual fuimos arrastrados por una camioneta Cherokee, la cual nos dejó contra un gran paredón sumergidos en una cuneta, quedando nuestra Lola inhabilitada hasta la actualidad (2024), a Dios doy gracias de que mi padre y mi madre nos sufrieron ningún tipo de lesión, sólo yo a nivel de cervical, tomando la gran decisión de no seguir laborando en

mi bello y cálido liceo rural Mina Arriba, porque ya por condiciones de lesión no podía continuar viajando por dolores de cervical.

En ese entonces entrábamos en el año 2017, cuando me dirijo al distrito después de 8 años para solicitar mi cambio a un colegio cercano a mi sitio de trabajo y es cuando me refieren al Liceo Manuel Piar donde transcurren los siguientes años de labor, viajando día tras día a San Félix para cumplir con mis horarios de mañana y tarde, para dar clases de Ciencias Biológicas y Química, por supuesto esa situación me llevó a renunciar también al liceo privado y empezar de cero, pero ahora aperturando un nuevo ciclo en casa para las tardes en Tareas Dirigidas Dika.

Llegando al 2018 presento mi trabajo de grado donde obtengo una mención honorífica en mi UNEG querida y unas de mis jurados la Dra. Nellys Medina, me propone enviarle mi síntesis curricular para ver si podría y tendría opción para entrar a laborar en esa casa de estudios y cumplir uno de mis sueños, que era el de laborar en mi casa, la Universidad Nacional Experimental de Guayana.

Efectivamente, en ese mes de abril de 2018, me contactan para unas horas en la Unidad Curricular Técnicas de Estudio e Investigación y Sistema Educativo Venezolano, es allí cuando se abre para mí un nuevo ciclo académico lleno de retos y nuevas experiencias donde siempre me propongo seguir actualizándome y reflexionar sobre mi práctica pedagógica, mis labores para ese año estaban compartidas entre el liceo Manuel Piar en San Félix y la UNEG.

Así fui avanzando en este camino lleno de aventuras, donde iniciando la pandemia en el 2020, me vi obligada a renunciar después de 15 años la Ministerio del Poder Popular para la Educación y poder dedicarme y ser parte ahora del personal del Ministerio del Poder Popular para la Educación Universitaria, iniciando desde cero una nueva vivencia, ahora en los espacios universitarios donde una vez fui estudiante y ahora soy profesora de Pregrado y Posgrado.

Continuamos laborando en Pandemia bajo la modalidad Online, siempre dispuesta y presta a apoyar en todo los requerimientos emanados por la Universidad y así es como dejo atrás aquellos gratos momentos como profesora de media general.

Ahora, en este nuevo ciclo bajo mi Dedicación Exclusiva laboro como profesora en la carrera de Educación y sus menciones dictando asignaturas como: Desarrollo Humano, Didáctica General, Evaluación de los Aprendizajes, Técnicas de Estudio e Investigación y la verdad me apasiona lo que hago, me encantan estos espacios de socialización con mis colegas y estudiantes a través de una práctica reflexiva.

El desempeñarme exitosamente y ser responsable con cada una de las actividades asignada me ha llevado a ser nombrada responsable del Área de Pedagogía, área adscrita al Departamento del Educación, Humanidades y Arte donde ejercí mis funciones durante dos años, luego me nombran Coordinadora de Estudios de Posgrado en Ciencias de la Educación, cargo que actualmente desempeño con mucha responsabilidad amor y entereza, aunado a esto y estando en plena pandemia, me motivé a inscribirme en el Programa de Doctorado en Ciencias de la Educación cursando todos mis seminarios exitosamente en mi casa de estudios y en este instante realizando la primera investigación libre.

Actualmente imparto clases en Posgrado en la Maestría de Ciencias de la Educación Mención Procesos de Enseñanza y Aprendizaje en asignaturas como: El Aprendiz y el Docente, Evaluación de los Aprendizajes, Enfoques Teóricos de la Formación Docente y formo parte de la plantilla de profesores que dictan el componente básico interno de formación docente UNEG, asimismo, formo parte de la plantilla de profesores que conforman el diplomado de formación docente, en una oportunidad atendí al llamado de nuestra Fundación FUNDAUNEG para dictar uno de los módulos de formación docente, debo compartirles que fue una espectacular experiencia trabajar con adultos profesionales de otras áreas del conocimiento.

Para culminar, el camino transcurrido durante estos años no ha sido fácil, puedo expresarles que ha sido bastante duro, lleno de tropiezos y altibajos, pero de la mano de Dios he tenido la fortaleza para seguir adelante.

Actualmente estoy de reposo pues dedique mis años a prepararme académicamente y laborar en todos los niveles del sistema educativo venezolano, los cuales me permiten contrastar aspectos impor-

tantes de cada uno de los mismo bajo las nuevas transformaciones curriculares.

Asimismo, falta poco para entrar a laborar después de estar de reposo por varios meses, dentro del cual celebré el nacimiento de mi hijo Fernando Jesús junto a mis padres y mi simpático hermano, mi apoyo, mi confidente Fernando Andrés, gracias a mis padres por su educación, en especial a José Fernando Martínez (mi padre) quien me amó hasta el final de sus días y me brindó todo su amor, por el amor de mi madre día tras día y por la compañía de llevarme y traerme del colegio y de la universidad, de estar ambos pendientes de mí, de aconsejarme a nivel laboral, en fin, soy una persona dedicada a su hogar, a su labor, una humilde servidora que siempre a pesar de las circunstancias que puedan afectarla estará allí para brindar una sonrisa, un apoyo incondicional a quién lo necesite.

Hemos llegado al 2024 y aun sigo enamorada de mi ejercicio docente y laborando en mi hermoso espacio DikaTareas.

Haciendo lo que me gusta y actualizándome permanentemente.

Sentidos y significados de los niños y niñas sobre la escuela primaria

Carmina Torres Amador

Docente en la Escuela Primaria “18 de marzo” C.C.T. 13DPR0342X.
Pachuca de Soto, Hgo.
minatorres2001@ymail.com

Comprender y analizar los sentidos y significados en torno a la escuela es complejo, y es precisamente en ello donde radica la trascendencia e importancia de las ideas que presento. La escuela siempre ha sido un tema polémico, vista desde diferentes modelos y enfoques, le atribuyen un papel distinto dentro de la sociedad, pero, ¿qué piensan las niñas y niños de su escuela?, ¿cómo la perciben?, ¿cómo viven su experiencia escolar? Sin duda, las respuestas a estas interrogantes pueden contribuir a replantear el papel de la escuela de nuestros días, a pensarla de diferente manera y por qué no, a sentar nuevas líneas de acción para transformarla. La voz y concepciones de las niñas y niños es menos prejuiciosa que la de los adultos, por lo que constituyen un aporte importante que no podemos dejar de lado.

El acercamiento que he tenido al espacio escolar como docente en formación, y ahora en servicio, ha sido sumamente enriquecedor. En un primer momento realizando actividad de apoyo y observación en las aulas de manera presencial y posteriormente bajo la modalidad del trabajo a distancia impuesto por la pandemia generada por el Covid-19. En ese contexto, el trabajo realizado estuvo mediado por dispositivos digitales utilizados para poder trabajar con los niños(as), y por los canales de comunicación implementados por cada uno de los docentes con quienes me tocó trabajar. En un acercamiento inicial con un primer grado, y posteriormente, con un cuarto grado, lo que me brindó la oportunidad de interactuar y conocer diferentes formas de comportamiento e ideas de los niños y niñas sobre los contenidos escolares, sobre sus tareas y dudas que les generaba trabajar en esta modalidad a distancia. Pude percatarme de la espontaneidad con la que comparten sus inquietudes y anécdotas familiares en ese con-

texto de la pandemia. Estos primeros encuentros con los niños me hicieron pensar que sus opiniones son valiosas y que, muchas veces, dada la dinámica escolar no nos detenemos a escucharlas, registrarlas y entenderlas.

Tiempo después, a finales de 2021 regresamos a la modalidad presencial. Ahí tuve oportunidad de realizar mis jornadas de práctica con un sexto grado; y aunque fue poco el tiempo de relacionarme con ellos, llamó poderosamente mi atención ciertos comportamientos de algunos niños con relación a las tareas escolares, las actividades del trabajo en clase, los ánimos y actitud frente a la escuela, y de alguna manera, el propósito o fin que persiguen al asistir. Observé la poca o nula importancia que le daban a sus trabajos y las constantes distracciones que tenían por el uso del celular (que en algunos casos ocupaban para sus actividades), a pesar de las constantes llamadas de atención del docente titular; incluso, algunos comportamientos agresivos o de faltas de respeto con sus compañeros.

Lo anterior me hizo reflexionar que algo pasaba en el tránsito entre los estudiantes más pequeños y los más grandes, sobre las concepciones que tienen respecto a la escuela. De manera indirecta o incluso inconsciente, se preguntan por la razón y el sentido de su asistencia a la escuela.

La experiencia escolar construida durante la pandemia y el retorno a la nueva normalidad me hizo suponer que se generaron cambios en los significados que los niños y niñas tienen sobre la escuela primaria. Lo anterior, aunado a considerar que tienen sus propios intereses, conceptos y perspectivas, me condujo a realizar un primer ejercicio para conocer esas narrativas; dejándome una reflexión sobre que es importante escuchar y darles voz a los niños y niñas, siempre tendrán algo importante e interesante por decir; son los actores principales de este nivel educativo y, como tal, merecen ser comprendidos.

Como lo mencionaba anteriormente, hay construcciones compartidas con un significado social; en el análisis de la información se identificaron cuatro principales significados de la escuela primaria, que van relacionados a: un segundo hogar, el nacimiento de amistades, el juego y el aprendizaje.

El segundo hogar

Si nos remontamos al primer día de clases, es probable que todos los niños y niñas se encuentren emocionados por volver, a la expectativa de lo que sucederá y aprenderán, pero también, seguros de continuar con sus compañeros y en un ambiente que ya conocen (si es que continúan en la misma escuela); sólo en primer grado hay una diferencia, es su primera vez en la escuela primaria. Pero, algo que resalta, es que saben qué representará ese lugar para ellos, lo importante que llegará a ser, lo expresan a través de comentarios como “Aquí vamos a aprender mucho”, “Mi mamá me dijo que conviviré con otros niños y haré muchos amiguitos”, “No me debo portar mal para que no me regañe la maestra”, “Debemos ser respetuosos y compartir”; inconscientemente se encuentran predispuestos a lo que aprenderán en ese espacio; sobre todo, y sí me gustaría resaltarlo, en la formación de valores, construcción de experiencias, establecimiento de relaciones cercanas y la plena confianza y seguridad para su desarrollo (Torres, 2023, p. 83).

Tal vez es un poco arriesgado comparar el primer hogar (la familia), con el “segundo” (escuela), pero no podemos negar que en este último se forma una red básica de apoyo para el desarrollo integral de cualquier niño y niña. Aldo, Ricardo y Alberto de 3er grado, nos dan muestra de ello respectivamente, “*Lo que más me gusta de la escuela es que puedo tener amigos y que siempre jueguen conmigo*”, “*Me gusta esta escuela porque aquí hago más amigos*” y “*Me gusta esta escuela porque son más amables. Me gusta que aquí sí me tratan bien y allá no* (refiriéndose a una escuela anterior donde había estado)”; entonces, si bien no se forman lazos familiares o de sangre, sí lazos personales y afectivos (Torres, 2023, p. 84).

Un lugar donde nace la amistad

No hay algún niño o niña de los que fueron entrevistados que no expresara algo relacionado con sus amigos (as); ya sea lo que más les gusta, lo más bonito que han vivido, lo que más extrañaban de asistir presencialmente, o incluso al inicio de las entrevistas, al preguntarles

cómo se sentían hacían referencia a *bien porque estoy con amigos, feliz porque en el receso mis amigos y yo jugamos a..., feliz porque hoy ya vino mi amiga...*; esto es evidencia de que gracias a la cantidad de tiempo que pasan en las escuelas, a la convivencia que ahí se genera, la coincidencia por edades (grados), la compatibilidad de personalidades y la constante interacción cotidiana, hacen de la escuela el lugar idóneo para la creación de lazos de amistad (Torres, 2023, p. 91).

En general, para todos los niños y niñas entrevistados, la escuela significa el lugar donde encuentran a sus amigos y forman amistades, es donde están esas personas confidentes que los entienden y apoyan, que tienen problemas similares a los de ellos, necesidades y preocupaciones parecidas; que están pasando por la misma etapa, ya sea de recién ingreso o adaptación (en los primeros grados), de aprendizaje y convivencia, o de despedida y separación (sexto grado) (Torres, 2023, p. 93).

Un lugar para jugar y divertirse

Si ingresamos a una escuela primaria y observamos con atención la dinámica escolar, nos podremos dar cuenta que uno de los momentos más felices y alegres para todos los niños(as) es la hora del receso; un rato en el que pueden convertirse en lo que ellos deseen, un superhéroe, un hechicero que encanta a cualquiera que toque, el encargado de buscar a sus compañeros escondidos, el mejor jugador de fútbol, las porteras, *Doña Blanca*, el rebanador de quesos, el que atrapa en las *trais*; en fin, es la oportunidad que tienen de convivir entre ellos más allá de los contenidos curriculares, fuera de las aulas e incluso, conocer y establecer relaciones con niños (as) de otros grados y grupos. Esta categoría, sin lugar a dudas, va relacionada con la anterior; al momento de platicar durante las entrevistas siempre mencionaban la amistad de la mano del juego, de la diversión; como *Ariadna* de 5° grado “*Venir a la escuela, no sé por qué me gusta venir[...] aparte aquí puedo correr y jugar con mis amigos*”.

Tenemos conocimiento de que en esta edad los niños y niñas tienen necesidad de jugar, de moverse, manipular, hacer deporte (y

dentro de él tener experiencias de trabajo en equipo), de liderar, participar y mantenerse activos siempre. Teniendo en cuenta lo anterior, la escuela se vuelve un espacio idóneo para lograr satisfacer esa necesidad, porque hay un encuentro con sus semejantes, con mentes igual de creativas que las de ellos, con deseos de explorar y de compartir sus propuestas; entonces, ellos están conscientes de que representa un lugar de juego y diversión, no sólo fuera del aula, sino también dentro de ella a través de experiencias lúdicas, características de la innovación y nuevas pedagogías (Torres, 2023 pp. 93-94).

Un espacio de aprendizaje

Desde tiempos remotos, la escuela ha sido considerada como un lugar para aprender, para formarse y superarse. Con el supuesto social de que acuden a la escuela por ser obligatoria (Saucedo y Guzmán, 2010); era para mí de interés saber si para los niños significaba lo mismo. Quizá la categoría que mayor relación tiene con la cuestión de los sentidos, del *para qué* de la escuela, es la concepción de ésta como un espacio de aprendizaje. Los niños(as) saben que en ese lugar al que acuden día a día obtendrán nuevos conocimientos o habilidades, les significa aprender (Torres, 2023, p. 99).

La mayoría de los alumnos(as) entrevistados expresan que, de toda la escuela, el aula es el espacio prioritario que les significa aprendizaje. Lo que sí, es que debido a la ubicación de sus salones y acomodo de su mobiliario, los alumnos mayores de la escuela primaria “Felipe Pescador” lo ven como un espacio cerrado, delimitado, aislado, que hace que su visibilidad al patio y otros lugares sea restringida, único para el trabajo académico; gracias a las redefiniciones del modelo educativo, del proceso enseñanza-aprendizaje y al cambio generacional, también surge la necesidad de redefinir los espacios de aprendizaje, extendiéndolos más allá de las paredes del aula (Torres, 2023, p. 103).

Finalmente, en relación a los significados, encontramos a la escuela como lugar de aprendizaje. Considero que éste fue, sin duda, de los más esperados, pero no así de los menos complejos; lo anterior debido a que de manera inmersa fue un acercamiento a los sentidos;

y al ser también una de las funciones sociales más enunciadas de la educación en la actualidad, supuso un análisis con muchas vertientes. Los niños(as) siguen viendo la escuela como un lugar que les puede proveer de una numerosa cantidad de conocimientos, de aumentar lo que ya saben sobre el mundo, que les da herramientas para que avancen y se desarrollen intelectualmente.

En cuanto a los sentidos, se encontraron 3 principales. El primero relacionado con la escuela como medio de transmisión de la cultura; entendiendo ésta no sólo como una cultura escolar, sino como una *cultura de la forma de vivir la escuela*. Inconsciente o conscientemente, los niños(as) sabían a qué iban a la escuela, y que con el paso del tiempo o al egresar, se iban a parecer a otros ciudadanos, esto es cuestión de la ideología, maneras de actuar y formas de conducirse, dentro, pero sobre todo fuera del ámbito escolar, en sociedad.

Un segundo sentido fue ver a la escuela como medio de superación y mecanismo de movilidad social. Se puede percibir desde una estructura funcionalista e incluso de emancipación, ya que los alumnos(as) expresaron que su objetivo era *ser alguien la vida*, o tener una carrera, la posibilidad de desarrollarse profesionalmente y en otros ámbitos que les permitieran seguir avanzando.

El último sentido es la formación de ciudadanía, como lo mencioné en su apartado, no lo expresaron de manera literal, pero gracias a las herramientas interpretativas, se puede percibir la carga ideológica actual en sus comentarios. Entonces este es un sentido que tal vez yo, desde mi mirada como investigadora y futura docente le atribuí.

Escuchar, comprender e interpretar las voces de niños y niñas, nos permite tener un acercamiento a sus concepciones, sentimientos y vivencias.

Bibliografía

Torres Amador, Carmina. (2023). *Sentidos y significados de los niños y niñas sobre la escuela primaria*. Tesis. Centro Regional de Educación Normal “Benito Juárez”. 162 p.

El pizarrón de la casa de mis Abuelos

Flor Lissette Montiel Téllez

Doctorante en Investigación e Intervención Educativa. Docente de Educación Primaria en el Estado de Hidalgo.

florlissettemontieltellez@upnhidalgo.edu.mx

A pocos días de cumplir un mes más de la partida de mi primo Octavio, los sentimientos se remueven, con ellos los recuerdos y la nostalgia; por ello decidí ver algunas fotografías, la mayoría de ellas tenía como escenario la zona habitacional donde vivían nuestros abuelos, lleno de niños y niñas, unos de nuestra edad y otros más grandes o pequeños.

Ese lugar tenía un patio inmenso, lleno de árboles, ahora que recuerdo, se sentía como vivir en un parque, donde los juegos eran un pozo suspendido, el cual tenía dos columnas unidas con unos tubos donde supongo, colocaban lazos para extraer agua; me platica mi abuela que me encantaba subirme y colgarme de éstos como “chango”.

Mi lugar favorito era “lo que quedaba” de unos establos que existían en ese lugar mucho antes de que naciera, y que justo estaban enfrente de la casa donde vivían mis abuelos, ¿qué tenía ese espacio en particular? Una pared, la cual en nuestra imaginación como niñas y niños era un pizarrón, en él jugábamos a la escuelita, lo poco que recuerdo es que siempre me gustaba ser la maestra o los vecinitos y vecinitas me elegían, porque mi tía Juanita era profesora, “y seguro Florecita sabía cómo dar clases”.

Ahora que lo pienso, al ver la fotografía, descubro que ahí nació mi interés por la docencia, más allá de la herencia familiar que me dejaron mi papá, su hermano y hermanas, al ser maestros y maestras, a lo que me cuestiono: ¿cuánto tiempo lo tuve guardado?

Ser maestra ha representado para mí una aventura llena de aprendizajes, profesionales y personales. A veces me pregunto, ¿por qué acepte la invitación de mi madrina Nora (la cual hace más quince años era supervisora de escuelas primarias particulares) de trabajar como docente frente a grupo? Es más, el único referente que tenía de cómo dar una clase era el de mi papá,

ya que de niña y/o adolescente, lo acompañaba a las escuelas donde laboraba y le ayudaba hacer sus planeaciones.

Cuando acepté la invitación, era una estudiante de cuarto semestre de la Licenciatura en Intervención Educativa (LIE) de la Universidad Pedagógica Nacional-Hidalgo (UPN-H) y recuerdo que nuestros catedráticos nos decían, “la LIE no forma maestros, aunque pueden laborar en escuelas con proyectos de intervención en función a las problemáticas que se presenten en esos espacios”; pero como dicen, “la curiosidad mato al gato” quería corroborar lo que tanto decían y tenía una enorme necesidad de comprender y aprender en la práctica, Schön (1992), argumenta que: “las personas que desarrollan una práctica tienen una forma de ver el mundo y de mantenerse en él; lo cual les permite responder a las situaciones singulares que deben enfrentar”, fue así, que con un cúmulo de temores, con limitantes de formación y sin experiencia alguna, aceptaron mi currículum e inicié como docente de cuarto grado de primaria, con un total ocho alumnas y alumnos; estando frente ellos y ellas recuerdo que me pregunté ¿y ahora, qué voy hacer con estos chamacos?, nunca me imaginé trabajar con niños y niñas ya que como estudiante en formación de la línea específica Educación Para Jóvenes y Adultos (EPJA), mi interés particularmente era con jóvenes (adolescentes), pero ahí estaba sin saber qué hacer, sólo poseía algunos elementos teóricos.

Qué sensación tan rara, pero ahora que lo pienso, me visualizo como aquella niña jugando en “el pizarrón” del patio de la casa de sus abuelos, donde quizás la decisión o invitación laboral de mi madrina Nora, además de tener grandes expectativas y confianza en mí (expresiones que como mi supervisora me llegó a decir), siento que también fue el mismo supuesto que el de los vecinitos y vecinitas, tenía a mi tía Juanita, la maestra de primaria y me podía ayudar ante las dudas u obstáculos a los que me podría enfrentar; y así fue, no dudé en acercarme a ella, quien siempre me ha tendido su mano y que al inicio de mi trayecto docente, me dio orientaciones para planear, estrategias del aula, además tenía una “ventaja”, curiosamente los planes, programas de estudio y los Libros de Texto Gratuito eran los mismos de cuando cursé la primaria en los años noventa, cómo no iba a recordar estos últimos, si sobresalían por sus elementos gráficos, letras e información que atraían mi atención y qué decir de los libros para el maestro, los cuales me sirvieron de apoyo en mis primeros años como docente.

Debo reconocer que el proceso de adaptación como estudiante-docente fue complejo, de manera particular el primer año, el cual defino como “un cambio de vida”, ya que trabajaba en las mañanas, estudiaba en las tardes y hacia tarea en las noches-madrugadas. Comía en un parque (ya que ir a mi casa implicaba más tiempo), rodeada de obreros que laboraban en una fábrica de piezas para autos, generalmente en ese lugar me encontraba con mis papás, quienes me llevaban mis alimentos calientitos y me hacían compañía en los 20 minutos que tenía para comer, para después trasladarme a la universidad, los primeros meses fue en transporte público, pero con mis primeras “quincenas” y con apoyo de mi papá compré un carrito, lo que me ayudó a optimizar tiempos; mirar hacia atrás me hace valorar lo bendecida que soy y fui, ya que tanto en mi formación, así como en mi trayecto docente, mis padres me han acompañado en todo momento, motivándome para ser una mujer y maestra con calidad humana.

Las y los catedráticos de la UPN-H, me han dicho que me recuerdan llegando “corriendo” a mis primeras horas de clases, siempre valoré su empatía, ya que sabían de mi condición de estudiante-docente, a veces siento que me exigían más que a mis compañeros y compañeras, lo que implicaba doble responsabilidad y esfuerzo; así estuve dos años, cuatro semestres, éstos los recuerdo llenos de retos en la práctica, ya que lo que aprendía en la teoría, al día siguiente lo analizaba o desarrollaba en aula o escuela, eso favoreció mi desempeño escolar, donde las y los catedráticos no dejaban de reconocérmelo. Pero también fue una etapa de sacrificios, por la responsabilidad laboral, no asistía a los eventos académicos o sociales, particularmente aquellos que se desarrollaban en la mañana o fuera de la ciudad, caso contrario a la experiencia que hoy vivo en el doctorado, ya que solicité el benéfico de la “beca comisión”, el cual me ha permitido enfocarme en mi proceso de investigación/intervención, y vivir momentos que sólo como “estudiante se vive”.

La verdad es que no me arrepiento de mis decisiones, de cómo “se dieron las cosas”, estar con mis alumnos y alumnas siendo su maestra de primaria, pero al mismo tiempo siendo como una de ellos y ellas (una alumna, evidentemente con mayor nivel de complejidad), fue una experiencia única, que desarrolló en mí una sensibilidad y compromiso, pero como docente en términos de Freire (1994), fue una tarea que me exigió seriedad, preparación

científica, preparación física, emocional, afectiva; considero que ésta, al paso de los años ha sido una formación continua que gozo y me sigue exigiendo como maestra, pero también como persona.

Y bueno, en relación a la controversia del propósito de formación de la LIE; después de quince años de servicio, corroboré la frase que tanto nos decían los catedráticos, en efecto la LIE no forma maestros, pero hablando desde mi experiencia, mi formación inicial me ha dado elementos para solucionar diversas problemáticas que se me han presentado como docente fuera y dentro del aula; es curioso, pero hasta el doctorado confirme mi hacer en la práctica cuando leí a Remedí (2004), este decía que para él, intervenir era cuando uno trabaja en el terreno educativo, ya que hay un acercamiento con prácticas, y es que cuando uno da clases, también se está transformando desde currículo y solucionado las posibles problemáticas institucionales; por lo tanto puedo aseverar que tanto en el aula y en la escuela además de fortalecer el proceso de enseñanza-aprendizaje, también estoy interviniendo.

Hoy soy una LIE-maestra, puedo decir que aprendí a ser docente en la práctica, como estudiante y sigo aprendiendo; no ha sido fácil, y es que desde que inicié mi trayecto en las escuelas particulares, después en las públicas, desde lo presencial a lo virtual, la docencia para mí sigue siendo una aventura que sufro, pero al mismo tiempo disfruto tanto como jugar en el pizarrón de la casa de mis abuelos y que en este momento extraño por la ausencia de no estar “frente a grupo”, lo extraño tanto como aquello que viví de niña, con esas personas, con esas niñas y niños, con Octavio.

Referencias

- Freire, Paulo. (2008). *Cartas a quien pretende enseñar*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Remedí, Eduardo. (2004). *La intervención educativa. Conferencia magistral*. Reunión Nacional de Coordinadores de la Licenciatura en Intervención Educativa. UPN (México). 31 de enero de 2011. http://www.lie.upn.mx/docs/docinteres/Conferencia_Eduardo_Remedi.doc
- Schön, Donald. (1992). *La formación de profesionales reflexivos. Hacia un nuevo diseño de la enseñanza y el aprendizaje en las profesiones*. Barcelona: Paidós.

El empoderamiento y liderazgo transformador de las maestras y maestros

Iris Marisol Segura Vaca

Doctora en Investigación Educativa Aplicada. Supervisora de zona escolar y miembro del comité del SNTE 47 de Secretaría de Educación Jalisco y del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación.

irismarisolseguravaca@gmail.com

La docencia siempre será una de las profesiones que tendrán la misión de contribuir en la transformación social, hoy más que nunca vivimos en un México fracturado y violento, la vida en sociedad no busca el bien común, por el contrario, la ambición y el poder son tan atractivos para muchas y muchos que no importa trasgredir la dignidad y los derechos de los otros, mientras se tiene el beneficio propio.

Es urgente un cambio social que persiga el beneficio en común de todas y todos en inercias inclusivas, diversas y equitativas, es por ello que el actual modelo educativo mexicano está centrado en incidir la formación de las futuras generaciones de ciudadanos de este tipo de vida en sociedad, con un enfoque humanista en donde las y los maestros se centren en la formación de la persona en sí desde el desarrollo de cada una de las capacidades y talentos de sus alumnas y alumnos.

En este sentido, desde la dimensión ética, legal y filosófica los profesionales de la educación en estos tiempos actuales deben ser humanistas y posicionarse como agentes de transformación social centrados en la formación de la ciudadanía del mañana que aspira ser mejor en valores, dinámicas proactivas y de respeto de la dignidad y vida de todo ser humano independientemente de sus características, necesidades y condiciones.

El lograr ser un docente humanista es un gran reto que implica un cambio de concepción de lo que es la función docente y del proceso de enseñanza-aprendizaje, en estos tiempos, es dogma el hecho de pensar que la labor docente se reduce al acto de transmitir conoci-

mientos. Es claro que el alumno es quien construye su conocimiento, dicho proceso constructivo lo logra a través de las mediaciones que el docente le facilita y orienta. Es decir, el hecho de aprender es una decisión personal.

A su vez, ser profesor con tintes humanistas implica hacer un trabajo en lo personal, ya que no se puede dar lo que no se tiene, en este sentido, el maestro humanista es quien se valora, se reconoce y se acepta tal cual como sujeto que por naturaleza siempre será imperfecto, pero el punto es ser perfectible para ser la mejor versión de sí mismo y poder relacionarse con otras y otros en inercias más proactivas que las actuales.

Aunado con la aspiración actual de las y los maestros de estar en la transición de tratar comprender y operativizar el humanismo desde su quehacer en el aula, aparte de hacer un cambio de concepciones tanto en lo pedagógico como en lo personal, existen otros aspectos que éstas y éstos deben de enfatizar en poner atención y atender para poderles ser frente a todos los retos educativos que demanda la sociedad mexicana.

Uno de estos aspectos, es la vocación y amor por la docencia definitivamente quien no tiene vocación en esta profesión la sufrirá, por eso la insistencia de que tanto las profesoras como los profesores en formación inicial, así como los que ya se encuentran en el servicio, estén convencidas y convencidas en ser docentes ya que sólo así podrá gozar y amar esta profesión que es abrumadora, cambiantes, estresante y demandante, pero a su vez es noble, bondadosa y gratificante.

Aunado a la vocación, se puntualizan en dos elementos esencial de la función docente, uno de ellos es el empoderamiento de las y los profesores para poder posicionarse como profesionales en todo el sentido de la palabra, lamentablemente existen docentes que no se empoderan desde la importancia de su labor ante la sociedad, por el contrario, se demerita con creencias de un educador con formación normalista está en desventaja con el universitario.

Un docente debe empoderarse desde la importancia y sentido de su labor, las y los profesores son esenciales en la sociedad, simplemente porque inciden en la formación del las mujeres y hombres del

futuro, por ello, la necesidad de empoderarse con el propósito de sentirse orgullosa u orgulloso del trabajo que realizan cada día con el fin de lograr facilitar que el alumnado construya sus aprendizajes, desarrolle sus habilidades, actitudes, destrezas y valores.

Es esencial que los profesionales de la educación sean sujetos empoderados, entendiendo al empoderamiento como el proceso que implica fortalecer sus capacidades, confianza, visión y protagonismo, sólo así las y los docentes podrán impulsar que sus alumnas y alumnos realicen cambios positivos en los diversos contextos sociales en las que viven.

El otro elemento que incide de manera implícita en la función de maestras y maestros, es el liderazgo con el cual se posicionan los docentes en sus comunidades educativas, es un error pensar que sólo el directivo escolar es líder, por el contrario, todas las maestras y maestros frente a grupo se deben de posicionar como líderes en sus aulas. Los alumnos legitiman a su maestro o maestra como líder más que las y los directivos debido que mantiene más tiempo de interacción e influyen directamente en las alumnas y alumnos.

En este sentido, las y los docentes líderes actúan de manera intencionada, que busca relacionarse con las y los alumnos para guiarlos hacia su desarrollo y aprendizaje integral (educar para la vida). Aunque la influencia entre maestros y estudiantes es un proceso recíproco, en el aula son las y los docentes quienes asumen el papel de líderes, estableciendo con su alumnado una inercia de alianza educativa para el aprendizaje.

Con este texto pretende contribuir en la toma de conciencia de las maestras y maestros sobre la importancia de su labor y a su vez sobre el empoderamiento y el liderazgo que requieren para poder posicionarse como agentes de cambio social. Se reitera, en reconocimiento, respeto y felicitación a cada profesora y profesor por haber elegido la profesión educativa por vocación y amor a sus alumnas y alumnos. ¡Feliz día!



Momentos vividos en mi jubilación

Aída Sánchez Sención

Licenciada en Educación Preescolar. Directora de Jardín de Niños. Femenina Jubilada.

aidasensan6@gmail.com

Todo tiene un inicio y un fin

El comienzo de mi profesión lo describo como una etapa de mi vida llena de alegría, con sueños que se iban alcanzando, ideas para seguir mi camino, pero, sobre todo, yo era una Educadora que por fin estaba frente un grupo de alumnas y alumnos en una escuela, desempeñando mi práctica educativa con un compromiso a ser una maestra que transforma el espacio educativo donde ejercía, de llevar el proceso educativo idóneo para el alumno, teniendo la oportunidad de valorar, convivir, aprender y crecer junto a mis alumnos, tenía el tiempo como amigo y fue como inició mi aventura por la educación.

He llegado al tiempo del retiro “Jubilación” y seguir con mi vida personal sin asistir a una escuela, los colegas más cercanos hablan de esta etapa como el sueño añorado, la meta con trofeo de oro, se piensa que vivirás con la sonrisa día y noche, el día que harás cosas personales diferentes y te alcanzará el tiempo para todo, sólo son expresiones de personas con las que convives y que en realidad no lo han vivido, mitos que han escuchado por ahí, imaginaciones que se crean en los momentos que se sienten oprimidos y exhaustos por el trabajo y la salida más idealizada es dejar de trabajar, asegurándola con la remuneración de ésta, pero en realidad ¿será cómo se dice?, para ello reuní ciertos requisitos y procesos para poder realizar el trámite burocrático y emocional que conlleva.

Primeramente revisar la fecha de mi nombramiento donde inicié a crecer y estar con un grupo de alumnos en mi práctica docente, los primeros procesos de aprendizaje, donde las expectativas serían ayudar al alumno a desarrollar sus capacidades, desarrollo de sus habilidades, donde sus experiencias en el aula y escuela lo harían hábil para

desenvolverse en la sociedad, venciendo los retos a los que nos enfrentábamos, la comunicación con padres de familia para caminar en la misma dirección y crear vínculos para lograr los objetivos planteados de los aprendizajes en sus hijos y las metas a las que se llegaron al terminar los ciclos escolares.

En segundo lugar se revisa el registro de los cambios que haya tenido en las diferentes funciones pedagógicas, los ascensos, todo está en nuestro archivo, es aquí donde se inician los sentimientos de nostalgia por lo vivido y aprendido, por lo que fue y permanece, también surgen los recuerdos de los compañeros con los que aprendimos, avanzamos y nos escucharon, las áreas de mejora que en algún momento modifiqué para ser la maestra de hoy, mi trabajo que realicé con amor, pero también con responsabilidad para hacer del alumno un ser con ventanas abiertas al aprendizaje, un alumno que logra reconocerse en nuevas habilidades y nuevas formas de mirar su alrededor, percatándose que puede interactuar con el mundo actual donde vive.

Tener el archivo organizado al día que se entrega la escuela

Un segundo momento importante es organizar la documentación que se encuentra en la escuela al momento de partir y lo que no pude dejar acomodado son todas aquellas experiencias que tuve en los centros de trabajo donde aprendí hacer lo que soy y que simplemente me formé en el camino, nutriéndome con la experiencia, aprendiendo de otros, organizando ideas y expresándolas en aquella libreta con la que empecé a escribir notas para luego ponerlas en práctica en el aula y escuela, también de las charlas con compañeros entrañables que tenían ideas y materiales para compartir, cada día había un aprendizaje con nuestros alumnos y en muchas ocasiones aprendí de ellos, nunca fueron los días iguales, pude decir hoy que fue excelente, pero también dije: –mañana me irá mejor; se fue organizando toda la información en carpetas para que los recuerdos y las vivencias permanezcan en mi mente y corazón, ordené las situaciones de tristeza, enojo como susto, pero en la mayoría alegría de ser y estar en lugares dedicados para aprender, convivir y avanzar.

Haber realizado el trámite y recibir el documento de Jubilación

Asistí a las oficinas, tercer momento importante para recibir el documento esperado, el que nos dará la “libertad” hacia todos los mitos que ya nos habían dicho nuestros colegas y también al que ya nos habíamos creado, dedicarme a lo diferente, pero que en realidad se llega por la edad, ¡sí, por la edad!, llegamos por existir en la vida, porque se ha cumplido con el tiempo estipulado y es, simplemente, que podemos ver el camino recorrido, es como ver las fotografías por el paso del tiempo que tenemos en casa, iniciamos con un rostro liso, con cabello oscuro y de un sólo tono, para ahora mostrarnos con un rostro que muestra la experiencia adquirida a base de hacer, mejorar y volverlo hacer, me fui con los cabellos cambiados del color y peinado diferente ¡me gusta más!, el tiempo me enseñó que todo cambia, me pude adaptar a los diversos planes y programas de las décadas, la tecnología llegó y la hice parte de la enseñanza-aprendizaje, se renovaron ideologías, corrientes pedagógicas y sociales que fui atravesando, me mantuve en continuo cambio.

Despedida de la Directora y hacerlo saber a la comunidad educativa

La cuarta experiencia ¿cómo fue que llegué a este momento de mi trabajo?, ¡mi despedida por mis años de servicio como Directora! Momento difícil y de sentimientos diversos!, ¿cuáles? Alegría, llegué a estos años de servicio y lo puedo sentir, escalofrió interior, porque dejaré de asistir al espacio donde pasé horas en continua interacción con alumnos, padres de familia, compañeras y compañeros, porque una escuela brinda compañía, seguridad, pertenencia y aceptación de tener una profesión humana, que se reconoce con respeto.

La vida de un docente se basa en preparar nuestro trabajo educativo en comunicación, compartiendo proyectos y actividades, se hace uso de las redes sociales para compartir con nuestros colegas donde hablamos de nuestro trabajo de manera seria y en ocasiones para reír un poco de confusiones y angustia que a veces nos causa,

también le agregaré días importantes en fin de semana que pasamos con nuestras compañeras para festejar y hablar de algún tema referente a nuestro trabajo, fue una vida llena de vivir en un sólo tema “la docencia como forma de vida” y despedirnos a ello, no será fácil para quienes decimos que todas estas experiencias nos permiten aprender más para ser los maestros con conocimiento y habilidades que llegan al aula nutridos de diversas informaciones.

Sali de la escuela con un lápiz en mi bolsa

Lo final, la quinta experiencia, entregué las llaves de la escuela con las que podía entrar y cerrar la puerta al terminar la jornada educativa, en mi bolsa me llevé el lápiz con el que escribía todas las ideas ingeniosas para ser mejor cada día, el borrador para hacer cambios y mi reloj para no olvidar que transcurre la vida, ¡que terminó el horario de entrada y salida!, que marca el término en este lugar donde aprendí y conviví, concluyó un ciclo que inició el día que decidí ser Maestra en mi juventud, que transcurrieron etapas de mi vida en un espacio educativo.

Me llevo las risas de mis alumnos, los agradecimientos de los padres de familia, los momentos que compartí con mi colectivo docente, los consejos de mis supervisoras, tesoros que guardo para sonreír.

Concluyo esta etapa dando gracias a mi creador por existir, a la vida para seguir caminando, a los que me acompañaron y creyeron en mí, a las personas con las que aprendí, lloré, viví y, sobre todo, conocí el amor a mi profesión.

Se extraña y se vive de recuerdos la vida laboral en una escuela, ahora camino con otros objetivos y metas, pero con el mismo corazón, haciéndolo con amor porque todo vuelve a nuestras vidas de la misma manera.

Las puertas de la escuela son estrechas y sus caminos muy angostos

Sergio Jacinto Alejo López

Doctor en Ciencias de la Educación. Profesor en el Departamento de Ingeniería Agroindustrial. Universidad de Guanajuato.

sj.alejo@ugto.mx

Para mis colegas académicos soy Sergio Jacinto, un investigador de ciencias sociales que también hace docencia para la formación de ingenieros. En mi familia soy un ejemplo y orgullo (eso creo), aunque escasamente saben de lo que hago en mi trajinar universitario. Ante mis amigos (que son muy pocos), soy simplemente el “profe Sergio o Jacinto”. Todo empieza a tomar forma cuando el rumbo de mi vida está en juego poco antes de terminar la preparatoria en mi ciudad natal de Salvatierra, Guanajuato, a mediados de la década de los setenta, mi futuro en el aire: estudiaba una carrera universitaria o “jalaba pal’ norte” con mi madre y dos de mis hermanos. El bachillerato lo cerré con muy buenas calificaciones en una escuela que pasó de tener apoyo financiero municipal a ser una Prepa de la Universidad de Guanajuato. Después de una campaña de protestas y gestiones de profesores y estudiantes con autoridades gubernamentales, se hizo posible su oficialización.

Esto me valió para saber dónde quería continuar mis estudios y fue un amigo de mi hermano que cursaba la licenciatura en Relaciones Industriales en la ciudad de Guanajuato, me trajo un temario para el examen por el mes de mayo y me encerré todo junio preparándome “arrimado” en una casa de estudiantes en Guanajuato. Aquella mañana había en el patio de la escuela un mundo de estudiantes aspirantes, imagino venían de muchos lugares, yo me sentía con mucha angustia de no poder pasar y llevar la vergüenza de ser rechazado. Un día lluvioso de julio ya estaba la lista de fichas aceptadas pegada en un tablero afuera de la dirección de la escuela, un grupo se apretujaban para ver la suerte de su destino, todo se reducía a un “sí o un no”, la gran mayoría quedaba con la cara largada por el desaliento y decepción, muy poquitos salían con suerte y llevaban una sonrisa al ser admitidos.

Cuando no había alguno por checar el listado, me arrimé sintiendo una losa en la espalda, yo no iba a aguantar con los nervios al borde

y mil cosas por mi mente: que les diría a mis padres, a mis amigos, a mis excompañeros de la Prepa que ya habían entrado a otras universidades, sólo de pensar se me hacía un nudo doble el gaznate. ¡Al final, hasta debajo de aquel papel blanco estaba el número 25 era mi ficha! Así empezó este andar y andar aprendiendo que las puertas de la escuela son estrechas y sus caminos muy angostos.

La vida universitaria la viví fuera de casa, alejado de mis padres y forjando la costumbre de valerme solamente por mí, tanto para estudiar, comer, lavarme, dormir, divertirme, que sé yo, para casi todo yo lo decidía y eso me hizo administrar mi tiempo y mi exiguo dinero que me daban en casa. Tuve que estudiar mucho para obtener una beca y complementar el ingreso, así estuve 3 años de mi carrera, después a buscar trabajo y pronto me ofrecieron en mi propia escuela unas clases como profesor en una Prepa. Recuerdo que me levantaba a las 5 de la mañana para trasladarme a la ciudad de Silao y empezar mis clases de las 7 de la mañana, sólo impartía dos horas y me regresaba en autobús a la ciudad de Guanajuato, para trabajar medio tiempo por el resto del día como auxiliar de investigación en la misma escuela. Eran los primeros atisbos de mi quehacer universitario. Asistía a mis clases de licenciatura por la tarde de 4 a 9 de la noche.

Me daba tiempo para pasarla bien con mis amigos los fines de semana o bien visitaba a mi familia también, ya podía ahorrar algo e irme durante las vacaciones a visitar a mis hermanos a Estados Unidos, el asunto era poder aprobar todas las materias, con el tiempo y terminando mi carrera dejé todo y me fui “al norte” pero el cuento es que no me resultó nada fácil y a los seis meses regresé a la Universidad para terminar mi tesis con el trabajo: “La Auditoría de Recursos Humanos en la Organización”. Yo quería seguir con mi rienda suelta y llegué a la Ciudad de México con unos amigos de adolescencia y a buscar trabajo, a las dos semanas ya estaba como instructor de capacitación en una empresa de muebles y electrodomésticos, pero no era lo mío por la rigidez de los jefes y presión de tiempo. Mi sueño era estudiar una maestría, sin embargo, no había posibilidades con un salario tan bajo. Al año encontré mi oportunidad de cursarla los fines de semana en el Instituto de Estudios Superiores en Administración Pública con clases en el Hotel María Isabel Sheraton en avenida Insurgentes. Ahí conocí buenos

compañeros como fue el director de Recursos Humanos de la Universidad Autónoma Chapingo que me invitó como jefe de capacitación del personal administrativo, donde me empeñé coordinando cursos de desarrollo humano, talleres especializados para mecánicos, trabajadoras sociales, administradores, especialistas en alimentos, etcétera, tan solo tenía 24 años. Terminé mi maestría y con el tiempo hubo cambios en la Rectoría de la Universidad, para entonces ocupé un cargo directivo en el Departamento de Educación Física. Esto me llevó a conocer la dinámica del deporte universitario conviviendo con muchos estudiantes deportistas y entrenadores del deporte nacional e internacional como Roberto Brambila de fútbol americano y Tadeusz Kepka de atletismo.

A mis 29 años me llegó la hora del matrimonio, gestioné mi cambio para el Centro Regional Centro Occidente de la Universidad a la ciudad de Morelia, aprovechando los cambios por el sismo de 1985 y ahí empecé como Especialista de Estudios Profesionales apoyando el trabajo de campo de los colegas agrónomos en el estado de Michoacán. Ya se asomaba en mi día a día la labor académica de investigación y vinculación, entrevistando, leyendo, escribiendo, siempre al lado de los campesinos, en sus parcelas, en sus charlas y sus quejas, también en sus risas y escuchando sus sueños, lejos quedaron las comodidades urbanas y el estrés del tráfico. Me imbuí de la agroindustria, de sus problemas y grandes campos, particularmente del Sistema lácteos y derivados con el Dr. Ángel Gómez Cruz del Centro de Investigaciones Económicas, Sociales y Tecnológicas de la Agroindustria y la Agricultura Mundial UACH apoyando trabajos de doctorado en El Bajío guanajuatense y la región de Tierra Caliente.

Sin embargo, cuando más entusiasmado estaba, requerían de mi trabajo en las oficinas centrales en Chapingo y pidieron mi cambio laboral, situación muy complicada para mi familia ya establecida en Guanajuato, por lo que no fue posible aceptar y dejé esos lares de trabajo. Pasé un tiempo como director de desarrollo rural en el municipio y tuve una invitación para iniciar trabajando en Salvatierra en la carrera de Ingeniería Agroindustrial de la Universidad de Guanajuato por el año de 1997 con el Ing. Francisco Ayala Martínez, regresaba a mi alma mater sin haberlo planeado. Empecé como docente con las materias optativas y las del área de comercialización agroindustrial, obtuve el

grado de Maestro en Administración Pública con una investigación de campo en Servicio Civil de Carrera municipal en el sur de Guanajuato.

Aprovechando mi facilidad para la gestión de recursos para la escuela se logran buenos beneficios en la adquisición de equipo de cómputo y promoción de la carrera. Poco a poco voy fraguando mi trabajo docente muy cercano a los estudiantes, saliendo a campo y compartiendo experiencias. Empieza el juego de las competencias con el Programa del Mejoramiento del Profesorado (PROMEPE) y la creación de Cuerpos Académicos las cosas se enturbian, debo estudiar otra maestría que permita la movilidad y estabilidad con mis colegas ingenieros. Aprovecho estudiar el posgrado en Investigación Educativa en la Universidad de Guanajuato y obtengo el grado con la Dirección de la Dra. Cirila Cervera Delgado con mi tesis de orientación vocacional en bachillerato, debido a que había un problema serio de déficit en la matrícula en el programa de Ingeniería Agroindustrial, por lo que me interesó mucho continuar con el tema.

Pasado un año de terminada la maestría empecé el Doctorado en Ciencias de la Educación, en la Universidad Autónoma de Hidalgo, manteniendo el tema de orientación educativa y representaciones sociales, con la asesoría de la Dra. Emma Leticia Canales: Ya me encontraba más pleno en la investigación educativa, publicando, asesorando tesis, participando en congresos en Estados Unidos, Colombia, Argentina e Italia, así como estancias académicas en la Universidad de Granada y en la Universidad Complutense, también en la Universidad del Bío Bío en Chile y la Universidad de la República en Uruguay. Pero nunca dejé lo aprendido aquellos años en el campo michoacano, coordinamos talleres en esta región guanajuatense para las mujeres rurales en condición desfavorable con la elaboración de chorizo, quesos, mermeladas, pizzas, ungüentos, etcétera, con mis compañeros y compañeras.

Para terminar, supe que mi trabajo es como las dos caras del Dios Jano: una de investigador en educación con estudiantes de bachillerato, otra en la docencia y vinculación con estudiantes de Ingeniería Agroindustrial, desde joven me gustó aventurar la vida sosteniendo y disfrutando el valor de la libertad, me convertí en un buscador haciendo veredas, abrazándome en la lentitud del tiempo, sin prisa, porque aprendí que no llega lejos aquel que no sabe regresar.

Felipe Carrillo Puerto su obra educativa. 2024 año del Benemérito del proletariado, revolucionario y defensor del Mayab

Jorge Alberto Ortiz Mejía

Maestro en educación. Profesor-investigador de la Universidad Pedagógica Nacional. Unidad Mérida.

jaortizmejia@gmail.com

Proemio

“No abandonéis a mis indios”
Felipe Carrillo Puerto.

En Yucatán es primordial la obra educativa de Don Felipe Carrillo Puerto, en todas las escuelas se reconoce al prócer del Proletariado Nacional, está presente hasta nuestros días en la Historia Patria de un gran líder social preocupado por la Educación de Nuestro Pueblo, los niños conocen la Historia como su rol de cambio social, en su estatua muchos campesinos van hablar con Felipe, una comunidad donde laboré fue fundada por él: Kantirix, Chan, México. Sigue presente en la obra musical Peregrina, dedicada a su amada la periodista Alma Reed, sepultada frente a la tumba de Don Felipe en el cementerio general. Felipe Carrillo Puerto nace un 8 de noviembre de 1874 en la ciudad de Motul, en el corazón de la zona henequenera. Fue vaquero, conductor de trenes, comerciante y como periodista funda el Heraldo de Motul. Logra acercarse a lecturas anarquistas de Proudhon, Kropotkine, Bakunin, lee a Marx. Combate al lado de Emiliano Zapata en Morelos en 1915, ostenta el grado de coronel de caballería y forma parte de la comisión agraria de Cuautla acentuando su fe en la lucha por los más marginados, campesinos, obreros, proletarios y, por ello, retoma el lema del Plan de Ayala “Tierra y Libertad”.

Este escenario de enorme desigualdad es conocido a profundidad por Carrillo Puerto, de miseria, hambre, desnutrición, esclavitud y en grado superlativo la ignorancia. Comprende que como medio para

redignificar a los Mayas y hacerlos libres es emprender la obra educativa, reconoce “el indio es un hombre triste, pero la tristeza del indio no es sino nostalgia. Vive el indio nostálgico de su pasado”. En aquella época la mayoría de la población era analfabeta al grado de considerarlos estúpidos por ese hecho, resultaba la manera más fácil de justificar el abandono en que se les tenía.

Carrillo Puerto se identifica con el Zapatismo, a pesar de las diferencias con Alvarado, trabajan unidos por la misma causa. Para mayo de 1917 es presidente del Partido Socialista. Al triunfo de Carlos Castro Morales como gobernador, resulta electo diputado estatal en la primera legislatura revolucionaria, de donde saldrían tres gobernadores. Organiza el primer Congreso Obrero de Yucatán en 1918; el Partido Socialista del Sureste alcanzó a tener entre 60 y 70 mil afiliados. En 1919 se implementa un golpe militar conocido como Zamarripazo, reprimiendo a los miembros del Partido Socialista del Sureste, ante la situación caótica Carrillo Puerto abandona el estado, se une a las fuerzas de Calles combatiendo en Zacatecas. En 1920 retorna al estado, en elecciones de ese año es nombrado diputado federal. Para 1921 obtiene el cargo de gobernador para el periodo 1922-1926. Toma posesión el 1° de febrero de 1922 del primer gobierno socialista de Yucatán, ese día pronuncia su famoso discurso en lengua maya en el balcón central del Palacio del Ejecutivo.

Dentro de la obra póstuma está el libro de Edmundo Bolio Ontiveros de la “Cuna al Paredón”. Otros escritos son de Antonio Bustillos Carrillo y Esteban Durán Rosado, como los archivos de la hija del General Plutarco Elías Calles. Felipe se nutrió con libros de carácter social de Marx, Kropotkine, Proudhón entre otros cuyas teorías lo fascinaron. Obsesionado por las lecturas se dedicó a publicar un periódico defensor de los más humildes sobre todo de los campesinos. En una pequeña hoja se dio a conocer el “El Heraldo de Motul”. Por circunstancias periodísticas traba muy buena amistad con el malgrado licenciado Don Delio Moreno Cantón, director entonces de la “Revista de Mérida” y con el periodista Don Carlos R. Menéndez, colaborador de este mismo diario, reconociendo sus méritos le dispensaron su confianza nombrándolo agente y corresponsal del tal órgano periodístico en Motul.

De su obra revolucionaria

Establece los jueves agrarios, promueve la restitución de tierras y realiza visitas a los poblados para orientar a los campesinos. Construye carreteras. Traduce la Constitución Política de la República al maya, crea el Museo Histórico y arqueológico, emprende campaña de alfabetización desde el Partido Socialista del Sureste. Establece los lunes culturales o lunes rojos. Instala la escuela de artes y oficios. Estableció escuelas nocturnas para adultos, la de Bellas Artes. Funda la academia de la lengua maya. Organiza congresos feministas, emprende campañas de planificación familiar, y las mujeres yucatecas obtienen cargos de elección popular por vez primera en la historia del país. El 6 febrero de 1922 decreta la Ley de Educación Racional. Ante el ataque de los grupos conservadores publica una circular, explicando las razones de la ley “la educación racional debe descansar sobre el trabajo y en la comunidad del trabajo [...] Sabiendo el gobierno que todas las transformaciones que no apoyan su ideología en la educación son inestables, se permite ponderar a los maestros que abracen los principios económicos socialistas y los inculquen”. A través de la educación buscaba redignificar el trabajo de los explotados, evitar que doble la espalda al yugo que oprime; por tanto, había que liquidar los sistemas pedagógicos al servicio de los sectores dominantes, creando en el indígena maya una nueva conciencia a través de la Escuela Racionalista.

La Escuela Racionalista. Doctrina y Método

José de la Luz Mena, nace en la capital religiosa de la Nación Maya: la Inmaculada Itzamatul, hijo de un destacado maestro, construyó un modelo educativo, el cual fue atacado desde sus inicios por doctos, legos y sofistas de la localidad. Diseña los principios de la Escuela Racionalista. Reconoce la influencia de Decroly, Herbart, Pestalozzi, Montessori, quienes exaltan el respeto a las individualidades, quienes conciben la educación como transcurso natural, donde el papel del maestro es orientar el desarrollo y ayudar a construir su propio proceso.

Dentro de los preceptos establecidos en el decreto de la Ley de Educación Racional se establece: “La enseñanza que imparta el Estado en las escuelas primarias, será en lo sucesivo por la acción, es decir, descansará en el trabajo manual que desempeñen los niños, con el único propósito de despertar la habilidad profesional, iniciar el desarrollo de los órganos que han de ser los instrumentos del arte y asistir, por tanto a la cultura integral de los alumnos [...] El conocimiento será asimilado por que se presente la oportunidad para adquirirlo o porque los alumnos lo soliciten [...] El Agrupamiento de los alumnos no obedecerá a la cantidad de preceptos que tengan en la memoria, sino al grado de desarrollo espontáneo de su eficiencia congénita dentro de los medios normales de la escuela”.

El Maestro José de la Luz Mena nos señala: “el hombre ocultó su ignorancia y miedo en un dogma; disimuló su odio en las religiones; entorpeció su natural socialización en la propiedad privada. La escuela ha transitado por formar en los conventos, místicos, en los castillos siervos y vasallos, en la monarquía, súbditos y lacayos; en la burguesía capitalista, técnicos y asalariados; la historia atraviesa la reproducción de explotados y explotadores. La vieja escuela considera a los alumnos como un recipiente, y los espacios educativos, como cárceles, su misión es enseñar tan sólo a leer, escribir, contar y algunas nociones básicas de ciencia verbalista, que flotan en el mar de dogmas y prejuicios en la cabeza de los educandos, conocimientos inútiles para la realidad.

El grado de domesticación alcanza la formación de seres sumisos, autómatas. Su desempeño se basa en el verbalismo, tiene dispositivos de programas, horarios. El Maestro José de la Luz Mena señala: “somete a riguroso orden la suministración de los conocimientos, impiden la libre adquisición de ellos de parte del alumno; la recapitulación científica que imparte es abstracta, sin aplicaciones reales y prácticas, y el encadenamiento de sus ciencias no es la escala positivista, sino el orden lógico establecido por Alejandro Bain. Esta pedagogía es el intelectualismo que ha privado hasta ahora en nuestras escuelas, y contra ella la moderna filosofía escolar fulmina la requisitoria de empirismo antinatural”.

En esos tipos de escuelas, la carga es cada vez mayor, almace-

nando más palabras que archive la memoria de los escolares, formados bajo la óptica libresca. Inmovilizan a los escolares por medio de mesabancos estrechos reduciendo la actividad física a lo mínimo. El conocimiento lo fragmentan a través de la enseñanza en varias asignaturas, clases, semestres, disciplinas, y clasifican por edad, sexo, raza. Creando una fábrica de jóvenes ineptos para la lucha de la vida, imbuyéndolos de autocontrol, reprimiendo sus emociones, necesidades, y voluntades, bajo el despotismo de sus ejecutores, matando la espontaneidad, iniciativa, carácter y responsabilidad en los educandos. Propone José de la Luz Mena discurrir los Derechos del Niño; considerar la Libertad, como: “el primer derecho que reclama el niño para su desarrollo integral, tanto físico, cultural, intelectual, que lo conduce a la iniciativa, a la empresa, al carácter decidido de progreso y el maestro debe pugnar por ella en todas sus campañas, tanto dentro como fuera del medio escolar. Tiene que ser un trabajador emancipado de dogmas y prejuicios religiosos, científicos y sociales.”



Docente y estudiante: un viaje de crecimiento mutuo

Verónica González Méndez

Estudiante de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco”, Santa Apolonia, Teacalco, Tlaxcala.

gonzalezmendez.vgm@gmail.com

Como normalista (hoy día) puedo decir que la “docencia” es más que una elección de carrera; significa un compromiso contigo mismo y con los niños que a lo largo de tu carrera te acompañarán en el camino; de hecho, con el paso de estos semestres en la licenciatura en educación primaria, he comprendido que esta palabra tiene un significado más profundo: “cambios radicales”, sí, cambios porque implica aprender y desarrollar una paciencia como jamás lo hubiera imaginado, no con mis alumnos, sino conmigo misma, pues me ha permitido hacer continuas reflexiones de lo que hago como docente, pero también, como alumna normalista; porque sí, en realidad, hago ambas cosas al mismo tiempo.

Mi viaje como docente en formación comenzó en la primera jornada de observación; llegué a ésta pensando cómo sería convivir con niños de quinto grado: si tal vez les gustaría jugar, si les agradaría que fuera su maestra o, incluso, si me verían como tal por mi edad. Dudas que se dispararon al instante cuando entré a mi salón de clases, pues tener una grata bienvenida por parte de mi docente titular y mis alumnos, fue ese pequeño empujón que me condujo a profundizar cómo es realmente la convivencia y el trabajo que se realiza en el aula diariamente. Descubrí que cualquier pequeño suceso cobra un significado especial en el proceso de aprendizaje y de enseñanza, ya sea para bien o para mal.

Recuerdo muy bien sorprenderme del cómo mi docente manejaba a su grupo y, sobretodo, de la forma en la que se podía alcanzar lo que todo docente, me incluyo, soñamos: hacer que los niños aprendan de forma autónoma y con felicidad.

Por ello, pienso que, como docentes somos esa brújula que no sólo guía, sino también, que genera oportunidades para que los alumnos se desarrollen favorablemente; hecho que me llevó a cuestionar

mis propios años como estudiante en la primaria y la forma en la que a mí me enseñaron, que no era para nada igual a lo que en ese momento estaba observando; ¿será que mis docentes nunca se atrevieron a hacer estos cambios radicales?, ¿alguna vez se preguntaron que existen o existían otras formas de enseñar? Éstos y muchos dilemas más inundaron mi mente.

Dilemas que poco a poco fueron encontrando respuesta, a partir de la formulación de una simple pregunta guiada por la curiosidad hacia el docente que estaba observando: ¿cómo logra que sus alumnos aprendan? La respuesta que, en su momento imaginé, fue que lo lograba “a través de algunos métodos o por medio de una guía”; sin embargo, pienso que fue “la pasión a enseñar y perder el miedo al cambio” lo que produjo tal situación; esto cobró sentido, cuando descubrí que la enseñanza no dependía de los niños, sino del mismo docente al salir de su área de confort.

De esto surgió la principal directriz de mi práctica docente en la actualidad: “aprender a enseñar a través de impulsar cambios radicales” pues, a pesar de que el camino a la docencia comienza en las aulas de la Normal, donde se adquieren los fundamentos teóricos necesarios para impartir una clase, es en las prácticas profesionales donde la complejidad del proceso de enseñanza me orientaron a estar dispuesta a aceptar los desafíos y superar los obstáculos de cualquier situación que se me presentara, lo cual puede ser un aliciente para convertirme en una maestra y estudiante perpetua, en busca de nuevas formas de aprender y crecer en compañía de sus alumnos.

Ahora, durante mi jornada, pero ya de prácticas docentes en una escuela primaria, mis primeras clases estuvieron llenas de información, datos y teorías que no eran suficientes para crear ese aprendizaje significativo que yo buscaba generar en mis alumnos. De esto me di cuenta cuando al día siguiente de haber tenido la clase, les preguntaba qué era lo que habían aprendido y sus repuestas eran un “no recuerdo”. Fue entonces cuando decidí pensar en esos “cambios radicales” que en su momento había observado y, por tanto, diseñé y apliqué diversas estrategias que involucraran a los niños en su propio proceso de aprendizaje.

Puedo decir que el cambio no fue fácil, requirió paciencia, flexibilidad y un constante proceso de autoevaluación, mismo que me condujo a mi papel de estudiante a pesar de estar en un rol de docente en la escuela, en el que aprendí a escuchar más, a observar esas necesidades individuales que emergían de cada uno de mis niños y, sobretodo, a adaptar esos métodos que aprendí durante mis clases en la Normal, al contexto y circunstancias en las que verdaderamente convivían mis alumnos día a día. Esta flexibilidad, hacia estos cambios, no sólo han enriquecido mis clases, sino también el vínculo con mis pequeños para crear un ambiente donde todos aprendamos.

El resultado de todo ello ha sido que, el mayor cambio, el más profundo y, sobretodo, el más transformador durante estas experiencias docentes ha sido mi propia mente, pues ser docente me ha enseñado a ser un eterno aprendiz; abrazar que siempre es bueno reconocer que hay más por descubrir y mejorar y, por ello, agradezco mucho esta elección de carrera y de vida.



Artes visuales para la inclusión y la evolución social. Una narración de mi experiencia docente

María Cecylia Méndez Anaya

Licenciada en Educación. Licenciada en Diseño Gráfico. Docente en la Universidad de Los Andes (ULA). Núcleo Universitario Dr. Rafael Ángel Gallegos Ortiz. Mérida, Venezuela.

cecyliaamar@gmail.com

Esta experiencia comenzó después de haber ingresado a impartir clases de la asignatura de color en la carrera de artes visuales de la Universidad de Los Andes, en el municipio Tovar del estado de Mérida, Venezuela. Hace aproximadamente 5 años llegó un joven autista a cursar la carrera de artes visuales con un diagnóstico muy claro que lo presentó el primer día de clases, justamente me tocó recibir a los estudiantes que ingresaban por primera vez, el joven con cautela y seguridad se acercó a entregarme una carpeta blanca con un manojo de hojas impresas que relataban lo siguiente: Osneiro Márquez, joven de 20 años diagnosticado con TEA, autismo precoz moderado intervenido, trastorno motor hipotónico parcialmente compensado. Desde ese momento sentí que Osneiro sería un estudiante inolvidable por su particularidad, su condición no lo hace menos ni más con respecto a los demás estudiantes, pero si lo hizo especial en mis clases y en mi memoria.

No soy docente de educación especial, no me formé para atender estos casos, estar en el aula y ser maestra me ha dado las herramientas a lo largo de mi labor como docente, a medida que conocí estudiantes con esta discapacidad, fui comprendiendo que todos deben ser incluidos en el aula normal. No es la primera vez que me enfrento a estudiantes con neurodiversidad, ya había tenido otras experiencias previas con estudiantes autistas, lo que me ayudó a comprender que todos son diferentes y cada uno tiene intereses y gustos distintos, incluyendo sus debilidades y fortalezas. Por esta razón no fue difícil asumir, terminé llevando el caso con total normalidad, comencé a adaptar

el contenido y a hacer evaluaciones diferentes sin dejar de lado las exigencias.

Fuera de clase siempre escuchaba conversaciones y rumores de los demás profesores colegas, dónde manifestaban incomodidad, nunca les había tocado una experiencia de este tipo con sus estudiantes, sentían que no tenían las herramientas para abordar a Osneiro, incluso manifestaban que no estaban dispuestos a trabajar con él, pero no les quedó otra opción que asumir y trabajar sin tener la formación adecuada, con el paso del tiempo los profesores se fueron acostumbrando, siguieron recomendaciones de especialistas y los comentarios disminuyeron con respecto a este joven.

Osneiro se encuentran en desventaja, pues su condición lo excluye, lucha contra él mismo para ser igual a los demás, poco a poco se ha convertido en uno más, las exigencias con respecto a los demás compañeros prácticamente han sido las mismas, porque se ha adaptado a las exigencias generales de los profesores. Osneiro es el más puntual de todos los estudiantes de su grupo, es responsable, entrega sus asignaciones a tiempo, reclama cuando un profesor llega tarde o cuando no se toma el tiempo completo para dar la clase, es metódico y muy disciplinado, escucha con atención cuando no entiende, pregunta y exige que le resuelvan sus dudas. Me atrevo a decir que es mucho más exigente que los estudiantes que no poseen ninguna neurodiversidad.

El comportamiento de Osneiro, sus fortalezas y virtudes le han garantizado el éxito académico y social, dentro de la carrera se han derribado murallas, lo hemos apoyado en su formación universitaria, los profesores se han adaptado y responsablemente han hecho reformas curriculares, en la mayoría de los casos ha sido un trabajo por intuición, porque no somos educadores especiales, pertenecemos a un contexto académico donde fuimos formados en el campo de las artes visuales.

Esta carrera es multidisciplinaria y se adapta muy bien a estos casos porque busca representar la realidad y las emociones, dándole forma a la materia, a los sonidos que están presentes en las artes visuales, además permite un espacio de expresión, inclusión y transformación, Osneiro acudió a las artes visuales como una vía que lo ayuda-

ría a afrontar su situación de discapacidad. Estas disciplinas han sido muy oportunas en su proceso formativo, puedo decir con propiedad que el equipo de profesores que lo ha acompañado logró establecer espacios de encuentros, de participación social, trascendiendo barreras y dificultades físicas y cognitivas, permitiendo la comunicación y expresión desde una perspectiva transformadora, en la que nos tocó valernos de las disciplinas de las artes como lo es el dibujo, la pintura, la fotografía y la escultura para motivar su necesidad de expresión.

Hoy, Osneiro cursa el 8° semestre de la carrera de artes visuales con 26 años de edad, previo a llegar a esta Universidad había pasado por otra institución donde comenzó a cursar comunicación social y sin poder avanzar decidió retirarse, estando consciente que le gusta comunicar, acudió a esta carrera, donde indirectamente tiene vínculos con la comunicación, desde lo visual, gráfico y auditivo. Un artista de las artes visuales, comunica desde la obra, plasmando mensajes subjetivos, relacionándolo con hechos del contexto emociones y acciones.

Osneiro ha tenido mucho apoyo familiar, sobre todo, ha contado con el soporte de la madre, desde que ella recibe su diagnóstico, a los tres años de edad, se involucró y aprovechó el asesoramiento profesional junto a su hijo, esto condujo a la adaptación y a la reorganización para ayudarlo con su discapacidad, inició su participación en el escenario educativo con mucha fuerza, tratándose de la escuela normal donde comienza su interacción con docentes no especialista y compañeros de clases, quienes se convirtieron en sus pares protectores en la educación primaria y media. Con esta experiencia queda claro que las instituciones educativas asumieron el compromiso de impulsar la aceptación del estudiante como un ser humano con potencialidades y que fue atendido de manera personalizada, esto generó una inclusión plena en el espacio escolar, dando paso a la educación secundaria y universitaria de manera exitosa.

En este andar he llegado a notar, independencia de la madre con respecto a su hijo, lo que ha permitido el desenvolvimiento individual en el contexto universitario y en actividades importantes, como por ejemplo: el uso del transporte público por sí mismo, relación con amigos, desarrollo de la responsabilidad y puntualidad en las clases

y las tareas asignadas para sus evaluaciones. Hoy en día, Osneiro ha aprobado cada una de las asignaturas con éxito, los profesores se han adaptado a su capacidad cognitiva verbal y creativa, que de un modo muy significativo determina la planificación especializada en cada una de las clases de los docentes. Se aprecia la atención exclusiva y personalizada, dando instrucciones puntuales, cuyas evaluaciones han sido de acuerdo a sus competencias logradas.

El joven ha desarrollado un buen nivel desde el punto de vista creativo, expresivo y a nivel de técnica, responde con mucha responsabilidad a cada asignación, se identifica con cada técnica y reconoce cuando un medio pictórico le gusta, es muy competente creando obras de artes sustentadas teóricamente, confrontándolas con el referente artístico de la disciplina que está experimentando, es este caso la pintura.

Osneiro, en la asignatura de color, estudia la técnica pictórica, su historia y la pone en práctica, revisa obras de artistas que han trascendido en la historia del arte, hace uso de las gamas múltiples y argumenta su uso, dejando ver como cada color transmite diferentes sensaciones, se ha centrado en expresar distintas emociones a través del color por lo que le he recomendado simplificar su paleta de colores para crear armonías entre dos o tres tonos de color, asimismo, ha reducido las emociones a expresar y escoge con puntualidad el tema a trabajar.

Osneiro elaboró una obra que tituló “Rostro de la alegría”, haciendo uso de un dibujo ingenuo, compuesto con formas geométricas irregulares con múltiples colores e identificando a las emociones que coexisten en el ser humano. Además fue el autor de otra obra llamada “Fenómenos triangulares” donde simplifica el color, se nota que hay un avance en la aplicación del color, usa azul, gris, verde y violeta, esta imagen representa los desastres naturales, es decir, que plantea una paleta de colores donde el gris da lugar a la formación de los tornados desde el suelo hasta la base de una nube rotando violentamente, el azul muestra las trombas marinas que salen del agua, ocasionando la salida del mar a las costas produciendo zonas inundadas, el verde para representa la naturaleza, las hojas, los árboles y el violeta, representa el

dolor, pérdidas, destrucción, muerte y caos. En algunos casos Osneiro confunde las armonías del color, como también en otros casos las identifica muy bien.

La obra de Osneiro habla del proceso de enseñanza y aprendizaje a lo largo de la carrera, se hace evidente que hubo una preparación del estudiante y de los profesores, se aprovecharon los intereses del joven, competencias y talentos, que permitieron el espacio de inclusión en la Universidad, dejando claro que no es imposible el progreso y la formación de las personas neurodiversas.

Para culminar, cito la frase de Frida Kahlo, (1953) “Pies para que los quiero si tengo alas para volar”, para esta artista mexicana sus extremidades inferiores nunca fueron de ayuda para descubrir el mundo, tampoco para interpretarlo, sin embargo, el arte le permitió expresar sus emociones y la elevó hasta la cúspide del surrealismo latinoamericano, pasando a la historia como una de las pintoras y mujeres más influyentes. Frida no es la única que ha vivido con discapacidad, cada día son más las personas que encuentran una forma de expresión e inclusión social a través de las artes visuales, creativas y culturales.



14,235 días de sinergia de Amor

Patricia Escobedo Guzmán

Profesora normalista. Subdirectora de Gestión de la Escuela “Alfredo E. Uruchurtu”, Alcaldía La Magdalena Contreras, Ciudad de México.
patrica.escobedo@aefcm.gob.mx

Hay una frase de Víctor E. Franklin que dice: “Le hallé significado a mi vida, ayudando a los demás a que le dieran un significado a sus vidas”, y eso, sin dudarlo, es lo que ha permeado mis 14,235 días de sinergia de Amor, ya que después de 39 años de vocación magisterial; cada uno de los días ha fortificado esta extraordinaria historia en la que los lazos invisibles que me unen al destino de todos los que se han cruzado conmigo, forma espacios intrínsecos de amor, aprendizaje y coincidencia.

A lo largo de estos 39 años he formado a múltiples vidas con historias muy diferenciadas en la que la constante ha sido la enseñanza tanto de aprendizajes como de vida.

Para todos los que somos maestros, hay instantes entrañables con nuestros alumnos, sin duda, inolvidables, que creo deben ser enlistados en esta oportunidad:

1. El primer día que ingresas al salón de clases y descubres las miradas de todos los niños viéndote con curiosidad.
2. Los ensayos del bailable del Día de las Madres en los que todo sale mal, nadie se sabe los pasos, hay múltiples errores, pero mucho corazón pues el día 10 de mayo, todo es magia y sale perfecto cada paso y cada melodía.
3. El día de los exámenes bimestrales en los que el coctel de emociones se hace presente, pues hay de todo un poco, los que, si estudiaron, los que no, pero se saben todo de memoria, los que no saben nada de nada y los que nunca vienen. Aunque al final lo que importa no son los resultados numéricos sino el bagaje de conocimientos que queda para la vida entera.

-
4. La media hora de recreo en la que, sin tapujos, todos conviven, disfrutan, comen, beben, juegan y coexisten con su familia añadida que en esos años es su todo.
 5. El festival del día del niño en el que todo está dispuesto para honrar y homenajear a nuestra razón de existir, a esos pequeños que en muchos casos ven la escuela como su puerto seguro en el que anclar su frágil vida y sus instantes felices y cotidianos; y sin dudarle, ese día además de esperado es el más especial del Universo pues no hay apuntes, no hay cuadernos, no hay pase de lista, no hay momentos bochornosos, todo es algarabía, juego, coincidencia, alegría a borbotones, fiesta, baile y encuentro.
 6. El Día del Maestro, momento mágico en el que todos somos uno y celebramos la más hermosa vocación que existe, la de enseñar, la de disfrutar el encuentro con nuestros estudiantes, el cariño sincero, el abrazo de corazón a corazón, el agradecimiento, la camaradería y la razón que todos los que somos maestros le damos a nuestro diario acontecer. Aquí lo de menos son los regalos, con un apapacho cariñoso y un agradecimiento sincero, estamos más que listos para continuar el camino y agradecer el coexistir con nuestros alumnos.
 7. La firma de boletas bimestral, en la que no nos congregamos para dar resultados numéricos sino resultados de corazón a nuestros cómplices para mi entender, es decir, los padres y madres de familia que, nos confían a sus más preciados tesoros con la sola idea de que se conviertan en mejores versiones de sí mismos al acabar cada ciclo escolar, con la consigna de esforzarse por ser y estar en sinergia de Amor con sus padres y sus maestros.
 8. La ceremonia de clausura, en la que padres, maestros y alumnos nos volvemos un solo corazón y se expresa esa maravillosa frase de Franklin pues ese día vemos cristalizados los significados de nuestra vida al darle significado a las vidas de esos seres que se despiden de nuestra trinchera preparados para ir a

-
- pelear nuevas batallas académicas enarbolando como bandera nuestra coincidencia y recuerdo fraterno.
9. Los paseos escolares, en donde salimos del territorio seguro y cotidiano para vivir y disfrutar espacios académicos, reflexivos, divertidos y únicos por unas horas, lejos del bullicio del aula y el patio escolar y más cerca del corazón del maestro y de sus iguales en una suerte de aventura inolvidable y segura.
 10. El edificio escolar y cada uno de sus recovecos, eso también es la pauta de la sinergia de Amor de las escuelas, los lugares favoritos, las horas de clase especiales, los momentos entrañables, que con el paso de los años y cuando ya se es adulto, vuelven a nuestra memoria, únicos e irrepetibles y siempre de la mano de un maestro y de un compañero de aventuras.

Así pues, igual que cuando nos reunimos para tomarnos la foto del recuerdo de nuestro ciclo escolar, sirva este texto para recordar lo entrañable y único que es convivir en una escuela con alumnos, maestros y padres de familia que con el paso de los años se vuelven en múltiples cristalitos de colores con los que se va conformando un caleidoscopio de Amor y sincero recuerdo.

Yo, hoy ocupo este espacio escrito para agradecer a la vida la oportunidad de ser maestra desde hace 39 años, agradezco a todos mis compañeros maestros, directivos y autoridades diversas que me han forjado en la Academia con sus prácticas, con sus experiencias, con sus enseñanzas, con sus andares, con su fortaleza, con su sabiduría, con sus tablas, con su inmenso Amor.

Agradezco especialmente a todos y cada uno de los alumnos que he tenido oportunidad de conocer y que me han permitido coincidir, pues su actual amistad, su cariño, su entrega, sus abrazos, su tierna mirada cómplice, su sinergia de Amor y su alegría me han permitido nutrirme todos estos años y ser un mejor ser humano y por ende una maestra de corazón con estudiantes inolvidables que quedan tatuados en mis recuerdos, en mi alma, en mis experiencias docentes y en mi recuento magisterial de vida.

Agradezco a estos espacios escritos que nos permiten vivenciar cada uno de nuestros recuerdos de Amor como si los estuviéramos viviendo de nuevo y sólo deseo decir que, si con mi cercanía he logrado ayudar a otros a encontrarle significado a sus vidas, mis 14,235 días han valido la pena.

¡A seguir coincidiendo en Amor y a volvernos inolvidables!

La titulación en pandemia de estudiantes de la Licenciatura en Administración Educativa de UPN

Alfonso Torres Hernández

Docente de Licenciatura y Posgrado de la Universidad Pedagógica Nacional-Hidalgo, Pachuca, Hgo.

torresama@yahoo.com.mx

El trabajo docente a través de dispositivos digitales implicó durante la pandemia del Covid 19 desplazamientos de las prácticas presenciales a espacios y escenarios, en muchos casos poco explorados. Nos llevó a transitar por caminos que nos obligaron a replantear la relación pedagógica con los estudiantes, a cuestionar el currículum y el modelo pedagógico, así como las condiciones institucionales de la práctica. Nos llevó a reconocer la diversidad de estudiantes, no sólo en su condición socioeconómica sino en otros aspectos de su personalidad, emociones y comportamiento que desconocíamos.

La docencia la llevamos a nuestros hogares, en condiciones poco favorables para el establecimiento de una comunicación adecuada con nuestros estudiantes, y limitadas para la enseñanza-aprendizaje de los contenidos. Nuestra casa se convirtió en un edificio escolar. La sala, el comedor y el patio se convirtieron en el aula, con la característica de que ahora nuestra docencia era pública. El aula como espacio privado dejó de existir, para dar paso a la concurrencia de nuestros familiares en nuestras “clases”, como “oyentes presenciales”. Y no sólo fue pública en nuestro espacio propio, sino también en los hogares de nuestros estudiantes. La pantalla de la computadora vino a sustituir el contexto del aula donde regularmente trabajábamos. Las butacas, sillas y mesas fueron sustituidas por la cuadrícula de rostros o nombres en la pantalla.

La complejidad de la comunicación a través de una pantalla se hizo presente en cada momento: el audio no funcionaba, no se podía compartir pantalla, no había conexión con video, el internet estaba lento o no funcionaba, no se contaba con “datos”, el vínculo estaba

equivocado, etcétera. La docencia en esta condición se convirtió en un concierto de voces solamente, se perdió la comunicación visual de los movimientos, miradas y gestos y, de igual manera, de las sensaciones y sentimientos que provoca la cercanía física en un aula. En esa condición, algunas de las frases más recurrentes de los maestros en pandemia, fueron: *¿me escuchan?, ¿ya la pueden ver?, ¿estás ahí?, “todavía no se conecta”*. A pesar de estos avatares, la docencia encontró posibilidades para el desarrollo de los programas educativos.

En este contexto de pandemia, al igual que millones de estudiantes y maestros, es como desarrollé la docencia en la Universidad Pedagógica Nacional-Hidalgo con la responsabilidad de impartir un Curso Optativo con estudiantes de la primera generación de la Licenciatura en Administración Educativa (LAE) en el séptimo y octavo semestre. El curso tenía la finalidad de apoyarlos en la construcción de su documento de titulación.

En este sentido, la estructuración final de las ideas y el contenido en el proceso de elaboración de un trabajo final de titulación constituye un momento que origina en los estudiantes de licenciatura angustia, incertidumbre y estrés. Este estado no es gratuito, toda vez que el documento final de titulación (tesis, tesina, propuesta, proyecto, etcétera) representa en cierto sentido, la síntesis de lo aprendido durante los estudios. El proceso de elaboración final contempla por lo menos cuatro elementos sustantivos que no se pueden obviar: el problema, tema u objeto; la metodología; la argumentación o sustento teórico; y los hallazgos, tesis o producto. En todo este proceso, el esfuerzo intelectual por parte del sustentante debe ser constante porque le implica una atención desde el planteamiento del problema hasta la construcción de su documento de titulación. No se trata de ocurrencias, sino de pensar, reflexionar y analizar los distintos elementos y situaciones para encontrar puntos que lo lleven a un nivel de comprensión alto y claro de lo que define en cada momento.

La construcción del documento de titulación representó un desafío para los estudiantes de primera generación de la LAE en la Sede Pachuca de la UPN-Hidalgo, con lo cual, desde mi función de asesoría, me planteé la posibilidad de ofrecer un espacio académico-formativo que

apoyara puntualmente el proceso de los estudiantes. Para ello, es como estructuré el Programa del Curso Optativo “*Proyecto de investigación, intervención e innovación en el campo de la administración y gestión educativa I y II*” para desarrollarse en el séptimo y octavo semestre.

Como premisas fundamentales en el diseño y elaboración del Curso Optativo, reconocí el planteamiento específico de la LAE en sus distintas líneas de formación curricular (Histórica-filosófica-educativa; Política educativa; Gobierno de los Sistemas Educativos; Metodológica; y Matemáticas, Sistemas de Información y Tecnologías (Apoyo), así como en sus distintas Fases (Inicial, profundización integración). De igual manera, consideré que la línea Metodológica pretende que los estudiantes adquieran los elementos teórico-metodológicos y las habilidades metodológicas necesarias para problematizar la realidad de los sistemas educativos en toda su estructura, procesos, actores y prácticas, los investiguen, intervengan en ellos y elaboran propuestas para su mejora. Por otra parte, no perdí de vista la vinculación que debe tener con las Prácticas Profesionales.

Con estas consideraciones, es como pensé el Programa de Cursos Optativos que contemplan la continuidad y articulación entre el 7° y 8°. Semestre de la LAE y que, además, consideran como base los 5 cursos anteriores correspondientes a la Línea Metodológica que le permitirían a los estudiantes tener como punto de partida un referente integral de diagnóstico de la situación para la construcción de su proyecto de titulación. Sumado a las consideraciones metodológicas enunciadas, fue importante tener presente el contexto de pandemia y un marco de referencia teórico-conceptual en el campo de la administración y gestión educativa.

En el contexto de pandemia que vivimos, y posterior a ello, las instituciones educativas nos planteamos encontrar nuevos sentidos en la formación de los sujetos. La sociedad ha transitado en distintos campos y está en construcción de otros, derivado de los desplazamientos en el pensamiento y las prácticas. El campo de la administración y gestión no es ajeno a ello, y reflexionar sobre los procesos de investigación, intervención e innovación que son inherentes a ello necesitaron repensarse para encontrar vías de mejora y transformación.

En este sentido, la administración educativa de las organizaciones escolares no es una expresión de una generación espontánea, tampoco es obra pura de la imaginación y voluntad de los sujetos sociales. La administración es, antes que otra cosa, producto de un proceso complejo de interacción social en el que la acción humana se enfrenta permanentemente a diversas situaciones donde entran en juego las necesidades, oportunidades, capacidades y acciones de los sujetos. Para ello, los estudiantes en formación de la LAE deben construir una visión clara y amplia de los orígenes de la administración, el desarrollo organizacional de las escuelas y las posibilidades de innovación y autonomía que poseen, todo ello en el contexto de confinamiento y distanciamiento físico de las instituciones y sus procesos. En este tenor, y asociado a las tareas inherentes a los Cursos Optativos, consideré tener presente las nociones de investigación, intervención e innovación.

En esta lógica, y pensando en estas tres tareas (investigación, intervención e innovación) implicadas en la elaboración de un documento de titulación, cobró relevancia tener presente el contexto de pandemia por el Covid-19 que nos obligó a la búsqueda de estrategias que compensaran la tarea de diseño de proyectos en situación de confinamiento y que, además, se articularan con su proceso de titulación, por ello el desarrollo de los cursos fue en modalidad virtual con acuerdos específicos en la relación tutorial respecto a tiempos, actividades y resultados.

Como punto de partida de este proceso, y que nos sirvió de marco de referencia, se revisaron las distintas opciones de titulación que tiene el estudiante de la LAE, con la finalidad de articular su interés temático/problemático emanado de sus Prácticas profesionales, a alguna de ellas.

En el desarrollo de los Cursos Optativos, consideró dos objetivos esenciales:

- Adquirir los elementos teórico-metodológicos pertinentes para el diseño y, elaboración de un proyecto en el campo de la administración y gestión educativa que desarrolle y sistematice de manera rigurosa (7° semestre).

-
- Adquirir los elementos teórico-metodológicos necesarios para el análisis de la información, escritura del informe y propuesta de intervención/innovación en el campo de la administración y gestión educativa que les permita presentarlo como documento de titulación (8° semestre).

El proceso de asesoría contempló 2 sesiones grupales a la semana a través de videollamadas en Google Meet y sesiones de acompañamiento tutorial individual de manera quincenal.

Se consideraron también 4 espacios de socialización de avances: Presentación de proyecto, Sistematización, Análisis preliminar e Informe final, con la finalidad de enriquecer los procesos de los estudiantes.

La primera generación (2017-2021) de la LAE en la Sede Pachuca de la UPN-Hidalgo fue de 14 estudiantes. Posterior a su egreso, en un periodo no mayor a siete meses, 8 estudiantes concluyeron exitosamente su documento y obtuvieron su título, 4 de ellos con mención Honorífica. El resto de los estudiantes, por diversas circunstancias siguen en su proceso de titulación.

Finalmente, vivir el proceso de elaboración del documento de titulación implica una complejidad llena de tropiezos, angustias, dificultades, dudas, pero también la satisfacción de hacer aportaciones a un determinado campo de estudio y, desde luego, la satisfacción de la superación profesional y el obtener un grado de estudio superior. Quizá el mayor de los logros al terminar un documento de titulación de estos estudiantes, fue la claridad comprensiva que obtuvieron, particularmente del objeto educativo estudiado y de su lógica de construcción, es decir, el sentido de lo educativo apareció más *nítido ante* su mirada. Referentes bibliográficos

Universidad Pedagógica Nacional. (2009). *Plan de estudios de la Licenciatura en Administración Educativa 2009*.

– (2019). Reglamento General para la obtención del Título de Licenciatura de la UPN. *Gaceta* No. 139, abril-mayo.



Una narrativa del ejercicio docente. Entre la vocación y la convicción

Jesús Morales

Magíster en Orientación y en Lectura y Escritura. Politólogo, Docente e Investigador en la Universidad de Los Andes, Venezuela.

lectoescrituraula@gmail.com

La discusión entre convicción y, si nos hacemos docentes o nos construimos en el devenir de las experiencias significativas que nos aporta la convivencia con cada grupo, con cada sujeto, con cada contexto, constituye una de las interrogantes a las que nos enfrentamos quienes nos hemos visto involucrados en la loable tarea de enseñar. Sin ser exagerado con mi afirmación, enseñar como parte del quehacer docente se convirtió para mí en una suerte de fusión entre la vocación y la certeza de estimar a este proceso en la esperanza para cambiar al mundo; de allí que movido por la confianza de formar a las nuevas generaciones como un aporte trascendental para la transformación humana, dejó de ser un planteamiento idealista en el momento en que a muy temprana edad y apenas recién egresado de la Universidad, asumí el desafío de enseñar no sólo a estudiantes pertenecientes a programas de inclusión educativa, que la casa de estudios que me formó ofrecía a personas de bajos recursos, muchos de ellos pertenecientes a zonas deprimidas económica y socialmente; sino además en la desafiante tarea de formar en actualización en materias específicas como lectura y escritura del discurso académico a docentes universitarios.

A mi paso por la carrera de ciencias políticas de la cual soy egresado, me percaté que dentro del perfil profesional no sólo se estimaba la actividad dentro de la administración pública y el trabajo en materia de asesoramiento en lo correspondiente a la formulación de políticas públicas, sino que, además, se precisaba la actividad docente en el nivel universitario así como la investigación científica; cada experiencia en cada asignatura se convirtió en una oportunidad para construir el camino de la vocación docente; cada profesor, específicamente en las áreas de sociología y análisis político en las que se revisaban las

teorías del desarrollo humano integral aportaban los referentes para lo que sería el fortalecimiento de la idea de que sólo la educación es el proceso transformador multidimensional del ser humano, pues ésta lo prepara enfrentar tanto los desafíos del futuro, sino además le aporta el instrumental que requiere para su actuación social pertinente y comprometida. Esta idea repetida en muchas ocasiones por varios de los profesores, quienes, a su vez, eran investigadores activos formados en universidades de alto reconocimiento mundial parecía convertirse en un llamado recurrente a la tarea de enseñar.

Si bien, es cierto, esta experiencia formativa redundó en lo que decidí asumir como proyecto de vida, también lo fue mi paso por la licenciatura en educación y, específicamente por las unidades curriculares teórico-prácticas en las que precisar necesidades en los estudiantes de todos los niveles por los que transité (inicial, básica, media general y universitaria), se convertía en el andamiaje de una convicción cada vez más sólida sobre la educación como recurso y como proceso al servicio de la construcción del ser humano. Asistir a prácticas profesionales en zonas rurales me enseñó el valor que la gente de los espacios retirados le asignaba a la educación, pues era frecuente escuchar en padres afirmaciones tales como ¡quiero que mi hijo se convierta un ser de bien!, ¡mi hijo si va a la escuela seguro llegará lejos!, ¡sin educación no es somos nada! Escuchar cada respuesta parecía convertirse en un llamado personal al compromiso de participar del proyecto común de la humanidad: mejorar las condiciones de vida a través de la educación pertinente y de calidad.

Seguidamente, a mi paso por la educación básica en contextos urbanos, la realidad era muy semejante, pero con algunos matices, por lo general, los padres asumían el compromiso de iniciar a sus hijos en ese proceso transformador que aportaba la educación; pues muchos estimaban la asistencia a la escuela como la posibilidad para impulsar a la siguiente generación y hacia propósitos más ambiciosos, dado que estimaban que en el aprendizaje de nuevas cosas (como denominaban a los contenidos) se ampliaban las oportunidades para crecer en otras direcciones.

Entender las representaciones que cada contexto aportaba a la comprensión del complejo mundo de la educación, se convirtió en una

experiencia que sumaba a la certeza de que el medio para lograr el cambio social y la realización humana plena estaba en la educación. Una vez terminados los requerimientos académicos que instaban a la interacción con los niveles educativos ya mencionados, me aventuré en el desafío de asistir por varios meses a instituciones educativas del nivel media general; la experiencia era diferente, pues los estudiantes en su mayoría se ubicaban en la adolescencia. Muchos ávidos de conocer, otros con escaso interés en continuar su formación, pero también, y en menor medida, algunos con un proyecto de vida más o menos elaborado, lo que dejaba ver el interés por proseguir en su formación.

El paso por la educación media general aportó significados trascendentales a mi formación docente, pues comprendí la importancia de áreas como la orientación en su dimensión vocacional, la construcción de un proyecto de vida consistente y real, así como la necesidad de acompañar en la compleja tarea de elaborar un acercamiento pertinente a la proyección profesional; estos aspectos dejaban ver el trabajo de la guía en el proceso de descubrir preferencias, intereses y posibles alternativas tanto laborales como ocupaciones que redundaran en su realización personal. En el nivel de media general se puso a prueba la capacidad para liderar grupos, la disposición para atender, no sólo en lo referente a la enseñanza de contenidos, sino en la flexibilidad para entender que cada sujeto iba a su propio ritmo, que en ocasiones no se trataba de transmitir pasivamente información sino de escuchar atentamente tanto requerimientos como situaciones que aquejaban a estudiantes en una etapa del ciclo vital tan compleja como la adolescencia.

Cerrada mi permanencia en el contexto de educación media general, solicité como parte de las prácticas profesionales la asistencia a una institución de educación especial, también denominados Centros de Desarrollo Humano; en este lugar se atendían estudiantes cuyas condiciones especiales ameritaban una atención más cercana, más personalizada, más sensible y en ocasiones la asistencia permanente que les permitiera a los sujetos alcanzar la autonomía personal. Entender la diversidad humana y cómo funciona cada sujeto se convirtió en una oportunidad para reflexionar, pero a la vez para descubrir si

realmente mi vocación era suficiente para dedicarme al compromiso de atender en el futuro a esta población. Si bien, es cierto, estar allí constituyó un referente para lo que sería mi trabajo con personas con alguna condición en el nivel universitario, también logré descubrir que todavía no terminaba de ubicarme en lo que realmente deseaba.

Como resultado de esta experiencia, en efecto enriquecedor, decidí cerrar mis prácticas profesionales con la asistencia a un aula de clase de educación universitaria. Este espacio era totalmente diferente a lo vivenciado, primaba el orden, la disciplina y la conformación de las aulas entre personas de edades diferentes, con propósitos de vida un poco más claros y además con razones precisas para estar allí, me permitió confirmar, sin lugar a dudas, que la docencia en el nivel universitario correspondía a una preferencia vocacional real; por ende, comencé estudios de posgrado en educación mención orientación educativa y, luego de muchos años dedicado a la investigación y a la formación de profesores decidí concursar en la universidad como docente en las áreas: lectura y escritura académicas y metodología del estudio y la investigación. Ambas unidades curriculares pertenecían al ciclo introductorio y al nivel medio de la carrera de Derecho que se imparte hasta el momento en la Universidad de Los Andes-Venezuela.

Una vez como docente universitario con ingreso por concurso, me dediqué la enseñanza de la lectura crítica y la escritura académica como procesos aplicados a la investigación científica; impartir clases en estas áreas no sólo me obligó a la actualización permanente, sino a constatar que la interacción significativa con el conocimiento, con la información y el saber suponía un imperativo categórico para la construcción de un pensamiento sólido y autónomo. En cada sesión de clase mi énfasis redundaba en la necesidad de pensar por sí mismo, de evitar la reproducción de ideas y de asumir como desafío el compromiso de someter a la valoración crítica todo lo afirmado por terceros, con la intencionalidad de evitar la manipulación, la ideologización, la adopción de un pensamiento monádico y reduccionista que vedara cualquier oportunidad de conocer otros mundos posibles.

Este compromiso con la formación de ciudadanos autónomos, responsables y con afiliación democrática se convirtió en un cometido

que tomó especial importancia a lo largo de cada experiencia de enseñanza con cada grupo; pues entendí que motivar el pensamiento liberador, abierto y flexible no sólo ampliaba las posibilidades para acceder. no sólo a un entramado de significados novedosos, sino la manera de ensanchar la capacidad comprensiva que favorece el ver la realidad desde una postura profunda. Enseñar con intencionalidad se fijó como parte medular de cada unidad curricular, pues asumí que se trataba de instar a cada estudiante al diálogo permanente, a la valoración crítica, al deslinde de lo verdadero de lo falaz; como parte de las actitudes necesarias para evitar la imposición de esquemas de manipulación que desestimaban otras posiciones sobre el mundo, sobre la realidad.

En suma, el ejercicio docente como la suma de la vocación y la convicción me han permitido estimar en cada experiencia una posibilidad para continuar creyendo en la educación como el único medio para lograr la consolidación de una sociedad libre, más justa y equitativa; en la que todos conminados por el compromiso y la corresponsabilidad de actuar en el marco del respeto y la democracia alcancen tanto su realización humana plena como su capacidad de agencia, cualidades que desde una visión esperanzadora estimo necesarias para el desarrollo de la supra-complejidad humana.

Han pasado seis años desde que iniciamos esta tradición de festejar el Día del Maestro y la Maestra con la publicación de un libro, en esta ocasión incluimos 56 miradas de la realidad educativa, lo mismo en primera, segunda y en la tercera persona del singular. Lo cierto es que los textos no son tratados de educación o pedagogía, son testimonios reales de lo que sucede día a día en las aulas y las escuelas rurales y urbanas de algunos estados de la república mexicana y de países hermanos del sur de América, concretamente Colombia y Venezuela.